



Seix Barral Biblioteca Formentor

**David Safier**

28 días



## Índice

[Portada](#)

[Dedicatoria](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[30](#)

[31](#)

[32](#)

[33](#)

[34](#)

[35](#)  
[36](#)  
[37](#)  
[38](#)  
[39](#)  
[40](#)  
[41](#)  
[42](#)  
[43](#)  
[44](#)  
[45](#)  
[46](#)  
[47](#)  
[48](#)  
[49](#)  
[50](#)  
[51](#)  
[52](#)  
[53](#)  
[54](#)  
[55](#)  
[56](#)  
[57](#)  
[58](#)  
[59](#)  
[60](#)  
[61](#)  
[62](#)  
[63](#)  
[64](#)  
[65](#)  
[66](#)  
[67](#)  
[68](#)  
[69](#)  
[70](#)  
[71](#)

[72](#)

[73](#)

[74](#)

[75](#)

[76](#)

[77](#)

[78](#)

[79](#)

[80](#)

[Agradecimientos](#)

[Verdad y ficción. Conversación con David Safier](#)

[Créditos](#)

**Te damos las gracias por adquirir este EBOOK**

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Próximos lanzamientos  
Clubs de lectura con autores  
Concursos y promociones  
Áreas temáticas  
Presentaciones de libros  
Noticias destacadas

[PlanetadeLibros.com](http://PlanetadeLibros.com)

**Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:**



**Explora Descubre Comparte**

*Para mi madre, mi padre y mi hermana*

# 1

Me habían descubierto.  
¡Esas hienas me habían descubierto!  
Y me pisaban los talones.

Me lo decía mi instinto. Sin necesidad de verlas u oírlas. Igual que un animal presiente que corre un gran peligro aunque aún no haya visto al enemigo en la selva. Ese mercado, ese mercado tan normal y corriente para los polacos, donde compraban su verdura, su pan, su panceta, su ropa, incluso sus rosas, era la selva para personas como yo. Una selva en la que la presa era yo. Una selva en la que podía morir si se llegaba a saber quién o, mejor dicho, qué era yo en realidad.

«No se te ocurra ir más deprisa —pensé—. Ni más despacio. Ni dar media vuelta. Y, por supuesto, no intentes ver a tus perseguidores. Y procura que no se te acelere la respiración. No hagas nada que confirme sus sospechas.»

Me costó lo indecible seguir recorriendo el mercado como si tal cosa, como si disfrutara del sol de esa tarde de primavera inusualmente cálida. Lo que de verdad quería era salir corriendo, pero entonces las hienas sabrían que sus sospechas eran ciertas: que no era una polaca como las demás que acababa de hacer sus compras e iba a casa de sus padres con las bolsas llenas, sino una estraperlista.

Me detuve un instante, fingí echar un vistazo a las manzanas del puesto de una agricultora y sopesé volver la cabeza. Al fin y al cabo, también podía ser que sólo fueran imaginaciones mías, que no me siguiese nadie. Sin embargo, cada fibra de mi cuerpo quería salir disparada. Y había aprendido hacía tiempo a fiarme de mis instintos. De lo contrario probablemente no hubiese llegado a cumplir los dieciséis.

Decidí no salir corriendo y continué andando despacio. La anciana agricultora, de una gordura repugnante —al parecer tenía no sólo bastante de comer, sino incluso demasiado—, me dijo con voz bronca: «Éstas son las mejores manzanas de toda Varsovia».

No le respondí que para mí cualquier manzana era estupenda. Para la mayoría de las personas que tenían que vivir dentro del muro hasta una manzana podrida habría sido una delicia. Y más aún los huevos que llevaba

yo en las bolsas, las ciruelas y sobre todo la mantequilla, que vendería en nuestro mercado negro por mucho dinero.

Pero si quería tener la más mínima posibilidad de volver al otro lado, primero tenía que averiguar cuántos eran mis perseguidores. No debían de estar completamente seguros de lo que hacían, ya que de ser así me habrían dado el alto hacía rato. Tenía que volverme de una vez por todas. Como fuese. Discretamente. Sin despertar sospechas.

Me fijé en los adoquines que pisaba. A unos metros había una alcantarilla y se me ocurrió una idea. Seguí andando con absoluta normalidad. Los tacones de mis zapatos azules, que tan bien combinaban con el vestido azul con flores rojas, golpeteaban en el adoquinado. Siempre que salía a buscar comida llevaba esta ropa, que me había regalado mi madre cuando todavía teníamos dinero. Ahora, toda la demás ropa que tenía estaba gastada, algunas prendas habían sido zurcidas infinidad de veces. De haberlas llevado, no habría podido andar ni cinco metros por el mercado sin llamar la atención. Pero ese vestido y esos zapatos, que trataba como oro en paño, eran mi ropa de trabajo, mi disfraz, mi armadura.

Fui directa a la alcantarilla y metí adrede el tacón entre dos barrotes. Di un ligero traspie, exclamé con aire teatral: «¡Mierda, maldita sea!». Dejé las bolsas en el suelo y me agaché para sacar el tacón. Al hacerlo miré con disimulo y las vi: las hienas.

Mi instinto no me había engañado. Por desgracia nunca lo hacía. O por suerte, dependiendo de cómo se mire.

Eran tres hombres. Delante iba uno bajito y rechoncho, sin afeitado, con una cazadora de cuero marrón y una gorra gris. Tendría unos cuarenta años y a todas luces era el jefe. Lo seguían un barbudo alto que daba la impresión de ser capaz de lanzar rocas y un chico de mi edad que también llevaba una cazadora de cuero y una gorra, y que parecía una versión en pequeño del jefe. ¿Sería ése su padre? Sea como fuere, el chico no iba a la escuela, de lo contrario no andaría por la mañana paseándose por el mercado a la caza de hombres.

Era de locos, dentro del muro ya no podíamos ir a clase porque los alemanes nos prohibían cualquier acceso a la educación. Aún había algunas escuelas clandestinas, pero no para todos, y yo hacía tiempo que no iba. Tenía que sacar adelante a una familia.

Sin embargo, ese chico polaco podía ir a clase, podía hacer algo con su vida, pero no quería. Y eso que tampoco se sacaba tanto dinero con

semejante pandilla de *szmalcowniks*, que era como llamábamos a esas hienas, a la caza de judíos para entregarlos a los alemanes a cambio de una recompensa. A los *szmalcowniks*, que abundaban en Varsovia, les importaba poco que los alemanes le pegasen un tiro a cualquier ilegal al que hallaran fuera del muro.

En esa primavera de 1942 se castigaba con la pena de muerte a todo el que se encontrara sin permiso en la zona polaca de la ciudad. Y la muerte ni siquiera era lo peor: corrían las historias más espeluznantes sobre cómo los alemanes torturaban a sus prisioneros antes de llevarlos al paredón. Ya fueran hombres, mujeres o niños. A veces incluso azotaban a estos últimos hasta matarlos. La sola idea de ir a la cárcel y que me torturaran hacía que se me formase un nudo en la garganta. Pero todavía no me habían apaleado, torturado y disparado. ¡Todavía vivía! Y así debía seguir siendo. Por mi hermana pequeña, Hannah.

No había nadie en el mundo a quien quisiera más que a esa tierna criaturita. Debido a la mala alimentación, Hannah era demasiado menuda para sus doce años y, a decir verdad, invisible como una pequeña sombra de no ser por sus ojos, unos ojos grandes, despiertos, curiosos, que habrían merecido ver algo más que la pesadilla de dentro del muro.

En esos ojos brillaba la fuerza de una fantasía increíble. Aunque en la escuela clandestina de la *szułkult* era de mediocre a mala en todas las asignaturas, desde matemáticas hasta geografía pasando por ciencias naturales, cuando se trataba de inventar las historias que les contaba a los otros niños en los recreos era la mejor: hablaba de Sarah, la que corría por el bosque, que liberó a su amado príncipe Josef de las garras del dragón de tres cabezas; de la liebre Marek, que ganaba la guerra para los Aliados; y de Hans, el muchacho del gueto que podía hacer que las piedras cobraran vida aunque no le gustaba hacerlo, porque las piedras eran unas gruñonas. Para todo el que escuchaba a Hannah el mundo se convertía en un lugar más colorido y hermoso.

¿Quién iba a cuidar de la pequeña si me dejaba coger?

Mi madre no, eso seguro. Estaba tan hundida que ya no salía nunca del pequeño y sórdido agujero en el que vivíamos. Y mi hermano, menos: estaba demasiado ocupado pensando en sí mismo.

Dejé de mirar a los *szmalcowniks*, saqué el tacón de la alcantarilla y pasé un instante la mano por el adoquinado. A menudo, cuando me asalta el miedo, toco la superficie de alguna cosa para tranquilizarme: metales,

piedras, telas; da igual, lo importante es que me doy cuenta de que en el mundo aún existe algo más aparte de mi miedo.

La piedra de color claro sobre la que puse un segundo la mano estaba caliente por el sol. Respiré hondo, cogí las bolsas y continué andando.

Los *szmalcowniks* me seguían, lo sabía. Oía con claridad sus pasos cada vez más rápidos, y eso que en el mercado había muchos otros sonidos: las voces de los vendedores, que ponían por las nubes sus productos; los compradores, que regateaban; los trinos de los pájaros o el ruido de los coches que pasaban por la calle que discurría detrás del mercado.

La gente pasaba a mi lado a un ritmo pausado. Un joven rubio con un traje gris como el que llevaban muchos universitarios polacos silbaba alegremente una cancioncilla. Aunque me percataba de todo esto, en cierto modo esos sonidos quedaban relegados a un segundo plano. Lo único que escuchaba alto y claro era mi respiración, cada vez más agitada aunque seguía yendo al mismo paso, y mi corazón, que latía con más furia de segundo en segundo. Sin embargo, lo que escuchaba con más nitidez eran los pasos de mis perseguidores.

Se acercaban.

Se acercaban cada vez más.

No tardarían en darme alcance y me interrogarían. Probablemente intentarían chantajearme, pedirme todo el dinero que llevaba a cambio de la promesa de no entregarme. Y cuando les hubiera pagado me traicionarían de todas formas y además se embolsarían la recompensa de los nazis.

Yo hacía mucho que tenía claro que eso acabaría pasando tarde o temprano, en realidad, desde que empecé a dedicarme al estraperlo. Eso fue pocas semanas después de que mi padre decidiera dejarnos en la estacada. Ya no teníamos dinero para comprar comida en el mercado negro, y la ración que nos repartían los alemanes tan sólo contenía 360 calorías diarias por persona. Para colmo, lo que nos daban a los judíos estaba con frecuencia en mal estado. Todo lo que era demasiado malo para los soldados alemanes del Frente Oriental venía a parar a nosotros: zanahorias echadas a perder, huevos podridos o patatas heladas que no se podían cocinar y con las que, con algo de maña, apenas se podían hacer unas tortitas comibles. El invierno pasado hubo días en que el gueto entero olía a esas tortitas de patata.

De manera que, si quería que mi familia tuviese algo de comer, debía hacer algo. Mi amiga Ruth vendía su cuerpo en el hotel Britannia, y se

había ofrecido a interceder por mí, aun cuando yo, como me hizo saber con una sonrisa burlona, más bien tenía formas de chico. Pero antes de hacer algo así prefería jugarle la vida dedicándome al estraperlo.

Por si me pillaban los *szmalcowniks* tenía preparada una historia: era Dana Smuda, una colegiala polaca que vivía en otra zona de Varsovia pero a la que le gustaba ir a comprar a ese mercado, porque sólo en él había esas tartas de hojaldre tan dulces con ese estupendo relleno de manzana. El hecho de que mi dirección falsa estuviese muy lejos de allí era importante, ya que de lo contrario las hienas me llevarían inmediatamente a mi supuesta casa y se darían cuenta de que mentía. Para poder corroborar mi historia en caso necesario, siempre que iba al mercado compraba un trozo de esa tarta y me lo metía en el bolsillo.

En mis salidas también llevaba siempre al cuello una cadenita con una cruz. Además, me había aprendido de memoria muchas oraciones cristianas para poder pasar por una buena católica. Rezos como el rosario, el santo o el magníficat: «Proclama mi alma la grandeza del Señor, y se alegra mi espíritu en Dios...»; como si alguien en su sano juicio pudiera alegrarse en Dios en los tiempos que corrían.

Si lo tuviera delante en un escenario, le tiraría huevos. Aunque en el gueto costaran un dineral. Yo no creía en la religión. Ni en la política. Y menos aún en los adultos. Sólo creía en la supervivencia.

—¡Alto! —gritó uno de mis perseguidores, posiblemente el jefe de la banda.

Hice como si la cosa no fuera conmigo. Al fin y al cabo era una chica polaca normal y corriente, ¿por qué iba a volverme cuando un desconocido dijera «alto»?

Lo repasé todo mentalmente deprisa y corriendo: era Dana Smuda, vivía en la calle Miodawa, número 23, me encantaban las tartas de hojaldre...

Las hienas me cortaron el paso y se plantaron ante mí.

—¿Qué, dándote un paseíto por el otro lado, perra judía? —preguntó el jefe.

—¿Cómo? —repuse yo, fingiendo desconcierto. Era vital no parecer atemorizada.

—Dos mil eslotis o te entregamos a la Gestapo —soltó el jefe mientras su hijo (debía de ser su hijo por fuerza, los dos tenían la misma postura un tanto encorvada) me miraba de arriba abajo, como si, por una

parte, yo, la judía, le diera asco, y por otra se imaginara en su mente podrida cómo estaría sin el vestido—. Te lo diremos una sola vez: dos mil y te dejamos en paz.

De pronto noté que me sudaba la nuca. No era el sudor habitual, el que exhala uno porque el sol pega más fuerte a mediodía. No, era un sudor frío, ese que huele acre y de cuya existencia hasta hacía pocos años yo no sabía nada, tan protegida había crecido.

Mientras el sudor me corriera únicamente por la nuca y las axilas no sería delator, pero no podía asomarme a la frente de ninguna manera. Esas hienas sabían reconocer cualquier señal de debilidad, por pequeña que fuese.

—¿Es que no lo has entendido, puta judía?

No fui capaz de pronunciar palabra.

En ese instante comprendí por qué la gente en una situación así le daba todo su dinero a esos delincuentes, aunque en realidad supiera que después la entregarían; se aferraba a la absurda esperanza de que los *szmalcowniks* cumplirían el trato que habían propuesto. De haber tenido ese dinero, es posible que también yo hubiese admitido en el acto que era judía y se lo hubiese dado; pero nunca había tenido tanto, razón por la cual me obligué a sonreír y dije:

—Esto es un error.

—No nos tomes por tontos —silbó el jefe, que estaba completamente seguro de que no se equivocaba.

El instinto me dijo que mi bonita historia no lo convencería. Quizá hubiera podido engañar a su hijo y al tipo alto y tosco, pero a él no. Sin duda en los últimos años ya le había seguido el rastro a infinidad de judíos, y desde luego había oído mentiras mejores que la mía de las tartas de hojaldre. Mucho mejores. Y seguro que también había visto bastantes cadenas con cruces.

Mis mentiras no me servirían de nada. De nada en absoluto. ¿Cómo podía haber sido tan ingenua, ir tan mal preparada? Por mi culpa dentro de pocas semanas mi madre moriría en nuestra habitación del número 70 de la calle Miła, y Hannah tampoco viviría mucho más. Tal vez aguantara mendigando por las calles del gueto, eso funcionaría durante un tiempo, pero los niños mendigos morían de frío por la noche cuando llegaba el invierno.

No podía permitir que a Hannah le pasara eso. ¡De ninguna manera!

Me acordé de que la cadena y las mentiras no eran todo lo que podía ayudarme. Tenía algo más por lo que podía apostar: en modo alguno parecía judía.

Sí, mi pelo era oscuro, como el de la mayoría de las judías, pero también como el de muchas polacas. En cambio, tenía la nariz respingona y, sobre todo, un rasgo que no cuadraba nada con la supuesta imagen de una judía: los ojos verdes.

Una vez, en uno de sus escasos momentos románticos, mi novio, Daniel, me dijo que parecían dos lagos de montaña que resplandecían con el sol. Yo no había visto en mi vida un lago de montaña, con lo cual no sabía si de verdad desprendían un brillo verde. Y posiblemente no llegara a saberlo jamás.

Cuando la gente me miraba a los ojos siempre se sentía desconcertada. De lejos podían tomarme por polaca o judía, pero de cerca el color de mis ojos me convertía en una rareza a ambos lados del muro.

Luché contra mi miedo y miré al jefe de los *szmalcowniks* directamente a los ojos. El verde lo confundió. Y entonces cometí una auténtica locura sin pararme a pensarla antes: me eché a reír. A carcajadas. Las pocas personas que me conocen bien saben que casi nunca me río, y cuando lo hago, desde luego no es así. Pero a los *szmalcowniks* esa risa les sonó genuina y los confundió todavía más.

Después me burlé:

—Andáis muy descaminados.

Me abrí paso entre los perplejos hombres, de los que, con toda seguridad, nunca se había reído una chica a la que creían una perra judía, y seguí adelante con mis bolsas. Parecía mentira: daba la impresión de que me había librado con mi descaro. Me entraron ganas de sonreír tontamente.

Pero de pronto el jefecito salió corriendo, seguido de los otros dos, y me cortó nuevamente el paso. Me quedé sin aliento. No conseguiría reírme con ese descaro otra vez.

—Eres judía, ¡lo huelo! —chilló el hombre al tiempo que se echaba la gorra un poco hacia atrás—. Soy el mejor cuando se trata de seguimos la pista, sabandijas.

—El mejor de todos —afirmó orgulloso el chico.

Vaya, ahí había alguien que se sentía orgulloso de que su padre chantajeara a la gente y la enviase a la muerte.

Era tan injusto: mi padre curaba a quien fuera, polacos, judíos, no

importaba. Incluso atendió a un soldado alemán al que dispararon en nuestra calle durante los últimos días de la ocupación. Pero por muchos que hubiera salvado, por muy médico de prestigio que fuese, ahora, cuando más lo necesitábamos, mi padre no estaba con nosotros, y yo ni siquiera podía sentirme un poco orgullosa de él.

—Dejad de acosarme —amenacé enfadada— o llamo a la policía.

Con mi huera amenaza impresioné al chico y al gigante barbudo. A la Policía polaca no le caían bien los *szmalcowniks*, eran competencia a la hora de ganar dinero con los judíos que se paseaban de manera ilegal por el otro lado del muro. Y si, para más inri, atosigaban incluso a chicas polacas inocentes, los *szmalcowniks* recibirían un buen rapapolvo. Y eso era algo que los tipos que tenía delante también sabían.

Sin embargo, el jefe no se apocó: se limitó a mirarme a los ojos, cuyo verde ya no era capaz de disuadirlo de sus sospechas, para intentar descubrir en ellos cualquier atisbo de inseguridad.

Le sostuve la mirada. Con todas mis fuerzas.

—Lo digo en serio —insistí.

—No, no es verdad —contestó impertérrito.

—¡Claro que sí!

—En ese caso vayamos juntos a la policía —propuso, y señaló a un agente de uniforme azul que estaba en el puesto de la anciana gorda comiéndose una manzana y torciendo el gesto porque la fruta probablemente no fuera ni la mitad de buena de lo que le habían prometido.

¿Qué podía hacer? Si iba a la policía estaba perdida. Si no iba, también. Un sudor frío me perlaba la frente. El jefe vio las gotas de sudor y sonrió. No tenía sentido seguir mintiendo.

Volví a oír al universitario que silbaba. Pronto moriría, a lo sumo mañana sería fusilada. Sin mí, mi madre y mi hermanita no sobrevivirían. ¡Y ese chico silbaba alegremente su musiquilla!

¿Y si echaba a correr? Difícilmente podría escapar. Aunque, a pesar de los tacones, fuese más rápida que ellos, los *szmalcowniks* se pondrían a dar gritos y voces, y entre toda la gente que hacía la compra en el mercado habría bastantes antisemitas y me retendrían. Eran muchos los polacos que nos despreciaban. Aunque no querían vivir bajo el dominio de los alemanes, estaban agradecidos de que les quitaran a los judíos de encima.

Incluso en el caso nada probable de que lograra escapar del mercado,

jamás conseguiría entrar en el gueto sin llamar la atención. Así que echar a correr también era inútil. Y, no obstante, era mi única oportunidad. Justo cuando iba a soltar las bolsas con mis valiosos productos y salir corriendo como alma que lleva el diablo, vi ante mis ojos una rosa.

¡Sí, una rosa!

Justo delante de mi cara.

Por un instante, su intenso perfume incluso tapó el hedor acre de mi sudor. ¿Cuándo había sido la última vez que había olido una rosa? En el gueto no había. Y cuando hacía la compra en el mercado polaco nunca tenía tiempo de ponerme a olisquear flores, ni siquiera se me había pasado por la cabeza. Y ahora, cuando estaba a punto de ser entregada a los alemanes, ¿alguien me ofrecía una rosa?

Era el estudiante.

Estaba a mi lado y me sonreía con sus ojos azul claro como si yo fuese la criatura más bella y fabulosa que hubiera visto en su vida.

De cerca, ese muchacho de sonrisa radiante parecía más joven que un universitario, tendría diecisiete o dieciocho años en lugar de veinte.

Antes de que yo o uno de los *szmalcownik*s pudiera decir algo, me abrazó con ganas y se rio:

—Una rosa para mi rosa.

Una frase de lo más absurda, pero como la dijo como si estuviese perdidamente enamorado no sonó nada ridícula.

Finalmente caí: el chico quería salvarme la vida fingiendo que yo era su gran amor polaco. ¿Sería también judío? Más bien polaco. Con su pelo rubio, sus pecas y sus ojos azules podría haber pasado incluso por alemán. En cualquier caso, era un actor estupendo. Lo fuera o no, se estaba jugando la vida por mí, por una absoluta desconocida.

—Eres la rosa de mi vida —afirmó resplandeciente.

Las hienas no sabían muy bien qué pensar de su comportamiento. Alguien que sólo fingiese estar enamorado, ¿exageraría así?

Si quería convencerlos y salvarnos a los dos, tenía que entrar en el juego.

Pero estaba demasiado confusa. Quería coger la rosa, pero estaba bloqueada. Como si me hubiese paralizado la oruga venenosa Xala, que Hannah se inventó para la historia de las orugas tontas que odiaban a las mariposas.

Él notó lo tensa que estaba y me abrazó con más fuerza aún. Me

estrechaba con firmeza, sus brazos eran mucho más fuertes de lo que cabría suponer para un chico tan delgado. Yo seguía sin poder reaccionar. De puro miedo y sorpresa era como un maniquí en brazos del muchacho, que, para disimular, redobló sus esfuerzos en la farsa: de repente me besó.

¡Me besó!

Sus labios ásperos y ligeramente agrietados se pegaron a los míos, y su lengua se abrió paso en mi boca con la mayor naturalidad del mundo, como si ya lo hubiera hecho mil veces. Lo tuve bien claro: debía corresponder a ese beso. Era mi última oportunidad. Si no lo hacía, todo habría acabado definitivamente. Para los dos.

La certeza de saber que moriría si no reaccionaba de una vez me sacó de mi rigidez. De manera que también yo lo besé apasionadamente.

En ese instante ni siquiera supe si me gustó el beso.

Cuando el chico se separó de mí, fingí estar radiante de felicidad.

—Gracias por la rosa, Stefan —dije al tiempo que me inventaba de prisa y corriendo su nombre.

—Gracias a ti por existir, Lenka —respondió él, inventándose también el nombre y sin duda profundamente aliviado de que le siguiera el juego.

Sólo en ese momento me atreví a mirar a las hienas, que estaban muy impresionadas con nuestra representación. Al joven *szmalcownik* se le veía incluso visiblemente reconcomido de envidia: le habría gustado besar así a una polaca.

—¿Te están molestando estos tipos? —me preguntó Stefan, que hacía como si sólo entonces fuera consciente de su presencia.

—Crean que soy judía.

Stefan miró a los hombres como si estuvieran completamente locos por pensar semejante cosa. Pero no se rio como había hecho yo la primera vez que intenté librarme de ellos. Puso cara de estar furioso:

—¿Queréis insultar a mi novia?

Ahora fingía ser el polaco orgulloso cuya novia había sido herida en su pundonor. ¿Judía? ¡Algo así no se le podía decir a la novia de un polaco de pura cepa!

—No... no —balbució el jefe, que dio un paso atrás. Los suyos lo imitaron.

—Sí, sí que querían —objeté indignada. Aunque sólo representaba el papel de polaca ofendida, mi rabia contra esas hienas era auténtica.

Stefan cerró el puño y amenazó a los *szmalcowniks*, que retrocedieron un poco más. En realidad podrían haberle dado una paliza, tres contra uno, habría sido muy fácil. Pero a los polacos no les ponían las manos encima, eso sólo les habría causado problemas con la policía. Incluso se mostraron un tanto avergonzados por haberse equivocado conmigo. Y aunque como disculpa no valía, el jefe dio media vuelta sin decir palabra e indicó a las otras dos hienas que lo siguieran.

Stefan cogió mis dos pesadas bolsas con una mano, como un caballero que no quiere que su novia lleve peso, y me pasó el otro brazo por los hombros. Echó a andar conmigo por el mercado, como si fuéramos dos enamorados. Yo con su rosa en la mano.

Durante un breve instante tuve miedo de que fuera a largarse con mis cosas. A fin de cuentas, tal vez también él fuera estraperlista. Sin embargo, ¿un estraperlista al uso arriesgaría la vida por otro? Y aunque me robara las cosas, ¿acaso no sería un bajo precio por mi vida? ¿Por la posibilidad de seguir alimentando a mi familia? ¿Sacar adelante a mi hermana?

—Gracias —le dije.

—Ha sido un placer —respondió, y se rio de tal modo que casi resultó creíble. Y añadió—: Besas muy bien.

Lo soltó con la autoridad descarada del que ha besado a muchas chicas y posiblemente a muchas mujeres y sabe de lo que habla.

—Estaba en juego mi vida —susurré para que los transeúntes no pudieran oírlo. Ése no era el momento ni el lugar adecuado para andarse con cumplidos—. Nuestra vida. Has arriesgado la tuya por mí.

Aún no me lo creía del todo. En un mundo en el que la gente sólo pensaba en sí misma alguien se lo había jugado todo por mí.

—Sabía que saldría bien —me contestó también en voz baja. Y sonrió, una sonrisa ni fingida ni descarada sino sincera.

—Pues ya sabías más que yo —le dije con una mueca atormentada.

—Teníamos dos cosas a nuestro favor —puntualizó.

—¿Cuáles?

—Por un lado, tus ojos verdes...

Se rio, daba la impresión de que le gustaban. Y a mí me sorprendió sentirme halagada.

—¿Y la otra? —quise saber.

—Alguien que se dedica al estraperlo en los tiempos que corren tiene que ser muy muy espabilado. De lo contrario habría muerto hace tiempo.

Eso me halagó aún más. Incluso me hizo sentir un poco orgullosa. Como es natural, no quería que se me notara, por lo que me apresuré a decir:

—Ser espabilado o estar muy muy loco.

Se rio, con una risa bonita, franca. No tan atribulada como la de muchos judíos. ¿Sería polaco? Quizá hasta se llamara de verdad Stefan.

—¿Tú también te dedicas al estraperlo? —le pregunté.

Se detuvo, se puso serio y vaciló un tanto: no sabía si era buena idea revelar algo de su vida y cuánto. Finalmente respondió:

—No como tú.

¿Qué quería decir eso? ¿Trapicheaba para los jefes del mercado negro en el gueto? ¿Era un delincuente polaco que ayudaba a esa gente?

Stefan apartó el brazo de mis hombros.

—Es mejor para ti que no sepas nada más —contestó, y de pronto me dio la impresión de que era mucho mayor.

—Bueno, puedo aguantar algunas cosas —aseguré.

—Yo también pensaba eso antes —repuso.

El brillo descarado había desaparecido por completo de sus ojos. Aunque me habría gustado saber de qué hablaba, no era de mi incumbencia. Me devolvió las bolsas y me sentí aliviada: no volvería al gueto sin provisiones. Además habría supuesto un duro golpe que mi salvador me hubiese robado.

—Ahora deberíamos despedirnos —dijo Stefan.

No me gustó. Hubiera querido averiguar más cosas de él. Sin embargo, asentí:

—Sí, probablemente.

Me miró un segundo con cara de pena, como si también él lamentara que nuestros caminos se separasen allí. Se dio cuenta de que lo había calado y volvió a sonreír:

—Cuando llegues a casa, lávate.

—¿Cómo? —pregunté extrañada.

—Ese sudor huele a miedo. —Su sonrisa se ensanchó.

No sabía si reírme o darle una bofetada. Decidí hacer las dos cosas.

—¡Ay! —rio.

—Ten cuidado con lo que dices —repuse—, o te costará muchos más ayes.

Se rio más aún.

—Siempre lo he pensado: las mujeres atractivas son peligrosas.

Mierda, otra vez me sentía halagada.

Stefan me dio un beso descarado en la mejilla y desapareció entre la multitud. Y posiblemente también de mi vida, para siempre, sin que hubiera llegado a saber cuál era su verdadero nombre y sin que él supiera que en realidad yo me llamaba Mira.

Al vivir algo emocionante, a veces las sensaciones le llegan a uno mucho después, cuando se tranquiliza. Una puntiaguda espina de la rosa me pinchó ligeramente en la yema del dedo, y de pronto reviví el beso con toda intensidad. La pasión que Stefan le había puesto. Y la pasión con la que yo le había correspondido.

Estaba muy inquieta. Ese beso no podría ser más distinto del primero que me dio en su día Daniel.

Daniel.

De repente me sentí culpable. ¿Cómo podía dejarme impresionar de semejante forma por el beso de un desconocido?

Daniel era la única persona del mundo que me daba fuerzas. La persona más decente que conocía. Y siempre podía contar con él. Cosa que no podía decir de todos los demás.

A Stefan probablemente no volviera a verlo. Y aunque así fuese...

Daniel y yo. Nos iríamos juntos a América. Cuando fuera. Pasearíamos con Hannah por Broadway, en Nueva York, veríamos esa ciudad maravillosa en color. Yo sólo la conocía en blanco y negro, por las películas americanas que veíamos en el cine antes de que llegaran los nazis.

Daniel y yo nos habíamos jurado que iríamos a Nueva York.

Me dominé, reprimí todas las sensaciones que ese beso podía provocarme. Las atribuí al nerviosismo, al peligro de muerte en el que me había encontrado, y me obligué a no pensar más en Stefan. Todavía no había sobrevivido a ese día, aún tenía por delante lo más difícil: debía volver al gueto. Sin que me cogieran los soldados alemanes.

## 2

El muro que levantaron los judíos sometidos a trabajos forzados por

orden de los nazis —sí, los judíos tuvieron que construir su propia cárcel— medía tres metros. Estaba coronado con cristales, y además lo remataba casi medio metro de alambre de espino. Su vigilancia corría a cargo de tres unidades distintas: centinelas, policías polacos y, en nuestro lado de la pared, los policías judíos del gueto. Esos cerdos hacían todo lo que les pedían los alemanes para vivir un poco mejor que los demás. No había ni uno solo de fiar, ni siquiera mi encantador hermano mayor.

Los estraperlistas profesionales untaban a los centinelas en los pocos pasos que conducían al gueto: a todos los guardianes del orden les gustaba embolsarse dinero, con independencia del pueblo al que pertenecieran. Si los centinelas cobraban, los carros con mercancías podían cruzar la frontera. A menudo la comida iba oculta en un doble fondo, pero a veces también los animales que tiraban del carro eran la mercancía: cuando entraban en el gueto, los carros aún llevaban enganchados los caballos, pero poco después los arrastraban personas.

A mí no me resultaba tan sencillo entrar o salir del gueto. No tenía dinero para sobornar a tantos centinelas y —aunque tendía a flaca— era demasiado alta para colarme por uno de los estrechos pasos que se abrían bajo el muro, como hacían muchos niños que tenían que alimentar a su familia. Esos cuerpecillos andrajosos que, hiciera calor o frío o lloviese, se escurrían por resquicios de la pared, gateaban por tuberías o trepaban temerariamente el muro, rajándose las manos con los cristales, eran los tristes héroes del gueto. La mayoría tenía menos de diez años, algunos sólo seis. Pero al mirarlos a los ojos daba la sensación de que llevaban mil años vagando por este mundo. Cada vez que veía a uno de esos niños viejos me alegraba de poder ofrecerle a Hannah una vida distinta.

Todos esos pequeños estraperlistas estaban señalados por la muerte. Más tarde o más temprano los pillaría alguien como Frankenstein. Frankenstein, así era como llamábamos a un centinela alemán especialmente feroz. Sonriendo con frialdad disparaba a los pequeños estraperlistas y los derribaba del muro como si fuesen gorriones.

Para llegar a la zona polaca de la ciudad sin morir como un gorrión me servía de un sitio por el que, al parecer, muchos pasaban de un mundo a otro: el cementerio.

Muertos éramos todos iguales —aun cuando las religiones proclamaran otra cosa—, de manera que los cementerios católico y judío eran contiguos, únicamente los separaba el muro. Ruth me había desvelado

cómo salvarlo: uno de sus clientes preferidos, Szmul Aszer, el famoso gánster del gueto, había estado fanfarroneando de sus actividades delante de ella.

Salí del mercado, recorrí unas cuantas calles y entré en el cementerio católico. Allí rara vez había gente, y ese día también estaba desierto. Por aquel entonces, ni siquiera los polacos disponían de mucho tiempo para sus muertos. Aunque quizá nunca lo tuvieran.

Me dirigí deprisa hacia el muro y de camino reparé en las tumbas. Me sorprendió lo opulentas que eran algunas: más grandes que la habitación en la que vivía con mi familia. Posiblemente allí también hubiera menos cucarachas.

Mientras me abandonaba a mis pensamientos, distinguí a lo lejos un policía de azul que hacía la ronda. No podía dejar de ninguna manera que me abordara y me pidiera la documentación. No podía permitirme un carné falso como el que tenían los estraperlistas profesionales, de modo que me descubriría en el acto.

Di unos pasos más, al mismo ritmo, y me detuve ante la primera tumba con la que me topé. Dejé mis bolsas, deposité la rosa que llevaba junto a una corona y recé en voz baja. Era una buena chica católica que después de haber ido a comprar al mercado se tomaba tiempo para recordar a los difuntos. El hombre ante cuya tumba me encontraba se llamaba Waldemar Baszanowski, había nacido el 12 de marzo de 1916 y fallecido el 3 de septiembre de 1939. Posiblemente fuese soldado del Ejército polaco y los alemanes lo mataran de un disparo en los primeros días de la guerra. Así que ahora yo era la hermana pequeña de Waldemar, Dios lo tuviera en su gloria.

El policía pasó por delante de mí sin abordarme; respetaba que conmemorase a los difuntos. Cuando desapareció, respiré hondo. Por desgracia tendría que dejar la rosa en la tumba de ese desconocido. Al fin y al cabo, Stefan me había salvado la vida con ella. Volví a cogerla y acaricié la idea de llevármela al gueto. Pero sería una locura: si por casualidad volvía a cruzarme con el policía, la rosa me delataría. ¿Cómo iba a explicarle por qué no la había dejado en la tumba? Difícilmente me serviría algo como: «Bueno, es que el muerto no puede verla».

Me enfadé conmigo misma: ¡no podía permitirme el lujo de distraerme pensando en aquel chico! Dejé la rosa, dije en voz queda «Gracias, Waldemar» y fui hacia el muro que lindaba con el cementerio

judío. Eché un vistazo, pero no vi soldados ni policías. Corrí hacia un punto muy concreto señalado por unas piedras que, si se retiraban, dejaban a la vista un agujero enorme que los estraperlistas organizados utilizaban para introducir en el gueto toneladas de cosas, entre ellas incluso vacas y caballos. Quité la piedra más pequeña y miré con cuidado por el orificio. Que yo viera, al otro lado no había nadie. Me puse a apartar deprisa más piedras. Ese momento era el más peligroso: mientras las movía me podían descubrir en ambos lados, y no tendría ninguna posibilidad de librarme con una excusa ni, desde luego, de escapar.

Tenía el corazón en la boca de puro nerviosismo, y volví a sentir en la frente el sudor frío. Podían pillarme y dispararme en cualquier momento. Aunque de ese modo al menos no estaría lejos de mi tumba.

Cuando el agujero fue lo bastante grande, pasé como pude y me dispuse de inmediato a poner las piedras como estaban: por una parte, para que los centinelas no lo descubrieran en una ronda y lo condenaran para siempre; por otra, para que los estraperlistas no sospecharan que alguien más utilizaba su pasadizo y no estuvieran esperándome la próxima vez que pasara a la zona polaca. Quizá no me mataran en el acto, pero tendría que vérmelas con gente de una brutalidad extrema, como me había advertido Ruth.

El temblor de mis manos iba en aumento, estaba más nerviosa que de costumbre, probablemente debido al encontronazo con los *szmalcowniks*. Una piedra se me cayó de la mano y me dio en el pie. Apreté los dientes para no lanzar ningún sonido delator. Me entraron ganas de salir corriendo, pero tenía que cerrar el muro.

Para tranquilizarme toqué el musgo de las piedras. Era blando y húmedo. Sentí de nuevo que en el mundo aún había algo más que mi miedo. Un tanto más calmada, cogí la piedra del suelo, la mano ya no me tembló tanto, y la puse en el hueco. Sólo quedaban cinco. De repente oí rezos en la distancia, en algún lugar del cementerio se estaba celebrando un entierro. En el gueto moría gente continuamente. Sólo cuatro piedras. Uno de los dolientes estornudó. Sólo tres piedras. Oí pasos pesados procedentes de otro lado. ¿Centinelas? No me volví, hacerlo me haría perder un tiempo valioso. Sólo dos piedras. ¿Se acercaban los pasos? Sólo una. No, se alejaban. El agujero volvía a estar cerrado. Por fin.

Eché un vistazo y vi que los pasos pertenecían a dos soldados alemanes de las SS. Iban hacia el entierro, que se celebraba a unos

doscientos metros de donde yo estaba, tal vez para importunar a los asistentes. Les gustaba hacerlo.

Me agaché y me alejé del muro con mis cosas. Tres tumbas a la izquierda, dos a la derecha. Me detuve un instante, me quité del cuello la cadena con la cruz y la metí en una de las bolsas de la compra. A continuación introduje la mano en una mata pequeña, busqué a tientas un pedazo de tela y lo saqué: era mi brazalete con la estrella de David, que había depositado allí. Me lo puse en el brazo.

Ya no era Dana, la polaca.

Volvía a ser Mira, la judía.

Cualquier alemán podía hacer conmigo lo que quisiera. Y cualquier polaco. Hasta cualquier miembro de la Policía judía.

Siempre que me ponía ese brazalete me acordaba del día que tuve que llevarlo por primera vez. Tenía trece años. El gueto aún no existía, pero los judíos ya sufrían toda clase de vejaciones. En noviembre de 1939, los nazis dispusieron que todos los judíos tenían que llevar la estrella. Naturalmente ni siquiera nos dieron los brazaletes, tuvimos que hacérselos nosotros mismos o comprarlos.

El mismo día que se publicó el decreto, mi padre, mi hermano y yo nos dirigíamos al mercado bajo la gélida lluvia de noviembre. Por aquel entonces aún teníamos buenos abrigos para combatir el frío.

Hasta que llegó el soldado de las SS.

Nos salió al paso en la acera y nosotros, los niños, no sabíamos muy bien lo que teníamos que hacer, si evitarlo o saludarlo. La tarde anterior, sin ir más lejos, un amigo le había contado a mi padre que lo habían molido a palos porque se había atrevido a saludar humildemente a un soldado alemán, de manera que mi padre nos advirtió:

—Mirad al suelo.

Seguimos andando con la cabeza gacha, pero el soldado nos dio el alto y nos gritó:

—¿Qué pasa, judío, es que no saludas?

Antes de que mi padre pudiera contestar, fue golpeado. ¡Mi padre fue golpeado! Ese hombre respetable, ese médico de prestigio, ese padre al que mirábamos con profundo respeto, que era tan estricto con nosotros y parecía tan fuerte, poderoso incluso, fue golpeado.

—Disculpe —dijo mientras se levantaba como podía y la sangre del labio le caía en la barba gris.

¿Mi fuerte padre se disculpaba? ¿Por haber recibido un golpe?

—¿Se puede saber qué hacéis en la acera? —ladró el alemán—. ¡Vosotros tenéis que ir por la calzada!

—Desde luego —repuso mi padre al tiempo que nos hacía bajar de la acera.

—¡Descalzos! —ordenó el soldado.

Lo miramos sin dar crédito, y él se quitó el fusil del hombro para subrayar la orden. Miré los grandes charcos que había delante.

—Hijos, quitaos los zapatos —pidió mi padre—, y los calcetines.

Él así lo hizo, y se vio con los pies descalzos en el frío charco. Yo estaba demasiado conmocionada para reaccionar, pero mi hermano, Simon, que entonces tenía la edad que tengo yo ahora, se enfadó. La humillación que había sufrido mi padre lo hizo enfurecerse. Se plantó delante del soldado, aun siendo —como toda nuestra familia— más bien canijo, y gritó:

—¡Déjelo en paz!

—¡Cierra el pico!

—¡Mi padre le salvó la vida a un soldado alemán!

En vez de responderle, el soldado le dio en la cara con la culata del fusil. Mi hermano cayó al suelo, y mi padre y yo corrimos en su auxilio. Tenía la nariz rota y le había saltado un diente.

—¡Los zapatos!

Simon era incapaz de hacer nada salvo llorar de dolor. Era la primera vez que alguien nos pegaba. Y, encima, con saña.

Mi padre le quitó los zapatos para que el soldado no volviera a pegarle. Yo tenía tanto miedo que también me quité los zapatos y los calcetines. Ayudamos a Simon, que seguía llorando, a levantarse. Mi padre nos cogió de la mano y nos la apretó con fuerza, como si así pudiera hacernos sentir seguros. Y fuimos pisando los helados charcos, descalzos.

El soldado vociferó:

—¡Espero que hayáis aprendido la lección!

En efecto. Mi padre comprendió que los alemanes no dictaban leyes de las que pudiera fiarse. Saludar o no saludar daba lo mismo, las normas siempre se interpretaban de forma que lo pudieran martirizar a uno. Y a partir de ese instante Simon supo que no volvería a encararse con un alemán. Un golpe, un diente menos, la nariz rota, y su voluntad de resistir quedó quebrada para siempre. Yo también entendí una cosa mientras

caminaba descalza por los helados charcos, primero me empezaron a doler los dientes del frío, luego los pies se me quedaron entumecidos, y miraba a mi padre profundamente avergonzada: los adultos ya no podían protegerme.

Mi padre también lo supo, lo vi en sus ojos tristes. Y sufría por ello mucho más que yo. Me habría gustado abrazarlo, como hacía él conmigo cuando de pequeña tenía miedo por la noche. Pero ésa no era ninguna pesadilla de la que uno pudiera despertar. El soldado alemán quería que siguiéramos atravesando los charcos, arriba y abajo, a modo de espectáculo para la gente. Los transeúntes polacos, turbados, miraban hacia otro lado. Al menos la mayoría. Pero también hubo algunos que se rieron. Uno incluso gritó:

—¡Por fin están los judíos en el arroyo!

Mientras sufríamos tamaña humillación, le apreté la mano a mi padre y le dije en voz baja:

—Te quiero, pase lo que pase.

Claro que entonces yo aún no intuía todo lo que podía llegar a pasar.

Del entierro me llegaron las risotadas de los soldados alemanes. Al parecer se estaban divirtiendo a costa de los asistentes. Quizá los obligaran a bailar alegremente. Me habían contado que gastaban esas bromas de mal gusto.

Fuera lo que fuese lo que estaba ocurriendo, no podía perder el tiempo. Cogí mis bolsas y, agachada, fui de tumba en tumba hacia la salida.

Entonces uno de los soldados ordenó:

—¡Que os riáis!

Acto seguido oí la risa atormentada de los dolientes. No podía hacer nada. Esto era el gueto. Mi hogar.

### 3

No hagas caso. No hagas caso. No hagas caso.

Enfilé a buen paso las calles del gueto y, como siempre, tuve que aislarme de todo cuanto me rodeaba para poder soportar la vida en ese

lugar. Las estrecheces. El ruido. El hedor.

Allí vivían tantas personas que me empujaban constantemente. Y eso que, como todos los demás, ponía buen cuidado en no tocar a nadie. El miedo a contagiarse de tifus era enorme.

Además, el ruido era increíble, y no era por el tráfico —en el gueto no estaban permitidos los coches—, sino por la cantidad de gente que vivía, hablaba y discutía allí. Siempre había alguien dando voces, bien porque le habían robado algo, bien porque se sentía engañado por un vendedor, o lisa y llanamente porque se había vuelto loco.

Pero lo peor era el olor. A la entrada de varias casas había cadáveres, un espectáculo al que no me acostumbraba. Eran muchos los familiares que no tenían ni dinero ni fuerzas para dar sepultura a sus seres queridos, de manera que por la noche dejaban sin más a los muertos en la calle, para que al día siguiente se los llevaran de allí como si fuesen basura. Durante la noche, a los cadáveres les robaban la ropa, un pillaje que hasta yo podía entender. Los vivos tenían mayor necesidad de chaquetas, pantalones y zapatos.

Tampoco hice caso de los numerosos niños mendigos con los que me crucé. Algunos estaban agachados, apáticos, en el borde de la calzada; otros, aún con algo de fuerza, me tiraban del vestido. Por un trozo del pan que llevaba en mis bolsas se habrían sacado los ojos los unos a los otros.

¡No podía permitir que Hannah acabara siendo uno de ellos!

Pero, sobre todo, no hice caso de la manifiesta injusticia del gueto. Además de los pobres y desesperados con su ropa harapienta, también había algunos ricos a los que los primeros llevaban a comprar manjares en calesas tiradas por bicicletas. Una mujer que pasó a mi lado gritándole al demacrado conductor que se diera más prisa hasta llevaba un elegante abrigo de pieles. Y eso que hacía calor.

A pesar del hedor, en el gueto podía volver a respirar con un poco más de libertad. A pesar de la estrechez, podía moverme sin tener siempre miedo. Allí, en esas calles atestadas, malolientes y ruidosas, no me perseguían las hienas. Allí estaba con los míos. Con ellos entendía a las muchas muchas personas que intentaban conservar la dignidad en ese infierno. Vestían ropa cuidada, se lavaban e iban por la calle sin agachar la cabeza. Dispuestos a superar el día a día sin hacer daño a otros. Sin convertirse en animales.

El gueto todavía no había conseguido, ni con mucho, doblegarnos a

todos. Había incluso personas buenas de verdad, entre las cuales, claro está, yo no me contaba. Los buenos eran los profesores, los voluntarios que trabajaban en los comedores sociales y personas como Daniel. Sobre todo personas como Daniel.

Avancé entre el gentío hasta la tiendecita de Jurek, un anciano con barba que casi siempre estaba de buen humor, y uno de los pocos que apenas sufría dadas las circunstancias. Y ello se debía no sólo a que hacía provechosos negocios con las cosas que me compraba a mí y a otros estraperlistas, sino también a que ya había vivido su vida. «He pasado sesenta y siete años buenos en este mundo —me dijo una vez—, que es más de lo que tendrá la mayoría, ya sean judíos, alemanes o congoleños. Que los últimos años sean difíciles no tiene tanta importancia en el balance final.»

Cuando entré en la tienda con las bolsas —el destrozado timbre más cencerreando que sonando en condiciones—, Jurek me saludó alegremente:

—Mira, mi preferida.

Que siempre me llamara su preferida me gustaba, aunque tenía bien claro que llamaba así a todo el que le llevaba productos de buena calidad. Miré el mostrador y me fijé en el precio actual de los alimentos: un huevo, tres eslotis; un litro de leche, doce eslotis; un kilo de mantequilla, 115 eslotis; un kilo de café, 660 eslotis..., tenía que empezar a pasar café como fuera. Las ganancias eran enormes. Pero para eso necesitaba más dinero con el que poder comprarlo en el lado polaco.

Naturalmente, lo que vendía Jurek en su tienda no estaba al alcance de la mayoría de los mortales. Un trabajador que se deslomaba en las fábricas alemanas del gueto ganaba unos 250 eslotis al mes, con los que solamente podía comprar dos kilos de mantequilla y un litro de leche. Jurek miró mis bolsas y rio satisfecho:

—Ciertamente eres mi preferida.

Tal y como lo dijo, me hizo dudar un poco: quizá no fueran sólo palabras amables, quizá yo fuese de verdad a la que más apreciaba.

Después de que aclaráramos lo que quería conservar para mi familia —huevos, zanahorias, algo de mermelada, pero también una libra de mantequilla—, Jurek le dio un bocado a la tarta de hojaldre y se paró a pensar cuánto iba a pagarme. Por lo general me daba la mitad del dinero por el que luego él vendía las cosas. ¿Era justo? Sea como fuere, yo no había encontrado a nadie que me diera más. Y convertir los artículos en

dinero no era nada fácil. Cuanto más tiempo estuviesen en mi poder, tanto mayor era el peligro de que me los robaran.

Jurek sacó dinero de la caja, cubierta por una gruesa capa de polvo — no le concedía mucha importancia a la limpieza—, y me entregó los billetes. Me puse a contarlos, no fuera a ser que me timara, y me quedé sorprendida: era más que de costumbre. ¡Doscientos eslotis más! Con ese dinero sin duda podría conseguir café en mi siguiente salida. ¿Se habría equivocado Jurek? ¿Precisamente el avisado Jurek? ¿Y si le preguntaba? Decidí no hacerlo. Necesitaba cada uno de esos eslotis. Si se había equivocado, la culpa era suya. Además, podía asumir la pérdida.

—No me he equivocado —se rio él—. Está bien así.

¡Mierda! Se me veía en la cara con demasiada facilidad lo que pensaba. O al menos personas listas como Jurek o el jefe de los *szmalcownik*s podían hacerlo. ¡Eso tenía que cambiar!

—¿Me das más a propósito? —pregunté desconcertada.

—Sí, porque de verdad que me caes muy bien, Mira... —contestó el anciano, y me pasó la mano por la mejilla. El gesto no fue en absoluto obsceno, fue amable, casi paternal. No esperaba nada a cambio de ese dinero. Aparte, me había llegado el rumor de que a Jurek no le gustaban las mujeres y que más bien le iban los hombres.

—Y lo hago porque de todos modos dentro de poco el dinero no valdrá nada.

¿Por qué decía semejante cosa?

—¿Por la inflación, quieres decir? —inquirí perpleja.

En efecto, en el gueto los precios subían de mes en mes. Si a principios de año un huevo costaba un esloti, ahora había que pagar el triple.

—No, no me refiero a eso —respondió Jurek entre risas, y dijo algo que me asustó—: Quiero que por lo menos lo tengas un poco más fácil.

Casi sonó como si fuera a morir pronto. ¿Qué significaba eso? Sin duda cada vez que iba al otro lado me jugaba la vida, y ese día me había librado por los pelos, pero no moriría tan fácilmente. Tendría más cuidado aún, me prepararía mejor, no me dejaría coger nunca.

—No me pasará nada —objeté.

—No se trata de eso —repuso, lanzando un suspiro—. Esto no tardará en ponerse muy feo.

—¿A qué te refieres? ¿Has oído algo? —pregunté preocupada.

—Sí, he oído cosas, y no son nada buenas...

No quiso decir más.

—¿Qué cosas? —insistí—. ¿A quién?

—A uno de las SS con el que hago negocios.

Jurek me caía bien, pero me asqueaba que también tratase con las SS. Sin embargo, eso ahora carecía de importancia.

—¿Qué dijo exactamente?

—Fueron sólo insinuaciones, pero mencionó que nuestra apacible vida aquí habrá terminado a partir de mañana. —De pronto, el por lo general alegre Jurek rio amargamente—: Como si a esto se le pudiera llamar vida apacible.

—¿A qué podía referirse el de las SS?

—No lo sé..., pero cuento con lo peor.

Que el optimista Jurek se tomara las habladurías en serio me inquietó. Siempre circulaban rumores de que los alemanes nos matarían a todos. De que no les bastaba con dejar morir de hambre a una parte de nosotros. Pero los rumores no eran más que eso, rumores. Y por regla general Jurek no hacía caso de ellos.

—Eso no pasará —afirmé—. Porque los alemanes nos necesitan para trabajar.

Eran muchos los judíos que trabajaban de esclavos en las fábricas del gueto y producían toda clase de cosas para los alemanes: muebles, piezas de aviones, incluso uniformes para el Ejército nazi. Sería una locura renunciar a eso.

—Sí, necesitan gente para los trabajos forzados —repuso Jurek, dándome la razón—, pero no a más de cuatrocientos mil.

—Pero si hasta traen a judíos de otros lugares —seguí argumentando—. Si quisieran matarlos, se los habrían cargado hace tiempo en sus respectivos países.

A lo largo de las últimas semanas habían traído al gueto muchos judíos de Checoslovaquia y también de Alemania. Los judíos alemanes en particular no querían tener nada que ver con nosotros, los polacos. Se creían mejores. Muchos de ellos, con su estatura, su pelo rubio y sus ojos azules, parecían alemanes; algunos eran cristianos que habían tenido la mala suerte de que un abuelo al que quizá ni conocieron era judío. A estos cristianos judíos los alemanes hasta les permitieron traerse un cura, que decía misa en el gueto para ellos. ¿Cómo sería todo esto para esos

cristianos? Acudían todos los domingos a la iglesia y de golpe y porrazo los habían echado de sus casas, tenían que llevar el brazalete con la estrella y habían sido arrastrados a este infierno, y sólo porque tenían un abuelo o una abuela judíos. Sea como fuere, ese Jesús en el que seguían creyendo tenía un extraño sentido del humor.

—Desde luego, lo lógico sería matarlos donde viven —convino conmigo Jurek.

—¿Pero? —apremié.

—Los nazis tienen su propia lógica.

No pude sino recordar que el soldado le había pegado a mi padre por no saludarlo, y habría corrido la misma suerte de haberlo hecho. Ciertamente, los nazis tenían su propia lógica enfermiza.

Sin embargo, no era capaz de imaginar que pudiera suceder una catástrofe. Por eso le dije a Jurek, y sobre todo me dije a mí misma:

—No será para tanto.

Jurek esbozó una sonrisa forzada.

—¿Significa eso que quieres devolverme el dinero de más?

—Con él compraré café en el lado polaco —repuse, y me dirigí hacia la puerta.

Al oír eso, el anciano no pudo evitar reírse de verdad:

—Mira, eres mi preferida y siempre lo serás.

Salí de la tiendecita de Jurek y volví a mezclarme con la multitud. A su manera, ese gueto, con su hedor, sus estrecheces y su ruido, estaba tan lleno de vida que sencillamente no podía imaginarme que fuera a morir nunca. Algunas personas sí, puede que incluso muchas. Pero, por cada una que muriera, los alemanes encerrarían a otras tres en el gueto. Mientras hubiese judíos, el gueto seguiría existiendo.

Decidí desoír los rumores y no centrarme en la muerte, sino en la vida: dentro de nada le prepararé a mi familia una estupenda tortilla con huevos frescos.

#### 4

No había avanzado ni cinco metros cuando vi a un hombre bajito, sucio y andrajoso que daba saltitos por la calle. Era Rubinstein.

En el gueto vivían cien mil personas, pero había tres a las que todo el mundo conocía. A una de ellas se la despreciaba, a otra se la tenía en gran estima y de la tercera la gente se reía. De la que se reían era Rubinstein: iba dando saltos por la calle delante de mí como si fuera un niño. O un loco, lo que posiblemente también fuese. O un payaso, cosa que era sin ninguna duda. El pequeño zarrapastroso se acercó a mí de un salto y se me plantó justo delante, haciendo una amplia reverencia, como si él fuera un noble y yo una princesa. Y me saludó con su lema preferido: «¡Todos iguales!».

Mi sentido común me decía, cómo no, que en el gueto no éramos todos iguales, pero cada vez que se lo oía decir o chillar a Rubinstein, me preguntaba si a fin de cuentas no tendría razón. Sobre todo considerando lo que acababa de decirme Jurek: en vista del infierno que era nuestro gueto y de que al parecer nuestra muerte era inminente, ¿acaso no éramos iguales ciertamente? ¿Ya fuésemos ricos o pobres? ¿Jóvenes o viejos? ¿Ya estuviésemos cuerdos o locos?

Y ¿acaso no eran los alemanes iguales a nosotros, aun cuando tuvieran tanto poder? Al fin y al cabo, también podían morir en cualquier momento en esta guerra, que estaba bien lejos de haber terminado y con la que todavía no habían conquistado por completo el mundo.

En cualquier caso, Rubinstein era la única persona del gueto que no temía a los alemanes. Cuando se topaba con soldados de las SS se ponía a dar saltos a su alrededor, como hacía con el resto, y primero los señalaba, luego se señalaba y exclamaba entre risas: «¡Todos iguales!». Hasta que los de las SS se reían también y contestaban: «¡Todos iguales!». Bien porque les hacía gracia, bien porque en lo más hondo de su alma presentían lo que jamás admitirían: que en este mundo éramos igual de frágiles.

Así que tal vez Rubinstein no estuviera loco. Tal vez fuera sabio, porque no les tenía miedo a los alemanes. Posiblemente se riera de todos nosotros por nuestro temor, igual que nosotros nos reíamos de él por su locura.

Rubinstein miró a su alrededor como el payaso que busca una víctima en el circo para que sea blanco de sus bromas. De repente se rio, y yo seguí su mirada: en el otro extremo de la calle una patrulla de las SS hacía la ronda. Probablemente Rubinstein fuera el único judío que se reía al ver a las SS. Avanzó unos metros saltando, se plantó delante de la tienda de Jurek y soltó, pegando tales gritos que el anciano lo oyó a través de los

cristales:

—¡Hitler da asco!

Vi por la ventana que Jurek se sobresaltaba tras la polvorienta caja.

—¡Hitler hace el amor con su pastor alemán! —exclamó Rubinstein.

A Jurek le entró el pánico. A nuestro alrededor, los transeúntes procuraban alejarse de Rubinstein. Y yo también me sentía incómoda. Si los de las SS escuchaban semejante burrada...

Eché un vistazo, pero la patrulla todavía no había visto al loco (tenía que estarlo por fuerza, ¿por qué, si no, cometer semejante locura?). De manera que me quedé donde estaba, picada por la curiosidad, y olvidé una de las reglas más importantes para la supervivencia: la curiosidad nunca, nunca, es buena idea.

—¡Hitler con su chucho alborota mucho! —Rubinstein seguía en sus trece.

Jurek cogió las cosas del mostrador: jamón, pan, mantequilla. Luego salió y le puso a Rubinstein todo eso en las manos:

—¡Cállate!

A Jurek le daba pavor que los nazis dispararan no sólo a Rubinstein, sino también al dueño de la tienda ante la que se voceaban semejantes barbaridades. Aun cuando el anciano temiera que pronto acabarían con todos nosotros, no tenía ninguna gana de morir ese día.

Rubinstein sonrió a Jurek:

—También me gusta la mermelada.

—Si serás... —El anciano le lanzó una mirada asesina.

Finalmente caí: lo que estaba haciendo Rubinstein era una forma demencial de chantaje.

—También puedo decir a grito pelado que te gustaría acostarte con Hitler —añadió Rubinstein con una sonrisa aún más ancha.

El viejo tendero no logró decir palabra al oír tal desfachatez.

Rubinstein se volvió hacia los soldados, hizo bocina con las manos y empezó a gritar:

—¡Jurek se quiere...!

Los soldados de las SS nos miraron desconcertados. Ahora también yo temí por mi vida. Idiota, ¡tendría que haberme largado hacía rato!

Jurek le tapó la boca a Rubinstein con la mano a la velocidad del rayo y silbó:

—Te daré la puñetera mermelada.

El chantajista asintió satisfecho, y Jurek le quitó la mano de la boca y se llevó un dedo a los labios para pedirle que guardara silencio.

Los de las SS dejaron de observarnos y Jurek, resoplando, entró a toda prisa en la tienda y salió de nuevo a la calle con un gran tarro.

Ay, nunca me había alegrado tanto de ver mermelada.

—¡Fresa! —exclamó alegremente Rubinstein, y hundió de inmediato los dedos en el tarro, sacó un puñado de mermelada y se la metió con fruición en la boca.

Había cosas mucho más apetecibles que ver en el mundo.

Rubinstein me sonrió y me invitó a meter la mano en el tarro. Miré a Jurek: por un lado, no quería ofenderlo; por otro, hacía muchísimo que no comía mermelada. En el mercado negro costaba casi tanto como la mantequilla. El anciano suspiró:

—Venga, Mira, adelante. Lo principal es que este loco tenga el pico cerrado.

Cuando Jurek desapareció en su tienda, metí la mano en el tarro y me llevé un buen montón de mermelada a la boca. Me daba absolutamente lo mismo que Rubinstein ya hubiera hurgado con sus sucios dedos en la mermelada: estaba demasiado buena.

Y mientras saboreaba el delicioso sabor dulce, afrutado, pensé que claramente Rubinstein no estaba loco, sino que era el más listo de todos nosotros.

—Quizá deberías cogermé de aprendiz —le dije de broma.

—Te enseñaré cómo conseguir que los judíos ricos te inviten a una comida de cinco platos. —Sonrió el hombrecillo.

—Me encantaría aprender eso. —Reí.

Aprender con un demente. Y yo que quería estudiar Medicina.

Rubinstein metió la lengua en el tarro y la paseó a gusto por él. Ahora ya no estaba yo tan segura de querer comer más.

—¿De verdad crees que todos somos iguales? —le pregunté.

Él apartó la cara del tarro y replicó mientras le corrían gotas rojas de mermelada por la barbilla:

—Claro. Y también somos todos libres.

¿Estaba siendo irónico?

—Es una forma muy particular de ver las cosas —contesté.

De pronto se puso muy serio.

—No, no lo es.

Ahora no parecía un loco, ni un payaso, sino un hombre que había descubierto la verdad:

—Cada cual es libre de decidir la clase de persona que quiere ser. — Después me miró fijamente a los ojos—: La cuestión es, pequeña Mira, ¿qué clase de persona quieres ser tú?

—Una que sobreviva —respondí en voz baja, a la defensiva.

—Como sentido de la vida no me parece que baste necesariamente — repuso el payaso. Después me miró y se rio (no se reía de mí), se alejó dando saltitos con su botín y me dejó con la pregunta: ¿qué clase de persona quería ser yo?

## 5

Subí la escalera del número 70 de la calle Miła. Estaba llena de gente, no porque tantas personas quisieran ir a sus respectivas casas a la vez, no, la escalera era para muchos el único sitio donde quedarse. Familias enteras dormían en los rellanos, comían su ración de pan en los escalones y miraban aleladas por las ventanas, cuyos cristales rotos nadie arreglaba.

Cuando los nazis erigieron el gueto, les dio completamente igual que en él no hubiera sitio para tanta gente. Ni siquiera había bastantes pisos para nosotros, lo que significaba que en cada edificio vivían demasiadas personas en las habitaciones, en el desván, en la escalera, en el frío y húmedo sótano. Esa primavera de 1942, con la llegada diaria de judíos de otros países, había más todavía.

En el momento en que nos realojaron, nuestra familia tuvo la suerte —o mejor dicho, el dinero— de hacerse con una habitación propia. Antes de que nos viéramos obligados a trasladarnos al gueto vivíamos en un piso grande de cinco habitaciones, pero tuvimos que regalárselo a un matrimonio polaco sin hijos, que además se puso como loco de contento al ver nuestros muebles. Sólo se nos permitió llevarnos un carro con unas maletas, del que fuimos tirando por las calles de Varsovia en medio de una larga, tétrica marcha de miles de judíos. Nuestro avance era vigilado tras los muros por los soldados alemanes. Y muchos polacos miraban boquiabiertos desde las aceras o desde las ventanas, y parecían no tener nada en contra de que su parte de Varsovia quedase «libre de judíos».

Al entrar en nuestro nuevo hogar del número 70 de la calle Miła, mi madre rompió a llorar. Una sola habitación. Para cinco personas. Sin camas. Y con una ventana rota. A mi padre también se le saltaron las lágrimas. En los pocos días que mediaron entre el anuncio de que en las calles en peor estado de Varsovia levantarían un gueto y el día del traslado, mi padre hizo todo lo que pudo para encontrarnos un lugar donde vivir. Fue de despacho en despacho, untó a empleados del Consejo Judío establecido por los nazis y pagó miles de eslotis. De ese modo, mi padre se encargó de que en invierno no muriéramos de frío en la calle.

Sin embargo, ninguno de nosotros se mostró agradecido cuando pusimos el pie en la pequeña y desnuda habitación. Y tampoco él pudo perdonarse no haber logrado hacer más por su familia y que su querida esposa sufriera como sufría.

Cuando llegué al cuarto y último piso, abrí la puerta de una casa y primero tuve que atravesar una gran habitación en la que vivía una familia numerosa de Cracovia con la que no habíamos conseguido trabar amistad en todos esos meses. Esa gente era religiosa a ultranza. Las mujeres se cubrían la cabeza, todos los hombres llevaban barba y los tirabuzones de las sienes era tan largos que casi les llegaban hasta el cuello. Mientras las mujeres desempeñaban las tareas del hogar, los hombres se pasaban el día entero rezando. Ésa no era precisamente la idea que yo tenía de un matrimonio feliz.

Como de costumbre, las mujeres, que en ese momento batían la colada en grandes tinas, me miraron mal. Yo era joven, no llevaba pañuelo en la cabeza, tenía novio y me dedicaba al estraperlo, de manera que había bastantes motivos para que me despreciaran. Así y todo, hacía mucho que no me importaba su rechazo o que ya no intentaba ser amable con ellos.

No hagas caso. No hagas caso. No hagas caso.

Abrí la puerta de nuestra habitación. Mi madre había vuelto a echar las cortinas, sencillamente no quería que el sol entrara en la oscuridad de su vida. Cerré la puerta, descorrí las cortinas y abrí la ventana para ventilar. Mi madre profirió un leve suspiro cuando el sol entró en la estancia, pero no fue capaz de protestar con más energía. Estaba tumbada en uno de los colchones que conseguimos el primer invierno que pasamos aquí a cambio de su cadena de oro preferida, regalo de mi padre por su

décimo aniversario de boda.

Mi madre tenía el largo pelo gris pegado a la cara, la mirada perdida. Costaba creer que esa mujer hubiese sido en su día una belleza que se disputaron mi padre y un general del Ejército polaco hasta tal punto que si no se batieron en duelo fue porque ella se interpuso para proteger a mi padre del general, que era mejor tirador.

Mi madre lo amaba. Locamente. Más que a nada en el mundo. Incluso más que a nosotros, sus hijos. Su muerte la destrozó. Desde entonces, yo creía que no era muy buena idea querer demasiado a alguien.

Pero mi novio, Daniel, no opinaba lo mismo: pensaba que el amor era lo único que podía salvarnos a todos. Posiblemente fuera el último romántico que quedaba en el gueto.

Me quité el vestido bueno, lo colgué con cuidado en una percha que a su vez sujeté en un clavo de la pared y me puse la remendada blusa azul y unos pantalones negros con rodilleras. Después empecé a preparar la tortilla, al fin y al cabo Hannah saldría de la escuela de un momento a otro. En rigor tendría que haber vuelto hacía rato. Esperaba que no le hubiera ocurrido nada. Me preocupaba constantemente por la pequeña.

Mi madre no hablaba mucho y, por tanto, tampoco me hacía preguntas. Sin embargo, quería hacerla partícipe de la vida que se desarrollaba fuera, en el mundo, razón por la cual asumí su papel en la conversación de inmediato: «Bueno, ¿y cómo te ha ido el día, Mira?», me dije. «Hasta ahora muy bien, mamá», me contesté. «¿Ah, sí, Mira?», pregunté, y me respondí: «Pues sí, he ganado bastante dinero y he traído un montón de comida...».

Por un instante me planteé hablarle de los *szmalcowniks*, pero no quería que mi madre se preocupara por mí. Eso si aún era capaz de preocuparse por alguien.

Preferí contarle, sin pensármelo mucho:

—He besado a un chico desconocido.

Al oír aquello no pudo evitar sonreír. Mi madre sonreía tan poco que en mi corazón se produjo una pequeña explosión de alegría. Quería a toda costa que lo hiciera de nuevo, así que balbucí:

—Fue intenso... Y apasionado y una locura... Y también increíble...

Santo cielo, vaya si lo había sido. Increíble. Sentí de repente el absurdo deseo de volver a besar a Stefan.

Sonrió más. Era bonito. Al verla así, concebí la ridícula esperanza de

que mi madre quizá pudiera volver a ser feliz.

En ese momento entró Hannah. Impetuosa y ágil a un tiempo. Era una criatura angelical, aunque llevara la ropa andrajosa y el pelo cortísimo: el mes anterior había tenido piojos, y tuve que raparle el pelo. Lo cierto era que al ver las tijeras me esperaba que Hannah llorara y se defendiera, pero se limitó a inventar una de sus historias a partir de aquello:

—Si me dejara el pelo más largo, me haría doce trenzas largas, y entonces podría moverlas como si fuesen brazos y atrapar a la gente con ellas. Y entonces podría lanzarlos por los aires con la asombrosa fuerza de mis trenzas y sería invencible.

—Si es así —me reí—, ¿cómo es que no te opones a que te lo corte?

—Porque con esas trenzas llamaría la atención. Y los alemanes me tendrían miedo. Y vendrían a buscarme. Y aunque con mis doce supertrenzas les podría pegar e incluso podría hacer que los soldados atravesaran las paredes, ellos tienen fusiles. Y contra sus fusiles ni siquiera mis trenzas podrían hacer nada. Los alemanes me dispararían y después me cortarían las trenzas como escarmiento para todos aquellos que se dejaran crecer el pelo para convertirlo en un arma. Es mejor que me lo corte antes de que se convierta en una. O los alemanes se fijarán en mí.

Hannah prefería ser invisible a ser fuerte. En el gueto eran los invisibles, y no los fuertes, los que sobrevivían.

Dejé en la mesa el plato con la tortilla. Sin decir una sola palabra, ni saludar, Hannah se abalanzó sobre ella y empezó a comer. Mi madre se levantó trabajosamente del colchón, se sentó a mi lado en la última silla que quedaba —las otras las había quemado en la estufa el invierno pasado— y nos pusimos a comer también nosotras. Más despacio que Hannah. Nos gustaba dejarle un poco más y la parábamos antes de quedarnos sin nada.

—¿Por qué sonreía así mamá cuando entré? —preguntó la pequeña con la boca llena.

Era evidente que sus modales en la mesa dejaban mucho que desear, pero ¿quién tenía tiempo o paciencia para enseñarle modales a un niño?

—¿Qué pasa? —preguntó al ver que no le respondía, y un poco de huevo amenazó con resbalarle por la comisura de la boca. Lo atrapó justo a tiempo con la ágil lengua.

—Mira ha besado a un chico —contestó mi madre con un hilo de voz—. Y el chico no era Daniel.

Antes de que pudiera explicar que el beso no había significado nada excepto por el hecho de que me había salvado la vida, que quería a Daniel y sólo a Daniel y que desde luego tampoco significaba nada que me pusiera nerviosa al hablar de ese beso, y menos aún que además me ruborizara, Hannah dijo:

—Uy, yo también he besado a un chico.

Casi se me cayó a mí la tortilla de la boca.

—¿Que... que has besado a alguien? —inquirí.

—Después de la escuela.

Así que por eso había llegado tan tarde.

—Y ¿a quién?

—A Ben.

—¿Va contigo a clase? —quise saber, y no pude evitar sonreír. Me parecía tierno que un crío de doce años le hubiese dado un beso furtivo en la mejilla a mi hermanita.

—No —replicó.

Hablar de besos hizo que mi madre se remontara a la época en la que aún vivía mi padre y era tan feliz con él.

—Y ese chico ¿es más pequeño que tú? —le tomé el pelo a Hannah.

—No, tiene quince años.

Ahora sí que se me cayó la tortilla de la boca.

—Es muy muy majo —contó mi hermana.

¡Un chico casi tan mayor como yo y que besa a una niña de doce años no es majo!

—Y besa muy bien con lengua.

—Que ¿queéé?

—Que besa muy bien con lengua —repitió como si fuese la cosa más normal del mundo.

Todavía era demasiado joven para esas cosas, y no digamos para llegar a más. Miré automáticamente a mi madre: debía hacer algo. Lo que fuera. La madre de Hannah era ella, no yo. Pero mi madre se limitó a levantarse de la silla y volvió a tumbarse.

—Hannah —empecé mientras mi hermana echaba mano del plato de mi madre—, ¿ese chico no es un poco mayor para ti?

—No —repuso, comiendo a dos carrillos—. En todo caso un poco tímido.

—¿¿Lo besaste??! —pregunté espantada.

—¿No es lo que hacen las princesas?

—Pues no —espeté yo.

—Pues en mis historias sí —adujo Hannah con una ancha sonrisa.

Si no lo conseguían los nazis, estaba claro que esa niña acabaría llevándome a la tumba.

¿Cómo impedir que cometiera semejante disparate con un chico mayor? Necesitaba ayuda. Alguien que supiera mejor que yo cómo tratar a los niños. Necesitaba a Daniel.

## 6

De los tres hombres conocidos por todos en el gueto, él era una celebridad reverenciada incluso al otro lado del muro, en Polonia y en el mundo entero. Janusz Korczak se había inventado las historias del pequeño rey Matías, que tanto le gustaban a Hannah y que yo suponía le habían desatado la fantasía.

El anciano, delgado y con barba, regentaba un orfanato que servía de inspiración al mundo entero. Allí los niños tenían exactamente los mismos derechos que sus educadores. Cuando alguno de los adultos hacía algo mal, los niños podían llevarlo ante un tribunal e imponerle una pena. Incluido el universalmente famoso Korczak.

Yo había sido testigo de ello a principios de semana: Korczak estaba sentado en una silla ante tres críos que se hallaban detrás de sus respectivas mesitas como un magistrado y sus jueces.

—Janusz Korczak —dijo con severidad una niña que debía de tener unos diez años y que ejercía de magistrada—, se le acusa de haber gritado a Mitek sólo porque tiró un plato al suelo. Después de que usted le chillara, Mitek tenía tanto miedo que se echó a llorar. ¿Qué tiene que decir en su defensa?

El anciano sonrió compungido y replicó:

—Estaba cansado, harto. Por eso perdí el control. No estuvo bien gritarle a Mitek. Y acepto la pena que me imponga este tribunal.

Tras deliberar con los dos jueces, dos niños más pequeños todavía, la joven magistrada anunció:

—Puesto que se declara culpable, la pena será más leve. Lo

condenamos a limpiar las mesas durante una semana.

Yo en su lugar me habría negado en redondo, pero Korczak respondió con sumo respeto:

—Acepto la pena.

Se tomaba a los niños en serio, y de ese modo les confería dignidad. Una dignidad que el mundo no quería concederles.

Daniel había perdido a sus padres cuando era pequeño, habían muerto de tuberculosis; no sabía más de ellos. Había vivido casi toda su vida con Korczak, y a esas alturas era de los mayores del orfanato y asumía una gran responsabilidad por los más de doscientos pequeños. Nada más verse obligado a trasladar el orfanato al gueto, Korczak mandó evitar las ventanas que daban a la calle: el propósito era que los niños se enteraran lo menos posible de los horrores del día a día. A mí en un principio me pareció que aquello era apartarse de la realidad, pero Daniel me explicó que era mejor para la salud mental de los pequeños, y al final había tenido que darle la razón. Cuando, como en este momento, entraba en la amplia sala, siempre me impresionaba lo sano que era ese mundo: aunque las camas estaban muy juntas, la ropa era limpia; y cuando comían —como ahora, por la tarde—, todos los niños se hallaban sentados a las grandes mesas con formalidad. Y nadie comía con tanta ansia como Hannah. A esos niños no les era ajena la palabra «modales», y gracias a la buena enseñanza de la que disfrutaban con Korczak, la mayoría incluso la sabía escribir bien.

Sentado a una mesa con muchos niños de párvulos estaba Daniel. Con su aspecto no habría sobrevivido ni un minuto en la zona polaca de la ciudad: tenía una rebelde melena de rizos negros, una nariz grande y prominente y unos ojos oscuros capaces de enamorar a cualquiera.

Me lo quedé mirando mientras bromeaba con los niños. Un pequeño con un jersey demasiado grande se sujetaba la barriga de risa. Con el ruido de los platos no logré entender de qué se reían tanto. En la mesa contigua estaba Korczak, más demacrado cada día, directamente consumido. Yo sólo tenía que conseguir comida para tres personas; él, en cambio, para más de doscientas. Daniel me había contado que la semana anterior Korczak había vuelto a negociar con el Consejo Judío para que le dieran raciones extra, pero no se las habían concedido, y por eso había tenido que aceptar por primera vez donativos de estraperlistas. Antes, ese hombre tan respetable jamás se habría sentado a tratar con semejante gente, pero ahora

bailaría el tango con el mismísimo diablo para sacar adelante a sus niños.

Daniel me vio y exclamó:

—¡Mirad a quién tenemos aquí, niños! ¡Mira!

Me quedé parada en la puerta. Algunos pequeños me saludaron, pero tampoco es que estuvieran entusiasmados. Una niña de unos siete años que llevaba un vestidito de lunares rojos incluso me sacó la lengua. Yo no formaba parte de su comunidad, aunque desde hacía seis meses iba por allí con frecuencia. No era de extrañar: nunca había dado la menor muestra de acercamiento a las numerosas hermanas pequeñas de Daniel. Me bastaba con Hannah.

Esa tarde me entraron ganas de irme. Ese día se representaba en el teatro Femina —sí, en el gueto había un teatro— la obra *El amor busca un hogar*. Trataba de dos matrimonios completamente distintos que no se conocían entre sí y se veían obligados a compartir un piso pequeño. Unos son músicos, los otros forman parte de la administración del Consejo Judío. Al principio no se soportan, pero después los cónyuges de un matrimonio se enamoran de los del matrimonio contrario y surgen toda clase de enredos. Al parecer, la obra era cómica, conmovedora, también un poco triste, o al menos eso me había contado Ruth, que la había visto con Szmul Aszer, el capo, su cliente preferido. Sin embargo, resultaba totalmente impensable que Daniel quisiera ir al teatro: no tenía dinero, y no dejaría que yo lo invitase. Para Daniel, cada esloti que no iba a parar a los niños del orfanato era un esloti desperdiciado. Tampoco tenía ningún sentido discutir con él, ya lo había hecho unas cuantas veces y siempre se fastidiaba la tarde. Ésa era precisamente la desventaja de salir con un tipo decente.

Daniel me sonrió. Yo sabía que tendría que esperar a que todos los niños se hubiesen lavado y metido en la cama. A las ocho se apagaba la luz, pero Daniel siempre hablaba un poco con los que no lograban conciliar el sueño.

Podría haberlos ayudado a él y a los otros chicos mayores a acostar a la familia, pero con el día que llevaba no me apetecía lo más mínimo bregar con críos pequeños. Yo no era ni la mitad de altruista que mi novio. Ni la centésima parte de altruista que Korczak, que en ese instante le limpiaba la boca a uno de los niños y después se dispuso a limpiar las mesas, tal y como determinara el tribunal infantil. De haber sido un poquitín altruista, le habría quitado la bayeta al anciano y habría hecho yo

su labor.

Pero decidí salir de allí y me dirigí al lugar al que siempre nos retirábamos Daniel y yo para estar a solas en un mundo abarrotado: el tejado del orfanato.

Allí pasábamos las tardes juntos, por muy mal tiempo que hiciese, incluso cuando estábamos a bajo cero. Además, ¿adónde si no habríamos podido ir? La cama de Daniel se encontraba en el gran dormitorio, y en mi casa estaban mi madre y Hannah.

Hannah. ¿Cómo conseguiría que no se besara con chicos mayores?

Cuando llegué al desván del orfanato, abrí un tragaluz y salí al tejado inclinado de sucias tejas marrones. Tenía que deslizarme un poco por ellas para llegar a un saledizo de unos dos metros por dos. Ése era nuestro pequeño lugar en el mundo.

Miré hacia el muro, más allá de los tejados, y vi a un centinela que iba arriba y abajo fusil al hombro. ¿Sería Frankenstein? De haber tenido yo un fusil, podría pegarle un tiro a ese monstruo como si fuera un gorrión. De haber sabido manejarlo. Y de ser capaz de matar a otros.

¿Lo era?

No, yo no era capaz de odiar así. No sabía cómo Frankenstein podía. O los otros nazis.

Aparte de eso, la idea en sí era básicamente absurda: un judío con un fusil. Eso no existía. Y menos una judía con un fusil. Igual de realista que alemanes cantando el *Shalom aleijem*.

Empezaba a hacer frío, de manera que me puse sobre la blusa la cazadora de cuero marrón que me había traído, mi preferida. Luego me senté, dejé que las piernas me colgaran por el borde del tejado —no tenía miedo de caerme— y miré a lo lejos, hacia la zona polaca de la ciudad. Vi coches, un tranvía y un montón de polacos que aún andaban por la calle aunque ya anochecía. Incluso creí escuchar las risas de parejas que salían del cine tranquilamente. ¡Cómo echaba de menos el cine!

Había momentos en que lo que más reprochaba a los nazis era que en el gueto no hubiese películas para nosotros. El teatro estaba muy bien, pero no había nada que sustituyera al cine.

¿Qué películas estaría rodando ahora Chaplin? Me había encantado *Luces de la ciudad*. El pobre vagabundo que se encarga de que la florista ciega recupere la vista y luego ella no lo reconoce como su benefactor. Sólo cuando la chica le toca la mano se da cuenta de quién es... Con esa

película me reí y lloré, y cuando se encendió la luz me entraron ganas de ir a ver las luces de la ciudad. Quería ir a toda costa a Nueva York. Daniel me siguió el juego y se imaginó conmigo cómo sería nuestra vida en América y que subiríamos a la azotea del Empire State Building para ver hasta dónde había trepado King Kong con la mujer blanca. Naturalmente, yo sabía que Daniel jamás abandonaría a su *padre*, Korczak, y a los niños. Pese a que había prometido ir conmigo a América. También Korczak se quedaría con los pequeños pasara lo que pasase. Judíos ricos en el extranjero habían reunido dinero para sacarlo del gueto, pero él se había negado a marcharse. Los niños del orfanato eran sus hijos. Y ¿qué clase de persona abandonaba a sus hijos?

Mi padre.

El verano anterior se había tirado por la ventana. Ya no era capaz de trabajar de médico, no podía aguantar las terribles condiciones en que se hallaba el hospital del gueto. Tenía los nervios destrozados. Los ahorros se nos habían terminado, mi padre había destinado lo último que nos quedaba a sobornos para que Simon entrara en la Policía judía.

Cuando después se dio cuenta de que a su hijo no le importaba una mierda su familia y menos aún su achacoso padre, que sin embargo lo había hecho todo por él, el corazón se le partió definitivamente.

Yo todavía iba a la escuela y mi madre trabajaba en una de las fábricas alemanas el día que se suicidó. Así que llegué a casa antes que ella y lo encontré en el patio. En medio de su propia sangre, con la cabeza abierta debido al golpe. Como en trance, busqué ayuda para que se lo llevaran de allí antes de que lo viera Hannah. Cuando los enterradores retiraron su cuerpo, me quedé esperando a mi madre, que al conocer la noticia prorrumpió en un ataque de llanto, a diferencia de mí, que no pude llorar. No pude consolarla. Apenas pude hacer nada.

Salvo abrazar a Hannah cuando volvió a casa. La pequeña lloró y lloró hasta que se quedó dormida en mis brazos. La llevé a su colchón, la acosté, dejé a mi madre a solas con su dolor y salí de casa. Creía que Simon debía enterarse de que su padre había muerto. De manera que decidí ir hasta el edificio de la Policía judía, abriéndome paso entre el gentío del gueto, pero a medio camino se me quitaron las ganas. No quería entrar en esa casa horrorosa con esa gentuza con la que Simon hacía carrera.

No tenía ganas de nada.

Me senté en el bordillo. La gente pasaba por delante sin prestarme

atención. Todos excepto Daniel. No sabía si sólo llevaba unos minutos fuera del mundo o si habían pasado horas, pero de pronto lo vi sentado a mi lado. Su condición de huérfano probablemente le hiciera intuir que allí había alguien en apuros.

Hasta ese momento todavía no había podido llorar, pero cuando dejé de estar sola y ya no tuve necesidad de ser fuerte, una lágrima me corrió despacio por la mejilla. Daniel me abrazó, sin decir palabra, y secó la lágrima con un beso.

El sol se ponía sobre Varsovia, el cielo bañaba la ciudad entera de un rojo magnífico. ¿También estaría contemplando Stefan esa puesta de sol?

Mierda, ¿por qué pensaba en él? Justo cuando iba a llegar Daniel yo pensaba en ese chico del que no sabía ni cómo se llamaba ni quién era. ¿Cómo hablarle de él a mi novio? Sea como fuere, no podía ruborizarme como antes, en casa, cuando conté lo del beso.

Si me limitaba a describirle lo que había pasado, Daniel se alegraría de que me hubiera salvado la vida, pero después me pediría una vez más que dejara el contrabando, y yo le contestaría que eso era imposible, y nos pasaríamos discutiendo una buena parte del poco tiempo que teníamos para estar juntos.

No valía la pena.

Lo mejor sería que no le contara que ese día había ido al otro lado. Pero eso quizá implicara mentirle por primera vez. Y todo por un ridículo beso.

—Estás muy pensativa hoy, ¿no?

Me sobresalté. No me había dado cuenta de que Daniel había salido por la ventana. Bajó por las tejas y se acercó a mí. Me puse de pie. Lo correcto era que en ese instante le hablase de Stefan.

—¿Ha pasado algo hoy? —preguntó al tiempo que me abrazaba.

Vamos, Mira, ¡díselo!

—No, nada.

Estupendo, Mira.

—¿De veras? —quiso saber Daniel. No era nada desconfiado, tan sólo una persona empática que se percataba en el acto de cuando algo iba mal.

—Hannah ha besado a un chico mayor que ella —repose a toda prisa.

Se echó a reír.

—¿Te parece gracioso? —Me daba la sensación de que no se tomaba en serio la preocupación que tenía por mi hermana.

—No temas —sonrió Daniel—, esas cosas pasan a diario en el orfanato. No tiene por qué significar nada.

Me hablaba de manera tranquilizadora, como si se dirigiera a uno de los muchos niños de los que se ocupaba todos los días.

—Aparte de que las chicas siempre maduran antes que los chicos —añadió.

A excepción de la que tienes delante, pensé.

Mientras que mi amiga Ruth había perdido la virginidad a los trece, a mí ese paso seguía pareciéndome demasiado importante. No sabía si Daniel todavía era virgen, y tampoco le había preguntado nunca por novias anteriores, me habría puesto demasiado celosa; la pequeña egoísta que había en mí quería ser la primera para él.

Poco a poco fue oscureciendo, la luna sólo era un pequeño gajo creciente en el cielo —tres días antes había sido luna nueva—, y por toda la ciudad se fueron encendiendo las farolas. Incluso unas cuantas en el gueto.

Me besó en la mejilla.

Por regla general, eso daba paso a un beso en toda regla. Ahora a más tardar debía hablarle de Stefan.

Daniel me besó dulcemente en la boca. Con cariño, no con tanta fogosidad como Stefan. Y como precisamente estaba pensando en él no pude corresponder bien al beso de Daniel.

Mi novio me miró con sus preciosos ojos y me preguntó con ternura:

—¿Lo de Hannah es lo único que te preocupa?

Después de ese beso un tanto fallido ya no podía contarle la verdad así como así. ¿Qué le diría si me preguntase cómo había sido el otro beso? ¿Tendría que responderle: más apasionado que el tuyo?

Sólo era posible hablar al respecto si podía decirle con franqueza: «Tú besas mejor que ese chico rubio».

Así que le puse las manos en las mejillas, atraje su cara hacia mí y lo besé con todo el ímpetu y la pasión de los que fui capaz. Con más vehemencia que a Stefan. O sea, que me comporté de manera totalmente ridícula. Daniel no pudo seguirme en mi exagerada pasión. Se quedó extrañado, y volvimos a separarnos. Y él se rio con torpeza y dijo:

—A veces eres sorprendente.

—¿Eso es malo? —quise saber.

—Lo sorprendente siempre es bueno —repuso con una mueca—. Yo también lo sé hacer.

Me abrazó y empezó de nuevo a besarme. Al hacerlo, los rizos me hicieron cosquillas en la nariz. Me rasqué con nerviosismo, interponiendo así la mano entre nuestras caras, y Daniel interrumpió una vez más el amago de beso.

Así no llegaríamos a ninguna parte. Tenía que hablarle de Stefan sin más.

—Hoy... —me lancé.

En ese momento oímos un coche.

Guardamos silencio de inmediato. A los judíos no se les permitía conducir, de manera que tenían que ser alemanes.

Miramos abajo, a la calle Sienna. Un coche se detuvo atravesado delante del edificio.

En las casas, la gente reaccionó deprisa y apagó la luz. Lo principal era no llamar la atención, no dar motivos a los alemanes para que entraran en casa de uno.

Daniel y yo nos tumbamos boca abajo, por si a alguno de ellos le daba por mirar hacia arriba. Le agarré la mano, que a diferencia de la mía no estaba húmeda, sino seca y fría. Conservaba la calma mejor que yo.

Mientras el chofer permanecía en su asiento, del coche se bajaron cuatro hombres: un oficial de las SS, dos soldados y un policía judío. Este último llevaba una chaqueta azul con un cinturón negro a la altura del vientre. También podría haber sido una chaqueta marrón con un cinturón marrón. O una chaqueta negra y un cinturón blanco. La Policía judía no tenía uniforme, los nazis no proporcionaban ropa a sus lameculos, debían procurársela ellos mismos, incluida la obligatoria gorra con la estrella de David. Además de la estrella del brazalete, los policías llevaban otra, como si fuesen el doble de buenos judíos que los demás. O el doble de mezquinos.

El policía fue directo al número 4, porra en mano. Naturalmente, los alemanes no les daban a sus cómplices, seres inferiores, ni pistolas ni fusiles; no obstante, los traidores esgrimían las porras para imponer la voluntad de los invasores con igual brutalidad, pero contra los suyos.

Era incapaz de distinguir si ese policía judío era mi hermano, estaba demasiado lejos y la luz de las farolas era demasiado débil. Sea como fuere, el de ahí abajo era más o menos de su estatura. Deseé con todas mis fuerzas que no se tratara de Simon. Una cosa era saber que tu propio hermano era un cerdo y otra muy distinta, verlo detener a personas para los alemanes.

Mientras los hombres desaparecían en la casa, Daniel susurró:

—No es tu hermano.

Sabía cuáles eran mis miedos.

Clavamos la vista en el edificio número 4. ¿Cómo se sentirían los que vivían allí? Los soldados subieron la escalera corriendo, y los moradores sólo podían confiar en que no echaran abajo la puerta de su casa sino la del vecino. A alguno le tocaría.

En una vivienda del tercer piso se encendió la luz y vimos por la ventana que los soldados habían entrado. Un niño se escondió detrás de su madre mientras el de las SS le ponía la pistola en la cara a un hombre de unos cincuenta años en camiseta. El policía judío lo agarró, sin privarse de darle un golpe con la porra de paso.

Por terrible que fuera aquello, una pequeña parte de mí se sintió aliviada: con la luz del piso vi que el policía no era mi hermano. Sacaron de allí al hombre, en camiseta. Descalzo. Su mujer empezó a hablar con el soldado de las SS, la cual asintió al cabo de un rato, y siguió a los hombres junto con el niño. En ese momento no supe por qué lo hacía; sólo iban por el marido.

—Quiere acompañar a su marido a la cárcel de Pawiak —dijo en voz baja Daniel—, para ver qué le hacen.

—¿Quién es el hombre? —musité mientras en la casa, ahora desierta, la luz seguía encendida.

—Moshe Goldberg, el presidente del sindicato de peluqueros. Y, sobre todo, uno de los líderes del Bund.

El Bund era una organización prohibida de judíos socialistas. Coordinaban comedores sociales y escuelas clandestinas, y escribían panfletos contra los nazis. A mi padre no le caían bien los socialistas y nos prohibió relacionarnos con ellos, por eso apenas estaba familiarizada con el Bund y menos aún sabía quiénes eran sus líderes.

Sacaron a la calle a empujones a Goldberg, que se detuvo justo bajo una farola. Gracias a la luz pude verle la cara: tenía una expresión estoica; no quería que su hijito, al que su madre llevaba en brazos, viera que tenía miedo.

Ahora los soldados lo meterían a empellones en el coche, por cuya ventanilla el conductor, aburrido, tiró el cigarrillo. Para que la familia de Goldberg también cupiera en el vehículo, la madre tendría que acomodar a su hijo en el regazo.

El soldado de las SS se plantó delante del detenido y le dio una orden. De pronto, el rostro de Goldberg fue la viva imagen del miedo.

A mi lado Daniel tragó saliva. A diferencia de mí, daba la impresión de saber lo que estaba pasando.

—Dios mío.

A pesar de todo, él podía creer en Dios.

Eran muchas las cosas que envidiaba de él: su altruismo, su honradez; pero lo que más envidiaba era que pudiese creer en Dios. Qué bueno debía de ser hallar consuelo en un ser superior.

A mí el consuelo en esta vida me lo proporcionaba Daniel. En él podía creer. Le apreté la mano, que ahora sí estaba húmeda.

El de las SS le señaló la calle con la pistola. Como Goldberg no reaccionó en el acto, el oficial sacudió el arma enfadado.

Goldberg echó a correr. Calle abajo.

Daniel me dijo entre dientes:

—Mira, cierra los ojos.

Pero no lo entendí de inmediato, y seguí mirando: los soldados apuntaron. Goldberg corría y corría. Quería doblar la esquina de la calle Sosnowa, ponerse fuera del alcance de los fusiles. Unos pasos más y lo conseguiría. Los alemanes dispararon. Las balas le dieron en la espalda, y Goldberg cayó sobre el bordillo. En la sombra. Por eso no vimos cómo corría la sangre por la calzada.

Me mordí la lengua para no gritar, y le apreté la mano a Daniel con tanta fuerza que me faltó poco para romperle los dedos.

La mujer de Goldberg chilló; el niño lloraba. El oficial de las SS empuñó la pistola y les disparó a los dos en la cabeza.

Me mordí más aún la lengua, noté la sangre. Lloraba en silencio, tenía el cuerpo entero en tensión. Daniel me abrazó, me apretó contra él en ademán protector, como si quisiera decirme que aquello sólo había sido

una pesadilla. Cómo me habría gustado creerlo.

A lo lejos se escucharon más disparos. Ése no era un mal sueño. El soldado de las SS que había hablado con Jurek decía la verdad: nuestra «apacible» vida había terminado.

## 7

—¡Salchichas! ¡Salchichas con mostaza! —vociferaba el vendedor ambulante de la barba sucia, y al ver las salchichas se me hizo la boca agua. Y eso a pesar de que eran pequeñas y arrugadas y el hombre no las untaba de mostaza con un cuchillo sino con los dedos.

Bajo el calor estival, iba con Daniel de carro en carro, en los que por poco dinero se podían comprar alubias, sopas, tortitas de patata o salchichas embadurnadas. Las tripas me rugían, pero a esas alturas ya ni siquiera me podía permitir la salchicha más raquíica. A lo largo de las nueve semanas que siguieron a «la noche sangrienta», como fue llamada en el gueto, no volví más a la zona polaca, ya que desde aquellos días las SS no sólo perseguían a activistas clandestinos, sino que también luchaban en serio contra el estraperlo. Para subrayar su nuevo proceder, más duro, cada mañana los alemanes entraban en el gueto con un camión, arrojaban a la calle los cadáveres de los que habían cogido el día anterior al otro lado del muro y los dejaban allí tirados para que sirvieran de advertencia.

Habían prohibido entrar en el cementerio sin pase, y como no podía permitirme unos papeles falsos, no me era posible poner un pie fuera del recinto, y menos aún pasar a la zona polaca por la abertura del muro. Para entonces, salvar el muro por otro sitio se había convertido en un suicidio puro y duro: con sólo acercarse a él, los alemanes disparaban. En algunos puntos, las SS aguardaban al acecho y se dejaban ver en el momento adecuado para aniquilar a los estraperlistas con ametralladoras. Al parecer, sólo Frankenstein, o eso decían, había abatido ya a más de trescientas personas. Sin duda el número era exagerado, como exagerados eran tantos otros rumores en el gueto, sobre todo considerando que en realidad sólo tenía sobre su conciencia a setenta u ochenta personas. Si un único monstruo alemán mataba a tantos estraperlistas, o a quienes tomaba por ellos, ¿cuántos perderían la vida en el muro a manos de todos los

centinelas? ¿Doscientos? ¿Trescientos? ¿Mil?

Todo eso no me animaba precisamente a correr nuevos riesgos.

Y sin embargo...

... Las tripas me sonaban. Y las de mi familia.

—Tengo que intentarlo... —le dije a Daniel con una resolución mucho mayor de la que sentía en realidad.

Está claro que mi novio sabía a qué me refería. Habíamos hablado a menudo al respecto, ya casi no había otro tema de conversación, y habíamos discutido hasta cansarnos. Por ese motivo no repitió ninguno del sinfín de argumentos que tenía en contra de lo que yo pretendía hacer, y que ya había esgrimido un centenar de veces. Ni tampoco me advirtió que «ahora disparan incluso a policías judíos que se dejan sobornar», ni que «la semana pasada mataron hasta a dos embarazadas»; se limitó a mirarme y me rogó encarecidamente:

—No lo hagas.

—Para ti es fácil decirlo —repuse airada—, Korczak se ocupa de vosotros, seguís comiendo con regularidad.

—No es que sea mucho —contestó Daniel sin levantar la voz.

A mi lado, un hombre con un traje gris mordió con fruición una salchicha con mostaza. Verlo me hizo sentir más hambre y, por consiguiente, me enfureció más, razón por la cual contesté a Daniel con demasiada dureza:

—Pero por lo menos tenéis de comer.

Acto seguido lamenté mi reacción, pues sabía que las raciones del orfanato tampoco bastaban para que todos quedaran saciados.

No era buena idea discutir cuando se tenía hambre y alrededor olía a comida. Me contuve y añadí un poco más tranquila:

—Sólo puedo comprar el pan más barato para mi familia. —Y señalé la hogaza gris que había comprado un poco antes—. Con tanta cal y tanto serrín casi no lleva harina de verdad.

—Si te pegan un tiro, no podrás comprar pan de ninguna clase —arguyó Daniel con toda la calma del mundo.

Era inmune a los olores de comida que nos rodeaban. Al ser huérfano, se había acostumbrado desde pequeño a la penuria y, por ello, aguantaba mejor el hambre que yo, la hijita mimada de un médico. ¿Por qué no podía ser tan fuerte y paciente como él? Desde luego tenía razón: si yo moría, todo empeoraría aún más para Hannah y mi madre. Pero si no hacía nada,

mi familia moriría de hambre de manera lenta pero segura. Cuando se me acabara el dinero, y eso sucedería como muy tarde la semana siguiente, ni siquiera podríamos permitirnos pan de serrín. ¿Qué podía hacer? ¿Qué?

—Además —Daniel me sonrió con picardía—, como te peguen un tiro, te mato.

No pude evitar reírme:

—Tienes una bonita forma de decir que me quieres.

—Yo al menos lo digo —se le escapó, y a continuación se esforzó por revestir con una sonrisa encantadora el reproche que encerraban sus palabras: en efecto, yo aún no había pronunciado la breve pero decisiva frase: te quiero. Precisamente porque había visto en mi madre lo devastador que era el amor.

Durante todos los meses que llevábamos juntos, Daniel había esperado pacientemente que se lo dijera. Daba la impresión de que poco a poco el hecho de que no hubiera sido así empezaba a carcomerlo.

Y era algo feo por mi parte. ¿Qué me costaba decir *te quiero*? Al fin y al cabo sólo eran dos palabras. Y Daniel era el puntal de mi vida. Sin él me habría vuelto loca hacía tiempo.

Decidí decírselas. Ahora. Ya. Cogí aire como si quisiera aguantar bajo el agua y al echarlo solté:

—¿Sabes? Te...

Ahí se quedó la cosa. Porque yo, tonta de mí, no era capaz de decirlo.

—¿Sí...? —inquirió.

—Te... —pugnaba por pronunciar las palabras. ¿Por qué demonios me costaba tanto?—. Te...

—¡Ladrona, ladrona! —oímos gritar de pronto a una mujer.

Una niña escuálida, que no tendría más de siete u ocho años, pasó corriendo por delante de nosotros. Llevaba una gorra demasiado grande en la cabeza y una camisa de hombre —que en su día debió de ser blanca y ahora estaba hecha una auténtica porquería—, sin pantalones debajo. Ni siquiera tenía ropa interior, como se podía ver con claridad dado que la camisa se le subía por detrás al correr y se le veía el trasero. Sujetaba con las pequeñas manos, casi negras de lo sucias que estaban, una escudilla de hojalata abollada llena de puré de alubias, y se abría camino a toda prisa entre la multitud. La seguía una anciana con una falda andrajosa y un pañuelo en la cabeza. Me fijé en que le faltaban dos dedos en la mano derecha, pero así y todo tenía más dedos que dientes.

La niña volvió la cabeza para ver dónde estaba la anciana y se dio contra las piernas de un transeúnte que se puso a echar pestes: ¿es que no podía tener cuidado, maldita sea? La colgaría de una farola si no fuera una lástima por la cuerda. Gracias a ello la anciana le dio alcance. La pequeña famélica, presa del pánico, dio unos pasos más, pero la vieja la cogió por el borde de la camisa, debido a lo cual la niña tropezó, perdió el equilibrio y cayó al suelo con el tazón. El puré fue a parar a la calle.

—¡No, no! —exclamó horrorizada la mujer.

La niña, sin vacilar un segundo, se puso a lamer a toda prisa el puré de la sucia calle. Como si fuera un perro callejero.

La vieja empezó a pegarle:

—¡Ladrona, ladrona, ladrona, eres una ladrona sinvergüenza...!

Pero la niña no notaba los golpes, engullía el puré lo más deprisa que podía.

La mujer se quedó sin fuerzas, dejó de pegar a la niña y comenzó a sollozar en voz queda:

—Era todo el dinero que tenía..., lo último que me quedaba...

Observé a la pequeña ladrona, que se llenaba el buche como buenamente podía, y me pregunté qué haría yo cuando se me acabara el dinero y tuviera tanta hambre como ellas dos. ¿Robaría a otros? ¿Les pegaría? ¿Comería del suelo?

Daniel me rodeó con un brazo y me dijo con dulzura:

—Tú nunca estarás tan desesperada.

Ciertamente, sabía cuáles eran todos mis miedos.

—No, no lo estaré... —respondí, y de pronto también tuve esa certeza, ver a esa niña que parecía un perro hizo que lo tuviera definitivamente claro: no podía seguir más tiempo sin hacer nada.

Tenía que volver al estraperlo. Pero no como antes. Con más picardía. Y, sobre todo, nunca más sola.

No podía permitir que Daniel se enterase. Ni quería que se preocupara ni me apetecía pelearme por eso con él ni un solo segundo.

—Conozco esa mirada —afirmó Daniel.

—¿Cuál?

—Esa mirada, que me dice que tramas algo muy muy imprudente.

—No tramo nada —mentí.

—¿Me lo juras?

—Te lo juro.

No me creyó.

—En el orfanato, cuando estoy con los niños, siempre miro si cuando juran tienen los dedos cruzados a escondidas —dijo risueño.

—Yo no soy una niña.

—A veces, sí.

Había momentos en los que no soportaba su forma de hablarme, como si fuera varios años mayor que yo en lugar de tan sólo siete meses.

—Como vuelvas a llamarme niña me voy a casa.

—Vale —contestó, como si no quisiera llevar la cosa al extremo—. Entonces me puedo creer tu juramento...

Me dirigió una mirada escrutadora.

—Te lo puedes creer, sí —respondí con voz firme. Incluso conseguí esbozar una sonrisilla candorosa para resultar especialmente convincente.

Daniel titubeó y después asintió, como si hubiese decidido fiarse de mí. En ocasiones, de los dos el ingenuo era él, y eso hacía que fuera todavía más encantador.

—Tengo que volver al orfanato para preparar la comida —dijo, aunque no quería separarse de mí.

Le di un tierno beso en la boca para que le resultara más fácil. Entonces sonrió, se despidió también con un beso y se fue tranquilo, firmemente convencido de que volvería con mi familia a la calle Miña, cuando en realidad me fui a ver a Ruth. Al desacreditado hotel Britannia.

## 8

En el letrero luminoso, que anunciaba hasta de día el nombre del establecimiento con una luz roja, la H de Hotel titilaba. Bajo la H había un portero hercúleo. A pesar del tiempo veraniego que hacía, llevaba un gabán largo, como si se considerara un gánster importante. Y eso que sólo era un simple matón al servicio de los verdaderos jefes del gueto, hombres con los que Ruth se metía cada noche en la cama.

El portero se encargaba de que no entrara cualquiera a ese bar con burdel anexo. Por delante de él solamente podía pasar quien tenía mucho dinero y además estaba dispuesto a gastarlo en alcohol y sexo. O, eso esperaba yo, quien tenía una amiga que trabajaba allí.

Fui directa a él y le dije:

—Buenos días, soy amiga de Ruth.

El hombre hizo como si yo no existiera.

Desde luego no era la reacción que me esperaba.

—Me gustaría verla —insistí.

—Y a mí me gustaría poder volar.

Portero y humorista. Una combinación extraña. Y nada buena.

—Ruth me está esperando —mentí.

El tipo volvió a hacer como si yo fuese invisible y centró su atención en dos soldados alemanes de las SS que iban por la otra acera con el fusil al hombro, comiendo un helado. Se me cortó la respiración. Aunque estaban enfrascados en su helado y no nos hacían ni caso, me daban miedo. Yo no era ningún Rubinstein capaz de reírme en su cara. Nadie era Rubinstein salvo el propio Rubinstein.

El portero saludó a los soldados con un movimiento de cabeza, y ellos le devolvieron el saludo con cara de aburrimiento. Ese intercambio de gestos no me chocó. Los alemanes recibían de los delincuentes judíos su parte de los ingresos, y naturalmente los soldados también acudían al burdel. Tampoco eran tan superiores como para no querer satisfacer su apetito con una judía. ¿Se acostaría Ruth también con alemanes...?

No quería pensar en eso.

Aunque el portero se esforzaba en parecer relajado, vi el temor en sus ojos. Desde «la noche sangrienta», las patrullas de las SS mataban a tiros a judíos sin razón alguna, sólo por diversión. Y no hacían excepciones ni siquiera con los gánsteres. Ni tampoco con los niños. El día anterior, sin ir más lejos, un soldado de las SS había liquidado a tres críos delante del hospital Bersohn y Baumann. Me lo había contado una de las mujeres de Cracovia: sí, corrían unos tiempos tan inseguros que nuestros religiosos convecinos no sabían qué hacer con sus miedos e incluso hablaban con una «perra» como yo. Los niños estaban sentados sin más delante del hospital, y el de las SS les disparó a los tres sin motivo. Cuando me enteré, me entraron ganas de encerrar para siempre a Hannah en nuestro agujero de la calle Miła.

El portero exhaló un suspiro de alivio en voz queda, pero claramente perceptible, cuando los soldados se alejaron. Comprendí que su miedo era mi oportunidad. Di un paso más hacia él, me planté delante —le llegaba justo por la barbilla—, lo miré y sonreí:

—¿Sabes cómo hace Rubinstein para que le den comida?

Al hombre le desconcertó la pregunta, tanto que olvidó por completo tratarme como si no existiera, y repuso:

—Claro que lo sé, pero ¿qué significa...?

—Podría ponerme a gritar ahora mismo que Hitler estaría mejor muerto —aseguré, la sonrisa más ancha aún.

—No... no lo harías. —El miedo volvió a aflorar a sus ojos.

—Rubinstein me estuvo enseñando —afirmé entre risas, y di unos saltitos frenéticos en la calle tal y como hacía el payaso del gueto.

El hombre ya no sabía cómo tomarse aquello.

A continuación me puse a saltar justo delante de él y me reí:

—¡Todos iguales!

No resulté convincente del todo en mi papel de loca, pero tampoco era necesario. Bastaba con seguir confundiendo al tipo lo suficiente para que no quisiera correr ningún riesgo.

—¿De verdad eres amiga de Ruth? —preguntó con tono vacilante.

—Eso he dicho.

—Bueno, no creo que pase nada porque entres a ver a tu amiga.

—No, no creo —sonreí.

Pasé por delante de él, subí los dos escalones y entré en el hotel Britannia.

## 9

A la entrada había un guardarropa desatendido. Seguí adelante y me metí en el bar tras apartar unas pesadas cortinas de terciopelo rojo. Allí la luz era crepuscular, por lo visto no querían que se colara ni un solo rayo de luz por las ventanas. El aire estaba cargado de humo de tabaco, y aunque los clientes se dejaban allí mucho dinero, el mobiliario estaba en bastante mal estado. Una de las tres arañas colgaba torcida del techo, la madera de la barra estaba astillada en muchos sitios y los manteles de las mesas tenían tanta mugre que casi cabía sospechar que la última vez que los habían cambiado había sido antes de que estallara la guerra. Pero los hombres, que ya a esa hora de la tarde bebían vodka, no acudían allí por la tela de las mesas sino por las mujeres jóvenes, que los engatusaban y

bebían alcohol con ellos. Eran unas bellezas, ninguna estaba consumida por el hambre como yo, todas tenían formas femeninas. Como es natural, las putas iban maquilladas, la mayoría de manera demasiado llamativa, aunque una pelirroja que se hallaba sentada a una mesa junto a la entrada llevaba un rojo de labios de un gusto exquisito y un colorete nada corriente. Hasta le habría envidiado el maquillaje —permitirme semejante lujo era completamente inconcebible— de haber estado su cuerpo cubierto por algo más que por un salto de cama y unos pantis negros. Y de no estar dejándose sobar por la mano carnosa de un hombre gordo que al parecer confundía sus senos con una pasta de amasar.

Aunque el ambiente del establecimiento tendría que haberme resultado angustioso, lo cierto es que me alegró el corazón. Ello se debió a una cantante con un vestido de noche rojo que, acompañando a un pianista que parecía aburrido, cantaba con voz aguardentosa:

—*Night and day, you are the one, only you beneath the moon or under the sun...*

¡Era música americana!

Estaba prohibida en todas partes y allí la tocaban. Me sacó del hotel Britannia, del gueto y de Polonia. Me alejó de la guerra, el hambre y el dolor. Me llevó al otro lado del Atlántico, a Nueva York.

Soñé despierta que bailaba elegantemente con Daniel por Broadway, pasaba por delante de americanos que también daban vueltas en parejas, como Fred Astaire y Ginger Rogers en los musicales. El hecho de que en realidad yo no supiera bailar, que nunca hubiera aprendido a hacerlo y que en la vida real posiblemente me tropezara con mis propios pies incluso en los pasos más sencillos, no tenía ninguna relevancia en mi sueño. En él yo llevaba un vestido blanco y Daniel chistera, un frac negro, una pajarita negra y una bufanda de seda blanca que quedaba perfecta con todo lo demás. Sin embargo, volví a recordar nuestra disputa de antes, y pensé que Daniel probablemente no bailara conmigo ni en Broadway ni en ningún otro lugar si llegaba a enterarse de que estaba en el hotel Britannia. Y de pronto mi pareja de baile de ensueño se convirtió en Stefan.

—*Think of you day and night, night and day...*

En mi fantasía ahora bailaba grácilmente con Stefan, aunque no lo había visto en todas las semanas anteriores, y aunque me proponía una y otra vez no pensar en él y me sentía mal con Daniel porque volvía a hacerlo cada día.

Ordené al danzarín Stefan que se convirtiera en Daniel. Se negó.

—*Till you let me spend my life making love to you, day and night, night and day...*

La cantante dejó de cantar, el pianista aporreó las últimas notas de la canción, pero mi sueño aún no había terminado: estaba en brazos de Stefan.

Me zafé de su abrazo haciendo uso de toda mi fuerza de voluntad y corrí hacia Daniel, que ahora se encontraba con su ropa de siempre delante de un cine de Broadway en el que ponían *Luces de la ciudad*. Abracé a Daniel con ganas. Porque me remordía la conciencia, pero también porque era mi puntal, mi vida, mi amor. Y le dije, en parte avergonzada, en parte porque lo sentía, la frase que en la vida real no era capaz de decirle: «Te quiero».

—¿Se puede saber dónde estás, Mira? —rio a mi lado alguien mientras el pianista acometía *I get a kick out of you* y la cantante echaba un trago de vodka en la barra y se encendía un cigarrillo: no era de extrañar que tuviera la voz tan bronca.

Era Ruth, que estaba a mi lado. Llevaba un salto de cama rosa, unas medias de rejilla negras y ligas negras, e iba tan maquillada que aparentaba muchos más de dieciséis años. Pero en el gueto ¿quién parecía más joven de lo que era?

—Y, mucho más importante, ¿qué demonios estás haciendo aquí?

Mientras yo volvía a la realidad, le hizo una señal al camarero, que silbaba la melodía de *I get a kick out of you*. Sin preguntar nada, éste le sirvió champán de inmediato. ¿O acaso era vino espumoso barato? La verdad es que yo no estaba nada familiarizada con esas bebidas: aparte de vino tinto en la festividad de Pésaj nunca bebía alcohol. Fuera lo que fuese la bebida, a juzgar por el aliento de Ruth, no era la primera copa que tomaba ese día. Ni tampoco la segunda ni la tercera. Probablemente ése fuera el motivo de que se riese de manera tan artificial.

—Mira, no querrás trabajar aquí...

—¡No, no! —la interrumpí antes incluso de que pudiera expresar del todo la espantosa idea.

—Bien, porque eres demasiado fea —opinó mi amiga.

—Muy amable —repuse.

—Muy cierto —afirmó.

Desde luego tenía razón: con la belleza de las mujeres de ese sitio, a las que ni siquiera afeaba la pinta de fulanas que gastaban, no podía

competir.

—Entonces ¿a qué has venido? —quiso saber Ruth, y bebió un sorbo de la copa.

—Quiero entrar a formar parte de una banda de estraperlistas.

Ruth se atragantó con el champán.

Mientras tosía, pregunté:

—¿Me puedes presentar a alguien con quien pueda hablar al respecto?

Ella vaciló.

—Por favor.

A todas luces mi amiga no lo consideraba muy buena idea. Probablemente no lo fuese.

—Como amiga —pedí de todas formas.

Yo era la única persona de su antigua vida que aún hablaba con ella, y no quería perder mi amistad, de manera que repuso:

—Como amiga.

## 10

Szmul Aszer lucía un bigote tan poblado que en él podrían haberse escondido ratones. Tenía la cara llena de cicatrices. Siendo como era un tipo violento, uno sabía que quienes le hubiesen dejado esas cicatrices habrían salido mucho peor parados. Posiblemente no siguieran vivos.

Aszer era el cabecilla de una banda de ladrones y estraperlistas llamada Jompe, y Ruth era su puta preferida; sí, al parecer incluso la quería, según me contó ella una vez rebosante de orgullo, lo cual me causó una sensación desagradable. Por un lado por ser ella tan crédula y, por otro, por el hecho de que Aszer y tantos otros clientes prefiriesen a menores de edad.

Pero yo no era de la clase de menores de edad que le gustaban a Aszer, era demasiado huesuda para él. Estábamos sentados a una mesa en un rincón del bar, Aszer con la espalda contra la pared, como los bandidos de las películas del Oeste, que siempre temen que alguien les dispare por detrás.

La cantante seguía bebiendo en la barra, el pianista aporreaba las teclas y Ruth se mecía en las rodillas de Aszer, pegando su mejilla a la de

él. El hombretón, que apenas reparaba en sus caricias, me preguntó:

—¿Cómo podría ayudarme alguien como tú?

—Tengo experiencia de estraperlista —respondí, por desgracia con una voz mucho más insegura de lo que pretendía.

—¿Qué experiencia? —quiso saber.

Ruth me miró muerta de miedo. Si le hablaba del cementerio, Aszer sabría que mi amiga me había revelado una de sus rutas de contrabando. Y eso sería peligroso para ella.

Me contagió su miedo. Agarré el mantel, pasé los dedos por unos agujeritos hechos por quemaduras de cigarro, toqué migas de pan de restos de comida y volví a tranquilizarme un poco.

—Salto el muro —mentí, ya que en realidad nunca lo había saltado.

Ruth puso cara de alivio al ver que no la había delatado.

Aszer no se percató de su reacción, como tampoco se dio cuenta de que ella le hacía más arrumacos aún: sus ojos seguían clavados en mí.

—¿Por dónde?

—Casi siempre por Stawki, cerca de Pokorna —continué mintiendo.

—Hay sitios menos peligrosos —comentó él.

—Ya no existen sitios que no sean peligrosos —objeté yo.

—Los sitios menos peligrosos están allí donde hemos sobornado a los centinelas —repuso Aszer.

—Y precisamente porque debido a ello ya no puedo trabajar sola quiero unirme a vosotros —argüí, conforme a la verdad.

—Eres muy valiente metiéndote aquí sin más y pidiendo formar parte de mi banda.

No supe juzgar ni por su tono de voz ni leer en su cara si estaba impresionado con ese valor o si mi comportamiento le resultaba ofensivo.

—Nos hace falta gente. La semana pasada perdí a algunos hombres.

Aunque dijo «algunos», tuve claro que se refería a un montón. Por una parte, eso hacía que aumentaran mis posibilidades de que me diera trabajo; por otra, me impuso respeto; no, miedo. Ni siquiera siendo miembro de la tristemente célebre banda de Jompe era fácil sobrevivir ya de estraperlista.

—Pero ¿por qué tendría que aceptarte precisamente a ti? —planteó Szmul mientras el camarero le servía una taza de café negrísimo.

—Porque soy buena —le contesté.

—Hay otros muchos que también se creen buenos. Dame otro motivo.

Lo busqué, pero no se me ocurrió ninguno. ¿Qué podía ofrecerle yo al

jefe de unos bandidos?

—Porque si lo haces yo seré especialmente buena contigo —intervino Ruth, acariciándole la mejilla.

—Es lo que tienes que ser —espetó él.

—Pero si lo hago por amor será aún mejor para ti.

Eso convenció a Aszer, que —al parecer, igual que Ruth— por «amor» entendía algo completamente distinto que yo. Le dirigió una sonrisa radiante a mi amiga, bebió un trago de café y dijo:

—Bienvenida a la banda de Jompe.

—Gracias —respondí. Lo observé un instante y después miré a Ruth, pues era a ella a quien estaba agradecida.

—Empezarás esta noche —ordenó Aszer—. A las cuatro y media. Zimna esquina Żelazna.

¿Esa noche ya?

Era antes de lo que esperaba. O deseaba. De manera que dentro de unas horas tendría que pasar el muro. Y confiaba en no dejarme la vida en él.

## 11

Entré en el hotel Britannia siendo una chica hambrienta y salí de él siendo miembro hambriento de una banda. El portero me miró con recelo, pero consideró más prudente no dirigirme la palabra y se sintió visiblemente aliviado cuando me fui sin hacer ninguna locura a lo Rubinstein.

El sol me cegó, y mis ojos tardaron un poco en acostumbrarse de nuevo a la luz. Sólo entonces pude medio respirar —incluso el aire maloliente del gueto me pareció fresco en comparación con el humo del bar—, y en ese momento caí en una cosa: Aszer no me había dicho qué iba a pasar de estraperlo exactamente ni cuál de sus hombres se reuniría conmigo esa noche en el muro.

Por un breve instante me planteé volver para preguntarle cuál era exactamente el plan. Pero a alguien como Aszer era mejor no exasperarlo, razón por la cual decidí irme a casa con mi pan de serrín. Pero no directamente.

Siempre que tenía tiempo daba un rodeo por el mercadillo de libros. Me encantaba revolver en las cajas y en las maletas donde la gente vendía sus volúmenes. Entre ellos también había obras de autores que los nazis habían prohibido: Thomas Mann, Sigmund Freud, Karl Marx, Erich Kästner... Pero lo mejor era que incluso había libros en inglés. Con ellos aprendía el idioma por mi cuenta; al fin y al cabo, en el caso no muy probable de que algún día llegara a ver las luces de la ciudad, quería poder hablar con los americanos.

Al principio sólo compraba libros ilustrados con poco texto: *Blancanieves*, *Caperucita Roja*, *Winnie the Pooh*, pero ahora me atrevía incluso a leer novelas policiacas enteras. Las que más me gustaban eran las de Dorothy L. Sayers protagonizadas por lord Peter Wimsey, aun cuando en mis fantasías sólo me trasladaran a Inglaterra y no a Nueva York.

Me detuve delante de una gran maleta de viaje que estaba en un bordillo y que a juzgar por las numerosas pegatinas de países lejanos había corrido más mundo del que yo vería nunca. La maleta estaba llena de libros ingleses; su propietario era un hombre demacrado con una perilla fina y los ojos claros. Estuve revolviendo un poco, y entre libros puramente intelectuales que ni siquiera habría entendido en polaco había una novela de lord Peter Wimsey: *Murder Must Advertise*.

No sabía lo que significaba la palabra *advertise*, pero ya lo averiguaría cuando leyera el libro. Ahora sólo tenía que negociar bien para conseguir llevarme la novela sin pagar nada de dinero. Las perspectivas no eran malas: los libros eran la única cosa en el gueto cuyo precio bajaba día tras día.

Observé al vendedor. Sin duda, al igual que tantos otros allí, ese día aún no se había deshecho de un solo libro. Y seguro que, como todos nosotros, tenía hambre.

Cogí la novela:

—Te doy un trozo de pan por ella.

El hombre estaba demasiado cansado para ponerse a regatear conmigo. Se acarició la perilla y asintió. Justo cuando iba a sacar la hogaza de la bolsa para partir un pedazo vi a... ¡Stefan!

Pasó deprisa por delante del vendedor de libros, por la acera, sin mirar hacia donde yo estaba. Por un momento pensé que la vista me había jugado una mala pasada. Sólo al cabo de unos segundos me di cuenta de que aquel joven rubio con el traje gris era realmente él. Pero ya había doblado la

esquina y se había metido en una bocacalle.

Dejé a toda prisa el pan en la bolsa, hice a un lado al vendedor para subirme a la acera desoyendo su «Pensaba que me ibas a dar algo de pan», y seguí a Stefan.

Cuando di la vuelta a la esquina, él ya había llegado al final de la calle y desapareció tras la siguiente esquina. Fuera adonde fuese, tenía prisa. Eché a correr y abrigué la idea de llamarlo. Sin embargo, dudaba que respondiera al nombre de Stefan, a fin de cuentas no era el suyo. Y temí que además pudiera salir corriendo. Aunque no sabía nada de él, tenía claro que se dedicaba a algo ilegal.

De modo que doblé en silencio la esquina siguiente y me encontré en un callejón desierto en cuyo extremo se alzaba una valla que separaba la calle del cementerio judío. No se veía a Stefan por ninguna parte. ¿Habría saltado la valla?

Eché a correr callejón abajo y miré por la tela metálica, pero no vi a nadie en el cementerio. ¿Dónde se había metido? Difícilmente podía haber desaparecido dentro de una tumba.

Sopesé un instante saltar la valla, pero existía el peligro de que los alemanes me pillaran sin pase. Aunque quería volver a ver a Stefan, no me apetecía jugarme la vida por ello. Ya era suficiente con tener que subir esa noche al muro. Madre mía, ¿cómo me había metido en semejante embrollo? Me sentía enferma sólo de pensar que tendría que salvar los cristales y el alambre de espino.

Miré una vez más por la valla, pero no había ni rastro de Stefan. Me aparté de allí y enfilé el callejón de nuevo. Muy despacio. Volví la cabeza cuatro, cinco veces, siempre con la vana esperanza de verlo por el cementerio. Empecé a sospechar que no había saltado. Pero, entonces, ¿dónde se había metido?

Me detuve. Tenía sed. La última vez que había bebido algo había sido por la mañana, mi nuevo jefe no me había ofrecido nada en el hotel Britannia. Algo de agua habría estado bien; zumo de manzana, mejor aún. Fruta y agua mezcladas, divino. Mucho más divino que Dios, que a mis ojos andaba bastante falto de divinidad.

Me quedé plantada en mitad de la calle, observando los edificios, que se hallaban completamente deteriorados, peor incluso que en el resto del gueto. Casi todos los cristales estaban rotos, los muros desconchados en numerosos lugares, y a una casa le faltaba incluso el tejado. Los carros de

combate alemanes habían hecho allí un trabajo redondo.

Reparé en una puerta abierta; conducía a una casa que amenazaba ruina y que, cabía suponer, se desplomaría dentro de unas semanas o meses. ¿Se habría metido ahí?

Aunque fuese poco probable, decidí entrar al tuntún. Ello haría que no pensara no sólo en la sed sino tampoco en el miedo de subirme al muro esa noche. Y quizá, quizá, hasta encontrara a Stefan.

Entré y empecé a subir por la escalera, que olía fatal. También allí vivía gente, pero la de ese edificio sólo vegetaba, ya ni siquiera se molestaba en retirar sus excrementos.

En el primer descansillo había un hombre tumbado consumido que únicamente miraba a la nada. Parecía muy viejo, aunque era posible que no llegase a los cuarenta años. El hombre ni me vio, y no tenía ningún sentido preguntarle si había visto pasar a un chico rubio. Lo que fuera que viese con esa mirada perdida no existía en este mundo.

Continué subiendo, dejando atrás a personas que no se encontraban en condiciones de hablar. Aunque el olor de los excrementos hizo que se me revolviere el estómago, quería seguir buscando a Stefan. Durante nueve semanas me había imaginado cómo sería volver a verlo, siempre atormentada por los remordimientos de conciencia debido a Daniel. Ahora no quería irme a casa con la sensación de no haberlo intentado todo.

En el primer piso había tres puertas. ¿Y si llamaba sin más y, cuando me abrieran, preguntaba por un joven rubio?

Una de las puertas estaba entreabierta, la cerradura había sido forzada. Posiblemente una banda de ladrones hubiese ido allí a dar un golpe. Aunque, ¿qué podrían sacar de ese sitio?

Empujé la puerta con suavidad y se abrió un poco. No me recibió un hedor a excrementos, el piso sólo olía a cerrado.

Por la rendija vi el pasillo: vacío. No había muebles, tan sólo el suelo de madera oscura estropeada y un descolorido papel de pared gris con flores. ¿Y si entraba? ¿O mejor me quedaba fuera? ¿Irme a casa de una vez, a saciar la sed, enfadarme por haber visto a Stefan y haberlo perdido en el acto, después no poder dormir debido a ello y morderme las uñas hasta hacerme sangre por lo que me esperaba esa noche en el muro con la banda de Jompe?

Estaba más que claro: tenía que entrar.

Abrí más la puerta y me metí en el pasillo vacío. No se oía nada: ni

pasos ni ningún movimiento. Si había alguien, debía de estar dormido. De día.

Abrí la primera puerta del pasillo y entré en una habitación prácticamente vacía. Ahí era donde antes en muchas casas —cuando en un piso así sólo vivía una familia —se encontraba la cocina. Pero en ésta ya no había fogones ni armarios ni vajilla. En cambio, en medio se veía una vieja prensa. Y al lado, en el suelo, periódicos amontonados. Aunque lo de periódicos era un decir, pues más bien se trataba de octavillas de ocho caras de pésima calidad; en este caso, de copias de la revista clandestina *Novedades*, una de las numerosas hojas volantes ilegales que se encontraban en el gueto por todas partes.

Me fijé en el comentario de la segunda página: «El gueto de Varsovia vive bajo la constante amenaza de ser borrado del mapa. Es preciso concentrar toda la energía en la gran hazaña que hemos de realizar y que sin duda realizaremos. Debemos actuar teniendo en mente el espíritu de Masada».

Masada.

Hace mucho tiempo, en esa fortaleza palestina, unos pocos judíos resistieron durante meses el asedio de más de cuatro mil legionarios romanos. Cuando los romanos, que debido a la resistencia de los judíos sufrieron infinidad de pérdidas, por fin asaltaron la fortaleza, en Masada reinaba un silencio sepulcral: todos sus moradores se habían quitado la vida. Guerreros, mujeres y niños.

El espíritu de Masada: de modo que los judíos del gueto debían luchar contra los alemanes y al final suicidarse. Resistir hasta morir. La idea no me resultó especialmente atractiva.

—¿Qué haces aquí? —dijo una voz detrás de mí.

Me asusté. Deseé con todas mis fuerzas que la voz fuese la de Stefan, aunque no me lo parecía. Me volví con cautela. En la puerta, que daba al pasillo, había un hombre joven delgado, el pelo castaño muy corto, los ojos rojos; quizá incluso me hubiese preguntado por qué los tenía tan irritados de no haber llevado éste un cuchillo en la mano.

—¡Te he hecho una pregunta! —exclamó con agresividad, y avanzó hacia mí blandiendo el cuchillo. No parecía muy ducho en su manejo, pero tenía una expresión muy resuelta.

—Estaba... Estaba... —balbucí. ¿Qué podía responder? ¿Que estaba buscando a Stefan, que en realidad no se llamaba así y del que ni siquiera

sabía si tenía algo que ver con el periódico clandestino que había descubierto en el piso?

—¡Responde!

El tipo empezó a blandir el cuchillo justo delante de mi cara. Probablemente creyera que me dedicaba a espiar para los alemanes. Me puse a pensar febrilmente cómo ahuyentar esa sospecha.

—¡Habla! ¡Habla de una vez o te rajo!

Cada vez estaba más agresivo, y sin embargo no parecía totalmente decidido a matarme. Todavía no.

—No soy colaboracionista —contesté con voz trémula, y empecé a temblar.

—¡No te creo! Si no husmeas para los alemanes, ¿qué estás haciendo aquí?

De puro miedo no se me ocurrió otra cosa que la absurda verdad:

—Estoy buscando a un chico que me besó.

Por un instante, el muchacho se quedó tan perplejo que bajó el arma.

—Es la verdad.

Su semblante se ensombreció más aún. No me creía. Yo en su lugar tampoco lo habría hecho.

—¿Me tomas por tonto? —gritó, la cara roja de rabia, las venas del cuello abultadas.

Ahora sostenía el cuchillo con fuerza, ya no lo movía. Estaba dispuesto a clavármelo, a matarme. Decir la verdad había sido una auténtica estupidez.

—¡Te voy a matar!

Se me saltaron las lágrimas.

—Por favor, no... —supliqué.

A través de las lágrimas vi que levantaba la mano para clavarme el cuchillo.

Preso del pánico, eché a correr y lo aparté de un empujón con todas mis fuerzas. Se dio contra la pared, pero no perdió el equilibrio porque logró apoyar las manos. Soltó una imprecación en hebreo que no entendí. A diferencia de muchos niños judíos del gueto, yo prácticamente no había estudiado hebreo, mi idioma era el polaco. Y mi lengua preferida, el inglés.

Intenté salir de la estrecha cocina, pero justo cuando iba a pasar a su lado, el chico me asestó una puñalada en el brazo derecho. La hoja se hundió en la carne.

Pegué un grito, me asaltó una oleada de dolor. Para salvar la vida tendría que haber salido corriendo, pero me quedé paralizada, sólo me miraba el brazo y veía cómo la sangre me iba tiñendo la blusa blanca en cuestión de segundos. Dolía tanto. ¡Tanto!

Nunca en mi vida me habían hecho algo así. Tenía mucho miedo de morir.

Lloraba y temblaba y las lágrimas no me dejaban ver nada. Pero los resoplidos ruidosos, casi animales, de mi agresor me decían que volvería a clavarme el cuchillo en cualquier momento. Y luego otra vez, y otra, y otra. Y ya no podría detenerlo.

—¡Zacharia! —oí decir a una voz.

La de Stefan.

—Zacharia, ¿qué demonios está pasando aquí?

Mi atacante se detuvo y repuso alterado:

—Trabaja para los alemanes.

Aliviada, caí al suelo sujetándome el brazo. Ahora Stefan le explicaría que yo no suponía ningún peligro, que sólo era una estraperlista de poca monta. Y sin duda después me ayudaría y me curaría la herida.

Sin embargo, Stefan me preguntó con recelo:

—¿Es cierto?

«¡No!», quise gritar, pero solamente me salió un jadeo. De pura desesperación no me salía la voz.

—Entonces, ¿qué se le ha perdido aquí? —bufó Zacharia.

—Sal. Yo me ocupo —contestó Stefan en tono imperativo, y Zacharia obedeció. A regañadientes, pero obedeció. Fuese cual fuese ese grupo clandestino, era evidente que Stefan tenía un grado superior en la jerarquía que mi agresor.

—Y tú, ¿se puede saber dónde estabas? —le preguntó Zacharia a Stefan con ira contenida, deteniéndose. A todas luces no le hacía gracia que le dieran órdenes.

—En el sótano.

A Zacharia le satisfizo la respuesta.

En otras circunstancias, me habría gustado saber qué era eso tan importante que había en el sótano, pero en ese momento me limité a secarme las lágrimas con la manga del brazo sano: quería ver a Stefan.

Vi que extendía la mano y que Zacharia le daba el cuchillo y por fin salía de la cocina.

Stefan se acercó a mí. Con el cuchillo, manchado con mi sangre, en la mano.

Me levanté como pude. No quería que siguiera viéndome tirada en el suelo lloriqueando.

—¿Qué se te ha perdido aquí, Lenka? —me preguntó.

Aún se acordaba del nombre que me había dado en el mercado polaco. ¡Después de nueve semanas!

De haber sido otro el contexto es posible que eso me hubiese gustado, pero hablaba con sequedad y además ahora me amenazaba con el cuchillo. Sin mover la mano, lo que permitía deducir que, a diferencia de Zacharia, él ya lo había utilizado anteriormente.

Sus ojos azules me atravesaron. Estaban inyectados de sangre, como los de su compañero. ¿A qué se debería? En cualquier caso, en ellos no había ni pizca de afecto. Ni pizca de encanto. Sólo frialdad.

Y pensar que ese chico me había encandilado, que había soñado despierta que bailaba por Broadway con él en lugar de con Daniel... En ese momento me avergoncé de tal modo de haber tenido esa fantasía que se me olvidó que me dolía el brazo. Menuda tonta estaba hecha.

—¿Es que no vas a contestarme? —insistió Stefan, apuntándome tranquilamente con el cuchillo. Y resultaba mucho más amenazador que si lo blandiera.

—Te vi en el mercadillo de libros y te seguí...

—¿Por qué?

—Porque... —empecé, y me dio tanta vergüenza que casi no pude decirlo— quería volver a verte.

En caso de que se sintiera halagado, aunque fuera un poco, no dejó que se le notara.

Es natural que no se sintiera halagado, era infantil pensar algo así, menos aún esperarlo. Absolutamente infantil. Desde luego no era tan adulta como me creía.

—¿Querías volver a verme? —repitió, medio desconcertado, medio suspicaz.

—Para darte las gracias.

Eso no lo convenció.

—Y ¿en vez de darme las gracias encuentras nuestra prensa?

—Te vi en el mercadillo, te seguí y luego te perdí.

—Y entonces te metiste precisamente aquí.

—Sí.

—Qué casualidad.

—Sí... —repliqué débilmente.

Stefan hacía girar el cuchillo en la mano, no sabía qué pensar de todo aquello.

—¿Por qué iba a mentirte? —añadí—. Sabes de sobra que me dedico al estraperlo.

—Claro, y los estraperlistas no colaboran con los alemanes —apuntó con una risa burlona. Acto seguido su cara se ensombreció más aún—. No serías la primera que cambia de bando en una cárcel alemana —afirmó con amargura, como si algún estraperlista ya lo hubiera delatado antes.

—Es la verdad —aseguré—. Y por desgracia no se me ocurre ninguna mentira con la que poder convencerte.

No dijo nada, probablemente estuviera pensando si debía apuñalarme para que no les contara a los alemanes dónde estaba la prensa. El hombre que me había salvado la vida con un beso tal vez me la quitara ahora con un cuchillo. Al cabo de un rato asintió. Había tomado una decisión, pero ¿cuál?

—Una colaboracionista habría tenido preparada una historia mejor —dijo, y se guardó el cuchillo en el bolsillo de la chaqueta del traje gris. Sus rasgos se suavizaron, y sonrió como si no hubiera pasado nada.

—Voy a por desinfectante para limpiarte la herida —dijo.

—Eso estaría muy bien —repuse, y de puro alivio me entraron ganas de llorar otra vez. Se me saltaron las lágrimas, pero logré contenerme: no quería mostrar tanta debilidad.

Justo antes de salir de la cocina, Stefan se volvió y amenazó:

—No se te ocurra largarte, Lenka, porque en ese caso estaría menos dispuesto a creerte e iría por ti.

Su voz sonó más amable que en el interrogatorio, no pensaba de veras que fuese a marcharme.

—Y no tardarías en encontrarme, con el rastro de sangre que dejaría —repliqué, haciendo una mueca de dolor. Ahora que había pasado el peligro inmediato volvía a notar la herida.

No pudo evitar sonreír al escuchar mi respuesta, luego me miró el brazo y en su rostro afloró la preocupación. También yo me di cuenta en ese momento de que seguía perdiendo sangre. Para entonces tenía prácticamente roja toda la manga derecha de la blusa.

Stefan salió de prisa de la cocina, y mientras sus pasos se alejaban por el pasillo volvió a asaltarme el miedo. Por cómo me sangraba la herida, pero también porque temía que Zacharia pudiese regresar. Me sentía completamente indefensa.

Pero Zacharia no volvió. Posiblemente hubiese bajado al misterioso sótano, sobre el que sin duda no debía preguntar a Stefan si no quería despertar nuevas sospechas.

Stefan volvió con un botecito, un trozo de tela limpia, aguja e hilo. Su grupo clandestino también estaba preparado para lidiar con heridas de guerra.

Nos sentamos en el suelo y me remangó la ensangrentada blusa; sólo entonces vi lo profunda que era la herida. Me mareé de tal modo que estuve a punto de vomitar.

—Has tenido suerte —aseveró Stefan.

¿Suerte? Era una forma interesante de ver las cosas.

—Zacharia no ha atravesado ni músculos ni tendones.

Visto así, había tenido mucha suerte.

—Pronto te sentirás mejor.

Ahora me sonreía con amabilidad, intentaba quitarme el miedo. O tal vez no quisiera que le vomitara en los zapatos.

Me echó unas gotas de desinfectante en la herida. Sentí un escozor espantoso y apreté los dientes. A continuación me limpió con la tela. Con cada toquecito notaba como si me arrimara una antorcha a la piel.

—Lo estás haciendo bien —me halagó.

—Ojalá pudiera decir lo mismo de ti —resoplé.

Él sonrió. Sabía que lo decía de broma, que no era una crítica.

—Bueno, Lenka, la herida está limpia.

—Me llamo Mira.

—Con lo de Lenka no anduve muy cerca —admitió risueño.

—Y tú, ¿cómo te llamas? —quise saber.

—Mira, no —respondió, al tiempo que tiraba la tela al suelo.

—Tonto —le dije.

—Así tampoco me llamo. —Su sonrisa se ensanchó más aún.

—¿Bobo?

—Muchos me llaman capullo.

—Pues no sé muy bien por qué, la verdad. —También yo sonreía.

—Está claro que no conocen mucho a las personas —opinó, en los

ojos un brillo pícaro. Después cogió aguja e hilo, y prometió—: Te diré cómo me llamo si te portas bien ahora.

—Mi padre siempre me daba caramelos cuando quería que me portara bien —contesté.

—Caramelos no tengo, pero un poco de zumo de manzana sí.

¿Zumo de manzana? ¡Genial!

—Eso me gustaría incluso más que saber cómo te llamas —aseguré mientras él enhebraba la aguja.

—Oye, eso duele —respondió, y torció el gesto fingiendo estar ofendido.

—Si ahora te preguntara qué hacéis aquí —empecé—, ¿volverías a pensar que soy una colaboracionista o sólo que soy curiosa?

Me escrutó con la mirada un instante y contestó:

—Sólo que eres curiosa.

Y me clavó la aguja en la piel.

Me produjo un dolor horroroso.

Tal vez hubiese curado heridas a menudo, pero eso no lo convertía, ni mucho menos, en médico, ni siquiera en alguien capaz de hacerlo especialmente bien.

—¿Y? —preguntó Stefan al tiempo que me daba el segundo punto.

Me entraron ganas de gritar de dolor, pero apreté los dientes incluso más que cuando me desinfectó la herida.

—Querías hacerme preguntas.

La aguja me volvió a entrar en la piel.

Preguntas..., preguntar era buena idea. Las preguntas me distraerían. La primera que se me pasó por la cabeza, ofuscada por el dolor, fue: «¿Sabes bailar?». E imaginé a Stefan haciéndome girar al ritmo de *Night and day*.

Al menos no formulé la pregunta en voz alta. Ese hombre no era bailarín, aunque hubiese sido mi héroe con la rosa. Me habría apuñalado a sangre fría si hubiera estado convencido de que era una espía.

¿Cómo iba a ser bailarín alguien así? Absurda, Mira, eres absurda. Está claro que no es bailarín y que tú tienes la cabeza llena de pájaros.

—Tantas preguntas de golpe —soltó Stefan al ver que yo no decía nada—. ¿Tanto te duele?

En lugar de responder a eso, finalmente le hice una pregunta:

—¿Masada?

—¿Masada? —repitió extrañado, dejando quieta la aguja.

Me alegró la interrupción, y señalé el periódico:

—«¿Resistir hasta morir?»

—Pues sí, luchar hasta morir —corroboró sin vacilar—. Los alemanes nos matarán a todos. Sin excepción.

Vi en su cara, en sus ojos, que de verdad lo creía así.

—Eso... eso es una locura —objeté.

Aunque los alemanes actuaban de manera más arbitraria desde «la noche sangrienta», exterminar a todos los judíos del gueto resultaba impensable.

Los ojos azules de Stefan me lanzaron una mirada furiosa, como si con lo de «locura» hubiese insultado su religión. Me dio el siguiente punto con ira reprimida, poniendo menos cuidado.

Ahora sí que pegué un grito.

Él paró, pero no se disculpó, sino que siguió cosiendo, por suerte de nuevo con más atención. Tan sólo pronunció una palabra:

—Chełmno.

Naturalmente yo había oído hablar de Chełmno. Todos, absolutamente todos los periódicos clandestinos escribían al respecto. Al parecer, en Chełmno los nazis metían a los judíos en un camión y luego introducían dentro gases de escape. Al igual que la mayoría, yo pensaba que eso no era más que una invención. Una historia terrorífica ideada por alguien cuya fantasía podía rivalizar con la de Hannah, sólo que de un modo infinitamente más siniestro y demencial.

Stefan creía firmemente que la locura de Chełmno no era sólo una leyenda sombría. Decidí que era mejor no enredarme en una discusión con él.

—¿Qué te pasa en los ojos? —preferí preguntar.

—¿En los ojos? —replicó desconcertado.

—Los tienes muy rojos. Como los del Zacharia ese.

—Nos hemos pasado en vela las últimas noches, componiendo e imprimiendo el periódico. Para que no nos descubran no encendemos ninguna luz. Hemos estado trabajando con la luz de la luna.

Cortó el hilo. La tortura por fin había terminado. Contemplé su obra: no era bonita, pero no me desangraría, y la herida cicatrizaría dentro de unos días. Sólo que, por desgracia, esa misma noche yo tendría que subirme al muro con el brazo herido.

—Ahora sí que te has ganado ese zumo de manzana —anunció Stefan, de nuevo sonriendo con descaro.

Nos levantamos del suelo. Me moría de ganas de beberme ese zumo. La perspectiva de saciar mi sed con zumo de manzana hizo que dejara de pensar en Chełmno, en el supuesto exterminio del gueto o en los peligros que me esperarían esa noche.

—Está en la habitación de al lado —informó Stefan.

Justo cuando íbamos a salir de la cocina apareció una mujer. Sin duda ya tenía veinte años cumplidos, y la cara severa, pero noble, de una reina egipcia. Aunque era más baja incluso que yo, irradiaba el carisma de un líder al que los demás obedecían sin rechistar y al que no se le llevaba la contraria.

—Zacharia me ha contado que tenemos un intruso —dijo con dureza al tiempo que me dirigía una mirada escrutadora. Me sentí intimidada en el acto y miré al suelo.

—No es una espía, Esther —aclaró Stefan.

Ella me escudriñó más todavía, estaba claro que tenía sus dudas.

—No nos podemos permitir cometer errores, Amos.

Amos.

Se llamaba Amos.

Un nombre mucho mejor que Stefan.

Mucho, mucho mejor.

—Sabes que nunca me equivoco —sonrió con picardía Amos.

Esther seguía escéptica.

—No hay ningún problema con la pequeña.

La pequeña..., que me llamara así no me gustó. Bastante tenía ya con que Daniel me tratara a cada momento como si fuera una niña. Y con que yo me comportara como tal.

—Entonces, ¿qué se le ha perdido aquí? —quiso saber Esther.

Ahora Amos le contaría que había ido detrás de él como una niña enamorada, como la «pequeña» que ciertamente era. Delante de esa mujer tan impresionante y que irradiaba semejante autoridad aquello me resultaba de lo más embarazoso. Y delante de Amos, mucho más.

—Luego te lo cuento —respondió él.

Por un instante me sentí aliviada.

Pero entonces él le dio a la tal Esther un beso en la mejilla.

Estaban juntos.

Y no me gustó.

Y me gustó mucho menos que no me gustara.

El beso apenas ablandó a la mujer. Aunque su expresión no cambió de manera sustancial, tampoco siguió insistiendo, tan sólo informo:

—Voy al sótano.

—Vale —sonrió Amos, y le plantó otro beso, esta vez en la boca.

Eso me gustó menos todavía.

Esther no pudo evitar sonreír. Por lo visto no era capaz de resistirse del todo al encanto de Amos, ni siquiera —o eso juzgué yo— cuando se proponía ser fuerte.

Salió del piso, y justo después Amos me indicó que lo siguiera a la sala de estar. Había infinidad de colchones en el suelo, al parecer allí dormían juntos Amos, Esther, Zacharia y muchos otros miembros del grupo. Amos se agachó, cogió una botella prácticamente llena de zumo de manzana y me la dio. Y yo bebí, bebí y bebí.

—Si te bebes el zumo tan deprisa, puede que después tengas dolor de barriga —me advirtió.

—¿Sabes lo que me importa eso? —repuse cuando dejé de beber un momento.

—¿Una mierda?

—Exactamente.

Él no pudo sino reírse.

Resultaba agradable hacerlo reír.

Me bebí la botella entera. Riquísimo. Después me limpié la boca con la mano y pregunté:

—¿Qué hay en el sótano?

—¿Sabes lo que te incumbe a ti eso?

—¿Una mierda?

—Exactamente.

Ahora fui yo la que se rio.

Amos, visiblemente contento por haberme hecho reír, se apoyó en la repisa de la ventana. Tras él, por los sucios cristales, se veía el cementerio. La mugre del cristal hacía que diera la impresión de que sobre el cementerio llovía ceniza.

—Deberías unirte a nosotros —propuso de pronto.

Lo decía muy en serio. Quería tenerme en su vida, eso fue lo primero que pensé. Pero, claro está, volvía a ser infantil. Aquello tenía que ver con

la política, no conmigo. ¿O acaso sí?

—Pero si ni siquiera sé quiénes sois —contesté vacilante.

—Perteneceemos al movimiento Hashomer Hatzair.

—O sea, que queréis emigrar a Palestina —dije. No tenía mucha idea de política, pero eso sí lo sabía.

—No se trata de si uno quiere vivir en Polonia o en Palestina...

—... O en América —completé yo.

—... O en América, qué más da. Se trata de cómo queremos morir.

—Así que crees que los alemanes nos quieren exterminar —constaté asombrada.

—Nos exterminarán, no es sólo que quieran hacerlo. —Él no albergaba la menor duda—. La cuestión es —continuó—: ¿cómo quieres morir? ¿Quieres ser alguien que se deje llevar al matadero sin oponer resistencia? ¿O alguien que se defienda?

—El último que me preguntó qué clase de persona quería ser estaba loco —respondí.

—Ésa es una pregunta que hemos de responder todos y cada uno de nosotros —puntualizó él—. Loco o cuerdo, eso da lo mismo.

—Y tú, ¿la has respondido?

—Casi demasiado tarde —admitió.

Eché una rápida mirada por la sucia ventana al cementerio, como si se avergonzara de algo. No, avergonzarse se quedaba corto, más bien como si se sintiera culpable.

Aun cuando no supiera exactamente qué clase de persona quería ser o qué clase de persona era Amos, sí había algo que sabía perfectamente: no me pasaría las noches imprimiendo absurdos llamamientos a la lucha para acabar con los ojos rojos. Lo mío era el estraperlo, no la lucha. La banda de Jompe en lugar de Hashomer Hatzair.

—El gueto sobrevivirá —aseveré, firmemente convencida, y de ese modo le dejé claro a Amos de manera indirecta que no me interesaba lo más mínimo entrar a formar parte de su grupo.

Él lo entendió y dijo:

—En ese caso es mejor que te vayas.

Fue bastante brusco, y esta vez, no como aquella otra en el mercado, no vi ni pizca de tristeza en su mirada por el hecho de que nuestros caminos posiblemente se separaran para siempre. Quería que desapareciera de su vida. Y eso me dolió. Más de lo que debería, pero no tanto como para

hacer que me planteara adherirme a su estúpida causa.

—Y si se te pasara por la cabeza traicionarnos —amenazó—, te encontraría.

Al decirlo se llevó la mano —no sabría decir si de forma consciente o inconsciente— al bolsillo de la chaqueta donde estaba el cuchillo.

Me quedé helada.

—Yo no traiciono a nadie —repliqué.

Y lo dejé allí, entre los colchones, sin despedirme. Y sin volver la cabeza. No quería ver otra vez a alguien que estaba dispuesto a matarme.

## 12

La tercera persona, después de Rubinstein y Korczak, a la que todo el gueto conocía, aquel al que todos despreciaban, era Adam Czerniaków, el presidente del Consejo Judío. No estaba ni a cinco metros de distancia de mí, en una tarima en mitad de la calle, pronunciando un discurso. Era prácticamente calvo, con la nariz grande; llevaba un traje de color claro que le sentaba perfecto y unos zapatos buenos, impolutos. El hombre era algo vanidoso.

Tras él estaba lista una orquestina. Delante, niños pequeños con sus padres escuchaban sus palabras. El presidente del Consejo Judío inauguraba una nueva zona de recreo infantil:

—Tengan presente, aunque los tiempos sean duros y aunque puedan llegar a serlo más... No, tengan bien presente sobre todo aunque puedan llegar a serlo más: los niños son el futuro.

Esperó un instante, y algunos adultos se dignaron aplaudir. Czerniaków se tomó el pobre aplauso como si de un elixir de vida se tratase. Me acordé sin querer de un personaje de las historias de Hannah: del boticario Vandal, que tenía un millón de años y atormentaba a niños para elaborar con sus lágrimas el elixir de la inmortalidad. Cuando le señalé a Hannah que era imposible que Vandal viviera desde hacía un millón de años, puesto que por aquel entonces todavía no había personas, ella se limitó a decir: «Mis historias, mis reglas».

Debía de ser estupendo crear el mundo como uno quisiera. Aunque sólo fuera una fantasía.

No escuché muy bien el resto del discurso de Czerniaków, mi encuentro con Amos me había dejado aturdida. Para colmo, el zumo de manzana se dejaba sentir en mi estómago. Él ya me lo había advertido, y con razón: si se bebe demasiado deprisa duele la barriga.

Sin embargo, más aún se dejaba sentir en mi estómago el hecho de que se hubiera mostrado dispuesto a matarme. Era la primera vez en mi vida que alguien que significaba algo para mí me amenazaba de ese modo.

Sí, Amos significaba algo para mí. Me había salvado la vida, y su beso...

... Su beso tenía que dejar de significar algo para mí.

Amos tenía que dejar de significar algo para mí.

Que jugara a recrear Masada con su Esther.

Fanáticos. Eran todos unos idiotas.

Seguro que a Amos también le habría gustado apuñalar a Czerniaków. Para las organizaciones clandestinas —no, qué estaba diciendo, para la mayoría de nosotros—, el presidente del Consejo Judío era un traidor que hacía cualquier cosa por los nazis y no se interesaba lo más mínimo por los deseos de su pueblo. Sólo unos pocos lo veían de otra manera, como por ejemplo Jurek, que, una vez que hablé mal del presidente del Consejo, me soltó:

—Vamos, dejad en paz a Czerniaków. Ese pobre desgraciado cree de verdad que está consiguiendo lo mejor para nosotros. Y que las cosas se pondrán peor aún si cualquier otro, un corrupto, ocupa su puesto. Alguien como el cerdo del gueto de Łódź. Czerniaków incluso se deja escupir y apalear por los alemanes. Y todo porque cree estar haciendo lo que más nos conviene.

—Pero si no consigue absolutamente nada —repliqué.

—Por lo menos lo intenta —afirmó Jurek—, que es más de lo que podemos decir la mayoría de nosotros.

Czerniaków se volvió y le hizo una señal a la orquesta. Los músicos se pusieron a tocar una canción alegre, y yo me pregunté si el Consejo Judío les pagaría algo por la intervención o si sencillamente estaban contentos de volver a tocar delante de un público, aunque no hubiera más recompensa que los aplausos.

El presidente del Consejo animó a los niños: «¡Ya podéis jugar!», y

los pequeños echaron a correr hacia los míseros columpios. Yo seguí observando al presidente: la sonrisa desapareció de su rostro, el elixir del aplauso no podía infundirle vida mucho tiempo. Czerniaków parecía agotado. Quizá, a fin de cuentas, Jurek tuviese razón, quizá hiciera todo cuando estaba en su mano. Quizá sencillamente no tuviera más que para levantar un pobre parque infantil.

Pero con independencia de la clase de persona que quisiera ser Czerniaków, su intervención me dejó una cosa más clara: Amos era un idiota. Si de verdad los alemanes querían exterminarnos a todos, el presidente del Consejo Judío lo sabría. Y sin duda no inauguraría ahora unos columpios y encima hablaría del futuro de los niños.

Czerniaków le acarició con ternura la cabeza a una niña de pelo oscuro cuyos padres le habían puesto un bonito vestido verde con motivo de la inauguración de la zona infantil, un vestido que a lo sumo dentro de cinco minutos estaría hecho una porquería. El que acariciaba a una niña sonriendo así, aunque estuviese agotado, ciertamente no pensaba que esa niña no tardaría en ser borrada del mapa junto con el gueto entero. Ningún judío podía ser tan malo. Ninguna persona podía serlo, a decir verdad. Ni siquiera un alemán.

Sí, efectivamente Amos era un idiota si creía saber más que el presidente del Consejo Judío. Me sentó bien llamar mentalmente idiota a Amos. Idiota, idiota, idiota.

No era de extrañar que otros, como él mismo había dicho, lo llamaran capullo.

Era estupendo llamarlo así mentalmente.

Capullo. Capullo. ¡Capullo!

Y aún sería más estupendo olvidarlo de una vez por todas. Y dejar de tener remordimientos de conciencia por su culpa con respecto a Daniel, el chico al que quería.

¡Vaya!, lo había dicho: quería a Daniel.

O por lo menos lo había pensado.

Los músicos y los niños se daban impulso mutuamente: cuanto más brío le ponía la orquesta, con tantas más ganas jugaban los niños en los columpios. Y al revés, cuanto más alborotaban los niños, con tanta más alegría tocaban los músicos.

Qué pena que Hannah ya fuera demasiado mayor para sitios como ése. Me habría gustado que pudiera participar de esa alegría traviesa.

Me fui a casa, y cuando llegué al número 70 de la calle Miła apenas di crédito a lo que veían mis ojos: Hannah estaba sentada en la escalera de fuera ¡besuqueándose! con un pelirrojo larguirucho y pálido que sin duda me sacaba media cabeza. Tenía que ser el tal Ben, el quinceañero del que me había hablado.

—¿Se puede saber qué hacéis? —pregunté indignada.

Naturalmente, era una pregunta bastante tonta, pues estaba bien claro lo que hacían: esa niña demasiado pequeña para besarse se estaba besuqueando. Y con ganas.

Hannah se apartó del pelirrojo, que al menos tuvo la decencia de ruborizarse, de forma que el color de su cara era casi como el de su pelo. Hannah no tuvo la misma decencia: se retiró un mechón del rostro, me sonrió con descaro y preguntó:

—¿A ti qué te parece?

Le habría arreado con gusto una bofetada.

—Tú haces lo mismo con Daniel —soltó.

—Pero yo soy mayor y no lo hago en público y... Pero ¿por qué demonios discuto contigo?

—Eso mismo me pregunto yo —repuso mi hermana, sonriendo con más descaro aún.

Ahora le habría arreado dos bofetones.

—P-p-puede que sea m-mejor q-q-que me vaya —balbució el chico, que para entonces estaba tan rojo que cabía temer que fuera a reventar de un momento a otro.

Estaba tan enfadada que le habría espetado con mala idea:

—B-b-buena... idea..., i-i-idiota.

Pero tampoco era tan mala para imitarlo.

—Puede que lo sea, sí.

—Pues yo no opino lo mismo —terció Hannah.

—P-p-pero... —tartamudeó Ben.

—¡Tú te quedas! —le ordenó mi hermana, aunque al decirlo no lo miró a él sino a mí, y con aire provocador.

El muchacho nos miraba a las dos sin saber qué hacer. A todas luces se planteaba quién tendría peor genio.

El pobre desgraciado.

Por lo visto decidió que Hannah se lo haría pasar peor que yo, de modo que no tuve más remedio que coger a mi hermana por la muñeca y

decirle:

—Tú te vienes conmigo ahora mismo.

—Suéltame —se quejó mientras el atemorizado Ben contenía la respiración.

—De eso nada —afirmé, y obligué a mi hermana a subir.

—¡Te he dicho que me sueltes! —exclamó furiosa, y me dio en el brazo. Justo en la herida.

Pegué un grito y me mareé. Solté a Hannah y me agarré con fuerza a la barandilla de la escalera para no caerme.

—¿Qué te pasa, Mira? ¡¿Qué te pasa?! —chilló Hannah asustada.

Su voz me pareció muy lejana.

—C-creo q-q-que... l-l-le has hecho... d-d-daño —dedujo Ben *el Pelirrojo*.

—Eso ya lo veo.

El dolor se me fue pasando poco a poco. Me solté de la barandilla, me agarré el brazo, volví a abrir un poco los ojos y vi vagamente que se me había caído la bolsa con el pan. Ben *el Pelirrojo* la cogió mientras Hannah me sostenía. El dolor se volvió más soportable, pero me dieron ganas de vomitar.

—¿Cómo..., cómo te has hecho esto? —preguntó atemorizada mientras señalaba la mancha que tenía en la blusa, que ya estaba seca. Debido a la pelea no había reparado antes en ella, y al verla se asustó.

—Luego —repuse jadeante mientras pugnaba por no echar en la escalera todo el zumo de manzana que me había dado Amos.

Al pensar en él me volví a marear.

Hannah le pidió a Ben *el Pelirrojo*:

—Creo que es mejor que te vayas.

Él pensaba lo mismo.

Le dio a mi hermana la bolsa del pan, pero aún preguntó:

—¿N-n-nos vemos m-m-mañana?

—Sí, claro —fue la sucinta respuesta.

Yo estaba demasiado mareada para prohibírselo.

Ben *el Pelirrojo* sonrió satisfecho —realmente al tartaja le gustaba mucho la pequeña—; y a continuación se fue corriendo.

—Te llevaré arriba —me dijo mi hermana con cariño.

No se había dejado dominar por el pánico, sino que intentaba controlar la situación. Mi hermanita era mucho más madura de lo que yo

pensaba. Y no solamente en lo relativo a los chicos. En ese momento me sentí orgullosa de ella.

Después vomité en la escalera.

## 13

De lo mal que me encontraba, en la cena no fui capaz de comer nada de pan de serrín, con lo cual mi madre y Hannah se repartieron la hogaza, aunque lo de repartir fue muy relativo: Hannah engulló más de las dos terceras partes del pan, haciendo ruido al comer y eructando. Aposta. Hacia mí. A modo de protesta por haberla interrumpido cuando se estaba besuqueando. Además seguía ofendida porque todavía no le había contado cómo me había hecho la herida del brazo. No quería que mi madre y ella se enterasen de lo tonta que había sido por Amos.

Hannah se aprovechó de esa debilidad:

—Entérate de una vez, Mira: no eres mi madre. Así que no te comportes como tal.

Y eructó de nuevo.

«Qué mal bicho», pensé mientras luchaba otra vez contra las ganas de vomitar.

Pasamos el resto de la tarde en silencio, y luego, en lugar de contarnos una historia para dormir, Hannah se puso a farfullar. Hablaba de dos niños del gueto, un chico y una chica. El chico era pelirrojo, y a la chica le ponía furiosa que nadie quisiera darse cuenta de lo mayor que era ya.

Lo cierto es que no costaba nada imaginar quiénes eran esos críos del gueto.

A los dos niños, siguió contándose Hannah, les gustaba mucho mucho besarse.

Desde luego no era difícil adivinar de quiénes hablaba.

Pero los niños debían ocultar su amor ante una institutriz malvada.

También me hacía una idea de quién era esa institutriz malvada.

Sea como fuere, según Hannah, cuando los dos niños del gueto estaban dando un paseo por el mercadillo de libros vieron un ejemplar encuadernado en una preciosa piel roja. En la tapa, en letras verdes, ponía: *Las 777 islas*. Nada más. Eso era todo. Ni autor ni editorial ni nada. A los

niños Ben y Hannah les fascinó en el acto el extraño libro. Pero como el vendedor, un hombre con una pata de palo, a cambio del libro exigía que fueran sus esclavos durante un año, ellos decidieron robarlo sin más. Salieron corriendo con el libro, pensando que el cojo no podría seguirlos, pero éste era sorprendentemente ágil con su pata de palo, como si no fuese de este mundo. El vendedor los amenazó con la muerte, la desgracia y la perdición si no se lo devolvían. El libro los engulliría e irían a parar a un infierno sin retorno. Ésa exactamente fue la amenaza: un infierno sin retorno.

Naturalmente, ellos no creyeron una sola palabra y siguieron corriendo. Tenían miedo de que el vendedor les pegara o incluso les diera con la pata de palo si los alcanzaba. Se metieron en un patio, vieron unos cubos de la basura, se pararon a pensar un momento y se dieron cuenta de que no tenían elección, así que se escondieron en los cubos. Y ahí se quedaron hasta que el cojo se dio por vencido y se fue, musitando: «El Señor de los espejos os exterminará. El Señor de los espejos os exterminará...».

Cuando comprobaron que no había moros en la costa, salieron de los cubos de basura y contemplaron fascinados el libro, que era una especie de guía. Pero de un mundo inexistente.

En ese libro se describían 777 islas mágicas, 777 islas llenas de maravillas. Llenas de peligros. Llenas de sobresaltos.

Una, por ejemplo, estaba poblada de árboles carnívoros; otra, de gigantes que escribían poemas sin vocales —fff, grr, fff—; y otra, de los temibles manostijeras, que a los viajeros que iban a parar por error a su isla les quitaban la vida a tijeretazos y los prendían con alfileres en un álbum enorme como si fueran fotografías.

Los niños estuvieron hojeando el libro hasta que de pronto éste empezó a brillar. Una luz roja los envolvió, y de golpe y porrazo ya no estaban en el gueto, sino a bordo de un gigantesco buque de tres mástiles que navegaba por un mar infinito bajo el cálido sol. La brisa marina ahuecaba las velas, el aire era límpido.

Hannah y Ben no eran tan tontos como los niños de otras historias, y comprendieron de inmediato que los llevaban al mundo de las 777 islas. Y se pusieron como locos de contentos. Aunque intuían que ese mundo sería peligroso —como ya se había mencionado, no eran tontos—, ¡ya no estaban en el gueto!

En ese instante oyeron una voz a su espalda:

—¿Qué hacéis en mi barco, polizones?

Se dieron la vuelta y vieron una liebre pequeña, una monada. Con un parche en un ojo, un sombrero grande y ancho en la cabeza y un catalejo en la mano.

—Soy el capitán Zanahoria —anunció la menuda liebre capitana.

Intentaron no reírse al oír ese nombre, pero justamente por eso acabaron haciéndolo.

Al capitán Zanahoria no le gustaban los niños que se reían tontamente, de manera que exclamó:

—¡Vais a morir!

—No sé, pero esa frase parece menos amenazadora cuando te la dice una monería de liebre —dijo Hannah, aún riéndose.

—¿Y qué pasaría si la dijera yo? —inquirió una voz atronadora.

Se volvieron de nuevo: ante ellos se hallaba un hombre lobo inmenso. En los pelos de la barba tenía restos de carne; mejor no saber de qué o de quién.

—En ese caso más bien al contrario —repuso Hannah, tragando saliva.

—N-no... debimos b-b-birlar el libro —balbució Ben *el Pelirrojo*.

Pero Hannah se opuso con valentía:

—Prefiero morir aquí, en el ancho mar, a vivir un segundo más en el gueto.

Luego dejó de farfullar y manifestó:

—La aventura continúa mañana. O no, si morimos. —Y cerró los ojos. No tardó ni un minuto en quedarse dormida y roncar sonoramente.

Sin embargo, yo estaba despierta, su pequeña fábula me había asustado sobremanera. Mi hermana prefería morir a vivir en el gueto.

No sabía cuánto estaba sufriendo en este sitio. Y yo, mala hermana, le hacía la vida aún más difícil al prohibirle que se besara. No me extrañaba que fuese la institutriz malvada del principio de la historia.

—Sé que todo lo haces por nosotras, Mira.

Me sobresalté: de pronto mi madre hablaba conmigo, cosa que rara vez hacía. Y menos por la noche.

Hannah no se despertó. Roncaba en su colchón y soñaba; ojalá no fuera con su Ben. Y de ser así, ojalá no fuese nada indecente.

—Crees que no lo sé —continuó mi madre—, pero lo sé

perfectamente.

Estaba tumbada en el colchón, a mi lado, y ni siquiera se molestaba en hablar en voz baja. Sabía que, una vez que se dormía, a Hannah no la despertaban ni los disparos de los alemanes.

—Y es muchísimo —me halagó mi madre.

Increíble, en esos segundos ya había hablado más de lo que hablaba algunos días enteros.

Gracias a la luz de la luna vi que sonreía. No era esa sonrisa ausente, que siempre me decía que recordaba alguna vivencia bonita con mi padre. No, la sonrisa de mi madre pertenecía al presente. Y su halago incluso me alegró, aun cuando me pillara por sorpresa.

—¿Sigues indispuesta? —se interesó.

De locos, ya que nunca me preguntaba cómo estaba. Por otra parte, hasta ese día yo nunca había vuelto a casa con una herida cosida en el brazo.

—Estoy bien, estoy bien —la tranquilicé.

—Hannah se equivoca —afirmó mi madre.

—¿En qué? —pregunté desconcertada.

—Tú eres su madre.

—¿Cómo dices?

—Tú eres la que se ocupa de ella e intenta educarla.

Era cierto.

—Tú eres la madre de Hannah —repitió.

—No —negué yo—. Su madre eres tú y siempre lo serás.

—Hace mucho que no lo soy —replicó entristecida—, y las dos lo sabemos.

No se lo discutí más.

—Y eso es lo que más te agradezco, que seas su madre.

No tenía que agradecermelo. Lo que tenía que hacer era volver a ser nuestra madre de una vez, maldita sea.

—Y también tendría que ejercer más de madre contigo.

Suspiré. Aunque estaba bien que lo viera así, me hizo enfadar. Lisa y llanamente, no era el momento para esa clase de conversación. Yo tenía otros problemas. Debía dormir como fuera, necesitaba energía para saltar el muro.

De lo cansada que estaba, me habría gustado pasarme los siguientes días en la cama, pero Aszer contaba conmigo, y si lo que pensaba hacer

salía mal porque faltaba un hombre, en este caso una mujer, yo tendría que pagar por ello amargamente. Y más todavía Ruth, que se había arriesgado recomendándome. Y probablemente también mi familia, pues Aszer era muy amigo de dar escarmientos, no se les fuera a ocurrir también a otros desobedecer sus órdenes.

Estaba demasiado metida en aquello para quedarme en casa.

¿Por qué no podía desaparecer sin más con mi novio en un libro mágico? O, mejor aún, ¿resolver asesinatos en Inglaterra con lord Peter Wimsey?

—Te quiero —dijo mi madre.

Hice un esfuerzo para no lanzar un suspiro. Por bonito que quizá fuese volverla a oír decir eso otra vez después de tanto tiempo, ahora me cansaba.

—Y tu padre también te quería.

Esta vez sí suspiré.

—De verdad —insistió mi madre.

—Claro, por eso favoreció a Simon —espeté.

—El amor es complejo —razonó ella.

Me incorporé, me senté en el gastado colchón y se me escapó una risa burlona.

—Cualquiera puede ser débil —explicó—, precisamente en este mundo. No deberías juzgarnos.

No contesté, me limité a mirarla con desdén.

—No seas tan soberbia —me regañó de pronto mi madre, al tiempo que se incorporaba—. Papá lo intentó todo, hizo lo que pudo. No tenía más fuerzas. Era un hombre bueno. Sólo los duros, los egoístas, aguantan más que él.

No solamente entendía que mi padre se hubiera quitado la vida, hasta lo había perdonado.

Yo no podía.

—Sé que el amor no se puede imponer —continuó, más tranquila otra vez—, pero cuando alguien te dice que te quiere...

Como acababa de hacer ella y como hacía tan a menudo Daniel.

—... Y tú también quieres a esa persona, lo justo y honesto sería que tú también lo dijeras.

Desde que murió mi padre no había vuelto a hablar tanto como esa noche. Claro que yo sabía que sufriría menos si le decía «Yo también te

quiero».

Pero estaba demasiado enfadada con mi padre. Y con ella. ¿Por qué tenía que consolarla de pronto? Justo cuando quedaba tan poco para ir al muro. ¡Era tan egoísta por su parte!

De repente mi madre sonrió. Con tristeza, pero sonrió.

—No puedes —constató, y me acarició con ternura la mejilla. Luego se tumbó de nuevo, se tapó con la fina manta de lana gris y cerró los ojos.

Ahora sentía que la egoísta era yo.

Pero no podía decir «te quiero».

## 14

Naturalmente ya no fui capaz de pegar ojo, estaba demasiado enfadada. Con mi madre, con Hannah, con Amos y con su estúpida novia. Me llamó *pequeña* delante de ella y, lo que era peor aún, en su presencia me sentí así. Pero también estaba enfadada con Daniel, que era mi novio y al que sin embargo no podía confiar lo que me proponía hacer.

Me sentía muy sola.

Pero con quien más enfadada estaba era conmigo misma, por haber seguido a Amos y conseguir que me hiriera Zacharia —con el que no estaba menos enfadada—, y por ir ahora por el gueto de noche, bajo la llovizna, con el toque de queda impuesto, lo que significaba que me pegarían un tiro en el acto si me topaba con una patrulla.

Así que más me valía no encontrarme con ninguna.

Era extraño caminar por calles desiertas. Durante el día, de tanta gente que había casi no se podía estar y, de súbito, a la luz de las escasas farolas que aún funcionaban, las calles me parecieron tan grandes y anchas que casi resultaba inquietante.

Me aproximaba al punto de encuentro, Zimna esquina Żelazna. Con cautela. Cada tramo del muro —incluido ése, por tanto— estaba vigilado. Ni que decir tiene que allí los centinelas, ya se tratase de alemanes o de la Policía judía, habían recibido sobornos cuantiosos por parte de los hombres de Aszer. ¿Sería uno de los policías mi propio hermano? Difícilmente. En mayo, Ruth se lo había encontrado en el hotel Britannia, y él le había contado que ya no era un don nadie que tenía que ir de patrulla, sino que

trabajaba en el departamento que se ocupaba de cultivar las relaciones con la Policía polaca. No obstante, Ruth no estaba segura de si era verdad o de si Simon —como más de un cliente— sólo quería darse tono. A fin de cuentas no se había ido a la cama con ella sino con una compañera suya. Y después ésta se rio delante de las demás chicas de lo mal que se desenvolvía Simon en ese terreno.

Distinguí la silueta del muro al final de la calle Zimna. Sabía que el muro había sido erigido por la mano del hombre, pero a la débil luz de las farolas del gueto y bajo la llovizna me pareció una fuerza de la naturaleza. Una pared insalvable que ya existía cuando nació la Tierra y seguiría ahí cuando hubieran desaparecido los hombres. Judíos y alemanes.

Desde lejos, el alambre que lo remataba era como el bosque de espinas de la historia de Hannah del hombre de espinas, que no pudo tocar nunca a su gran amor, la doncella Vera, porque la habría herido.

Aunque desde donde estaba no distinguía los cristales del muro, imaginé cómo me cortarían las manos. La sola idea me hizo pararme en mitad de la calle. ¿Cómo iba a trepar al muro con el brazo malo? A pesar de que Amos me había desinfectado la herida, uno de los puntos estaba infectado, y la piel que mantenía cerrada el hilo, tan tirante que cada vez que hacía un movimiento brusco temía que fuera a abrirse. Me había puesto la cazadora de piel para que al menos pudiera aguantar un leve golpe en el brazo, pero tenía miedo de que no bastara para proteger la herida.

Me metí en un portal para observar desde una distancia segura la esquina que Aszer había mencionado. Allí no había nadie. Decidí esperar.

Dieron las 4.30. Las 4.35. Las 4.40. Y allí no se veía un alma: ni estraperlistas ni policías judíos ni nadie. Pronto saldría el sol, y mi excursión al otro lado del muro, ya de por sí peligrosa, pasaría a ser definitivamente suicida.

¿Y si me iba a casa... y me granjeaba la furia de Aszer? ¿O me acercaba al muro para ver si los otros estraperlistas de la banda de Jompe con los que debía reunirme allí se hallaban ocultos en las sombras?

Lo cierto es que no tenía elección: si me largaba, no sólo mi vida se vería amenazada por un Aszer furibundo, sino también las de Ruth y mi familia. Si iba al muro ahora, únicamente correría peligro la mía.

En ese momento ya no estaba enfadada por haberme metido en semejante lío, tan sólo desesperada.

Salí del portal y fui directa al muro, que con cada paso parecía más imponente.

Cuando vi los cristales bajo el alambre de espino, la herida me ardía, o al menos eso me figuraba. Notaba un sudor frío en la frente y en la nuca, pero me obligué a continuar y llegué a la esquina. El muro se encontraba a menos de cinco metros, y yo no veía a nadie aún. ¿Qué estaba pasando allí? No había centinelas, de manera que los habían sobornado. ¿Cuánto tardarían en volver? Ya íbamos con más de diez minutos de retraso. Pero, sobre todo: ¿dónde estaban los demás estraperlistas? Si debía actuar yo sola, Aszer tendría que haberme dado instrucciones más precisas.

Algo me olía mal. Tenía la nuca bañada en sudor. Debía largarme. Aszer no podría cargarme el muerto por no hacer algo que a todas luces se había torcido antes de haber empezado.

Decidí irme corriendo a casa, pero justo cuando me aparté del muro vi, unos metros más allá, una escalera en el suelo. Era difícil saber si alguien la había dejado allí tirada o si la habían puesto en ese sitio expresamente. Quizá incluso para mí, para que la apoyara en el muro, me subiera a ella y me reuniera al otro lado con delincuentes polacos, que me indicarían lo que tenía que hacer a continuación. Pero eso debería habérmelo dicho antes Aszer. ¿O acaso no? ¿Qué sabía yo de cómo trabajaban ellos?

Si en efecto era así, deduje, no tendría que introducir alimentos en el gueto. De haberse tratado de alimentos, habría hombres esperando para cargar las cosas en carros. Quizá debiera salvar el muro para recibir dólares americanos, la moneda más fuerte en el gueto, en toda Polonia, seguro que hasta en el mundo entero.

Fuera cual fuese mi cometido, no sabría más si no apoyaba la escalera en el muro y subía.

Fui hacia ella y me planté delante, indecisa, aunque no podía permitirme quedarme parada mucho tiempo. Cada segundo era uno menos que la banda había comprado sobornando a los centinelas. Las manos me temblaban, y el tembleque solamente paró cuando toqué la basta madera de la escalera. La puse en un punto oscuro del muro, lo más lejos posible del haz de luz de la farola. Medía unos dos metros y medio, así que el metro que faltaba tendría que salvarlo a pulso. Con el brazo malo. Estupendo, vamos. Por lo menos había dejado de llover: en una situación así uno agradecía cualquier ayuda, por pequeña que fuera. Fui subiendo, peldaño a

peldaño. Lo más deprisa posible. Ya que estaba cometiendo esa locura, lo suyo era acabar cuanto antes.

En el último peldaño me agarré fuertemente al larguero con el brazo sano y levanté el malo para apartar los cristales allí por donde me disponía a subir. Al hacerlo, la herida me tiró de mala manera, pero pasé por alto el dolor en la medida de lo posible. Los cristales eran grandes, y debía procurar no sólo no cortarme la mano —vaya tonta, tendría que haber cogido unos guantes—, sino también que no cayeran al suelo.

Sobre los cristales estaba el alambre de espino. Me vinieron a la cabeza las historias de soldados que en la Primera Guerra Mundial murieron en una alambrada. ¿Podría pasar por debajo del alambre si lo levantaba con cuidado? Y de ser así, ¿cómo llegaría al otro lado? ¿Me pondría a toda prisa una escalera mi contacto, si es que lo había? Quizá debiera decir algo para averiguar si había alguien. No, el riesgo de alertar a otros era demasiado grande.

Apoyé ambas manos en el muro y asomé la cabeza con cautela por el borde para evaluar la situación. Miré al lado polaco entre los cristales y el alambre e, idiota de mí, comprendí que lo había interpretado todo mal: sí que habían acudido estraperlistas con los que tendría que haberme reunido en nuestro lado del muro, pero se habían librado de la escalera y se habían largado después de ver lo que estaba viendo yo ahora: por todas partes se acercaban soldados alemanes armados. Sin hacer ruido. Ordenadamente. Ágiles. Eficientes.

En numerosos puntos, como por ejemplo a menos de doscientos metros de donde yo me encontraba, ya se cerraba el cerco. No sabía con qué motivo los alemanes rodeaban el gueto, pero una cosa estaba clara: no podía permanecer ni un segundo más con la cabeza asomada, arriesgándome a ser un blanco. Me bajé de la escalera lo más deprisa que pude, la dejé como estaba sin más y eché a correr por las calles desiertas mientras a mi espalda, sobre el muro, salía el sol. No conseguiría llegar a casa sin que me vieran, de modo que me escondí rápidamente en un portal y, al poco, completamente agotada, me quedé dormida allí mismo.

Unas horas después me despertó el ruido de la calle. Me levanté —el brazo seguía doliéndome horrores— y me puse en marcha. No tardé en entender por qué los soldados habían rodeado el gueto. Por todas partes había bandos:

**DECRETO**

Por orden de las autoridades alemanas, todos los judíos de Varsovia, sea cual fuere su edad o sexo, serán reasentados en el Este.

Al leer aquello sólo me vino a la cabeza una cosa: Chełmno.

## 15

Chełmno.

Chełmno.

¡Chełmno!

Imaginé atrocidades: que a Hannah, a mi madre, a Daniel y a mí nos metían en un camión con muchos otros, azuzados por soldados que vociferaban y pastores alemanes que ladraban. Que cerraban la puerta y nos quedábamos allí todos apiñados. En aquella estrechez sofocante apenas teníamos aire para respirar, y nuestros ojos tardaban mucho en acostumbrarse a la oscuridad del camión. Más que ver a los demás, los sentía. Escuchaba su respiración agitada y casi podía palpar su miedo. La mayoría se preguntaba adónde nos llevaban, y yo sabía que en ese camión no iríamos a ninguna parte.

Escuchábamos el ruido del motor, pero el vehículo no se movía del sitio. ¿Por qué iba a hacerlo? Lo importante no era eso. Lo importante eran los gases de escape. Que introducirían en el camión.

En un principio la gente estaba desconcertada. Los más listos comprendían deprisa de qué se trataba. Y gritaban: «¡Nos van a matar! ¡Nos van a matar!».

Empezábamos a toser, a mi lado Hannah pugnaba por respirar, mi madre tenía espasmos y se retorció. Por mi parte intentaba no vomitar. En vano. Empezaba a devolver. Estábamos tan apiñados que manchaba a los demás, el vómito ni siquiera llegaba al suelo.

A la gente le entraba el pánico, todos se abrían paso a codazos en la oscuridad, entre el humo, hacia la puerta, que, como era de esperar, seguía cerrada. Los que estaban allí eran aplastados contra ella. Pero estaban tan aterrorizados que les daba lo mismo. También les daba lo mismo que hubieran tirado a Hannah al suelo. Pisoteaban a la pequeña, que gritaba. Y gritaba. Y gritaba.

Hasta que dejaba de gritar.

Yo quería levantar a mi hermana, pero no podía llegar hasta ella porque la masa me apartaba. Mientras, el resto, con el aire que le quedaba en los pulmones, pedía ayuda y compasión. Los primeros caían al suelo. Inconscientes.

Ya no veía a Hannah. Ni a mi madre. En el oscuro camión, con la negrura de los gases de escape, ya no se veía nada. Daniel intentaba sostenerme sacando fuerzas de flaqueza, seguía a mi lado incluso cuando estaba a punto de morir. Pero no podía decir nada, porque también tosía.

Yo perdía el sentido, ni siquiera agonizaba. Luego Daniel se desplomaba también, y los dos caíamos al suelo. O mejor dicho, caíamos sobre otras personas. Y, sobre nosotros, otros que habían aguantado un poco más. Nos aplastaban. Y ya no podía respirar..., ya no podía respirar..., no podía respirar...

La respiración se me aceleró al oír el anuncio, casi como si ya me hubiesen metido en uno de esos camiones.

—Tampoco será tan malo, muchacha —me dijo, dándome un empujoncito, un anciano que a pesar del calor llevaba un abrigo sobre la camisa (posiblemente ya no tuviese ninguna chaqueta)—. A los alemanes les falta gente que trabaje en los campos de Ucrania y Bielorrusia, por eso nos trasladan.

Según lo dijo no parecía que pretendiera infundirse valor, sino que lo creía de verdad. Seguramente Amos lo hubiese zarandeado y le hubiese gritado: «¿De verdad crees que los alemanes piensan mandar a los campos precisamente a un vejstorio como tú?».

Así que Amos no era ningún idiota, como yo pensaba.

Un capullo, quizá.

Un fanático, desde luego.

Pero un idiota, no.

Él y sus amigos lo habían visto venir mientras los demás estaban ciegos. Como yo.

—Puede que, a diferencia de mí, tú seas una de las muchas excepciones —me animó, risueño, el anciano.

¿Excepciones?

En efecto, ¡había excepciones!

En el decreto también se especificaba quiénes no serían trasladados al

Este: todos aquellos judíos que trabajaran en las fábricas del Reich, en los hospitales o en labores de desinfección. Además de los miembros del Consejo Judío y sus empleados, la Policía judía...

Nada de eso nos incluía a mi madre, a Hannah, a Daniel o a mí.

Sin embargo, había otra excepción, en el apartado 2g: todos aquellos judíos que fueran familiares directos de las personas a las que se hacía mención en los apartados A-F.

Por un instante volví a abrigar esperanzas: mi hermano, Simon, era miembro de la Policía judía, nosotros éramos su familia, o sea, que no teníamos que ir al Este, o dicho de otra manera: al camión.

Lancé un suspiro de alivio.

Pero entonces terminé de leer el apartado 2g: por familiares se entiende únicamente esposa e hijos.

Para los alemanes no éramos familiares de mi hermano. Su madre no era pariente suya, y nosotras, sus hermanas, tampoco.

De manera que el apartado 2g no servía de nada: mi padre había muerto y mi madre no trabajaba, razón por la cual Hannah y yo no éramos hijas de una «persona judía» que se librara del reasentamiento.

Y aparte de eso, yo no era la mujer de nadie, aunque quizá pudiera encontrar a toda prisa un rabino que se compadeciera de mí y me casara con cualquiera. Seguro que en ese mismo instante ya se estaban celebrando bodas cuya sola finalidad era convertir a alguien en esposo o esposa para salvarle el pellejo. En esas bodas el amor no desempeñaba ningún papel. O justo al contrario, es posible que incluso desempeñara el papel principal: ¿acaso casarse con alguien para salvarle la vida no era la máxima expresión del amor?

Pero ¿con quién me habría podido casar un rabino compasivo? El único que me habría tomado por esposa era Daniel, y él no estaba incluido en el grupo que constituía una excepción al reasentamiento. Dios mío, ¿qué sería de él y de los huérfanos? ¿Podría protegerlos la fama de Korczak? ¿Se atreverían los alemanes a expulsar del gueto a ese hombre mundialmente célebre y a sus doscientos niños?

A mi lado una mujer rompió a llorar, pero nadie le hizo el menor caso. Probablemente todos pensaran febrilmente en las opciones que tenían. Aunque la mayoría no creyera que ese reasentamiento los conduciría a la muerte, nadie quería ir a un futuro incierto con sus escasas pertenencias (en el párrafo 3 se especificaba que cada persona podía llevar únicamente

quince kilos). Más valía lo malo conocido del gueto que el reasentamiento en un lugar que, seguramente, además de terrible era desconocido.

Yo tampoco me preocupé por la mujer que lloraba. Tenía que ir a ver a mi hermano. Aunque los alemanes hubiesen decidido que no era pariente nuestro según el apartado 2g, Simon era la única posibilidad que teníamos de salvarnos. Debía ayudarnos, procurarnos los documentos necesarios para protegernos.

Eché a andar hacia la calle Ogrodowa número 17, el cuartel general de la Policía judía, un edificio que también daba cobijo a las SS. Mientras caminaba a buen paso por las calles, me debatía entre dar un pequeño rodeo para ir a casa a abrazar a mi hermanita y decirle que todo iría bien — aun cuando intuía que no era verdad— o no hacerlo.

Estaba segura de que en esos momentos Hannah tenía miedo. Sin duda temía también por su novio, Ben *el Pelirrojo*, en el caso de que sus padres no constituyeran una excepción para los alemanes. Y ¿quién, si no era yo, podía quitarle el miedo a Hannah? Mi madre, desde luego, no.

Entonces me acordé del abrazo que me dio mi padre cuando llegamos a casa después de la humillación que nos infligió el soldado alemán aquel frío día de noviembre. Mientras le curaba las heridas a Simon, me pasaba la encallecida mano una y otra vez por el pelo mientras me decía: «Todo irá bien». Pero sus ojos tristes reflejaban que no lo creía así. Si el insulto ya había sido malo para mí, el desamparo de mi padre lo fue más aún. Que además me mintiera, aunque lo hiciese con buena intención, fue lo peor de ese día. Aunque fue injusto por mi parte, esa mentira hizo que me enfadara especialmente con él.

La idea de tener que mentir yo también a Hannah y de que ella se pusiera furiosa conmigo me resultaba insoportable, de manera que decidí no ir a casa. Al menos no antes de haber hablado con Simon y de que él hiciera valer su maldita influencia en la Policía judía: ojalá no hubiera sido una fanfarronada para ganarse a las fulanas del hotel Britannia.

Costaba avanzar por las calles. Por todas partes había grupitos de personas que discutían qué significaría exactamente el decreto de los alemanes. Entreoí mientras pasaba que, el día anterior, los alemanes habían detenido a unas sesenta personas, en su mayoría judíos conocidos, incluso miembros del Consejo. Las habían llevado a la cárcel de Pawiak. Las SS las habían tomado de rehenes y amenazaban con matarlas a todas si la población se negaba a seguir sus instrucciones con respecto al

reasentamiento.

A pesar de la amenaza de utilizar la fuerza, casi nadie hablaba de que esa «operación», como también se denominaba al reasentamiento, significaría la muerte para los deportados. Según la opinión generalizada, unas sesenta mil personas serían trasladadas para trabajar, y el resto podría quedarse en el gueto. Y como eran muchos los que opinaban así y yo estaba muerta de miedo, empecé a preguntarme si no tendrían razón: quizá no nos mataran a todos, quizá sólo algunos acabarían en el camión. Quizá Chełmno incluso fuera una invención de alguien que tenía una imaginación desbordada y al leer el decreto esas historias espeluznantes me habían vuelto loca.

Nos imaginé a Hannah, a mi madre y a mí en el Este, recogiendo trigo en campos soleados. Seguro que esos trigales eran bonitos. Más que el gueto.

Pensar en el sol y el espacio abierto me tranquilizó.

Era de locos lo rápido que uno podía volver a concebir esperanzas.

Tenía sentimientos encontrados.

Aparte de personas como Amos, nadie creía en el exterminio.

¿Porque sencillamente era más soportable no creerlo?

¿O porque en realidad solamente era una quimera? Encerrar a personas en camiones y asfixiarlas con gases de escape..., ni siquiera los alemanes podían estar tan enfermos.

Sin embargo, tanto si creía en el exterminio como si no, en lo que sí creía era en la supervivencia. Y para sobrevivir no podía correr ningún riesgo. Debía hacer todo cuanto estuviera en mi mano, incluso hablar con mi hermano. Suplicarle, si era preciso. Por Hannah, por mi madre. Y, sí, también por mí. Creía más en la supervivencia que en el orgullo.

Apreté nuevamente el paso, y poco antes de meterme en la calle donde se encontraba el cuartel general de la Policía judía me enteré también de que los curas de las dos iglesias católicas del gueto —las iglesias de Todos los Santos y de Nuestra Señora— habían sido exhortados a abandonar el gueto. A ambas iglesias acudían judíos cristianos, que jamás habrían dicho que eran judíos y, no obstante, debido a las demenciales ideas de los alemanes con respecto a la raza, debían llevar la estrella. Casi todos los habitantes del gueto odiaban a esos judíos católicos que vivían entre nosotros. Incluida yo. Para mí lo peor no era ni siquiera que esa gente recibiese raciones extra de Caritas, sino que sus iglesias tenían preciosos

jardines en los que no podíamos entrar.

En todo el maldito gueto sólo había un árbol, y estaba delante del edificio del Consejo Judío. Así que no era de extrañar que Hannah contara historias que giraban en torno a las plantas, como la de la pequeña Masza, que en su casa tenía escondido bajo la cama un árbol que hablaba. O como la del niño peludo llamado Hans, que fue criado por una manada de lobos y que de adulto enseñó a los animales que era mejor comer plantas que liebres, postura esta muy celebrada por las liebres del bosque.

En una ocasión, Korczak pidió por escrito al cura de la iglesia de Nuestra Señora que los sábados dejara ir al jardín a los niños del orfanato para que pudieran salir de la apretura del gueto y estar en contacto con la naturaleza aunque fuera una hora, con un verdor que los más pequeños del orfanato nunca habían visto. Pero el cura no accedió a la petición de Korczak. Los jardines cristianos no eran para judíos. Al menos no para aquellos que no profesaban el catolicismo.

Menudo malnacido.

¿Por qué no deportaban a alguien así al Este?

No, eso no se le podía desear a nadie.

Ni siquiera a un malnacido que no permitía que los niños huérfanos judíos olieran una flor una vez en su vida.

Delante del edificio de la Policía judía había un montón de gente que quería entrar. Me dio la sensación de que eran centenares; en realidad puede que sólo fuesen entre sesenta y ochenta, pero hacían tanto ruido como diez mil. Unos querían que sacaran a sus familiares de la cárcel, otros necesitaban algún certificado que los librara del reasentamiento y otros tantos, como yo, querían ver a policías judíos parientes suyos.

Alrededor de diez policías impedían entrar a la multitud. Cada uno llevaba una chaqueta distinta, pero aun así con la gorra y las botas parecían uniformados. Descargaban la porra sobre todo aquel que se acercaba a la puerta.

Judíos pegando a judíos. A judíos desesperados.

No conseguiría pasar, eso estaba claro. Tan sólo conseguiría recibir un golpe de los que algunos policías asestaban más bien maquinalmente, como si no fuesen personas. O más bien como si aquellos a los que golpeaban en las costillas o las rodillas no fuesen personas, sino mesas, sillas o cómodas que servían como leña para la chimenea.

De manera que me alejé un tanto del gentío y me acerqué a unos

camiones en cuya caja abierta iban los soldados de las SS, sentados o de pie, cuando entraban en el gueto.

De repente la multitud se dividió como el mar Rojo ante Moisés y los porrazos cesaron. Se hizo un silencio angustioso, ya que la puerta se abrió, y de allí no salieron Moisés y los suyos sino todo lo contrario: soldados de las SS.

Los que hacía un momento querían entrar en el edificio salieron corriendo. Todo el mundo sabía que la Policía judía únicamente repartía palos, pero las SS disparaban.

Yo, sin embargo, me quedé petrificada. Tras unos veinte soldados de las SS armados con fusiles y pistolas iban policías judíos. Y con ellos, ataviado con una chaqueta de color claro, lustrosas botas marrones y una gorra cuya visera acharolada relucía al sol, marchaba Simon.

Parecía mucho más aniñado que los demás policías, aunque muchos de ellos, como mi hermano, debían de rondar la veintena. Igual que tantos soldados de las SS. El único claramente mayor era el oficial de los alemanes, un hombre rubio con uniforme negro y multitud de pequeñas marcas en la cara que revelaban que de joven había padecido un severo caso de acné. Ese oficial de las SS de mirada fría llevaba una fusta al cinto.

Que probablemente no estuviese pensada para caballos.

Simon intentaba compensar su escasa masculinidad con una expresión especialmente resuelta. ¿Golpearía con la porra a judíos cuando entraba en acción igual que habían hecho antes sus compañeros? Una pregunta absurda. Pues claro que lo hacía. Quise llamarlo, pero no me salió la voz.

El grupo avanzaba hacia los camiones. Yo era la única que aún se interponía en el camino de los alemanes. Quería salir corriendo, pero mis piernas seguían paralizadas. Ver a mi hermano con las SS...

Los alemanes avanzaban hacia mí, encabezados por el de la fusta. Los soldados miraban fijamente al frente. Era como si ni siquiera me viesen. O no, mejor dicho, como si yo fuera un insecto al que pisarían si no se quitaba lo bastante deprisa del camino.

Quería salir corriendo. Quitarme de en medio. ¡Tenía que hacerlo!

Pero no podía.

Y los soldados venían directos hacia donde yo estaba. Sus pasos pesados y regulares me resultaban atronadores, ya no oía nada más. Ahora el líder de la fusta se hallaba a escasos pasos de mí. ¿Qué sería: comandante, alférez, teniente coronel? ¿Acaso no daba absolutamente lo

mismo en ese momento?

Tras él marchaba su destacamento y, detrás, los policías judíos. El líder me vio y sin duda se dio cuenta de que no era capaz de moverme, pero no se apartó, se limitó a mirarme con frialdad. Un alemán no se apartaba por una judía. En ese instante fui consciente de que para él sólo era alguien que se interponía en su camino. Nosotros, los judíos, nos interponíamos en el camino de los alemanes.

Y más allá, ¿qué había?

Ni idea. ¿La hegemonía mundial? ¿Una sociedad aria? ¿La dicha suprema? ¿O sencillamente una vida sin virus?

Nosotros éramos bacilos que había que aniquilar.

Nada más. No éramos dignos ni de consideración ni de afecto. Por descontado, no de afecto. Sólo éramos un fastidio. Un gran fastidio.

Cuando vi los ojos fríos, indiferentes, del oficial de las SS, lo supe sin lugar a dudas: querían matarnos a todos.

La esperanza que poco antes aún deseaba compartir con muchos otros del gueto de que el reasentamiento no era más que eso, un reasentamiento, se truncó definitivamente.

Y ello me paralizó aún más.

Quise llamar a Simon para que me ayudara. Al fin y al cabo era mi hermano.

Pero de mi boca no salió sonido alguno.

El líder se llevó la mano al cinto. ¿Sacaría la fusta? ¿O la pistola?

¡Un golpe con la fusta, un golpe con la fusta! Confiaba con todas mis fuerzas en que me diera un golpe con la fusta.

Su mano se apoyó en la pistola.

De pronto, tras los soldados, un policía judío salió de la formación y corrió hacia delante.

¡Simon!

¿Pretendía interponerse entre la bala y yo?

¿Morir por su hermana?

Inconcebible.

Y sin embargo se abalanzó sobre mí y me chilló:

—¡Largo, puerca!

Mi propio hermano me llamaba puerca.

—¿Es que no has entendido? ¡Quítate de en medio!

Me apartó de un empujón brutal y perdí el equilibrio, me caí, justo

sobre el brazo malo, y pegué un grito. El dolor me hizo pensar que se me saltarían los puntos de la herida.

Vi botas negras, relucientes. A menos de veinte centímetros de distancia.

Levanté la vista, aterrorizada: el oficial se había visto obligado a detenerse puesto que yo estaba tirada en el suelo delante de él. Sacó la pistola de la funda.

Simon, a mi lado, chilló:

—¡Muévete, muévete!

¿Temía por mi vida? ¿O por la suya?

Se sacó la porra y...

... Me golpeó con ella.

¡Mi propio hermano me golpeaba!

Me dio en el hombro. Lancé un grito de dolor. Y de pena. Mi propio hermano levantaba la porra contra mí mientras gritaba:

—¡Muévete de una vez, cerda!

Y la porra me acertó en el pecho.

El golpe me recorrió el cuerpo entero. El dolor era increíble. No obstante, obedecí y me hice a un lado. Lo más deprisa que pude. Pero Simon seguía blandiendo la porra; para él no era lo bastante rápida. Me pegó de nuevo, en el tobillo. Grité, fue como si todo mi cuerpo estallara de dolor. Mi hermano me asestó además una patada que me hizo rodar de lado.

Cuando por fin me hube quitado de en medio, el oficial de las SS apartó a Simon, se enfundó la pistola, y los soldados siguieron adelante.

Simon me había salvado la vida con sus golpes.

Estaba ovillada en mitad de la calle, con una mano apoyada en el hombro y la otra en las costillas, como si así pudiera aliviar el dolor, y lloraba y gemía.

Delante de mí estaba mi hermano, que me había salvado la vida.

Jadeante, tembloroso, desencajado por la ira.

No parecía el salvador de su hermana. Todo lo contrario, daba la impresión de querer golpearme otra vez. De pura rabia, por haberlo puesto en la tesitura de tener que librarme de la bala y, de ese modo, quizá arriesgarse a que le pegaran un tiro a él.

Los soldados pasaron por delante, seguidos de los policías judíos. Simon debía unirse a ellos, ponerse en marcha para acompañar a los nazis

y sin duda tomar parte en la atrocidad que pensarán cometer y quizá incluso ver cómo mataban a niños.

Aun cuando no fuera el propio Simon el que disparase, sería su cómplice.

Un criminal. Mi hermano, que acababa de salvarme la vida a porrazos y me odiaba por ello. Igual que yo, que lloriqueaba en el suelo delante de él, y lo odiaba. Con toda mi alma. Por lo que les haría a otros. Y por lo que me había hecho a mí.

Todavía me dijo entre dientes:

—Luego iré a casa, os ayudaré.

No le dije: «Ni te acerques».

Mis ganas de sobrevivir eran mayores que mi orgullo. Y ahora mismo Simon era el único que podía librarnos de la muerte.

Por ello lo odié más si cabe. Se subió con los demás policías a uno de los camiones, y los vehículos salieron disparados. Seguramente a encerrar a los primeros judíos para trasladarlos. Los gases de escape se me metieron en la nariz mientras seguía en el suelo, demasiado débil para levantarme.

Una muestra de Chełmno.

## 16

Aunque Simon me había dado con fuerza en el hombro y las costillas, y en esos sitios las contusiones me dolían lo indecible —por no hablar de la herida del brazo, que por suerte no se había abierto—, lo que más me molestaba era el tobillo. Subir cada peldaño de la escalera del número 70 de la calle Miła me costó lo mío, y cuando llegué a la puerta de casa, el tobillo me palpitaba de tal modo que me daba la impresión de que tenía vida propia, una criatura del tamaño de un balón de fútbol a la que le latía con fuerza el corazón.

Cuando abrí la puerta, vi que en la familia de Cracovia reinaba un gran ajetreo. Ninguno de sus miembros trabajaba para el Consejo Judío, la Policía judía o alguna de las fábricas del Reich, de manera que todos ellos se disponían para el reasentamiento. Los hombres, rezando; y las mujeres, preparando las viejas maletas mientras sopesaban qué cosas debían incluir en los quince kilos que permitían los alemanes.

Me entraron ganas de chillarles: «¡Qué más da lo que os llevéis!, ¡vais a morir!».

Y más aún me habría gustado chillarles a sus maridos ortodoxos: «¿Para qué tanto rezo? ¡Si ahí arriba no os escucha nadie! Al menos nadie a quien valga la pena rezarle».

Pero ¿de qué habría servido? De todos modos no me habrían creído. Y aunque hubiera podido convencerlos del funesto destino que los nazis les tenían reservado, ¿qué podía hacer esa gente?

¿Luchar? ¿Como en Masada? ¿Esas mujeres? ¿Con sus devotos maridos? ¿Y sus diligentes hijitas, que ayudaban a hacer las maletas? ¿Y los niños, con esos tirabuzones largos en las sienes, que jugaban con una pelotita?

No eran combatientes. Ni héroes. Eran personas para las que probablemente fuese mejor ir a la muerte con una ilusión.

No, luchar solamente podían los jóvenes. Como Amos. O su Esther. O incluso...

... ¿Yo?

No, yo tenía que ocuparme de Hannah.

Me habría gustado sentarme con los hombres y rezar para que mi hermana sobreviviera. Ya no creía en Dios, pero una parte de mí aún quería confiar en él.

En ese momento recordé que ya no me sabía de memoria ni una sola oración judía. Tan sólo recordaba las católicas que me había aprendido para guardarme las espaldas cuando me dedicaba al estraperlo. Bueno, seguro que esos ortodoxos se mostrarían encantados de que me sentara con ellos a rezar el magnificat. No pude evitar sonreír. Amargamente.

Una mujer especialmente mayor, con su pañuelo en la cabeza, vio mi sonrisa y me miró desconcertada. Dejé de sonreír en el acto. No estaba bien dar la impresión de que me reía de ellos. Sobre todo cuando no era así. Pasé por delante con la cabeza gacha, sintiéndome vieja. No sólo por mi cuerpo maltrecho, sino también porque me resultaba tremendamente duro no advertir a esa gente de su destino, aunque lo correcto fuese no hacerlo.

Entré en nuestro agujero, que de pronto me pareció un refugio del que no quería volver a salir.

Mi madre no estaba tumbada en su colchón, para variar, sino sentada a la mesa. Posiblemente llevara bastante esperándome, a fin de cuentas no había aparecido por casa desde la noche anterior. Debía de pensar que me

habían pillado pasando contrabando. Al verme lanzó un suspiro; no del todo de alivio —yo tenía demasiada mala cara—, pero sí estaba visiblemente contenta de que siguiera viva.

Hannah levantó la vista de uno de mis libros ingleses: *Alicia en el país de las maravillas*. Con ayuda del libro intentaba, además de aprender inglés, como yo, averiguar cómo construían sus historias los grandes narradores, aun cuando no entendiese casi nada de la trama.

Sin embargo, ellas no eran las únicas que estaban preocupadas por mí.

—¡Has vuelto! —exclamó aliviado Daniel, probablemente dándose cuenta del estado en el que me encontraba.

—Eres muy observador —repuse débilmente, intentando bromear. Quería transmitirles la sensación de que la cosa no era para tanto.

Daniel sonrió. Por mí. Lo mejor de él era que sabía cuándo estar callado. No me preguntó dónde había estado ni quién o qué me había dejado tan maltrecha, aunque seguramente se muriera de ganas de hacer esas preguntas. Y, sobre todo, no me hizo reproches del tipo: ya te advertí que no te metieras a estraperlista; jamás se le habría pasado por la cabeza decir algo así. Sencillamente me abrazó con fuerza.

Me eché a llorar.

Porque mi propio hermano me había molido a palos. Porque la familia de Cracovia moriría y no podía prevenirla. O, mejor dicho, no quería. Y porque había visto en los ojos del alemán que para él yo no era una persona. Ninguno de nosotros lo era. Ni siquiera Hannah.

No podía parar de llorar.

Daniel me estrechaba con fuerza. En ese momento me habría hundido sin él.

Sollozaba. Hasta que él empezó a hablar y comenzó a decir:

—Todo irá b...

—No digas eso —le pedí, y me zafé de él. No quería oír esas mentiras, esa palabrería absurda. No quería enfadarme con Daniel como me enfadé en su día con mi padre.

Hannah se acercó a mí y afirmó:

—Tienes pinta de haber comido ya.

No pude evitar reírme. Una risa algo histérica, pero risa al fin y al cabo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó mi madre, aunque no parecía muy segura de querer saberlo de veras.

Decidí contarles una versión edulcorada de lo sucedido. No hice mención alguna a la operación de estraperlo fallida, si bien me pregunté un instante para mis adentros cómo se lo explicaría a Aszer, ya que, con o sin reasentamiento, el mafioso querría saber qué había sido de lo que me había encomendado.

Dada la nueva situación, sin duda habría de ser comprensivo conmigo, aunque, por otra parte, tipos como Aszer no habían llegado a ser quienes eran mostrándose comprensivos con los demás.

Decidí apartar mentalmente el problema de Aszer por el momento; en comparación con lo que se avecinaba, el mafioso era una preocupación menor.

Y cuán terrible era encontrarse en una situación en la que se pensaba: un mafioso al que le he arruinado un negocio no es el mayor de mis problemas.

En vez de eso preferí contarles que había ido al cuartel general de la Policía con la intención de pedirle ayuda a Simon, y allí me había topado con soldados de las SS. También conté que un policía judío me había molido a palos —¿cómo si no diciendo esa verdad a medias habría podido explicar el estado en que me hallaba?—, pero no, claro está, que había sido mi propio hermano.

—¿Viste a Simon? —quiso saber mi madre.

—Sí —logré decir entre dientes, controlando la rabia a duras penas.

Daniel me cogió la mano como para quitarme el enfado, pero eso no me tranquilizó.

—¿Nos va a ayudar? —preguntó mi madre.

—Eso dijo —repuse conforme a la verdad, recordando cómo me había visto lloriqueando en el suelo delante de él. Y le apreté la mano a Daniel de tal modo que éste se estremeció, aunque de manera apenas perceptible. Cualquiera otro probablemente se hubiera soltado, pero él quería mostrarme su apoyo.

—Si Simon ha dicho que nos ayudará, lo hará —aseguró mi madre.

Seguía queriendo a su hijo, a pesar de que hacía mucho tiempo que no venía a vernos ni nos daba ni una mínima parte de las raciones extra que recibía por ser policía. Igual que a mi padre, mi madre podía perdonárselo todo.

Ahora mi rabia pasó de Simon a ella. Apreté con más fuerza aún la mano de Daniel, que sin embargo no me soltó. Y gracias a ese apoyo

empecé a relajarme. Poco a poco la rabia fue dando paso al agotamiento, al fin y al cabo sólo había dormido unas horas y tenía el cuerpo molido.

—¿Quieres beber algo? —me preguntó.

—Sí, por favor.

—Pues si quieres que te traiga algo, tendrás que soltarme la mano —dijo con una sonrisa adorable.

Una sonrisa. En un día así. Era un regalo.

—Entonces prefiero no beber nada —repuse, sonriendo también, y me senté a la mesa sin soltarlo.

—Te lo puedo servir yo —se ofreció mi hermanita, y cogió una jarra de porcelana blanca y echó agua en un vaso.

—Muchas gracias —respondí.

—Pero la herida del brazo ya la tenías ayer —apuntó mi hermana, que no cejaba en su empeño de saber cómo me la había hecho.

—¿Qué herida? —preguntó Daniel, sentado a mi lado en la mesa y a cuya mano yo seguía agarrada.

—Una de la que no queremos hablar —contesté.

Ahora no estaba en condiciones de referirle a Daniel mi encuentro con Amos y su gente de Hashomer Hatzair.

—Ah, esa herida —dijo Daniel, sonriendo comprensivo.

Le solté la mano, y él empezó a acariciarme la nuca con ternura. Ahora por fin volvía a sentir que en el mundo había algo más que mi miedo: el cariño de Daniel. Su amor. Y me di cuenta de que el miedo, el odio y el cansancio me habían impedido pararme a pensar un solo segundo en cómo le había ido a él ese día espantoso. ¿Qué significaba el decreto de los alemanes para el orfanato?

—¿Cómo ha reaccionado Korczak? —le pregunté.

—Ha intentado hablar con el Consejo Judío...

—¿Y?

—No lo sé. Primero quería verte a ti.

—Bueno, seguro que Korczak consigue que los huérfanos no... —Por un instante vacilé, era demasiado espantoso decir lo que pensaba, que esos niños tan despiertos y llenos de vida de los que Korczak y Daniel se ocupaban con tanto afecto morirían todos. De manera que decidí utilizar las palabras de los alemanes—: No sean reasentados.

No era de extrañar que los alemanes emplearan esa palabra: *reasentar*; resultaba soportable si no se leía entre líneas su verdadero

significado.

—Si hay alguien capaz de proteger a los niños es Korczak —aseguró Daniel.

Lo dijo con suma confianza. Creía en su padre adoptivo más aún que en Dios. Más aún que mi madre en Simon. Tanto como los creyentes de al lado en el Todopoderoso. La fe que Daniel depositaba en Korczak era, con diferencia, la más intensa de todas.

De no haber sido una idea tan tremenda para con mi madre, habría deseado que Hannah y yo hubiésemos sido unas huérfanas bajo la protección de ese barbado anciano bondadoso, aunque cansado.

Daniel dejó de acariciarme el cuello y supe de inmediato lo que eso significaba:

—¿Quieres ir al orfanato?

—Debo hacerlo —contestó. Pero, naturalmente, además lo deseaba. Me quería, pero tenía que compartirlo con los niños del orfanato. También, precisamente, ahora. Tanto si me gustaba como si no. Y me avergonzó admitir que no me hacía ninguna gracia.

Me levanté e hice un leve gesto de dolor, ya que el tobillo herido me molestaba de nuevo. Acto seguido le di un beso en la mejilla. Él sonrió, agradecido de que no le pidiera que se quedase. Nos abrazamos y permanecemos así hasta que dijo:

—Nos vemos.

—Nos vemos —repetí.

Daniel salió de nuestro pequeño agujero, y yo fui consciente de que ninguno de los dos, aunque creíamos que volveríamos a vernos, podía decir cuándo exactamente. No dijimos: hasta esta noche o hasta mañana.

Antes de que pudiera pararme a pensar en lo que eso significaba, Hannah preguntó:

—¿Me contarás ahora cómo te hiciste la herida del brazo o no?

La herida. El encontronazo con Amos había sido el día anterior, pero era como si hiciese una eternidad. Ese hombre ya no tenía ninguna importancia en mi vida. Daniel me apoyaba; Amos sólo apoyaba a su Hashomer Hatzair.

—O no —le respondí a mi hermana, y me tumbé, completamente agotada, en mi colchón.

Ofendida, Hannah puso morro. No había entendido del todo lo que estaba pasando en el gueto, pero la mayoría de los adultos tampoco. Y

aunque yo creía comprender un poco más el asunto, sospechaba que no lo sabía todo ni mucho menos.

Lo suyo sería contarle a Hannah lo que se nos venía encima. Y así lo haría. Más tarde. Cuando supiera si mi hermano podía ayudarnos y, por tanto, si aún había esperanza. Y cuando hubiera dormido algo.

Cerré los ojos y le pedí:

—Cuéntame una historia.

—¿Qué? —respondió ella, indignada. Cada vez se sentía más ofendida.

—La de las setecientas setenta y siete islas —supliqué como si fuera una niña pequeña que quiere oír un cuento para dormir. No imitaba de broma a una niña, sino que en ese momento realmente lo era.

Hannah lo intuyó, y en ese instante nuestros papeles se intercambiaron: ahora era ella la hermana mayor..., la madre..., lo que fuese..., y siguió contando la historia de las 777 islas:

En el inestable barco, el hombre lobo se hallaba ante los niños, gruñendo y enseñando los dientes. Justo cuando se disponía a hacer pedazos a Ben y Hannah, el capitán Zanahoria exclamó:

—¡No puedes comértelos!

A ellos les pareció estupendo.

—Según la ley del mar, han de cruzar la pasarela y sufrir una muerte terrible, ¡ahogados!

Eso ya no les pareció tan estupendo.

—... Si no los devoran antes las rayas amargas.

Aunque los niños no sabían qué clase de animales eran las rayas amargas, estaba claro que en el mar en el que se encontraban las 777 islas nadaban depredadores distintos de los de nuestro mundo, con los que preferían no cruzarse.

Al hombre lobo no le hizo gracia que se le escapara la comida, aunque refunfuñase:

—No importa, de todas formas están en los huesos.

El lobo cogió una pasarela suelta, la afianzó de tal modo que sobresaliera de la borda como si fuera un trampolín y azuzó a los niños para que se subieran a ella. Debido al peso, la pasarela se combó ligeramente. Bajo ellos se mecían las suaves olas, debajo de las cuales acechaban las rayas amargas o la muerte por ahogamiento, ya que ni Hannah ni Ben sabían nadar. Los niños del gueto no aprendían esas cosas.

Se abrazaron fuertemente, con cariño, se dijeron «Te quiero» y «Y-yo... t-también t-t...» y «Sé lo que quieres decir».

Luego se besaron como no se habían besado nunca antes.

En ese momento me habría gustado abrir los ojos y haber manifestado nuevamente mi opinión de que Hannah aún era muy pequeña para besarse, pero estaba demasiado cansada.

El capitán Zanahoria iba a pinchar a los niños con un sable para que saltaran, pero entonces el hombre lobo gritó:

—¡Capitán, mire! —Nervioso, sostenía el libro en alto, con ambas patas—. Vienen del mundo del gran continente. ¡La niña debe de ser la elegida!

—¿Cómo va a ser esa mocosa la elegida? —espetó furioso el capitán—. ¿Cómo va a salvarnos a todos una niña tan pequeña? ¿Cómo va a vencer al Señor de los espejos?

El capitán Zanahoria se volvió hacia Ben y Hannah, y ésta exclamó:

—¡Es cierto, yo soy la elegida!

Todos se quedaron de una pieza, incluidos Ben y el capitán, que, imbuido de un profundo respeto, bajó el sable.

—Chica lista —musité antes de quedarme dormida.

—Descansa, Mira —dijo Hannah, y me acarició el pelo.

Eso me gustó.

A decir verdad, debería haber tenido pesadillas de soldados de las SS que me metían en un camión o de mi hermano matándome a palos o incluso de un capitán con un sable, pero no soñé nada. Y si soñé, no me enteré. De lo agotada que estaba, mi sueño fue tan profundo como el mar que bañaba las 777 islas.

## 17

—Deja dormir a Mira —fue lo primero que volví a oír. Era la voz de Simon.

—¿Es que no quieres hablar con ella? —preguntó mi madre.

—No tengo mucho tiempo —repuso él.

Eso no era un sueño. Mi hermano estaba ahí, en la habitación.

Me pesaban mucho los párpados. Tendría que hacer un esfuerzo

supremo para abrir los ojos. Una parte de mí no quería hacerlo. Prefería sumirme en las profundidades sin sueños a ver a Simon. Pero tenía que averiguar qué quería y si de verdad podía ayudarnos. Di la orden a mis ojos de que se abrieran, aunque no hicieron mucho caso.

—Seguro que Mira se alegraría —afirmó mi madre.

No se lo creía ni ella, ya sabía lo que yo pensaba de mi hermano, aun cuando ni siquiera sospechara que había sido él el que me había pegado.

—No lo creo —terció Hannah. Ella tampoco le había perdonado a Simon que nos hubiera dejado en la estacada los últimos meses.

—No, yo tampoco —corroboró mi hermano, y se le notó claramente en la voz que no quería verme.

—Se alegrará —insistió mi madre— cuando sepa lo que has hecho por nosotras.

Ahora sí abrí los ojos: debía saber lo que había hecho por nosotras.

Simon estaba junto a mi colchón, la gorra del uniforme en la mano. Ni siquiera se había sentado, como si cada segundo que pasaba con su familia fuese una tortura para él. ¿Qué le habíamos hecho para que nos tratara así? ¿O acaso le recordábamos lo que nos había hecho y ésa era su tortura?

—Mira ha abierto los ojos —constató Hannah.

Mi hermano me miró asustado. Posiblemente tuviera miedo de que contara lo de la porra. Seguro que al llegar a nuestro agujero de la calle Miła se sintió aliviado de que mi madre y Hannah todavía no supieran que había sido él el que me había causado la mayoría de mis heridas.

En el colchón, mi cara quedaba a la altura de sus botas. El cuero estaba lleno de sangre. No era mía. Al fin y al cabo, él *sólo* me había causado cardenales y contusiones, pero no me había hecho sangrar. Alcé la vista, también tenía los pantalones manchados de sangre. Llevaba la chaqueta mal abrochada —de pequeño siempre se liaba con los botones—, su pelo enmarcaba su cara pálida, que revelaba que en las últimas horas había hecho muchas cosas. Sin embargo, no estaba herido. Al menos no que se viera. De modo que ¿de quién era esa sangre? ¿A quién más había molido a palos para las SS aparte de a su propia hermana?

No quería estar en el suelo delante de él. Otra vez no. Así que me levanté. Me dolía todo: el hombro, las costillas, especialmente el tobillo, que tenía muy hinchado. Por un instante volví a marearme, pero logré mantenerme en pie. Como estaba sobre el colchón, me hallaba a la altura de los ojos de mi hermano. Que era de escasa estatura. En todos los

sentidos.

—Hola, Mira —saludó prudente, a la espera de ver cómo reaccionaría.

—Hola, Simon —contesté con ira contenida.

—Dile a Mira lo que has hecho por nosotras —pidió encarecidamente mi madre.

Fuera lo que fuese lo que había hecho, ella creía que sería capaz de reconciliarme con mi hermano. Pero por mí tendría que haber echado a los nazis de Polonia para que eso sucediera.

—Sí, Simon —lo provoqué—, dile a Mira lo que has hecho por nosotras.

—Le he conseguido a mamá un certificado de trabajo para la fábrica de Többens.

Többens era un alemán que se estaba haciendo de oro en el gueto gracias a la mano de obra barata. En su fábrica se cosían abrigos y prendas elegantes para mujeres y niños alemanes. Con los retales se confeccionaban flores artificiales con las que se adornaban los vestidos. En esa fábrica, al igual que en el resto, no se ganaba nada. Solamente daban una rebanada de pan y un café aguado para desayunar y otra rebanada de pan por la tarde. Pero si uno trabajaba allí, no lo reasentarían. Desde hacía poco, trabajar como esclavos equivalía a tener derecho a sobrevivir. Y como éramos hijas de mi madre, según el párrafo 2g un certificado como ése nos salvaría la vida.

Sólo había un detalle insignificante que imposibilitaba nuestra salvación: mi madre no aguantaría mucho las condiciones de trabajo de Többens. Once horas a destajo dándole a la máquina de coser eran demasiadas para ella. ¿Debía mencionarlo? ¿No pondría en evidencia a mi madre? Pero, por otra parte: estaba en juego nuestra supervivencia, de manera que herir sus sentimientos era algo secundario.

Simon, que me vio mirarla con recelo, me leyó el pensamiento:

—El certificado es falso.

—¿Cómo dices? —Eso sí que me sorprendió.

—Lo ha hecho mi amigo Mamel —informó mi hermano—. Tiene un talento increíble, dibuja las tarjetas para los alemanes en el puesto de mando.

—Entonces seguro que está muy orgulloso de sí mismo —apunté con amargura.

Desde luego Simon comprendió que la pulla iba más dirigida a él que

a su amigo.

—Con esa tarjeta os salvará la vida sin pedir nada a cambio.

Lo dijo con mordacidad, queriendo decir en realidad: yo os salvaré la vida sin pedir nada a cambio.

—Así que normalmente cobra por ello.

—Claro.

—Claro —repetí con frialdad.

—Y no poco.

—Claro —espeté, más fríamente aún.

—Si no hiciera lo que hago —se acaloró ahora mi hermano—, todos nosotros... —Miró un instante a Hannah y por ella se escudó también en las palabras oficiales— seríamos reasentados.

Al parecer ponía en duda que los alemanes sólo necesitaran mano de obra para los campos del Este. ¿O es que sabía más de sus planes? No, ningún judío podía tomar parte en el exterminio de otros judíos. Ni siquiera los policías judíos. Aceptar sobornos, moler a palos a los suyos y obedecer órdenes infames..., los traidores hacían todas esas cosas, y sin embargo no era comparable a mandar a la muerte a su propia gente. Si Simon hubiese estado seguro, completamente seguro, de que los alemanes mataban a los deportados, hace tiempo que habría colgado el uniforme. O al menos eso esperaba yo.

—Simon nos está ayudando —aseveró mi madre al tiempo que señalaba el falso certificado de trabajo, que estaba en la mesa. Y con ello quería decir: deberíamos estarle agradecidas en lugar de hacerle reproches.

Naturalmente tenía razón. En ese momento era bueno para mí, para Hannah, para todas nosotras, que mi hermano fuera un cerdo. Así que mi padre hizo bien en su día cuando invirtió el dinero que le quedaba para que Simon entrara en la policía.

De repente me sentí culpable. Me estaba beneficiando de que mi hermano fuera un cerdo. ¿Me convertía eso en una cerda? Me avergonzaba tanto... Y no podía soportar esa vergüenza. Quería que mi hermano se avergonzara al menos tanto como yo por todo el mal que hacía para salvarnos y salvarse, por eso le pregunté con tono desafiante:

—¿Adónde has ido con los alemanes?

Él miró a mi madre y a Hannah sin saber qué hacer, no quería decirlo delante de ellas.

Con independencia de lo que hubiera hecho, yo creía que ellas debían

saberlo. Quería avergonzarlo.

—¿Adónde? —insistí.

—Han cerrado mi departamento. Ya no tenemos que cultivar las relaciones con la Policía polaca, sino ayudar en el reasentamiento...

Se atascó.

Lo exhorté con la mirada a continuar. No había respondido exactamente a la pregunta.

—Hemos reunido a vagabundos —confesó mi hermano en voz baja.

Imaginé a alemanes y policías judíos, entre ellos Simon, dándoles con la porra a los más débiles entre los débiles. A enfermos, ancianos, niños. La sangre de sus botas era de una de esas personas.

Me puse a rezar. Sí, de pronto recé para que esa sangre no fuera de un niño sin hogar. Recé por el niño. Pero, sobre todo, por mi hermano. Y un poco también por mí.

Simon tragó saliva. Varias veces. Había conseguido avergonzarlo.

No me proporcionó ninguna satisfacción.

Mi hermano sufría con lo que hacía. No era más que un pobre niño asustado. Sólo que con una porra.

No llegué a compadecerme tanto como para darle un abrazo; despreciaba demasiado lo que hacía. Pero tampoco podía seguir enfadada.

—¿Y en qué van a trabajar los vagabundos en el Este? —preguntó Hannah en el silencio que se había producido—. ¿No están demasiado débiles?

Al oír esa pregunta, mi madre se sentó asustada a la mesa: ahora entendía que el reasentamiento sólo era una gran mentira.

—Van... —Simon buscaba una explicación con la que poder guardar las apariencias y que a la vez no asustara a Hannah—. Van...

—... A recuperar fuerzas —mentí—. En los campos les darán más de comer.

—De ese modo estarán directamente allí donde se origina la comida —añadió Simon.

Ambos mentimos a nuestra hermana menor para quitarle el miedo. Mentimos como los alemanes, que nos mentían a nosotros, los judíos, para manejanos como a niños pequeños.

Hannah no se quedó muy convencida. Hasta ese día yo nunca le había mentido, en el peor de los casos quizá no se lo hubiese contado todo, pero mentir no le había mentido nunca. No quería comportarme con ella como

los adultos, pero ahora los alemanes me habían forzado a ser una mentirosa. Y eso, se lo noté en su reacción —se encogió de hombros y dejó de mirarme—, fue algo que nos separó.

—Tengo... que irme —dijo Simon, y se puso la gorra. Se dirigió de nuevo a mi madre—: Los próximos días será muy difícil salir de casa. Os traeré comida.

—Gracias —repuso ella, risueña, y le acarició la mejilla como hacía antes, cuando mi hermano aún vivía con nosotros. Él la rehuyó, se despidió de Hannah con un leve movimiento de mano y antes de irse me miró un instante. Con tristeza. Disculpándose. Le daba pena lo que me había hecho, tal vez incluso habernos dejado solas todos esos meses. Cuando iba a volver la cabeza, le pedí:

—No vayas demasiado lejos.

Su mirada se entristeció más aún, las lágrimas se le saltaron, y contestó:

—Demasiado tarde.

## 18

Esa noche soñé, sorprendentemente, no con soldados, ni con atrocidades, ni con la muerte. No, tuve un sueño absurdo. Absurdo de lo bonito que fue. Y me hizo feliz en sueños. A pesar de todo. Soñé que Daniel me besaba. Fue uno de esos sueños que uno querría seguir teniendo cuando ya está despierto pero sigue con los ojos cerrados. El mundo de mi sueño era mucho más bello que el real y, gracias a su belleza, más vívido, más intenso. Me habría gustado quedarme para siempre entre los brazos de Daniel y continuar besándolo. No quería volver al mundo real, a los horrores del gueto. Mantuve los ojos cerrados y seguí sintiendo el maravilloso beso del sueño, intentando recordar cada detalle: los ásperos labios de Daniel, el hecho de que estuviéramos desnudos y pegados... Pero el sueño se fue desvaneciendo y, cuanto más intentaba yo retenerlo, tanto más deprisa se esfumaba.

Al menos a mi alrededor reinaba la tranquilidad. Sólo oía la respiración pausada de mi madre y los ronquidos de Hannah. Las dos dormían profunda y plácidamente. Mantuve los ojos cerrados, por lo

menos quería disfrutar del silencio mientras durara.

No duró mucho.

Oí pasos pesados. Botas. Entraron en nuestro edificio, pero no subieron la escalera sino que se dirigieron al patio.

Contuve la respiración y permanecí con los ojos cerrados con la esperanza de que el barullo cesara si me negaba a verlo. Como si algo así funcionara alguna vez.

En el patio una voz exclamó:

—¡Todo el mundo al patio! ¡Cada persona puede llevar quince kilos de equipaje!

Abrí los ojos de inmediato y me olvidé por completo del sueño. Me levanté de un salto y corrí a la ventana. Apenas me di cuenta de que entretanto Hannah y mi madre se habían levantado, cansadas, como tampoco fui muy consciente de lo mucho que me dolía el cuerpo: en el patio había diez policías judíos.

A la cabeza se hallaba un hombre bajito, cuyo bigote parecía más grande que él. En otras circunstancias y sin uniforme habría resultado cómico, como un tipo de una comedia de Laurel y Hardy. Pero allí abajo, con su singular aspecto, parecía más intimidatorio todavía que un hombre fuerte y alto y con cicatrices en la cara.

Salí medio desnuda de nuestro agujero y fui a ver a los de Cracovia, a los que no distrajo ni mi aparición ni mi aspecto, tan ocupados estaban recogiendo sus cosas. Por una ventana miré a la calle Miła: un puñado de policías judíos la había cerrado con vallas. Algunos vigilaban las entradas a los edificios; otros irrumpían en las casas para sacar a la gente de los pisos, las escaleras y los sótanos y a continuación hacerla subir a los carros tirados por caballos que esperaban en la calle y que los llevarían al lugar desde donde salían los trenes hacia el Este.

Ante los carros había soldados de las SS alimentando a los animales. La labor de reunir a los judíos se la dejaban a los policías del gueto; ellos preferían acariciar sus caballos. Seguro que les daban de comer mucho mejor que a nosotros.

Me aparté de la ventana y volví a nuestro agujero, donde vi las caras horrorizadas de mi madre y de Hannah. Desde abajo el bigotudo gritó:

—¡A todo aquel que no baje voluntariamente al patio lo iremos a buscar!

Sopesé todas las posibilidades: esconderse era inviable, para eso

tendríamos que haber preparado un armario o alguno de los espacios del sótano. El desván no era una buena opción, ya que seguro que los policías lo registrarían a fondo. Aunque a pesar del brazo y del tobillo malos yo habría podido salir al tejado por el desván, y Hannah probablemente también, sin duda mi madre no.

No teníamos elección.

—Ahora averiguaremos si los papeles de Simon valen para algo —les dije a ambas.

Oímos que en la habitación de al lado la familia de Cracovia se disponía a bajar al patio. Algunos de los niños lloraban, pero ningún adulto los consolaba. Los padres tan sólo musitaban sus oraciones.

Hannah estaba en medio de nuestro pequeño agujero, en el colchón, mordiéndose las uñas, cosa que nunca antes había hecho. Mi madre se puso a coger ropa como una loca y meterla en una gran bolsa, puesto que no teníamos ninguna maleta.

—¿Qué haces? —quise saber.

—Si no aceptan los papeles, necesitaremos cosas para ir al Este. —Le acarició el pelo a Hannah—. Seguro que en invierno hace frío. ¿O es que quieres que Hannah se congele?

El frío del Este no sería nuestro problema, y mi madre también lo intuía, si bien prefería no pensar en ello. Dejé que siguiera metiendo cosas en la bolsa y que Hannah continuara mordiéndose las uñas, aunque ya se había hecho un poco de sangre en el índice de la mano izquierda. Pasé la mano por la madera algo astillada de la mesa, procurando concentrarme únicamente en esa sensación. Quería volver a sentir que había algo más que mi miedo. Pero entonces una voz desconocida les gritó a los de Cracovia:

—¡Deprisa, más, más, más!

Casi soltó un gallo. La voz no parecía de alguien mayor, sino nervioso, al límite. Las mujeres protestaron, dijeron a la vez que todavía no habían terminado. Los maridos, por el contrario, permanecieron en silencio, y el policía chilló:

—¡Me importa una mierda! ¡Una mierda!

Ahora también rompieron a llorar algunas mujeres, mientras —a juzgar por los ruidos— los sacaban a todos de allí.

Muerta de miedo, mi madre dejó lo que estaba haciendo. Aunque debido al barullo que armaban los de Cracovia no oíamos los pasos de los

policías, sabíamos que ahora se acercaban a nuestra habitación.

En el patio oímos suplicar a un hombre cuya voz desconocía:

—¡Ésos son mis padres! ¡Dejad que mis padres se queden conmigo!

Pero para los alemanes los padres no eran familiares. Oímos chillar al hombre. Seguro que le habían dado con la porra.

Una mujer gritó para hacerse oír entre los gimoteos del hombre:

—Pero si mi marido trabaja en Schulz.

—¿Tienes un certificado?

—Lo tiene él, en el trabajo.

—Pues entonces te vienes con nosotros.

—¡No! ¡No! ¡Os digo que tiene el certificado!

Esa voz sí la conocía. ¿No pertenecía a la señora que antes era boticaria, que vivía dos pisos por debajo de nosotras? ¿O a la anciana Szeindel, que le daba golosinas a escondidas a Hannah mientras pudo permitírselas?

Antes de que lograra averiguarlo, nuestra puerta se abrió y dos policías judíos irrumpieron porra en ristre. Eran muy jóvenes. Como Simon. Uno tenía el pelo castaño claro pegado a la cara por la agitación y el otro, la cabeza rapada bajo la gorra de policía; seguro que había tenido piojos no hacía mucho.

—¡Fuera! —nos chilló el del pelo pegado.

Miré a mi madre, que estaba petrificada. Maldita sea, ¿por qué no le enseñaba el certificado?

—¡Fuera! —repitió el mismo joven mientras el rapado ya blandía la porra.

Hannah se hizo un ovillo en el suelo, intentaba volverse invisible.

En vano.

Como mi madre no era capaz de decir nada, solté yo a toda prisa:

—¡Trabaja en Többens!

—Enséñame el certificado.

Mi madre seguía sin moverse, de manera que cogí el papel de la mesa. El policía sudoroso lo examinó. Yo confiaba en que no se diese cuenta de que era una falsificación.

De repente se me pasó por la cabeza una cosa: si de verdad mi madre trabajaba en Többens, tendría que estar en la fábrica hacía rato. Cosiendo abrigos, haciendo flores de tela o lo que fuera. Y el policía también llegaría a esa conclusión.

El hombre seguía mirando fijamente el papel, pero no como si lo comprobase de verdad sino más bien como si se replegara en sí mismo un instante para huir de toda aquella locura.

—Tenemos que irnos —apremió su compañero, el rapado.

El sudoroso salió de su refugio interior y volvió a la realidad. ¿Qué diría ahora? ¿Se tragaría el engaño o nos llevaría con él?

Abrió la boca y... no dijo nada.

—Tenemos que irnos, ¡ya! —insistió su compañero.

—Los papeles están bien —afirmó, y me devolvió el documento, que estaba todo mojado allí donde lo había tocado con los dedos sudados. ¿Se habría dado cuenta de que era falso? ¿Y de que en realidad mi madre tendría que estar trabajando en Többens? De ser así nos había perdonado la vida intencionadamente, y sin duda se sentía aliviado de tener un buen motivo para no sacar a más personas al patio. Habría sido un atisbo de humanidad.

Los hombres salieron de nuestra casa a buen paso; nosotras nos quedamos.

Oímos las órdenes que daban abajo los policías, el llanto de los niños, de las mujeres, de hombres hechos y derechos. Ninguna de nosotras se atrevió a acercarse a una ventana para mirar al patio.

Mi madre se acurrucó en su colchón y se quedó mirando la bolsa a medio hacer, Hannah se hizo un ovillo en el suelo y se mordió las demás uñas hasta hacerse sangre, y yo pasé la mano por la mesa, una y otra vez, pero no logré tranquilizarme.

## 19

Una hora más tarde quizá —también podrían haber sido cinco minutos o un año y medio, puesto que perdí toda noción del tiempo— abrí la puerta y entré en las habitaciones a las que la familia de Cracovia ya no volvería jamás. A lo largo de los años que compartimos el piso con esa familia numerosa deseé que esos extraños se fueran. Ahora se habían ido. Y era espantoso.

Daba la impresión de que por esos cuartos había pasado un tornado. Casi todos los muebles estaban volcados, había ropa tirada por todas

partes, hasta devocionarios. Nunca habría creído posible que esos hombres profundamente religiosos se los dejaran allí debido al miedo.

Como iba por las habitaciones como una sonámbula, me di contra una silla con el tobillo malo. Incluso agradecí un tanto el dolor, ya que me distrajo de ese ambiente inquietante.

En la cocina también se notaba que habían tenido que irse deprisa y corriendo. En un plato había un trozo de pan mordido. Me sonaban las tripas. ¿Cuándo había sido la última vez que había comido algo? ¿El día anterior? No, anteayer. Desde que había vomitado el zumo de manzana no había vuelto a tomar nada.

Clavé la vista en el pan. Nunca había robado nada, pero coger algo que había dejado alguien que no iba a volver ¿era robar? ¿De verdad sería una ladrona en ese caso?

No.

Quizá una ladrona de cadáveres. Aunque eso sería peor aún, ¿no?

Por otra parte, el propietario del pan no había muerto. Ahora estaría en la estación. O quizá ya en un tren rumbo al Este. Al camión de Chełmno. O quizá durante un tiempo trabajando en los campos. Estuviera donde estuviese, no le haría ningún bien que el pan se echara a perder allí, en la mesa. Así que no tenía por qué tener cargo de conciencia.

Aunque, naturalmente, sí tuve algunos remordimientos. Pero le hincó el diente.

Mastiqué despacio, mientras echaba un vistazo a la cocina: allí había comida para unos días. No tendríamos que salir a la calle, no correríamos el peligro de que nos pillaran. Era estupendo. Me costó no esbozar una sonrisa.

Salí a la escalera con el pan en la mano. Estaba desierta, yo nunca la había visto tan silenciosa. Por los pisos había tiradas mantas y ropa, y aquí y allá incluso libros.

—¡Esto parece una casa fantasma! —exclamó una voz, y del susto se me cayó el pan. Miré arriba, Hannah observaba el desolador panorama desde la barandilla de nuestro piso.

—Mierda, qué susto me has dado —dije.

Pero ella solamente miraba abajo, con la cara descompuesta. Luego preguntó:

—¿Somos las únicas?

Yo aún no me había hecho esa pregunta. En la casa había muchos

pisos, y seguro que en algunos de ellos vivían personas que poseían el permiso necesario para quedarse. En ese momento estarían trabajando en sus respectivas fábricas, y esa noche volverían a una casa fantasma. Y sólo entonces se enterarían de que se habían llevado a seres queridos. En mis oídos aún resonaba la conversación:

—Pero si mi marido trabaja en Schulz.

—¿Tienes un certificado?

—Lo tiene él, en el trabajo.

—Pues entonces te vienes con nosotros.

Ahora sabía que la que había suplicado era la amable señora Szeindel.

—Seguro que no estamos solas —tranquilicé a Hannah.

—Pero sí más solas que antes —me contestó en voz queda.

Quería animarla. A toda costa. Sin embargo no la abracé, sino que dije:

—Ven, vamos a comer algo.

No hay nada que consiga levantar más los ánimos cuando uno está atemorizado que la comida. La familia de Cracovia había dejado no sólo pan sino también mantequilla e incluso un poco de jamón. Nos lo comimos todo. Mi madre, Hannah y yo. Mientras miraba a Hannah, que se saciaba con fruición por primera vez desde hacía tiempo, ya no me remordió la conciencia lo más mínimo por robar comida ajena.

—¿Volverán los alemanes? —preguntó mi madre, que por la fuerza de la costumbre le cedió la mayor parte de su rebanada de pan a Hannah, aunque para variar había bastante para todas. Más incluso que bastante.

—No creo —repliqué—, hay muchas casas que vaciar. ¿Por qué razón iban a volver a una en la que ya han estado?

Estaba bastante segura al respecto, y me sentí aliviada. Ahora podría descansar y curarme las heridas, y si racionábamos bien la comida, tendríamos al menos para una semana. Y si encontraba algo más en las otras viviendas vacías, puede que para más tiempo. Sin embargo, lo mejor era que durante una temporada no me las tendría que ver ni con los nazis ni con Szmul Aszer.

—¿Tendré una habitación para mí sola ahora? —preguntó Hannah con la boca llena.

No pude evitar reírme, y acto seguido pensé: yo también quiero una.

—¿Por qué no? —contesté—. Elige.

—Me quedo con la nuestra.

Quería su propio reino, pero sin cambios.

Miré con gesto interrogativo a mi madre, que se encogió de hombros y dijo:

—Por mí, vale.

—Por mí, también vale —repuso Hannah entre risas.

—Pondré mi colchón en otro sitio —propuso mi madre.

—En una de las habitaciones hay una cama, te la puedes quedar —le ofrecí, pero ella replicó:

—Yo no me meto en una cama ajena.

Era comprensible.

—¡Va a ser genial! —exclamó alegremente mi hermana.

Aquello era de locos: teníamos comida, teníamos espacio. Hacía mucho que no estábamos así de bien.

## 20

Siempre que podía, que por desgracia no era a menudo, Daniel venía a visitarnos, y siempre que nos despedíamos besándonos con ganas, Hannah decía cosas como: «Aquí no, que hay niños delante», «Vuestras babas son asquerosas» o «¿Podéis parar de una vez de morderos la cabeza?».

Cuando nos veía hacer esas cosas echaba de menos más si cabe a su Ben. El muchacho no había vuelto a dejarse caer por casa. ¿Se lo habrían llevado? ¿O acaso pensaba que Hannah había desaparecido hacía tiempo en los trenes, ya que nuestro edificio había sido uno de los primeros en ser desalojado, y lloraba amargamente día tras día? Pero entonces, ¿por qué no había venido a comprobarlo? ¿Porque no podía soportarlo? ¿O es que había dejado de querer a Hannah? ¿Qué sabía yo de lo que sentían los quinceañeros?

Aunque mi hermana cada día era más infeliz y sufría tanto que a veces incluso se olvidaba de comer, no salía de casa para ir en busca de Ben *el Pelirrojo*.

—No pienso salir a la calle —explicó—. No soy como los niños de los cuentos, que se meten en un bosque oscuro o en una casa encantada aunque todo el mundo les dice que no lo hagan.

En el gueto ya no era sólo la Policía judía la que llevaba a la gente a la

estación. Ahora esa tarea corría a cargo de las SS y sus tropas auxiliares de Letonia, Ucrania o Bielorrusia. Hombres que, tras ser conquistada su patria, se habían unido con gusto a las fuerzas de ocupación alemanas. A cambio de una soldada y un uniforme y de tener poder sobre los judíos.

Esos hombres por fin podían dar rienda suelta a su antisemitismo. Casi no entendían ni una palabra de alemán ni tampoco de polaco, y desde luego nada de yiddish, razón por la cual para ellos todos los certificados oficiales carecían de valor. No entendían las desesperadas objeciones de: «Pero este certificado dice que mis hijos y yo estamos excluidos del reasentamiento», «Trabajo para el Consejo Judío» o «Hagan el favor de preguntar». Y aunque las hubieran entendido, no les habría importado lo más mínimo, al igual que a los alemanes no les importaba que sus cómplices pasaran por alto los certificados que ellos expedían. A esas alturas los papeles no eran más que una farsa.

A decir verdad, uno sólo estaba seguro si podía vivir en los barracones de las fábricas. Industriales alemanes como Többens y Schulz aceptaban sobornos de pobres diablos que entregaban lo último que les quedaba para poder trabajar como esclavos. Por un diamante de nueve quilates —si Többens accedía indulgentemente a ello— se podía alojar incluso la familia entera en las barracas del seguro recinto de la fábrica. Si se trataba de dinero, cobraba cien mil eslotis por persona. Yo no había visto nunca tanto dinero junto, y desde luego nunca lo había tenido. Tampoco había visto nunca al repugnante Többens, pero me imaginaba plantándome delante de ese negrero y, en lugar de darle todo cuanto poseía, escupiéndole a la cara. Aunque en realidad probablemente me hubiese arrojado a sus pies y le hubiera suplicado que me cogiera de esclava en su fábrica para salvarnos.

Quien no conseguía trabajar de esclavo intentaba esconderse o sencillamente confiaba a la desesperada en no formar parte de los miles de judíos que eran deportados a diario. Sólo era cuestión de tiempo que les tocara el turno a los orfanatos, aunque yo esperaba que el de Korczak se librara, dado que todo el mundo conocía al anciano. Sin embargo, sabía, claro está, que esa esperanza era de lo más absurda. Nuestra suerte le importaba una mierda a todo el mundo. ¿Por qué iba a importar una sola persona más que los demás? ¿Sólo por ser prominente, venerable y sabia?

A fin de cuentas, los bielorrusos y los letones ni siquiera conocerían al anciano. Y aunque así fuera, difícilmente les importarían sus avances en la

reforma educativa.

—Desde que murió Czerniaków, Korczak ya no se relaciona con el Consejo Judío —contó preocupado Daniel en uno de nuestros apacibles momentos en los que estábamos tumbados en el colchón, haciéndonos arrumacos.

Nada más comenzar las deportaciones, el presidente del Consejo Judío se quitó la vida tomando cianuro, ya que, según se comentaba, no quería contribuir a que los nazis mandaran a niños a la muerte. Lo que quería decir que el viejo Jurek tenía razón: Czerniaków creía de verdad que podría conseguir algo para los judíos, y cuando se dio cuenta de que era inútil — de que toda su vida era inútil— se suicidó.

—En cambio, a Korczak no paran de lloverle ofertas para sacarlo a escondidas del gueto —siguió contando Daniel—. Los judíos del extranjero se muestran muy insistentes, han reunido un montón de dinero para él, pero Korczak dice que iría con sus huérfanos a la muerte si fuera necesario y...

—Chis... —Le puse un dedo en los labios.

No quería oír hablar de la muerte. Sólo quería quedarme para siempre en ese colchón. En esa habitación. Apartada del mundo. En brazos de Daniel.

Pero eso, por supuesto, no era posible. Al menos si quería que mi familia no muriera de hambre.

Había calculado mal, la comida que había en la casa no era suficiente, puesto que, como es natural, no fuimos las únicas que saqueamos los pisos vacíos. Por un lado estaban aquellos que, como nosotras, se habían salvado; pero, por otro, también los vagabundos, que revolvieron todos los armarios en busca de algo que llevarse a la boca. En dos ocasiones incluso tuve que echar a algunos de nuestra casa.

Entretanto, Simon no había vuelto más, por lo visto tenía la sensación de haber hecho ya bastante por nosotras. O estaba demasiado ocupado matando a palos a judíos. Probablemente ambas cosas. Sea como fuere, debía ir a ver a mi hermano y obligarlo a que nos llevara comida.

El decimoprimer día de la operación volví a salir a la calle. Tenía las heridas prácticamente curadas y el pie ya no estaba hinchado. Pese a todo, primero me quedé parada un instante en la escalera del portal: me sorprendió lo caliente que estaba. El sol de agosto era abrasador, y de haber habido en el gueto algo de verde sin duda se habría secado.

Sin embargo, el gueto parecía distinto no sólo debido al calor. Si antes de que empezaran las deportaciones lo envolvía un halo sofocante de desesperación y abatimiento, ahora el velo era de miedo. La gente iba como loca por las calles, con cara de prisa, buscando trabajo, buscando un sitio donde quedarse, huyendo del reasentamiento.

A escasos veinte metros de nuestra casa vi a un anciano con el pelo de un rubio artificial que me sonaba de algo. No tardé mucho en caer en la cuenta de quién era.

—¿Jurek? —lo llamé.

El hombre se detuvo. En efecto, era Jurek. Pero ya no tenía el pelo gris, sino teñido, e iba afeitado y peinado. Parecía unos diez años más joven, aunque eso no lo convirtiera en un muchacho.

Él también me reconoció, pero continuó andando.

Corrí hacia él, me planté delante y, en lugar de saludarlo, le pregunté directamente:

—¿Te has... te has teñido el pelo?

—Tuve que cerrar la tienda y necesito un trabajo, necesito un trabajo como sea, como sea. —Sonaba afligido—. Los alemanes sólo quieren a los judíos productivos. A los viejos no les dan trabajo...

Su mirada era inquieta. Ya no quedaba nada del anciano que esperaba tranquilamente la muerte porque había tenido una vida buena y plena.

Cuando la muerte se acercaba de verdad, comprendí entonces, nadie estaba tranquilo.

—Por eso te has teñido el pelo.

No daba crédito. Y mi sorpresa fue aún mayor cuando me percaté de que hasta se había puesto un poco de colorete para parecer más joven.

—No soy el único. Echa un vistazo a tu alrededor —dijo. En efecto: algunas ancianas también llevaban el pelo teñido, como Jurek—. Mira a esos dos... —Señaló a dos niños que iban con sus padres. Los niños no eran mucho mayores que Hannah, pero llevaban traje y corbata, lo cual les hacía aparentar más edad: así eran lo bastante mayores para conseguir un puesto salvador en una de las fábricas.

Resultaba inquietante: como un espeluznante baile de máscaras. Una mascarada para eludir la muerte.

Y la cosa se volvió más inquietante si cabe cuando a nosotros se unió una anciana con la cabeza gacha que, a diferencia de Jurek, no hacía ningún esfuerzo por aparentar menos años de los que tenía. En la mano sostenía un

amuleto, que agitó ante nuestros ojos, y en particular ante los míos.

—Talismanes baratos. Talismanes baratos... —ofrecía con un perturbador sonsonete que en otras circunstancias incluso hubiese resultado cómico.

Yo estaba demasiado pasmada para reaccionar, pero Jurek la espantó moviendo con brío los brazos.

—¡Largo de aquí, bruja!

La mujer se rio y le plantó el amuleto en la cara.

—También os puedo maldecir gratis.

Jurek le soltó:

—Ya estamos malditos.

—En eso tienes toda la razón —rio la anciana, y se alejó cojeando.

Jurek, al que le temblaban las manos —cuyas abultadas venas de viejo no habría podido disimular por mucho que las maquillara—, aseveró:

—Dios no ayuda a nadie, por eso las personas vuelven a creer en la magia.

Seguí con la mirada a la anciana, que ofrecía sus talismanes a los transeúntes con la esperanza de ganarse unos eslotis.

—Y tú, ¿en qué crees, Jurek?

—Creo en la mermelada.

—¿En qué? —inquirí, perpleja a más no poder.

—Ya que voy a morir, al menos que sea con mermelada —rezongó con tristeza, y se alejó de mí.

Me quedé mirándolo, demasiado desconcertada para decirle nada más.

Unos minutos después supe a qué se refería. Cuando iba a ver a Simon, reparé en Rubinstein, el loco, que daba saltitos alrededor de un bando y decía:

—¡Con miel se cazan osos, y con mermelada, judíos!

Iba más sucio todavía que de costumbre y olía que apestaba. El hecho de que sólo llevase ropa interior y botas debido al calor no mejoraba las cosas. A su alrededor había un grupito de personas a las que entretenía a las mil maravillas. Incluso en tiempos como los que corrían Rubinstein suponía una grata distracción.

Seguía sin entender qué les había dado a todos de repente con la mermelada cuando leí el bando junto al que el loco ofrecía su espectáculo.

#### **LLAMAMIENTO**

Por el presente informo de que todos aquellos que, conforme al decreto promulgado por las

autoridades, vayan a ser trasladados y los días 29, 30 y 31 de julio del año corriente se presenten voluntariamente en la estación, recibirán 3 kilos de pan y 1 kilo de mermelada por persona.

El jefe del servicio de orden judío.  
Varsovia, 29 de julio de 1942.

¡Un kilo de mermelada por persona!

La mayoría de nosotros no había visto tanta mermelada desde hacía años.

Y Jurek iría con ella a la muerte.

—¡Rica, a la rica mermelada del verdugo! —vociferaba Rubinstein mientras simulaba que comía de un gran tarro de mermelada inexistente.

Sus movimientos eran los mismos que la última vez que lo había visto, cuando le sacó la mermelada a Jurek, sólo que esta vez no tenía nada.

—Quién habría pensado —cacareaba el loco, del que yo seguía sin saber si en realidad no sería un sabio—, quién habría pensado que los primeros días del reasentamiento serían considerados buenos tiempos.

Algunos transeúntes soltaron una risotada.

Rubinstein volvió a gritar su antigua melodía:

—¡Todos iguales! ¡Todos iguales!

Y soltó una carcajada de loco, y los transeúntes, también prácticamente locos, rieron con él. Poco a poco, el gueto entero parecía enloquecer.

Mientras que todos se reían, yo me enfadé: Rubinstein no era ningún sabio. Tan sólo era un loco.

No éramos todos iguales. Los judíos no eran como los alemanes, y los judíos no eran iguales entre sí.

Todo aquello no era más que palabrería demencial.

Justo cuando me iba a ir, el loco me vio:

—¿Adónde vas, pequeña? Creía que querías ser mi aprendiz.

Ni me molesté en contestar. Ya no tenía tiempo para bromas. Debía ir a ver a mi queridísimo hermano. Necesitaba comida.

Crucé el gueto a toda prisa y me metí en la calle del cuartel general de la policía. Entonces oí decir a alguien:

—¡Están desalojando los orfanatos! ¡Están desalojando los orfanatos!

Ni siquiera me volví para ver quién lo había dicho, ni me acerqué a preguntar de qué orfanatos se trataba exactamente. Eché a correr sin más por las calles del gueto. Con las prisas me llevé por delante a algunas personas, hasta tiré a una anciana a la que no vi cuando doblé la siguiente esquina. En ese momento me dio completamente lo mismo que la anciana cayese al suelo y se pusiera a llorar. También me dio lo mismo que probablemente no fuese buena idea ir al orfanato de Korczak justo cuando lo estaban desalojando, ya que al fin y al cabo yo era tan joven que podían pensar que vivía allí y deportarme. Sencillamente quería ir con Daniel. Quería que se librara, que los benefactores de Korczak en el extranjero hubiesen reunido tanto dinero que con él se pudiera salvar de las garras de los nazis no solamente a él sino también a sus niños.

Llegué al orfanato sin aliento. No se veía a soldados por ninguna parte, lo que significaba que o bien llegaba demasiado tarde o...

¡No! ¡No podía significar eso!

Seguro que los niños no estaban todavía en la estación.

¡Daniel no estaba en la estación!

O al menos eso me decía cuando me dirigía hacia la puerta, cada vez más despacio. Tenía pavor de no encontrar a nadie cuando abriese, tan sólo muebles volcados, platos rotos, juguetes tirados por el suelo, tal vez un osito de peluche destripado al que hubiesen arrancado el relleno como a una criatura mortalmente herida.

No fui capaz de convencerme del todo de que Daniel no estaba en la estación, mi miedo era mayor que mis esperanzas.

Agarré el picaporte y abrí la puerta, que rechinaba. Cuando dejó de chirriar oí...

... Nada.

Reinaba el silencio. Un silencio sepulcral.

Sepulcral: nunca antes había sido consciente de lo espantosa que era esa palabra.

Contuve el aliento. Quizá, eso esperaba, se debiera a mi acelerada respiración. Pero seguía sin oír nada. Desesperada, solté el aire. Cuando iba a cerrar la puerta y sentarme en la calle a llorar, oí que un niño decía arriba:

—Se muere.

Subí la escalera corriendo. Al parecer habían quedado dos niños, y uno agonizaba. ¿Habría más, escondidos? ¿Con Daniel?

Abrí la puerta de la sala y allí estaban todos los críos del orfanato, de espaldas a mí, mirando embobados un teatro improvisado. Y con ellos sus cuidadores. Y Korczak. ¡Y Daniel! ¡Daniel! ¡Daniel!

Rompí a llorar.

Los niños que tenía más cerca me miraron desconcertados. Allí estaba también la pequeña con el vestidito de lunares rojos que un día me sacó la lengua y que ahora me la volvía a sacar. Tardé un poco en serenarme, y le saqué la lengua a mi vez.

En el escenario había una niña acostada en una camita que fingía morir de fiebre. El niño cuya voz había oído yo desde abajo iba vestido de rabino, con sus vestiduras negras, su manto blanco de oración y su barba falsa. Alrededor del rabino y de la moribunda había niños de todas las estaturas y edades, que hacían como que se despedían de la pequeña. El rabino habló:

—Ya no sufrirá más, no tendrá más pesares ni más dolor. Irá a un lugar mejor.

Para los allí reunidos esas palabras supusieron un consuelo. La moribunda cerró los ojos con expresión beatífica y pasó a mejor vida. Los presentes le fueron dando un cariñoso beso, en las mejillas o en los ojos o incluso en la boca: sin duda algún que otro muchacho aprovechó la oportunidad para plantarle por fin un beso en los labios a una chica.

Cuando el desfile de dolientes cesó, Korczak empezó a aplaudir, y el resto del público se sumó a él, Daniel con especial entusiasmo. Siempre que era posible felicitaba a los niños y, de ese modo, reforzaba su confianza.

Me sequé las lágrimas con la manga de la blusa y me abrí paso hacia mi novio entre el montón de críos que aplaudían. Al verme, se quedó muy sorprendido. A fin de cuentas, desde que diera comienzo la operación sólo nos habíamos visto en el pequeño reino, supuestamente protegido, de mi habitación. Fuera de ese lugar, la última vez que habíamos estado juntos había sido cuando todavía no se deportaba a judíos como si fuesen ganado. Hacía once días, una eternidad.

Daniel siguió aplaudiendo, y sólo paró tras la quinta o sexta reverencia de los actores. Korczak, que dejó de hacerlo una reverencia antes, me miró. Estaba muy avejentado, y sin embargo sus ojos brillaron

alegremente cuando me sonrió y dijo:

—Me alegro de verte, Mira.

Lo cual, traducido, quería decir, naturalmente: «Me alegro de que sigas con vida, Mira».

—Y yo a usted —contesté—. Y yo a usted.

Una niña exclamó:

—¡Señor Korczak, señor Korczak, Elias me ha quitado mi burro de peluche!

La pequeña, a la que le faltaban dos dientecitos, uno arriba y uno abajo, estaba a punto de echarse a llorar.

Korczak sonrió:

—Es normal que un burro quiera un burro.

A pesar del enfado, la niña no pudo evitar reírse.

Korczak le cogió la manita con sus viejas manos y propuso:

—Y ahora vamos a ver a esos dos burros.

Y se alejó con ella.

Daniel y yo nos quedamos solos, mientras a nuestro alrededor algunos niños empezaban a disponer las sillas y las mesas para comer. No fue necesario que se lo pidiera expresamente ningún cuidador: esos niños sabían lo que tenían que hacer para que su comunidad funcionara.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó. No sabía si mi presencia sería motivo de alegría o de preocupación.

No supe qué contestar: los niños revoloteaban a nuestro alrededor, y los asustaría si contaba que iban a desalojar los orfanatos. Además, ¿a quién se lo había oído decir? Quizá sólo fuese uno de los muchos rumores que circulaban por el gueto y yo había reaccionado de forma excesiva.

—Te lo cuento en el tejado —resolví.

Daniel echó un vistazo, indeciso. En realidad él tenía que ayudar a los pequeños a poner las mesas.

—No tardaré mucho —le prometí, y él asintió.

Mientras subíamos la escalera, me puse a pensar qué quería decirle exactamente. Si desalojaban el orfanato —aunque no fuese ese día, acabaría pasando—, Daniel no podía estar allí. Debía sobrevivir. Quedarse conmigo. Pero ¿abandonaría a los niños? Sea como fuere, Korczak no lo haría. Ya había rechazado salvarse, y Daniel idolatraba a ese hombre. ¿Cómo iba a quedarse mientras su padre adoptivo se subía con su familia adoptiva a los vagones de ganado? ¿Qué podía mover a Daniel a quedarse

conmigo?

Nuestro amor. Nuestro amor debía ser mayor que el que le profesaba a Korczak. ¿O no?

—La obra de teatro que acabas de ver —contó Daniel cuando abrió el tragaluz del desván— se llama *La despedida de Sarah*.

Sus palabras me apartaron de mis pensamientos.

—La ha escrito Korczak. Quiere preparar a los niños para la muerte, para que no le tengan miedo y vean el final de su vida como algo liberador.

Era lo más triste que había oído en mi vida.

Daniel salió por la ventana y yo lo seguí. El tejado estaba ardiendo por el implacable sol de mediodía. Menos mal que llevábamos puestos los zapatos, porque en las calientes tejas se podrían haber frito huevos, de haberlos tenido. Sentarse era imposible, a lo sumo podríamos haberlo hecho en una de las tablas sueltas que había tiradas por allí, ya que días antes de que comenzaran las deportaciones Daniel se proponía construir un tejadillo.

—Dime, ¿por qué has venido? —preguntó bajo el abrasador sol.

—Vente con nosotras a la calle Miła —le pedí, y las palabras me sorprendieron hasta a mí. Pero no tanto como a Daniel, que me miró como si hubiera perdido el juicio.

—Van a desalojar los orfanatos —añadí desesperada, si bien ya sabía lo que me respondería: «Mi sitio está aquí. Con los niños. Con Korczak».

Y como yo ya conocía la respuesta, no contestó nada.

—Hace un rato alguien dijo que las SS venían a buscaros —conté.

Eso sí alarmó a Daniel. Aunque temía menos por él que por los niños, también temía por su vida. Lo contrario habría sido una locura.

—Vente conmigo —insistí.

—No puedo, y lo sabes.

Lo miré enfadada.

—Pero no lo entiendo —contesté, con cierta dureza. Sin embargo, considerando lo enfadada que estaba con él en ese momento al ver que no titubeaba ni lo más mínimo, mi contestación fue incluso complaciente—. ¿De qué les servirá que mueras con ellos?

—Mi sitio está a su lado.

—Ésa no es una respuesta —le espeté—. Te he preguntado de qué les servirá que mueras con ellos.

—Son mis hermanos. Me necesitan. —Ahora también Daniel se

enfureció. No tanto como yo, pero para como él era, mucho, mucho.

—¡Yo también te necesito!

Entonces su rabia se esfumó, pues vio lo desesperada que estaba. Se acercó a mí para abrazarme. Se suponía que era un gesto del tipo estoy-a-tu-lado, aunque acababa de dejarme bien claro que quería quedarse con los niños pasara lo que pasase y, por lo tanto, no conmigo.

—No... —Extendí el brazo para impedirselo.

Él se quedó quieto.

—A no ser que te vengas conmigo...

No se movió.

Se me saltaron las lágrimas, pero en lugar de darles rienda suelta, grité:

—¡Korczak es viejo! Que muera él, pero ¡tú no!

A todas luces, no le hizo ninguna gracia que opinase que daba lo mismo que su querido padre adoptivo muriera. Pero a mí me daba lo mismo.

—¡No tiene derecho a llevarte con él!

—¡No es él quien decide, sino yo!

—¡Precisamente!

Nos miramos el uno al otro. Los labios me temblaban con furia, ya que ahora intentaba por todos los medios no llorar.

—Cierto, eres tú quien elige, o sea que decídete... —le pedí en voz queda. Tendría que haber dicho: «Por la vida». Pero musité—: Hazlo por mí.

Daniel no respondió.

Era evidente que tenía sentimientos encontrados.

Pero no tanto como para no poder decidir. A Korczak lo conocía casi de toda la vida, a la mayoría de los niños los quería desde hacía años. A mí solamente desde hacía unos meses. Eran una familia de doscientos miembros. Yo sólo era su novia. ¿Cómo iba a competir su amor por mí, por grande que fuera, con tal afecto?

Antes de que Daniel pudiera decir que no se decidiría por mí, y antes de que por fin pudiera dar yo rienda suelta a las lágrimas, oímos los camiones.

Nos acercamos deprisa al borde del tejado: dos vehículos se detuvieron delante del orfanato. Policías judíos, soldados de las SS y bestias ucranianas se bajaron de un salto de la caja e irrumpieron en la

casa.

—¡Debo volver con los niños! —dijo Daniel, sin vacilar ni un segundo.

Quería ir hacia el tragaluz, pero me interpuse en su camino:

—¡Puede que aquí arriba no miren! ¡Y entonces no se nos llevarán!

Daniel fue a hacerme a un lado, pero yo lo cogí por los brazos y le grité:

—¡Te matarán!

Eso, claro está, él ya lo sabía.

—Mi sitio está a su lado —afirmó, repitiendo la frase que yo tanto odiaba. Y se zafó de mí y abrió el tragaluz. Y yo...

Yo estaba furiosa.

No era dueña de mí misma: no podía permitir que Daniel bajara. ¡No podía morir!

Así que cogí una de las tablas del suelo y lo golpeé con ella.

## 22

Tardé un poco en darme cuenta de lo que había hecho: Daniel estaba inconsciente delante de mí, sobre las calientes tejas. Le sangraba la cabeza.

Dios mío, ¿y si lo había matado?

Me arrodillé a su lado para comprobar si seguía vivo. Aún respiraba. Y de repente me alegré de haberle hecho aquello. Ahora ya no podría ir con los niños. Sobreviviría. Eso si los alemanes no nos encontraban allí arriba.

Cerré a toda prisa el tragaluz para que no se fijaran en él si subían la escalera en busca de niños que se hubieran escondido.

A continuación me tendí a su lado. Aunque las tejas me abrasaban la piel, me acerqué al borde del tejado para ver lo que pasaba en la calle. Esperaba que sacaran con brutalidad a los niños y a Korczak, pero no pasó nada de eso. Los alemanes y sus secuaces salieron solos a la calle. Sin Korczak. Sin los niños.

¿Acaso le perdonaban la vida al orfanato? ¿Había golpeado a Daniel para nada?

Sin embargo, los responsables de llevar a cabo el desahucio no hicieron ningún ademán de irse. Ni un solo hombre subió a los camiones,

todos esperaban ante la casa. Los soldados se encendieron cigarrillos y se pusieron a charlar, los policías judíos se limpiaban el sudor de la frente. Ni siquiera en ese instante pude evitar mirar para ver si mi hermano se encontraba con ellos, y me alivió comprobar que no estaba allí abajo.

Miré a Daniel: seguía inconsciente. Posiblemente estuviera así un buen rato. Ojalá no tuviera una conmoción cerebral. Yo, que no había pegado a nadie en toda mi vida, había herido precisamente a Daniel.

De momento no podía hacer nada por él, así que seguí tumbada en el tejado, para que no me viesen, observando lo que pasaba abajo. Los policías judíos parecían rendidos y desesperados, mientras que los soldados de las SS más bien daban la impresión de estar aburridos. Uno de ellos contó un chiste, y tres o cuatro se rieron. A juzgar por cómo lo hacían, seguro que era un chiste verde.

¿A qué demonios estaban esperando? ¿Por qué no se iban? Aquello era raro. Y cuando los alemanes se portaban de forma rara nunca era por nada bueno.

Al cabo de un cuarto de hora, más o menos, la puerta del orfanato se abrió de nuevo. Salió Korczak, luciendo un uniforme del Ejército polaco, al que en su día había pertenecido. Llevaba a un niño pequeño de cada mano: de la izquierda, a un chico que con la otra manita abrazaba con fuerza un sucio osito de peluche; de la derecha, a una niñita rubia con trencitas que llevaba una muñeca a la que le faltaba una pierna y con la que iba hablando. Seguro que consolaba a su muñeca para que no tuviera miedo de lo que se avecinaba.

Detrás de Korczak salió a la calle uno de los chicos mayores. Tendría unos trece años y sostenía en alto con ambas manos una gran bandera, la del rey Matías, el personaje infantil que Korczak se había inventado. La bandera era verde, y en un lado ostentaba una estrella de David azul sobre fondo blanco. Mientras que los brazaletes que nos veíamos obligados a llevar, y en los cuales estaba esa misma estrella, eran señal de humillación, esa bandera simbolizaba el orgullo.

En cualquier otra situación los soldados se la habrían quitado al muchacho de inmediato, pero en esa ocasión se la dejaron. La dignidad que irradiaba Korczak les infundía respeto incluso a ellos.

Poco a poco fueron saliendo de la casa los doscientos niños, que llevaban puesta su mejor ropa. Algunos iban hasta con una mochilita a la espalda, como si fueran de excursión.

Estaba claro que antes Korczak había tratado con las SS para que los niños tuviesen algo de tiempo para prepararse y para que no los echaran a la calle a voces unos soldados y les entrase más miedo todavía.

Los huérfanos se dispusieron en filas de cuatro, se cogieron de las manitas y se pusieron en marcha con sus cuidadores. A la cabeza Korczak, con el chico que iba agarrado a su sucio osito de peluche, con el que ahora se tapaba media cara, y la niña, que seguía hablando con su muñeca y de vez en cuando le daba un besito.

Las SS y la Policía judía se moderaron. Normalmente chillaban a la gente para poder llegar deprisa a la estación, y la golpeaban con la porra cuando en su opinión no iba lo bastante rápido. O simplemente cuando estaban de mal humor.

Pero a esas personitas no hacía falta meterles prisa. Guiadas por Korczak caminaban ordenadamente por la calle del gueto bajo el calor de mediodía.

La bandera del pequeño rey Matías ondeaba levemente al viento.

Me recordó la historia del pequeño rey, que orgulloso y con la cabeza alta avanzaba hacia su ejecución.

¿Se estarían acordando también los niños de esa historia?

Sea como fuere, iban con la cabeza bien alta.

Y cantando una canción:

*Cuando la tormenta nos zarandea,  
nos mantenemos erguidos.*

Algunos de los policías judíos se echaron a llorar.

Y yo también lloré mientras los niños cantaban.

## 23

Daniel despertó a media tarde. Yo tenía miedo. De él. Había hecho bien. Bien, sí. Pero ¿opinaría Daniel lo mismo?

Se incorporó y se llevó la mano a la cabeza. Seguro que todavía le dolía un montón, pero disimuló el dolor y se observó los dedos, que tenían algo de sangre.

Sólo al cabo de un rato me miró. Sus ojos decían que no podía

entender lo que le había hecho, pero no me pidió ninguna explicación; se levantó como pudo a toda prisa, demasiado deprisa estando como estaba. Se tambaleó y fui a agarrarlo, pero me apartó el brazo de malas maneras. Sorprendida, me hice a un lado.

Con esfuerzo, Daniel se dirigió hacia el tragaluz y fue a abrirlo para ir con los niños. Al parecer no sabía cuántas horas habían pasado, no se había dado cuenta de que ahora el sol estaba mucho más bajo.

—Se han ido —susurré.

Así y todo abrió el tragaluz. No me había oído. Aunque lo más probable es que no quisiera oírme.

—Se han ido —repetí un poco más alto. Y como seguía sin reaccionar añadí—: Ya... Ya están en los trenes.

Daniel se volvió despacio hacia mí. Primero su cara reflejó incredulidad; después pugnaba por no llorar de rabia.

—No tenías ningún derecho.

—No... —balbucí. Quería decirle que no me había dejado otra elección.

—No tenías ningún derecho.

—Ahora estarías muerto... —contesté en voz queda.

—Mi sitio estaba a su lado.

—No lo habría soportado... —musité.

Su mirada rebosaba odio. Para él, yo era la culpable de que Korczak y los niños se hubiesen ido. No las SS. Yo era la responsable de que él tuviera que seguir viviendo sin su familia, en lugar de ir con ellos a un mundo, con suerte, mejor —tal y como dijera Korczak en la obra de teatro.

—Te quiero —le dije.

Por primera vez.

Nadie nunca me había odiado tanto como en ese instante.

## 24

Recorrí las calles del gueto como una sonámbula. Sin sentir nada: ni el calor, ni la sed, ni mi piel quemada por el sol. No prestaba atención a lo que había alrededor, ni siquiera me preocupé de que al doblar la siguiente esquina pudiera toparme con un control de las SS. Tenía un agujero en el

corazón.

Uno presente en qué momento ha perdido para siempre a alguien, y yo había perdido para siempre a Daniel.

Sólo cuando me vi en el portal de casa caí en que en un principio pretendía ir a ver a Simon. Y sólo me di cuenta porque mi hermano venía hacia nuestra casa por el otro lado de la calle. Con una cesta llena de pan, jamón y queso, una comida que no me abrió el apetito, aunque debería tener hambre por fuerza.

—Tenemos que hablar —apremió mi hermano cuando nos reunimos en la misma puerta del edificio.

No le respondí.

—Tenemos que hablar —repitió.

—Ya estás hablando —contesté débilmente, y me senté en la escalera. En la acera de enfrente, sobre las casas, se ponía el sol, un juego de colores encendidos en cuya contemplación me habría gustado perderme para siempre.

—Tenemos que buscaros un sitio donde podáis esconderos —instó Simon.

No dije nada, tan sólo contemplaba las llamaradas del cielo.

—¡Por el amor de Dios, Mira!—Simon me cogió por los hombros y acercó mi cara a la suya—. Nadie está a salvo ya. Irán a por todo el mundo.

El aliento le apestaba a tabaco. ¿Desde cuándo fumaba? Daba lo mismo.

—Registrarán todas las casas, una y otra y otra vez —me confió—. Como no son bastantes los que van voluntariamente a la estación, ni siquiera por la mermelada, nos han amenazado a nosotros, a los policías: deportarán a todo el que no descubra a cinco judíos por día.

Había conseguido captar mi atención:

—¿Entregas a judíos ... a tus enemigos?

—¿Qué otra cosa puedo hacer? —respondió Simon, desesperado.

A Daniel le habría gustado morir con sus hermanos del orfanato, y el mío enviaba a otros a la muerte para seguir viviendo.

¿Qué clase de persona quiere uno ser?

—Pero sólo llevo a los trenes a desconocidos —intentó defenderse Simon.

¿Qué quería decir con eso? ¿Qué clase de disculpa por su comportamiento era ésa?

—De lo desesperados que están, otros policías llevan a la estación a sus propios padres...

—¿Qué?

—Esos cerdos dicen que al fin y al cabo los padres ya han vivido su vida —contó mi hermano—. Yo aún tengo que vivir la mía.

Llamaba cerdos a sus compañeros, como si de ese modo él saliera mejor librado.

—Nunca enviaría a mi familia a la muerte —afirmó con desesperación—. Tienes que creerme.

¿De verdad? ¿Se podía abrigar semejante sospecha de un hermano?

—¿Me crees, Mira? ¿Me crees? —me preguntó, zarandeándome.

Estaba claro que solamente se calmaría si le mentía.

—Te creo.

Me dejó, e insistió:

—Tenemos que buscaros un escondite.

Simon quería ayudarnos para demostrarse a sí mismo que no era un cerdo como los demás. De modo que por eso había ido a vernos la primera vez después de tanto tiempo, para descargar su conciencia, demostrarse que era una buena persona que se había visto obligada a actuar mal.

Entramos en casa, y mientras subíamos la escalera aseguró:

—Os traeré comida todos los días. Puedo conseguir más que suficiente.

—¿Tanto dinero tienes? —inquirí, y me arrepentí nada más decirlo, puesto que podía imaginarme de dónde salía el dinero: de judíos desesperados que lo sobornaban para que les perdonase la vida.

—Me he casado —repuso él.

No acababa de entenderlo.

—Con Leah, la hija de un judío rico. Me dio dinero a cambio. Mucho.

Al ser la mujer de un policía no sería deportada. El amor había muerto definitivamente en el gueto.

Cuando llegamos a nuestro piso, Simon dejó en la mesa la cesta con la comida. Mi madre quiso abrazarlo para darle las gracias, pero él no la dejó. Probablemente quisiera evitar que le hiciera preguntas, de dónde había sacado todas esas exquisiteces, y entonces quizá tuviese que contarle que ahora tenía una nuera.

Tampoco quiso hablar con Hannah, mi hermana sin duda habría podido preguntarle qué hacía todo el día en su trabajo. Puesto que quería

que lo viésemos como nuestro salvador, habría tenido que responder a esas preguntas con mentiras, y sabía que Hannah era demasiado lista para tragárselas.

De manera que, en vez de hablar, Simon fue a la cocina, o más exactamente a la pequeña despensa que había en ella, cuyas baldas vacías le recordaban a uno que no había sabido apreciar en lo que valían los tiempos en que aún estaban repletas.

—Éste es el escondite perfecto para vosotras —aseveró Simon.

—Pero si ahí dentro no cabemos todas —objeté.

—Cabréis cuando quite los estantes. Así podréis meteros las tres.

—Como mucho con las piernas dobladas.

—Pero cabréis.

—Los alemanes abrirán la despensa —argüí.

—No si delante hay algo grande y la despensa no se ve.

Fue corriendo a la sala de estar. Lo seguí y lo vi delante de una vitrina gigantesca. Las puertas estaban sucias, una tenía una raja, y tras el cristal había un montón de platos no precisamente limpios que había dejado la familia de Cracovia.

—Seguro que basta para ocultar la despensa —opinó mi hermano—. Os metéis por la mañana, antes de que salga el sol, y yo taparé la entrada con la vitrina. Y cuando los alemanes paren, al anochecer, la quitaré y podréis salir.

—Y el aire ¿qué? ¿No nos ahogaremos ahí dentro?

—También quitaré la puerta, y así entre la vitrina y la despensa habrá un espacio por el que entrará bastante aire.

—¿Y si los alemanes ven la puerta y las baldas tiradas por aquí? —A mí aquello no me convencía mucho.

—Las haré pedazos para que no se sepa lo que eran y llevaré la madera al sótano.

—¿Y qué pasará si no vienes por la tarde?

—También podréis mover la vitrina desde dentro, o sea que podréis salir. A mí sólo me necesitáis para colocarla delante cuando estéis dentro.

Seguía sin estar muy conforme, y no tenía que ver con que no viera la necesidad de disponer de un escondrijo; ni tampoco con el hecho de que tuviésemos que pasar horas apretujadas y a oscuras día tras día. Había algo más que me inquietaba.

—Así que tenemos que poner nuestra vida en tus manos, ¿no?

—Por la tarde os traeré de comer y beber.

—Te he hecho una pregunta.

—¿Acaso tienes otra elección? —replicó él, ofendido.

No la tenía, pero no quería admitirlo, y contesté:

—Siempre hay otra elección.

—Los trenes —dijo Simon—. Ésa es la otra elección.

Ahí sí que no pude argumentar nada. Y sin embargo no estaba dispuesta a ceder.

—¿Y si no cubres el cupo y revelas nuestro escondite para salvar el pellejo? —le pregunté.

Simon se puso hecho una furia.

—¿Me crees capaz de hacer algo así?

—De eso y de mucho más.

—¡Eso no pasará! —Ahora estaba fuera de sí.

—Me cuesta creerlo —le solté.

—Lo juro —dijo mi hermano con voz trémula, y me dio la impresión de que con esa promesa quería sobre todo convencerse a sí mismo.

No puse más reparos, no tenía sentido. Era cierto, no había otra elección. No obstante, para Simon significó que confiaba en él. Respiró hondo y se puso a dismantelar la despensa. Yo le eché una mano. Era la primera vez en mucho tiempo que hacíamos algo juntos. La última había sido cuando representamos una obra de teatro por el cuadragésimo cumpleaños de mi madre. Hannah la escribió a la temprana edad de diez años y la tituló: *Nadie puede separar a los hermanos. Aunque sean idiotas.*

Ojalá fuese así.

Mientras sacábamos los estantes de la despensa no cruzamos ni una palabra. Simon estaba demasiado decidido a ayudar, a hacer algo bueno. Y yo no pude sino acordarme nuevamente de Daniel.

Le había salvado la vida. A esa idea me aferraba yo. Para que me sirviera de sostén, ya que había perdido para siempre el apoyo que me brindaba. Sin él me habría rendido cuando se suicidó mi padre. Sin Daniel, ¿cuánto tardaría en darme por vencida? ¿En dejar que me llevaran al tren a cambio de un poco de mermelada? ¿Hasta cuándo aguantaría si no tenía a nadie que me diera fuerzas?

Tardamos unas horas en preparar la despensa, convertir en leña y llevar al sótano la puerta y las baldas y trasladar la vitrina a la cocina. Ya era medianoche cuando acabamos y Simon y yo volvimos a hablar.

—¿Dónde puedo dormir esta noche? —me preguntó.

Hasta para los policías judíos era demasiado peligroso andar de noche por el gueto.

—Coge mi colchón —le ofrecí.

De todos modos no quería quedarme en la habitación que había sido un refugio para Daniel y para mí esos últimos días. Me acosté con mi madre, que se volvió y me dio la espalda, dormida; cerré los ojos y me aferré de nuevo con fuerza a la idea de que Daniel estaba vivo, aunque lo hubiera perdido. Hay consuelos más flacos. Mucho más flacos.

Escasas horas después mi hermano nos despertó. Aún era de noche, claro. Nos metimos en la despensa con algo de comida y bebida y nos acurrucamos en el sucio suelo de madera. No había bastante sitio para tumbarnos, por lo cual debíamos estar sentadas con las piernas dobladas. Simon tapó la entrada con la vitrina y, para no quedarnos en una oscuridad absoluta, encendimos una velita. Naturalmente, a la menor señal de extraños en el piso la apagaríamos de inmediato.

—Vendré a sacaros por la tarde —oímos decir a Simon— y os traeré algo de comer.

—Eres una buena persona —repuso mi madre.

No pude evitar esbozar una sonrisa burlona.

Ni mi madre ni mi hermano dijeron nada más.

Mientras los pasos de Simon se alejaban, Hannah lanzó un suspiro y comentó:

—Así que ahora éste es nuestro nuevo hogar. Huele mucho a cerrado.

La luz de la vela iluminaba su triste rostro, el resto de «nuestro nuevo hogar» estaba a oscuras.

—Echaré de menos la luz natural.

Me habría gustado consolar a Hannah, hacer que el tiempo que tuviera que pasar apretujada y a oscuras resultara más soportable, pero no fui capaz. No tenía fuerzas.

En cambio, fue mi hermana la que contribuyó a que no me volviera loca las semanas que siguieron. Mientras que el mundo de fuera, en el gueto, era cada vez más aterrador —Simon nos informaba cuando venía a vernos por la tarde de que ya nadie estaba a salvo, ni quienes trabajaban en las fábricas ni los miembros del Consejo Judío—, Hannah nos trasladaba al mundo de las 777 islas. En realidad sólo me trasladaba a mí: mi madre se replegó en su mundo interior, en sus recuerdos de mi padre. Cada día

existíamos menos para ella, y al cabo de cinco días en aquella despensa oscura dejó de hablar definitivamente.

Había momentos en los que la envidiaba. Sin duda habría sido mejor vivir únicamente recordando a Daniel en lugar de ser consciente de que estaba en un escondrijo que podía ser descubierto por las SS en cualquier momento.

En el mundo de las 777 islas de Hannah se sucedían las aventuras más alocadas: junto con su querido pelirrojo Ben y el capitán Zanahoria, emprendió la búsqueda de los tres espejos mágicos con los que se podía vencer al malvado Señor de los espejos, que ya tenía sometidas 333 de las 777 islas. El Señor de los espejos dispensaba un trato terrible a sus adversarios: los desterraba a espejos deformantes, en los que tenían que seguir viviendo para siempre como imágenes deformes. También inocentes corrían esa misma suerte: ya se tratase de niños pequeños, farolillos de papel vivientes o ardillas cantarinas, el tirano no tenía consideración con nadie.

Hannah hablaba con tal viveza de la belleza de las 777 islas —el mar tan ancho, las puestas de sol tan largas, las flores tan coloridas— que yo deseaba poder vivir allí. ¿Por qué ese mundo no era el real y el nuestro el irreal? ¿Por qué el gueto no era la invención de un narrador que vivía en una de las islas y les hablaba de él a sus habitantes, al amor del fuego de campamento, para que escucharan una historia espeluznante, escalofriante, antes de dormirse? Luego el narrador podría imaginar un final feliz para nosotros y después de tanto sufrimiento podríamos vivir dichosos hasta el final de nuestros días.

O quizá sí que fuésemos una invención, y al fin y al cabo sencillamente nuestro narrador fuera un capullo.

Cuando los héroes de Hannah se enfrentaron en la Isla del Terror con el espantapájaros del miedo para arrebatarse el primer espejo mágico, el espantapájaros echó mano de su temible amuleto de paja, un amuleto que tenía la capacidad de mostrarle a cada criatura su mayor temor, y por regla general quien veía dicho temor era destruido por él.

El capitán Zanahoria vio que su querido barco —el *Conejo*— se hundía en las olas. El hombre lobo vio que se le caían los dientes. Hannah y Ben *el Pelirrojo* también se enfrentaron a su mayor miedo: Hannah vio que Ben *el Pelirrojo* moriría; y Ben *el Pelirrojo*, que Hannah moriría. En ese momento ambos comprendieron lo cerca que estaban el amor y el

miedo.

Sin embargo, fueron las primeras criaturas capaces de resistir el poder del amuleto de paja, pues había algo con lo que no contaba el espantapájaros: el amor que se profesaban era mayor que cualquier miedo.

## 25

Un día a mediodía —o quizá fuese ya por la tarde, en la despensa se perdía toda noción del tiempo— oí una leve tos.

—El capitán Zanahoria sacó la espada... —estaba contando Hannah justo cuando oí toser de nuevo, con más fuerza—, el frágil esqueleto exclamó...

—Chis. —Mandé callar a mi hermana, pero estaba tan metida en la historia que siguió contando:

—¡Se acabó tu gloria, capitán Zanahoria!

—¡Chis! —insté más enérgicamente, y apagué la vela. Esto la hizo callar de golpe. Las dos aguzamos el oído como embobadas. ¿Lo oiría también mi madre?

Con suerte sólo sería una falsa alarma una vez más. Seguro que lo era. Como tantas otras veces.

Los días anteriores ya nos había pasado en varias ocasiones. Unas veces creímos que se abrían puertas; otras, que se paseaba gente por el piso. Lo de las puertas se debió a que por la noche dejamos una ventana abierta para que se ventilara la casa y el aire las movía ligeramente. Posiblemente los otros ruidos los causaran ratones.

Más toses.

Se abrió la puerta de la cocina.

Sentía el corazón acelerado. Creía incluso oír el de Hannah. Por un instante temí que quienquiera que estuviera allí también escuchara nuestros corazones, a través del pecho y de la pesada vitrina.

Los pasos se acercaron, pero no parecían botas. Ojalá fuera sólo un vagabundo que anduviese buscando algo de comer y después se fuera.

Si nos descubría un vagabundo, ¿nos delataría?

Seguro que no, sería una locura, ya que entonces los alemanes también lo enviarían a la muerte. A no ser, claro estaba, que a esas alturas

le diese todo lo mismo y nos entregara a cambio de un poco más de pan que poder engullir camino de la estación.

La tos se acercó.

No parecía la de un anciano, quizá fuera un chico o una chica. En cualquier caso esa persona estaba enferma. ¿Sería Daniel? Intenté recordar cómo tosía Daniel. ¿Sonaba como lo que estaba oyendo en la cocina?

No. Eso sonaba completamente distinto. Además, era una locura pensar que Daniel hubiera cambiado de opinión con respecto a mí y viniera a buscarme.

Fuera lo que fuese, daba la impresión de que él o ella se había parado justo delante de la vitrina. ¿Sabía esa persona que estábamos escondidas detrás? Si era así, ¿por qué no hacía ademán alguno de apartar la vitrina? ¿Iría primero por los alemanes?

Ni Hannah ni yo nos atrevíamos a respirar. Tan sólo mi madre respiraba con regularidad. Inspiraba y espiraba. Ni siquiera se había dado cuenta de que la vela se había apagado y estábamos a oscuras. Me habría gustado prohibirle respirar.

—Mira —oí que alguien decía con voz lastimera al otro lado.

No daba crédito: la mujer, definitivamente era una voz de mujer, me conocía.

—Mira, ¿estás aquí?

Si ella me conocía, yo tenía que conocerla a ella por fuerza.

Dejó de llamarme. La vitrina tembló. ¿Nos habían descubierto? ¿Movería la mujer el mueble?

Oímos que se sentaba en el suelo. Probablemente hubiese apoyado la espalda en la vitrina y hubiera resbalado por ella; por eso se había movido.

La mujer se quedó ahí sentada. Tosía, pero no decía nada. Sin embargo, yo recordaba el sonido de sus palabras: «Mira, ¿estás aquí?». Y de pronto supe de quién era esa voz, quién estaba al otro lado sentada en el suelo contra la vitrina.

Me levanté. Asustada, Hannah dio un respingo, pero no dijo nada hasta que me puse a retirar el pesado mueble de la entrada de la despensa. La pequeña susurró:

—¿Qué haces?

Pero no era el momento de responder: «¿A ti qué te parece?».

Empujé con todas mis fuerzas hasta desplazar la vitrina lo suficiente para poder salir a la cocina. Tardé un buen rato en acostumbrarme a la luz,

ya que hacía dos semanas que no la veía, tan sólo veía la de la luna y las estrellas cuando salíamos del escondite por la noche. Finalmente distinguí, delante de mí, a la mujer que esperaba: Ruth.

Estaba en los huesos, y tenía el pelo rapado y la ropa harapienta. El contraste con lo que llevaba en el hotel Britannia no habría podido ser mayor.

Le dije a Hannah:

—No pasa nada. Puedes salir.

Mi hermanita salió con cuidado de la despensa, y sus ojos también tardaron un tanto en acostumbrarse a la luz. Miró a Ruth y le asustó su delgadez, pero no dijo nada.

En cambio, Ruth se levantó despacio y preguntó:

—¿Tenéis algo de comer?

Saqué de inmediato un trozo de pan de la despensa, donde mi madre seguía agazapada.

Hannah me preguntó en voz baja:

—¿Y si vienen los alemanes?

—Entráis en la despensa y yo corro la vitrina. Así únicamente me llevarán a mí.

La perspectiva no entusiasmó precisamente a mi hermana, pero era lo mejor que podía ofrecerle dadas las circunstancias.

Ruth engulló el pan tan deprisa que estuvo a punto de ahogarse. Tosió, se atragantó y vomitó algo de pan hecho papilla en el suelo de la cocina, que yo limpié a toda velocidad. Si los alemanes venían, que no nos delataran unos restos de comida.

Le di algo de beber mientras Hannah iba con nuestra madre, que se había quedado sentada sin más en la despensa, y la ayudaba a levantarse. Para que ella también viera la luz del día, aunque en realidad ya no reaccionara con nada. Hannah quería llevarla a la ventana, pero le advertí que tuviese cuidado: que no nos descubrieran desde la calle. Así que se quedaron las dos plantadas en mitad de la cocina, Hannah mirando el sol, que para ella ya no era algo natural, mientras que mi madre prefirió clavar la vista en el suelo.

Llevé a Ruth a la habitación de al lado. Quería saber qué le había pasado y evitar que mi hermana lo oyera. Le pregunté, pero no dijo nada. Supuse que lo que había vivido era demasiado espantoso para responderme. Se sentó en el suelo y se apoyó en una pared; yo me senté a

su lado. Ruth no paraba de toser, pero ahora que la escuchaba con más atención no parecía una tos de enferma, sino más bien como si quisiera sacarse algo del cuerpo: no una enfermedad, sino algo mucho peor de lo que sencillamente no podía librarse.

Cuando se hubo tranquilizado un tanto, dijo en voz baja:

—Lulei...

—¿Qué? —pregunté extrañada.

A modo de respuesta empezó a cantar una nana.

Una nana espeluznante.

*Lulei, lulei, hijo mío...*

*Lulei, lulei, hijo mío...*

—¿Qué significa eso? —le pregunté a Ruth con la esperanza de que la canción tuviera algún sentido.

*Horno al rojo, crepitante,*

*puerta del infierno, van echando cadáveres...*

¿Había perdido la razón? Pues qué bien, porque con mi madre ya sería la segunda en la casa.

*Aquí yace mi hijo, mi hijito,*

*el puñito en la boca,*

*cómo te voy a echar al fuego,*

*tu precioso cabello dorado...*

Desde luego parecía estar loca. ¿Y si se ponía a cantar mientras nos buscaban los alemanes? ¿Corría el riesgo de esconderla con nosotras? ¿O mejor la echaba cuanto antes, tanto si luego Ruth moría como si no? ¿Cómo podía pensar algo así?

*Tus ojos serenos miran al cielo*

*y derraman lágrimas inertes...*

No podía soportar más esa canción enfermiza, así que le pedí:

—Deja de cantar, por favor.

*Hijo. ¡Veo sangre tuya por todas partes!*

*Y te vi con vida. Sólo tres cortos años...*

—Por favor.

*Lulei, lulei, hijo mío,  
Hijooo mío...*

—¡Ya basta! —le grité.

Ruth se asustó y se calló.

Respiré hondo y le pregunté:

—¿Qué demonios es esa mierda?

—Una canción que escuché en Treblinka.

—¿Treblinka?

Por toda respuesta, volvió a toser.

Tardó un poco en calmarse de nuevo y empezar a contarme: el segundo día de la operación se topó con un control y acabó en uno de los vagones de ganado. Durante el trayecto ya murieron asfixiadas muchas personas, y de puro cansancio ella no tuvo más remedio que dormir sobre los cadáveres, que cubrían todo el vagón.

Sonaba tan espantoso que parecía una invención.

—Por fin llegamos al campo de Treblinka...

—¿Un campo de trabajo? —inquirí.

Ruth se rio. De un modo aterrador. Y después empezó a toser otra vez.

—Entonces, ¿qué clase de campo es? —pregunté, aunque tenía miedo de oír la respuesta.

—Obligan a la gente a desnudarse en cuanto llega. El que no es lo bastante rápido es azotado. Y después se pasa desnudo por delante del montón de muertos. Miles de cadáveres apestosos. Con el cuerpo hinchado. No consiguen quemar o echar a las fosas los cuerpos al ritmo al que gasean a la gente.

No acababa de entender: los alemanes no podían gasear a diez mil personas en camiones.

—Llevan a todo el mundo desnudo a las cámaras de gas...

¿Cámaras? ¿Habían construido cámaras para gasear a la gente?

—Luego queman todos los cadáveres que pueden en hornos, y los que quedan los entierran en fosas. En el cielo se ve el humo de los que incineran y se respira el humo... Mira, se respira a los muertos... ¡Se respira a los muertos!

Ruth tosió de nuevo.

Y yo lo entendí: tosía porque creía tener en los pulmones las cenizas de los cadáveres quemados.

Quería sacarse las cenizas del cuerpo, pero no podía, por mucho que

jadeara y tosiera. Al fin y al cabo, los muertos no estaban en sus pulmones, sino en su cabeza. Para siempre. Y entre esos muertos se encontraban también Korczak y los niños. Yo había salvado a Daniel de esa suerte, y tendría que estar agradecido en lugar de despreciarme.

—La canción de cuna la cantaba un relojero —continuó Ruth—. A su hijito.

Los alemanes quemaban niños. Eran unos monstruos mucho peores de lo que yo pensaba. Demonios que habían subido desde el infierno. En forma de conquistadores que querían convertir poco a poco el mundo entero en un infierno.

—¿Cómo... cómo lograste sobrevivir? —quise saber.

—Tuve suerte. Casi ninguna mujer sobrevive a las primeras veinticuatro horas en Treblinka. A los hombres más fuertes los ponen a trabajar: enterrar cuerpos, clasificar las cosas de los muertos..., pero para las mujeres sólo hay una ocupación. Para las mujeres guapas, como yo.

Mi amiga siempre había estado muy orgullosa de su belleza, pero ahora ya no quedaba nada de ese orgullo.

—Estábamos a disposición de las SS.

A eso lo llamaba suerte.

Yo habría preferido ir directa a las cámaras de gas a entregar mi cuerpo a esos animales. Por otro lado, eso era lo que pensaba allí y en ese momento, pero ¿quién sabía lo que habría pensado al ver el montón de cadáveres? Tal vez incluso le hubiese tenido envidia a alguien como Ruth, que podía seguir viviendo de puta.

—Durante tres días fui la favorita de la Muñeca —siguió contando mi amiga.

—¿La Muñeca?

—Un oficial de las SS. Tenía una cara tan bonita que los judíos le pusieron ese mote, la Muñeca. Todos los días la Muñeca disparaba a judíos para divertirse. O los mataba a latigazos.

Era suficiente. ¡Ya! No quería oír más cosas de ese campo. Tan sólo una más:

—¿Cómo saliste de ahí?

Me resultaba impensable que las SS dejaran salir a alguien del infierno.

—Szmul pagó por mí mucho dinero al comandante del campo. Mucho, muchísimo dinero.

La había sacado el mafioso. Me sorprendió que Ruth valiera tanto para él.

—Ya te dije que me quería —afirmó, sonriendo débilmente.

Y lo cierto es que yo no la había creído.

—Pero, entonces, ¿por qué no estás con Szmul? —le pregunté.

—Él y cinco de sus hombres acabaron en la cárcel de Pawiak.

Más toses.

Confiaba en que esas toses no nos delataran y nos llevaran a Treblinka, porque jamás, jamás podría echar a mi amiga.

## 26

A partir de ese momento, Ruth pasó a compartir la despensa con nosotras. Tuvimos que apretarnos aún más, y a la media hora nos dolían tanto las piernas de estar dobladas que por la noche, cuando salíamos, al principio no podíamos levantarnos.

Ruth no paraba de toser y yo no se lo podía impedir, aunque se lo pidiera de buenas maneras, la advirtiera encarecidamente o le gritara que si no dejaba de hacerlo podía costarnos la vida a todas. Con ella perdía los nervios, cierto, y no sólo porque tenía miedo, sino porque la tos me recordaba una y otra vez cómo sería el final: latigazos, perros y, por último, la cámara de gas.

«Lulei, lulei...»

La única de nosotras que no iba perdiendo la razón poco a poco o ya la había perdido era Hannah, que continuaba con sus relatos de las 777 islas. Naturalmente, no diez horas seguidas, pero seguía contando, unas veces durante media hora, otras sólo cinco minutos. Y cuando narraba, cesaban incluso las toses. Ruth escuchaba embelesada cómo Hannah y Ben *el Pelirrojo* le birlaron al Brujo del tiempo el segundo de los tres espejos mágicos. También a él los héroes lo vencieron gracias al poder de su amor. Por mucha lluvia, granizo o rayos que les lanzara el brujo, el amor era más fuerte que cualquier tormenta.

Seguro que mientras escuchaba eso, Ruth pensaba en su Szmul. Yo, en cualquier caso, pensaba en Daniel. Por culpa de lo que le había hecho, su amor por mí se había apagado para siempre. ¿Dónde estaría ahora?

¿Seguiría con vida?

¡Debía seguir con vida!

En su viaje, Hannah y Ben llegaron a la Isla de las Bufandas, en la que todos sus habitantes tenían que llevar esa prenda de ropa, o en caso contrario los ahorcaban. En ese relato Ruth no pudo evitar esbozar una sonrisilla, ya que Ben *el Pelirrojo*, al ver la cara que ponía Hannah al darse cuenta de que no tenía bufanda, soltó: «¡Está que bufa, anda!». Yo también me reí, por primera vez desde hacía mucho, a carcajada limpia. Y en ese momento alegre me dio lo mismo que algún soldado de las SS pudiera oírme.

## 27

Tal y como había prometido, Simon venía a vernos todas las tardes. Y yo siempre tenía miedo de que hubiera llegado el día en que no hubiese cubierto el cupo de judíos y nos delatara.

¿Cómo lo haría? Posiblemente no nos sacara él mismo de casa, sino que tan sólo les diera el soplo a los soldados de dónde podían encontrarnos. De ese modo no tendría que mirarnos a los ojos cuando vinieran por nosotras y nosotras no estaríamos seguras del todo de que había sido él el que nos había traicionado.

Pero Simon siempre encontraba a otros judíos a los que poder enviar a Treblinka. Y en lugar de nosotras eran otros los que iban a la cámara de gas.

«Lulei, lulei...»

¿Cuánto más duraría esta locura? Ya habían asesinado a cientos de miles. ¿Acaso tenía que morir hasta el último judío?

Con cada día que pasaba tenía menos esperanzas de que fuéramos a escapar de la quema. Incluso yo empecé a toser del nerviosismo, como si ya tuviese ceniza de los muertos en los pulmones.

No obstante, lo que me contó Simon cuando llevábamos dos semanas y media escondidas me levantó el ánimo por primera vez desde hacía mucho tiempo: a Szeryński, comandante de la Policía judía, lo había herido de gravedad... un judío.

Eso exactamente, un judío.

Los judíos se habían rebelado contra la opresión.

Por primera vez.

No había ningún otro policía que se mereciera tanto morir como Józef Szeryński. Ese cerdo era un judío que mucho antes de que estallara la guerra se había hecho católico y no quería saber nada de los suyos. Como es natural, eso no les importó lo más mínimo a los nazis, que lo metieron también en el gueto: para ellos un judío era un judío, aunque él se considerara católico. Sin embargo, se quedaron tan impresionados con el talento organizativo de Szeryński, y más aún con el odio personal que le inspirábamos —se debiera a lo que se debiese—, que lo nombraron jefe de la Policía judía. Cumplía con empeño todas las órdenes que recibía. En particular durante la operación de reasentamiento. Días tras día se cercioraba en la estación de que subiesen bastantes judíos a los trenes. Permanecía sentado en una calesa, se daba golpecitos en los zapatos con el látigo, aburrido, y observaba el trajín como si exterminar a su propio pueblo fuese una molesta tarea burocrática.

¡Ahora su calesa estaría vacía!

—Fue un policía judío el que le pegó un tiro a Szeryński —contó Simon desconcertado.

Yo no tenía muy claro a qué se debía ese desconcierto: ¿se sentía orgulloso de que uno de los suyos le hubiese disparado a su superior y no quería admitirlo? Aunque posiblemente sólo estuviera más nervioso de lo que ya estaba, puesto que ahora, para colmo, a ser policía judío había que añadirle el temor a los demás policías.

—El autor del atentado llamó esta mañana a su puerta —contó mi hermano—. Primero, cuando abrió el ama de llaves, el tipo le dijo que tenía una carta para Szeryński.

Simon había dicho «el tipo», lo cual probablemente quisiera decir que no se sentía orgulloso de que el autor fuera uno de los suyos.

—Cuando apareció Szeryński, el tipo sacó una pistola. Se le encasquilló. Probó otra vez y le dio a Szeryński en la mejilla. El tipo posiblemente pensara que había muerto, porque se subió a una moto y se fue. Pero de todas formas lo más probable es que lograra su objetivo, porque Szeryński agoniza.

Era estupendo oír eso.

Estaba agitada. Inquieta. De un modo distinto que no conocía hasta ese momento, incluso feliz.

Quizá no estuviera bien alegrarse de que alguien hubiera intentado matar a una persona, pero así y todo me alegraba de todo corazón. Después de tanto tiempo de sufrimientos alguien devolvía el golpe.

—¿Se sabe quién fue el que atentó contra él? —inquirí—. ¿Lo han cogido?

—Ni una cosa ni la otra.

Me alegré más aún.

Y noté que a Simon no le hizo ni pizca de gracia.

—Es uno de los policías que se pasaron a la clandestinidad cuando empezó la operación...

... Demostrando con ello que tenía más decencia que mi hermano.

—¿Y se sabe a qué grupo pertenece? —quise saber, y esperé con todas mis fuerzas que se tratara de Hashomer Hatzair (el grupo de Amos), ya que así, en cierto modo, yo tendría algo que ver con esa gran hazaña: había conocido personalmente a un judío que se había defendido. A uno de ellos hasta lo había besado una vez.

—Al ŽOB —censuró mi hermano.

—¿ŽOB?

—Organización Judía de Lucha.

Lo dijo casi escupiendo las palabras, y de pronto lo entendí: Simon había hecho un pacto con los demonios para salvar la vida. Pensaba que no había por qué tener miedo mientras les prestara un buen servicio y sembrara suficiente terror. Pero ahora no sólo los demonios eran cada vez más impredecibles y enviaban a las cámaras de gas a todos aquellos lacayos que no trabajaran lo bastante bien; ahora también corría peligro por parte de las víctimas. Un judío le había pegado un tiro a un comandante. ¿Cuán seguro estaba entonces un policía corriente como Simon?

—El ŽOB aglutina a las organizaciones judías Dror, Akiba y Hashomer Hatzair —explicó mi hermano.

Hashomer Hatzair: ¡Amos formaba parte de él!

—Esos cerdos serán la perdición de todos nosotros —añadió, furibundo y asustado.

—¿Qué? —No podía creerme que pensara así.

—Con que maten a un solo alemán, nos aniquilarán a todos.

—Lo harán de todos modos.

—Pero no a todos.

—¿Es que no sabes lo que hacen en Treblinka?

—¡Pues claro que lo sé! —La voz le temblaba de ira—. Pero, si no los provocamos, los alemanes no nos matarán a todos. La operación no durará eternamente, y podemos sobrevivir a ella. Podemos formar parte de los últimos cincuenta mil judíos de Varsovia que trabajarán para ellos aquí hasta que termine la guerra.

No sólo lo esperaba, lo creía. No creía en Dios, ni en él mismo: creía en la misericordia de los demonios. ¿Qué sentido tenía pelearme con él? Decidí no decir nada y alegrarme en silencio de que Amos luchara por el honor de todos nosotros. No, alegrarme se quedaba corto. Me llenaba de orgullo.

Esa misma noche, los primeros aviones rusos sobrevolaron Varsovia y lanzaron bombas sobre la ciudad. ¡Menudo día!

## 28

Las siguientes semanas en nuestra despensa asfixiante y oscura fueron más soportables que antes. Aunque con cada día que pasaba me dolían más las rodillas y las piernas en general, volvía a tener esperanzas: a fin de cuentas, los Aliados debían de tener conocimiento de los crímenes perpetrados por los alemanes contra los judíos. Ellos acudirían en nuestra ayuda, tenían que hacerlo: bombardear las vías de tren que conducían a Treblinka para que no se pudiera mandar a nadie más a las cámaras de gas.

Cuando Simon venía por la tarde, yo le preguntaba enseguida si había alguna novedad de la Resistencia. Para espanto de mi hermano, ésta era cada vez más activa. Para entonces, el ŻOB hasta les prendía fuego a casas vacías para que las posesiones de judíos asesinados no cayeran en manos de los alemanes. Me alegré tanto que Simon me soltó enfadado: «Ten cuidado, no vayan a incendiar vuestra casa».

Ni siquiera esa perspectiva podía quitarme la alegría. Me imaginaba adhiriéndome al grupo de Amos. Planearía atentados con ellos. No sólo contra policías judíos, sino también contra las SS. Me acercaría a Frankenstein con una pistola y le diría: en nombre del pueblo judío te ejecuto por el asesinato de un sinnúmero de niños. Por un largo y dulce momento disfrutaría viendo el miedo en los ojos de Frankenstein. Luego

apretaría el gatillo y le metería a ese cerdo una bala en la cabeza. Que los alemanes tuvieran miedo. Tanto como nosotros. Que temblaran más con nosotros, los judíos, que con los aviones de los Aliados.

Me imaginaba entrando en la célula de Hashomer Hatzair y compartiendo con los demás miembros de la Resistencia un campamento de colchones. Llegaría a ser de los más valientes. Sin temer a la muerte ni a la tortura, planificaría y cometería nuevos atentados. Junto con Amos reduciría a cenizas el cuartel general de la Policía judía, tiraría cócteles molotov a los camiones alemanes y ejecutaría a oficiales de alto rango. Amos vería la clase de persona que era, dejaría a su novia por mí y nos besaríamos con más pasión incluso que aquella vez en el mercado. Con mucha mucha más pasión.

Naturalmente, todas esas chifladuras eran equiparables a las historias de Hannah del capitán Zanahoria, que cuando luchó con su espada contra el bailarín de ballet loco le gritó: «Me ha tocado bailar con la más fea».

Al grupo de la Resistencia no podría llevarme a mi madre, a Ruth y a Hannah, y tenía miedo de morir y más todavía de los sótanos de la cárcel de Pawiak, donde los alemanes infligían sus torturas. Jamás en la vida habría tenido la fuerza necesaria para resistir la tortura. A los nazis no les haría falta darme muchos golpes con la vara en la planta de los pies para que desvelara todos los secretos de la Resistencia y traicionase a mis camaradas. Al fin y al cabo, había bastado un golpe en la herida del brazo para que casi me desmayara.

Y tampoco sería capaz de matar a nadie. Fuera cual fuese la causa. Prenderles fuego a casas podría, por supuesto, pero para disparar a alguien no tenía la sangre fría necesaria. O tal vez no tuviera nada que ver con la sangre fría. Para eso hacía falta un odio encendido. Un odio que apagara cualquier sentimiento de compasión por la víctima.

## 29

Los aviones tardaron dos semanas en venir de nuevo. Mi corazón dio saltos de alegría al oír los motores. Me acerqué a la ventana y vi que el cielo sobre Varsovia era de un rojo resplandeciente, pero no tenía la sensación de hallarme en peligro. ¿Por qué iban los rusos a bombardear el

gueto? A fin de cuentas, nuestros enemigos eran los mismos.

Confiaba en que no pararan de lanzar bombas, cientos, miles, que los demonios ardieran... Y entonces cayó la primera bomba en el gueto. En un principio no me lo podía creer, no podía ser, pero ¡si eran nuestros aliados! Seguro que se trataba de un error, una equivocación.

Sobre el gueto cayeron más bombas.

Corrí con las demás y nos miramos aterrorizadas. ¿Dónde podíamos buscar protección? No debíamos salir del piso, nadie podía saber de nuestra existencia.

Desvalida, abracé a Hannah y también a mi madre, aunque no se enterara muy bien de qué iba aquello. Ruth se hizo un ovillo en el otro rincón del cuarto, debajo de la mesa, como si ésta pudiera protegerla de las bombas. Naturalmente, proporcionaba tan poca protección como nuestro abrazo.

Tras unos largos minutos, los aviones se alejaron. Y con ellos la esperanza.

A nadie en el mundo le importaba la suerte de los judíos. Nos bombardeaban a nosotros en lugar de las vías de tren a Treblinka.

Unos días después se estrechó el cerco. El cerco era nuestro destino: no podíamos escapar a él.

El 6 de septiembre, en la octava semana de las deportaciones, Simon vino a vernos a las cinco de la mañana, pero en lugar de apartar la vitrina de nuestro escondite como solía hacer, lo notamos completamente descompuesto. Al principio no pudo decir ni una palabra, y tardó un rato en recuperar el control como para balbucir confusamente:

—Todos los judíos que sigan en el gueto deberán reunirse en la calle antes de las seis de la mañana; el que tenga tarjeta, trabajará; el que no tenga tarjeta, irá a los trenes...

—¿Qué tarjeta? —pregunté.

—¡Las tarjetas! —exclamó él, como si ya me lo hubiera explicado y yo fuese demasiado dura de mollera.

—¿Qué tarjetas son ésas? —insistí, y Simon comprendió que no había entendido nada de lo que había dicho.

—Son unas tarjetas amarillas con un número. Las dan las fábricas y las organizaciones judías, y los jefes deciden quién sobrevive; los jefes de los hospitales, de la Policía, del Consejo Judío...

Los mismos judíos debían decidir quiénes de ellos merecían vivir.

A los nazis siempre se les ocurrían perversidades cada vez mayores.

Y siempre de manera que uno aún pudiera concebir alguna esperanza de lograr formar parte de los últimos 450.000 judíos, de lograr hacerse con uno de esos números que implicaban seguir con vida, aunque el compañero tuviera que ir a la muerte.

Sin ese último atisbo de esperanza ciertamente se habría producido un levantamiento, pero de ese modo todos los habitantes del gueto aprovechaban el tiempo que les quedaba para pelear, pedir, suplicar a sus superiores y así recibir una de las tarjetas.

Los demonios sabían cómo quebrar la resistencia antes incluso de que se produjera. Salvo en casos como el de Amos.

—A mí no me han dado tarjeta. —Simon rompió a llorar—. Tienen quinientas para dos mil quinientos policías...

Estaba plantada ante mi hermano sin saber qué hacer. Lo suyo habría sido darle un abrazo, aunque no le hubiese supuesto ningún consuelo, pero no quería hacerlo. El lacayo fiel de los demonios había enviado a judíos a los campos y ahora había sido condenado a muerte. No tendría que haberles creído nunca. Nadie tendría que haberles creído jamás.

—Te esconderás con nosotras —decidí.

Aunque no sabía cómo. En la despensa no había bastante sitio para todos, uno de nosotros tendría que esconderse en otra parte de la casa, y no sabía dónde.

—¡No! —exclamó mi hermano.

—¿No? —pregunté sorprendida.

—Han dictado nuevas órdenes: al que encuentren le pegarán un tiro en el acto.

Posiblemente fuese mejor que la cámara de gas. Aun así me estremecí al pensar que podía morir de esa forma.

—Me presentaré en la estación, los alemanes verán que soy un policía joven y fuerte, y seguro que me dejan vivir aunque no tenga tarjeta, porque puedo ser útil.

Seguía creyendo en la misericordia de los demonios.

Pobre idiota.

Simon se puso bien tieso, respiró hondo y salió de casa. Sin despedirse de nosotras. Nos dejó en la estacada, y no lo detuve, ni siquiera le dije nada a modo de despedida. Como a él ya no le importaba la suerte que pudiéramos correr, tampoco me paré a pensar yo en cómo le podría ir,

sino tan sólo en qué sería de nosotras ahora. Es decir, que a mi manera yo también dejé solo a mi hermano.

Sin embargo, no tuve mucho tiempo para pensar en cómo nos las arreglaríamos para conseguir comida, porque enseguida oí los pasos. Botas.

Soldados que subían por la escalera, abriendo de golpe las puertas. Presa del pánico, metí a Hannah, a Ruth y a mi madre en la despensa.

—¿Y tú? —preguntó Hannah desde el oscuro agujero.

—Alguien tiene que correr la vitrina.

Mi hermana me miró con cara de horror.

—Me buscaré otro escondite.

—¿Dónde?

No tenía ni idea, así que contesté:

—Ya encontraré algo.

Cuando iba a mover la vitrina, Hannah me dijo:

—¿Mira?

—¿Qué?

Mi hermana se acercó a mí y me dio un beso en la mejilla. La quería tanto.

En el piso de abajo los soldados gritaron algo en ucraniano.

Tapé de prisa la despensa con la vitrina y le pedí a Ruth:

—No tosas. Por lo que más quieras, no tosas.

Salí corriendo de la cocina, preguntándome dónde podía esconderme, y decidí subir al desván. Quizá pudiera salir al tejado.

Justo cuando iba a atravesar la puerta oí que los hombres ya habían llegado a nuestro piso. Ya no había ninguna posibilidad de subir al desván. Ni tampoco de esconderme. Darían conmigo y me matarían.

A no ser que...

Corrí al cuarto de estar, cogí una maleta vacía que se había dejado la familia de Cracovia, metí al tuntún algo de ropa que había tirada por el suelo y la cerré. Oí que abrían violentamente la puerta de casa; los soldados de las SS daban sus órdenes a grito pelado, unas órdenes cuyas palabras no entendía ningún judío polaco, aunque sí captaba el significado.

Salí al pasillo con la maleta y llegué a la puerta justo cuando entraban los soldados, pistola en ristre. Eran tres, todos rubios, todos con la mandíbula cuadrada, todos en la veintena. Por un momento se sorprendieron de verme.

—Iba a bajar ahora mismo —mentí.

Los ucranianos no entendieron mis palabras. El hombre que tenía delante me apuntó con su pistola, y los otros lo imitaron. Como si una bala no bastara para una judía.

Señalé la maleta y repetí, con la frente empapada de sudor, despacio y con suma claridad:

—Iba a bajar ahora mismo.

Los ucranianos seguían apuntándome con sus armas, daba la impresión de que no los convencía. Me pegarían un tiro en el acto si no hacía algo. Pero no sabía qué podía hacer, el miedo me impedía pensar con claridad.

El que tenía delante dobló el dedo en torno al gatillo.

—¡Estación! —exclamé, despavorida—. ¡Estación!

¡Esa palabra tenían que entenderla por fuerza!

El soldado apartó el dedo del gatillo y bajó la pistola. Los otros dos siguieron su ejemplo: habían entendido. Sólo entonces me di cuenta de que me temblaba todo el cuerpo. Ahora únicamente esperaba que Ruth no tosiera. No se oyó nada. Gracias, Ruth.

Los soldados me indicaron que los siguiera, y salí de casa con ellos. Ahora iba camino de las cámaras de gas, pero Hannah, mi madre y Ruth se hallaban a salvo.

## 30

Era una mañana preciosa.

Era una mañana terrible.

Bajo el cálido sol de septiembre, diez mil judíos caminaban por la calle Miła hacia las puertas construidas por los alemanes. La comitiva avanzaba despacio, muy despacio, ya que en esas puertas se encontraban los nazis y los dueños de las fábricas para decidir, con ayuda de las tarjetas, quién debía ir hacia dónde. Una puerta implicaba la muerte; la otra, la vida.

Todos los que se hallaban dentro de ese cerco estaban paralizados de miedo. Incluidos los judíos que tenían tarjeta. A esas alturas conocíamos lo bastante a los alemanes para saber que rompían constante y arbitrariamente

las reglas que ellos mismos dictaban: su tarjeta en modo alguno era sinónimo de seguridad.

En las aceras había letones, ucranianos, alemanes, y de vez en cuando descargaban la porra o el látigo sobre la gente. No debían temer que alguien se defendiera en tan terrible procesión, puesto que todas las personas allí reunidas estaban demasiado desconcertadas. En las puertas oí gritar a un hombre:

—¡No quiero trabajar! ¡He dicho que no quiero trabajar!

Aquello me sorprendió: ¿ese hombre quería ir voluntariamente a los trenes?

—¡Quiero ir con mis hijos!

Luego dejé de oírlo. Posiblemente le hubieran concedido ese deseo: para los nazis no era más que otro judío que sería gaseado. Con sus hijos. Qué se le iba a hacer.

A mi lado iba una mujer con un niño dormido en brazos. Vi que llevaba al cuello una de las valiosas tarjetas, se salvaría. Pero el niño no. La mujer se percató de que la miraba. Desde luego también había oído al hombre que iba con sus hijos a la cámara de gas. Me dijo en voz baja:

—Siempre se pueden tener más hijos.

Al principio no lo entendí.

—Pero si muero con el niño, no podré traer al mundo otra vida.

Estaba dispuesta a separarse de su hijo, y se había buscado argumentos. Unos argumentos que le sonaban a vida y no a muerte.

Me mareé.

Miré a otro lado y eché un vistazo para ver si Hannah, mi madre o Ruth se encontraban entre el gentío. No las vi. Bien. Así podía conservar la esperanza de que, a diferencia de mí, ellas podrían sobrevivir. Como fuera.

Sin embargo, no intenté descubrir a mi hermano. Seguro que ya iba camino de la estación. Yo no creía que los nazis fueran a perdonarle la vida a alguien que se presentara sin tarjeta. Sólo se atenían a sus propias normas cuando se trataba de matar judíos.

Al cabo de unas dos horas en el cerco me llegó el momento de la selección. Cuando me vi frente al soldado de las SS no estaba nerviosa, ni siquiera atemorizada: ya sabía cuál iba a ser su decisión. No tenía ninguna esperanza, me sentía aturdida y pesada. Ni siquiera miré a la cara al de las SS, que, sin decir palabra, me señaló con un leve movimiento de mano que cruzara la puerta que me conduciría a la muerte.

Cuando iba a hacerlo, le tocó el turno a la mujer que pretendía entregar a su hijo. El soldado le vio la tarjeta, podía unirse a los vivos. Sin decir nada, me puso en brazos al niño dormido. Sería yo quien lo acompañara a la muerte en lugar de ella.

Antes de que pudiera decir nada, la mujer ya había desaparecido por la otra puerta. Podía elegir entre ir a los trenes con un niño ajeno, estar a su lado en sus últimas horas de vida por duro que me resultara, o dejarlo en el suelo sin más, donde los soldados le pegarían un tiro o lo pisotearían con sus botas.

¿Qué clase de persona quiere uno ser?

## 31

Me dirigí hacia la estación junto con otros miles de personas, con el niño en brazos. Hacía tiempo que me había desprendido de la absurda maleta; después de todo, allí no había nada que pudiese serme útil o que le pudiera servir al niño. ¿Qué hace falta en una cámara de gas?

El pequeño dormía en mis brazos, ni siquiera se había dado cuenta de que su madre se había deshecho de él. ¿Cómo podría vivir esa mujer con la decisión que había tomado? En el caso poco probable de que sobreviviera a la guerra, ¿de verdad traería más hijos al mundo? ¿Podrían éstos consolarla de haber enviado a la cámara de gas a su primogénito?

«Lulei, lulei...»

Tenía claro que no le cantaré esa canción al pequeño.

Mientras pensaba en la mujer, fui consciente de una cosa: nunca sería madre. No es que antes quisiera serlo, al fin y al cabo era joven, pero aparte de ese niño al que acompañaría a la muerte jamás sostendría a uno en brazos. A uno de mi propia sangre.

¿Era eso lo peor de morir, no tener futuro?

Cuando llegamos a la estación estreché con fuerza al niño. El sitio se encontraba en el extremo más alejado del gueto, rodeado por un alto muro. Sólo había una pequeña entrada en un punto, y por allí nos fueron metiendo a todos a empujones, aplastados, golpeados.

Aquel lugar estaba atestado. La gente, desesperada, se sentaba donde podía con sus trastos, en medio de orines y excrementos. Si había aseos, no bastaban para dar cabida a aquella masa humana. En el aire flotaba un hedor acre. Me habría gustado taparme la cara con un pañuelo, pero no tenía.

Prácticamente nadie tenía fuerzas para consolar a los demás. Los niños lloraban al lado de sus padres, los matrimonios estaban sentados juntos con apatía. Por todas partes había muertos. Personas que se habían cortado las venas con un cuchillo o una hoja de afeitar.

A esa estación se la podría haber definido como infierno. Pero sólo era la antesala del infierno. La antesala del infierno del campo.

La horda humana me empujó hacia el centro de la explanada. El niño que llevaba en brazos se despertó y empezó a hacer ruiditos. Afortunadamente no tenía hambre.

Me puse a acunarlo con suavidad.

—Chis, todo irá bien... todo irá bien...

Naturalmente, eso era ridículo. Seguro que Korczak le habría dicho al pequeño: pronto llegarás a un mundo mejor..., pero yo no fui capaz. Ya no creía en Dios. ¿Cómo iba a hacerlo? Para ese niño y para mí y para todos los que se encontraban allí, después de la muerte sólo estaría la nada. Y antes, golpes, terror, gas.

Habría sido mejor que los ucranianos me hubiesen pegado un tiro. Y que hubiera dejado morir a la criatura en la puerta. El niño se calmó y de nuevo se quedó dormido. Un pequeño milagro en el infierno. Me concentré en su respiración, confiando en que pudiera disipar mi miedo. Intenté acompañar mi respiración a la suya. ¿Sería niño o niña? No me atreví a comprobarlo, por temor a que se despertara, pero me propuse darle un nombre antes de que muriésemos. ¿Cómo lo llamaría si era niño?

¿Daniel?

¿Amos?

¿Capitán Zanahoria?

No pude evitar soltar una risotada histérica al pensar en ese nombre. Al mismo tiempo, las lágrimas me corrieron por las mejillas. Ya no volvería a ver a Hannah.

Reparé en una doctora con bata que les daba algo de beber a unos niños exhaustos. Tenía la mirada febril, inquieta. En un primer momento no llegué a ninguna conclusión, pero al mirar poco después a los niños —

ya no lloraba por Hannah, y estaba un poco más entera— comprendí que la mujer no sólo administraba agua por compasión: los pequeños yacían inmóviles en el suelo, uno hasta en un charco de orina. Lo que les daba era veneno, sin duda cianuro.

La doctora los dormía apaciblemente y de ese modo les evitaba el suplicio de Treblinka. Esa mujer era más compasiva de lo que yo pensaba.

Si volvía a verla, le pediría cianuro. Para el pequeño y para mí.

Abrazada a Amos —sí, al final había decidido llamarlo Amos, y en caso de que fuera niña, la llamaría Ama— me fui hacia un lateral, concentrándome nuevamente en la respiración del niño para, de esa forma, no ver en la medida de lo posible el sufrimiento que me rodeaba.

Llegué al muro, encontré un huequecito en el suelo y me senté, agotada, aunque justo al lado había excrementos. El sol de mediodía brillaba alegremente, como burlándose de nosotros.

El niño empezó a hacer ruiditos de nuevo y, por más que lo mecía, no había manera de tranquilizarlo: se había dado cuenta de que yo no era su madre. Y seguro que además tenía hambre.

A mi lado había un hombre con la cara chupada, que no llegaría ni a los treinta años, tirado en un charco de orina. Me espetó:

—O haces callar al mocoso o lo estampo contra la pared.

Lo decía en serio.

Me levanté y me fui. Mientras, le metí al niño el meñique en la boca, y eso lo apaciguó un rato, hasta que se percató de que ese dedo no era el pecho de su madre y empezó a lloriquear otra vez. Y olía fatal. Tendría que cambiarle los pañales y limpiarlo, pero ¿con qué pañales y con qué agua?

El llanto me crispaba los nervios, e hizo que volviera a ser consciente de los demás ruidos que me rodeaban puesto que ya no podía concentrarme en la respiración del pequeño. Oí lamentos terribles: «¡Tengo sed, tengo sed!»; odio desesperado dirigido hacia uno mismo: «¿Por qué lo abandoné? ¿Por qué?»; oraciones vanas: «*Shema Yisrael, Adonai eloheinu, Adonai echad*»; y gritos: «¡Mamá!», «Zacharia, ¡despierta! ¡Por favor, despierta!», «Mira, ¿eres tú? ¡Mira... Mira!».

¿Mira?

¡Me llamaban a mí!

Me volví y vi a Amos. Con un uniforme de policía judío. Pero él no era policía, así que tan sólo se hacía pasar por uno, y llevaba una de las tarjetas salvadoras. Sin duda falsificada. Pero ¿por qué se arriesgaba a

meterse allí? ¿Donde, a pesar de la tarjeta, corría el peligro de acabar en los trenes?

—¿Tienes un hijo? —me preguntó, asombrado.

¿Estábamos en la antesala del infierno y me preguntaba por el niño?

—No es mío —le contesté.

Él asintió y no siguió haciendo preguntas, sino que miró a su alrededor: ¿para ver si había soldados que pudieran cogerlo? ¿O buscaba otra cosa?

—¿Qué haces aquí? —quise saber.

—Estoy buscando a Zacharia.

De modo que el tipo que me había rajado el brazo también había acabado en el cerco.

—Quieres sacarlo de aquí —constaté, y abrigué esperanzas: Amos podía sacarme también a mí de aquel lugar. Sacarnos, al niño y a mí.

—Pero no lo encuentro —añadió, y siguió buscando a su amigo, si bien cada vez estaba más intranquilo.

—Entonces, ¡llévame contigo! —solté.

—Sólo tengo dinero para una persona —repuso—. Sólo puedo sacar a Zacharia.

—Pero ¡si no lo encuentras! —objeté.

Amos me miró con cara de asco: la idea de abandonar por mí a un compañero de la Resistencia no le hacía gracia. Pero yo no cejé en mi empeño:

—Probablemente tu amigo ya esté en los trenes.

—No lo sabes.

—Ni tú tampoco. Y cada minuto que sigues aquí mayor es la probabilidad de que acabes gaseado tú también.

Amos lo sabía, por eso su voluntad empezó a flaquear.

El niño lloraba más y más.

—Tienes que salir de aquí —insistí.

No dijo nada.

—¿Y de verdad quieres irte sin salvar a nadie?

—Cuando dices «nadie» te refieres a ti, ¿no? —preguntó en tono de censura.

Había acudido a salvar a su amigo, no a una chica a la que besó una vez.

—Sí.

Vaciló. ¿Por qué vacilaba?

El niño me chillaba en el oído.

Lo aparté un poco.

—El dinero es importante para la Resistencia.

—¿Más importante que una vida?

—¿Que tu vida? —me corrigió.

—¿Es más importante que mi vida?

—Con él podemos comprar armas.

—¿Es más importante eso que mi vida?

Amos empezó a morderse el labio inferior. Hasta hacerse sangre. Y entonces decidió:

—Está bien, te sacaré de aquí.

Apenas daba crédito. ¡Me libraría de la cámara de gas!

—Pero ese niño llorón tendrá que quedarse.

Miré horrorizada al pequeño, que en ese momento tenía la cara roja como un tomate.

—Ya te lo he dicho: sólo hay dinero para una persona.

Ahora fui yo la que titubeó: el niño berreaba y berreaba y berreaba como si supiera de qué iba aquello.

—Vamos, antes de que cambie de opinión —me instó Amos.

¿Qué clase de persona quiere uno ser?

¡Una que esté junto a su hermana! Y que siga viva.

Nerviosa, busqué con la mirada a la doctora, en algún sitio tenía que estar. ¡Quería que librara al niño de esa pesadilla! Pero no la veía. Por ninguna parte. Dejé al pequeño llorón en brazos de una mujer que estaba a mi lado, como antes hiciera su madre conmigo. Me preguntó espantada:

—¿Qué significa esto?

—Busque a la doctora. Y pídale cianuro.

No le dije más, acto seguido me puse en marcha con Amos.

—¡No te vayas! —chilló la mujer, e intentó seguirnos, pero nos abrimos paso a empujones entre la multitud y nos perdió. Sus gritos y el llanto del niño se oían cada vez menos, hasta que dejé de oírlos del todo.

Había abandonado a una criatura. Ni siquiera había comprobado si era niño o niña.

En la puerta, los soldados de las SS se embolsaron cien mil eslotis. Eso era lo que valía una vida, mi vida. Que Amos había salvado por segunda vez.

Cuando salimos de aquel sitio, se mordió con más fuerza el sangrante labio inferior.

—Lo siento por Zacharia —afirmé.

Pero Amos no hizo ningún comentario. Posiblemente porque yo no era sincera, a fin de cuentas, si él hubiese encontrado a su amigo, ahora yo iría camino del campo. Además, estaba lo bastante mal como para sentirlo de verdad: había abandonado al niño. Por primera vez en mi vida cargaba con una culpa real. Y jamás me libraría de ella.

Recorrimos las calles en silencio hasta que Amos quiso saber:

—Entonces, ¿te unirás a nosotros ahora?

Era menos una pregunta que una afirmación.

Aunque en la oscura despensa fantaseara con demostrarle al mundo — con Hashomer Hatzair y muy en particular con Amos— que los judíos no éramos animales indefensos a los que se llevaba al matadero, la realidad era muy distinta: en la estación éramos todos animales indefensos a los que llevarían al matadero. Incluida yo. No era una combatiente. Ni tampoco quería serlo, tenía a Hannah y a mi madre.

Como no respondía, Amos se enfadó:

—¡Hemos pagado mucho dinero por ti!

—¿Y por esa razón también has comprado mi vida? —le solté.

Se dio cuenta de que había ido demasiado lejos y volvió a guardar silencio. Sólo al cabo de un rato comentó más calmado:

—Nuestra misión sagrada es vengarnos de los alemanes.

Al decirlo, sus ojos rebosaban resolución y odio.

Pero yo no sentía ni esa resolución ni ese odio. No podía matar a nadie. Ni siquiera a alemanes.

—Mi misión sagrada es ocuparme de mi familia —aseguré.

Amos miró a otro lado. Ese hombre me había salvado la vida dos veces y así era como yo se lo pagaba.

—Lo... lo siento —me disculpé, mi voz apenas audible.

Por toda respuesta me dejó plantada en mitad de la calle.

### 33

Entré en nuestra cocina.  
La vitrina estaba volcada.  
Y en la despensa estaban ellas:  
Ruth.  
Mi madre.  
Hannah.  
Sin vida.  
En medio de su propia sangre.

### 34

Grité como un animal herido. Grité hasta que rompí a llorar. Finalmente el llanto dio paso a un gimoteo. Cuando dejé de llorar, me pasé toda la noche mirando los cadáveres.

Y sentí odio.

Un odio tal que tuve ganas de matar.  
De matarme.

### 35

No estaba con ellas, no estaba con ellas, no estaba con ellas. Debería haber muerto con ellas. Tendría que haber sido así.

Me acerqué a la ventana. Estaba oscuro, en el gueto ya no se encendían las farolas. ¿Para quién? El cristal de la ventana estaba un poco rajado en un sitio. Me imaginé haciéndolo añicos, escogiendo un trozo lo más grande posible y abriéndome con él las venas de las muñecas, y yendo después con los cadáveres de la despensa, acomodándome entre ellos, cogiendo en brazos el cuerpo sin vida de Hannah y desangrándome lentamente a su lado.

Estar con ella me parecía lo adecuado.

Me puse a buscar algo con lo que romper el cristal de la ventana.

Quizá la vieja cazuela que estaba en la vitrina volcada, o mejor aún el picaporte flojo de la puerta de la cocina. Sólo tendría que sacarlo de su lugar. Claro está que también podía romper el cristal con los codos. Si pretendía cortarme las venas, daba lo mismo que antes me cortara los codos.

Tomé impulso y golpeé el cristal con los codos, pero no se rompió. Le di otra vez, más fuerte, pero nada, seguía intacto. Lo único que había conseguido era que los codos me dolieran del golpe. Fui a la vitrina, saqué la cazuela, volví a la ventana y estrellé el recipiente con todas mis fuerzas contra el cristal, que ahora sí se rompió, pero los pedazos fueron a parar a la calle. No sé cómo no se me ocurrió antes. Al estrellarse contra el suelo hicieron algo de ruido, no demasiado, pero en las calles desiertas el tintineo resonó estruendosamente.

Si los alemanes lo habían oído, acudirían, verían los cristales, verían la ventana rota, irrumpirían en el piso y me pegarían un tiro.

Pues que lo hicieran.

Eso sería más rápido que desangrarme. Me sentaría con Hannah en la despensa y me dejaría matar, y de ese modo moriría, que es lo que tendría que haber pasado ya.

Pero los alemanes no acudieron.

Partí un trozo de cristal más grande y al hacerlo me rajé la palma de la mano. Por un segundo no pensé en que Hannah había muerto ni en que quería matarme, sino que me llevé la mano a la boca por acto reflejo y la chupé. La sangre sabía fatal, pero con el gesto me di cuenta de que tenía sed.

Miré por la ventana, ahora medio rota, y noté una brisa leve, fresca. Esa noche hacía más frío que en las últimas semanas, el otoño se avecinaba; el invierno del alma había llegado hacía tiempo.

Abrí la ventana del todo para respirar más aire, como si ese aire pudiera aplacar mi sed. Al hacerlo cayeron más cristales a la calle. Pero los alemanes tampoco vinieron esta vez.

Miré abajo, a los cristales, pero en la oscuridad no podía verlos. ¿Y si saltaba sin más? Como hizo mi padre. Ahora por fin lo entendí. Y pude perdonarlo.

Pero si me tiraba por la ventana como él, no estaría con Hannah.

La mano me seguía sangrando, y yo seguía sorbiendo la sangre. Tenía mucha sed. No había bebido nada desde hacía un día. Con cada segundo

que pasaba estaba más confusa: quería quitarme la vida, pero también quería beber algo. Mi cerebro quería morir, mi corazón había muerto hacía tiempo, pero mi cuerpo extenuado quería sobrevivir.

En la despensa aún debía de haber una jarra con agua, podía beber de ella, si los alemanes no la habían roto. Me alejé de la ventana, me dirigí a la despensa y miré los tres cadáveres. Ahora parecían irreales. Como si esos cuerpos cosidos a balazos no tuvieran ya nada en común con Hannah, Ruth y mi madre. El alma los había abandonado, y ahora allí sólo había carne muerta y sangre coagulada.

Tras los cadáveres, en el suelo, estaba la jarra de agua. Di un paso en el oscuro cuarto para cogerla, y al hacerlo le pisé el brazo a mi madre. Me detuve un instante, quité el pie y observé el cuerpo. Un buen rato.

No le había dicho nunca que la quería.

Mis ojos vagaron hasta lo que había quedado de Hannah, un cuerpo destrozado, sin alma. Su muerte era tan absurda. Y con ella también toda su vida.

Como mi vida.

Mi muerte.

Me agaché y cogí la jarra. En la oscuridad no podía ver si habría sangre en el agua, podría haber entrado algo. Me llevé la jarra a la boca y dejé que me corriera un poco de agua por los labios secos. Sabía rara, pero no a sangre. Levanté la jarra de nuevo y bebí más agua. No muy deprisa, para no atragantarme. Bebí un sorbo más. Y otro, y otro, hasta vaciar la jarra.

Después lo tuve absolutamente claro.

Ya no había ninguna sed que me distrajera. Aún quería morir, eso seguro. Más incluso que antes. Pero no me abriría las venas. Ni me tiraría por la ventana. Tenía que morir de otra forma. De una forma muy distinta. Y no en ese momento. No ese día. Un suicidio no tendría sentido. Mi muerte debía tener sentido. Sólo así lo tendría también la muerte de Hannah. Y su vida.

Y lo que quedara de la mía.

—Aquí están las armas —informó Esther como si tal cosa al tiempo que señalaba una bolsa de viaje marrón que estaba en el suelo, junto a los restos de la prensa que las SS habían hecho añicos cuando detuvieron a Zacharia. En la bolsa había cinco pistolas, un tesoro para la Resistencia. Para la judía, porque para la polaca esas armas eran ridículas: todas ellas databan de la Primera Guerra Mundial y habían sido adquiridas a cambio de un montón de dinero por estraperlistas polacos, que sin duda todavía se estarían riendo por haberse embolsado quince mil eslotis por arma. Y a mí me daba que en caso de emergencia alguna de esas pistolas se encasquillaría.

—Se las llevarás al grupo de Breul, en la calle Karmalicka —ordenó Esther—. A cambio te entregarán granadas de mano.

—¿Tengo que ir sola? —pregunté sorprendida.

—Sí.

Aquello no me gustó, pero tampoco quería protestar. Era mi primer trabajo para nuestro grupo. Por fin podía ser útil y demostrar que el dinero que la Resistencia había pagado por mí en la estación no había sido mal empleado.

Cogí la bolsa y salí de la cocina sin que Esther se despidiera de mí. No me tenía en mucha estima, no creía que tuviera lo que había que tener para ser combatiente. A mí me daba lo mismo lo que pensara. Me daba lo mismo todo. Todo salvo una cosa: no quería morir sin llevarme conmigo a algún alemán, quería verlos arder por lo que le habían hecho a mi hermana.

Por eso no me gustaba esa misión. Morir mientras llevaba armas de A a B no era lo que tenía en mente como última acción heroica.

Antes de salir me estiré con nerviosismo la ropa de invierno, que había sacado una semana antes de una casa abandonada: un chaquetón de abrigo y unos pantalones de hombre forrados que mis flacas piernas no llenaban. Luego salí a la calle, en la que no había ni un alma. Desde que cesaran las deportaciones, hacía dos meses, por el día no se veía a nadie en el gueto. Los alemanes habían permitido continuar con vida a —calculábamos— treinta mil judíos; veinte mil más permanecían escondidos. De manera que sólo seguía viva una de cada nueve personas del gueto. Una de cada nueve.

Únicamente a primera hora de la mañana se reunían los judíos en las calles para ir a trabajar como esclavos en las fábricas o dirigirse a la parte polaca de la ciudad, y no volvían hasta por la noche. Las SS ejecutaban en

el acto a todo el que encontraban en la calle a alguna hora que no fuera ésa, tanto de día como de noche.

El frío aire de noviembre levantaba remolinos de plumas que pasaban volando a mi lado como si fuesen nieve. Había plumas por todo el gueto; los alemanes obligaban a sus esclavos a requisar las almohadas y edredones que antes rellenaban esas plumas y llevarlos a almacenes, al igual que cualquier otra cosa con la que pudiera sacarse algún dinero para el Reich: joyas, muebles, instrumentos musicales, todo. A ese saqueo del gueto los alemanes lo llamaban *recuperación de bienes*.

Ahora vivía en una ciudad fantasma en la que llovían plumas. Y los fantasmas éramos nosotros, los judíos que todavía vivíamos allí. No muertos del todo, pero casi. A algunos de nosotros el odio nos mantenía con vida; a otros, el poco pan y la sopa aguada que les daban en el trabajo. Esperanza ya no tenía nadie. Aunque los alemanes habían interrumpido la operación, todo el mundo tenía claro que también nos matarían a los demás, a los escasos supervivientes. Dentro de un mes. De dos. Quizá mañana mismo.

Oí un coche a lo lejos, las SS patrullaban por otra zona del gueto. Así que no había peligro, pensé yo. Pero sentirse a salvo en el gueto siempre era un error.

Di la vuelta a la esquina y unas manos me agarraron los hombros por detrás. Aterrorizada, intenté soltarme. En vano. Aunque olía el mal aliento de mi agresor, no lo veía. ¿Sería un alemán? ¿Un judío desesperado? Sea como fuere no decía nada. Hasta que le di una patada en la espinilla para zafarme.

—¡Perra! —me insultó el hombre.

Pero en lugar de soltarme me apretó el pecho con tanta fuerza que me quedé sin aire. Mientras pugnaba inútilmente por respirar, vi por sus mangas que mi agresor llevaba un uniforme azul. O sea que era un policía polaco y no un soldado alemán el que me mataría de inmediato.

Dejé de defenderme, y el polaco aflojó un poco la presión, aunque sin soltarme. Podía respirar de nuevo, pero me dolía el pecho. Seguro que tenía magulladuras.

—¿Qué llevas en esa bolsa? —preguntó el policía polaco. La boca le olía como si hubiese comido carne podrida.

Mentir no tenía sentido. Posiblemente lograra soltarme y salir corriendo, pero entonces tendría que dejar las armas, por las que tanto

habíamos pagado. Eso no podía pasar. Sólo tenía una oportunidad: que el policía temiese más por su vida que yo por la mía, y dado que la mía no valía gran cosa, eso era muy posible.

—Pertenezco a la Organización Judía de Lucha —afirmé.

El carroñero cogió aire ruidosamente. ¿Estaba asustado? Sí, al menos, alarmado. Pero no me soltó, por desgracia.

—Llevo armas. Si no las entrego, los míos irán por ti y te matarán —aseveré lo más tranquilamente posible.

La amenaza no era del todo huera. La Resistencia ya había ejecutado a varios colaboracionistas judíos. No obstante, hasta el momento no había matado a ningún alemán, cosa que yo lamentaba, puesto que quería que murieran todos bañados en su propia sangre. Como mi madre, Ruth y Hannah.

Pero los judíos tampoco habíamos disparado todavía a ningún policía polaco, con lo cual mi amenaza, aunque no resultaba risible, tampoco sonaba tan convincente como me habría gustado. ¿Se doblaría el policía porque su miedo era mayor que su codicia? ¿O me mataría a porrazos y celebraría el botín?

El carroñero optó por una tercera posibilidad: me inmovilizó el brazo derecho. Resoplé de dolor; no quería darle la satisfacción de quejarme, y menos aún de gritar.

—Si te defiendes, te parto el bracito.

Me obligó a ir calle abajo, al banco judío, que era administrado por el Consejo, que seguía existiendo, y en el que los judíos que colaboraban con los nazis guardaban su sucio dinero. Al parecer, vigilar ese banco era el verdadero cometido del policía polaco. No iba a la caza de judíos, sólo que yo, tonta de mí, había caído en sus manos.

—¡Pawel! —gritó el carroñero—. ¡Pawel, échame una mano!

Del banco salió otro policía. Alto. Con barba cerrada. Se extrañó al verme. El carroñero le explicó:

—Traigo un pequeño tesoro, y no me refiero a la chica.

—Ya, demasiado delgada para mí también —dijo el de la barba, cuya voz era sorprendentemente aguda, y me quitó la bolsa. Casi me rompe los dedos al hacerlo. Apreté una vez más los dientes de dolor, con la respiración jadeante. El barbudo con voz de pito miró dentro—: Los judíos pagarán mucho dinero por algo así.

El carroñero me tiró al suelo y dijo:

—Diles a tus amigos que recuperarán la bolsa por doscientos mil eslotis.

Alcé la vista y por primera vez le vi la fea cara y los dientes medio cariados. El hombre se rio y ordenó:

—¡Date prisa!

Me levanté como pude y salí corriendo, pero nada más doblar la siguiente esquina me detuve. No podía volver con Esther, Amos y los demás. No como alguien que fastidiaba un trabajo sencillo y de ese modo le costaba más dinero todavía a la Resistencia. Así demostraría definitivamente que no se me había perdido nada en su grupo.

Desesperada, me apoyé en una pared. Una ráfaga de viento hizo que me dieran plumas en la cara. En ellas había apoyado en su día la cabeza un judío que posiblemente en ese momento sólo fuese cenizas. Al pensar en la muerte cerré los ojos y volví a ver a Hannah en su charco de sangre. Ya no volvería a contar ninguna historia. En cambio ahora debía ser yo la que contara una si quería recuperar las armas.

## 37

Esperé un poco, pues si respondía demasiado pronto la historia que me había inventado para los dos polacos no resultaría creíble.

Al cabo de una media hora volví, y como el llamador del banco, un león de hierro, estaba roto en el suelo, aporreé con los puños la pesada puerta de madera. Me abrió el barbudo, y antes de que le diera tiempo a preguntarme por el dinero con su voz de pito, lo hice a un lado y entré. Estaba bastante oscuro, todas las ventanas habían sido condenadas con madera, los cristales se habían roto hacía algún tiempo, posiblemente durante la operación, y después no habían puesto otros: ¿qué sentido tenía reparar algo en el gueto a esas alturas?

La zona de caja la constituían básicamente dos mostradores vacíos. Las cajas de caudales, en las que los colaboracionistas judíos guardaban su dinero, se hallaban en una habitación trasera. La bolsa con las armas estaba en el sucio suelo, al lado se veían naipes en medio del polvo; posiblemente los tipos se hubieran sentado junto al botín para jugarse el dineral que querían sacarle a la Resistencia.

A ambos, el carroñero y el de la voz de pito, les sorprendió bastante que me pusiera a dar vueltas por el lugar como si el banco fuese mío. Y más aún se sorprendieron cuando les pedí tranquilamente:

—Y ahora dadme la bolsa.

—¿Dónde están los doscientos mil eslotis? —preguntó el carroñero.

—En ningún sitio.

Por un segundo, los dos se quedaron sin habla. El barbudo con voz de pito fue el primero que la recuperó:

—¿Cómo dices?

—Que en ningún sitio —repetí risueña, como si hablara con niños pequeños algo lentos de entendederas.

El carroñero se sacó la porra del cinto.

—Me daréis la bolsa y saldréis de aquí con vida —espeté, no apresuradamente pero sí lo bastante deprisa para que el tipo no me golpeará—. El ŻOB ha rodeado el banco. Si no salgo con la bolsa dentro de cinco minutos, los nuestros entrarán y os matarán.

Los hombres no estaban seguros de si aquello era un farol o no. Lo que sí sabían era que últimamente el ŻOB había matado a colaboracionistas judíos, y sin duda no se detendría ante policías polacos.

Antes de que pudieran llegar a albergar demasiadas dudas, hablé con altanería, como si realmente pudiera decidir sobre su vida y su muerte:

—Así que dadme la bolsa ahora mismo.

En lugar de hacerlo, el carroñero corrió hacia las ventanas, y entre las maderas intentó ver algo en la calle. Naturalmente, no vio a ningún miembro de la Resistencia, cuya presencia delante del banco era tan poco habitual como la de un conejo parlanchín. Yo contaba una historia, como solía hacer Hannah. Sólo que con la mía me jugaba la vida.

—No veo a nadie —le dijo el carroñero al de la voz de pito. Pero no se atrevía a salir, no fuese cierto lo que les había dicho y le pegaran un tiro en el sitio.

—Tenéis cinco minutos —repetí, en mis trece—. Pasado ese tiempo a más tardar poned la bolsa ante la puerta.

Me volví para irme: quería salir del banco, tenía claro que no podría mantener el tipo igual de bien los cinco minutos enteros. Sin embargo, si les hubiese dado sólo un minuto, probablemente hubiese sido demasiado poco para conseguir ablandarlos hasta que cedieran.

Justo cuando iba a abrir la puerta, el carroñero me cogió por los

hombros.

—¡Tú te quedas aquí!

Me volví hacia él. Ahora no podía mostrar la menor señal de debilidad, que no se me notara que mentía.

—¿De verdad quieres que me quede? —pregunté, mirándolo directamente a los ojos.

—De rehén —afirmó él, y me volvió a llegar una vaharada de su apestoso aliento.

—Y ahora el precio por ti y las pistolas es de cuatrocientos mil eslotis —añadió el barbudo con voz de pito.

—Muy bien —respondí, y me desasí del carroñero y me dirigí al centro del banco—. Pues ahora soy vuestro rehén.

No les gustó la tranquilidad con la que al parecer me lo tomaba.

—Y vosotros sois nuestros rehenes —afirmé.

Los dos miraron con aire vacilante a las ventanas, pero, claro está, sólo vieron las tablas. El carroñero se volvió de nuevo hacia mí, levantó la porra y dijo:

—Si no nos dan el dinero, ¡te hago papilla el cerebro!

Antes, cuando todavía no era un fantasma, habría tenido miedo en un momento así, porque Hannah y mi madre no habrían podido aguantar mucho sin mí, pero también porque yo quería seguir viviendo, pero ahora que era un fantasma mi vida no era una verdadera vida, y únicamente temía por las armas. Aunque las pistolas eran viejas y estaban usadas, tal vez incluso ni funcionaran todas, eran lo mejor que teníamos. Con ellas la Resistencia podría matar alemanes. Cinco o diez o quizá hasta docenas. Cada bala devolvería a los judíos un poco de dignidad. Esas viejas pistolas valían mucho más que mi vida.

—Si me matáis, vosotros moriréis, eso seguro —seguí faroleando.

El carroñero se daba con la porra en la mano, un gesto que debía resultar amenazador pero que sólo revelaba su creciente pánico. Al de la voz de pito incluso se le perló de sudor la frente. Aunque no tenía ningún poder sobre su vida, tenían miedo de que pudiera quitársela, y eso sí que me confirió auténtico poder sobre ellos. Era la primera vez que unos cerdos como éstos me tenían verdadero miedo.

Era estupendo.

Volví a sentirme viva por primera vez desde que murió Hannah. Como no me había sentido nunca antes.

—¿Tenéis hijos? —pregunté.

Esperaba encarecidamente que fuera así, ya que en ese caso esos malnacidos tendrían más miedo aún de morir.

No respondieron nada, lo que quería decir que sí.

Extendí el brazo y exigí:

—La bolsa...

Ninguno de los dos hizo ademán de dármela.

—Por favor. —Sonreí.

El carroñero cogió la bolsa del suelo y me la dio. Salí del banco con las armas. Sin haber pagado un solo esloti. Sin haber recibido un solo porrazo.

Gana el que menos miedo tiene. Ahora lo entendía. Por eso nos habían ganado los alemanes.

Hasta ahora.

Pero ya no teníamos miedo.

Al fin y al cabo, ya estábamos muertos.

## 38

Cuando volví al búnker con nuestro grupo no me sentía bien, pero sí más valiosa que antes. Había realizado mi primer trabajo.

Naturalmente, no les conté a Esther, Amos y el resto nada de lo que me había pasado; no quería que supieran lo imprudente que había sido. Sólo les dije que había entregado las armas al otro grupo de combatientes y que ellos, según lo convenido, me habían dado a cambio las granadas de mano, que deposité en un rincón seguro de nuestro refugio, construido en el sótano de la casa por los combatientes semanas antes de que empezara la operación de reasentamiento, y de cuya existencia yo no debía saber nada cuando Zacharia me hirió en el brazo.

Ahora ese refugio, que olía a tierra y sudor, era mi hogar y el de mis diez compañeros de lucha. Y eso que hablar de lucha no era muy riguroso, pues hasta el momento nadie de nuestro grupo había luchado, de las ejecuciones de traidores judíos se ocupaban otras unidades del ŽOB.

En el búnker se hablaba poco. Todos habíamos perdido a seres

queridos. ¿Qué sentido tenía hablar de eso entre nosotros? Cada cual llevaba lo que le había tocado en suerte como podía. Solamente a veces, por la noche, alguien lloraba dormido. En una ocasión incluso Esther. Ni siquiera Esther, la fuerte, podía reprimir por completo el dolor.

Una noche me despertaron sus gimoteos, y a la luz de la única vela que iluminaba el búnker la vi retorcerse en sueños. Pero no era cosa mía abrazarla, consolarla para que cambiase la pesadilla del sueño por la pesadilla del mundo real. De eso se ocupaba Amos, que siempre se tumbaba a su lado por la noche, aunque nunca dormían abrazados. Que yo supiera, tampoco se acostaban, ni siquiera los había visto besarse una sola vez apasionadamente. Quizá lo hicieran fuera del búnker, en alguna parte de la casa, pero yo en realidad no lo creía. Amos y Esther más bien parecían dos personas casadas con su misión. No estaban profundamente enamorados.

Aunque me enteraba de todo, la verdad es que me daba lo mismo. El ardiente beso con Amos en el mercado polaco lo había vivido otra chica hacía ya mucho tiempo.

En nuestro refugio vivía otra pareja, Mijal y Miriam. La dulce Miriam tenía dieciocho años, y el atlético Mijal, con veinticuatro, era el mayor de todos nosotros. Una pareja no podría ser más distinta: Mijal era albañil y —dicho con delicadeza— no precisamente un intelectual. Por el contrario, Miriam, con sus rizos rebeldes, no sólo era lista y culta, sino la única persona que yo conocía a la que uno podría imaginar de profesora en una universidad: de filosofía, historia, medicina, de todo, en suma.

Mijal idolatraba a Miriam, que era la que daba sentido a su vida. No pensaba tanto en vengarse de los carniceros como en hacerle bien a ella, animarla, poder aliviar el dolor que sentía por la muerte de sus padres.

Por su parte, a Miriam..., bueno, le gustaba Mijal, sí, ¿a quién no le gustaba ese hombre bondadoso y sencillo? Le gustaba más de lo que nos gustaba al resto, pero ¿quererlo? Quererlo no podía. No era de extrañar, puesto que fuera, en el mundo, debía de haber hombres más afines a esa mujer lista. Miriam también lo sabía, y sin embargo estaba con él.

Y una noche Mijal le pidió la mano.

Se arrodilló en el búnker delante de todos nosotros y le ofreció un sencillo anillo de oro. Que no había robado de una casa abandonada antes de que el Departamento de Recuperación de Bienes lo requisara para el Reich, no, el anillo había pertenecido a su abuela.

—¿Quieres... casarme... casarte, digo... conmigo? —le preguntó Mijal a Miriam en voz baja. Estaba tan nervioso que se atascó.

Miriam respondió sin vacilar un solo segundo:

—¡Sí!

Mijal la cogió entre sus fuertes brazos y la estrechó contra él. Los demás nos pusimos a dar gritos de alegría, como si acabásemos de echar a los alemanes de Polonia, o incluso del planeta. Hacía mucho que ninguno de nosotros sentía tanta alegría. Seguimos gritando hasta que Miriam le dijo a su Mijal que la estaba aplastando y él la soltó.

Fue un momento de dicha en el búnker como jamás habría creído posible. Y sin embargo parecía falso, ya que, por mucho que Mijal quisiera a Miriam, en mi opinión ella no estaba hecha para él.

Cuando dos días después fuimos juntas a registrar pisos en busca de objetos de valor con los que emisarios del ŻOB pudieran comprar armas en el mercado negro polaco, no pude evitar preguntarle por aquello que no entendía:

—¿Por qué dijiste que sí?

Ella sonrió, se apartó de la cara uno de sus rizos rebeldes y respondió sin afán ni necesidad de disimular nada:

—No tengo a nadie más. Mis padres han muerto, y yo no viviré mucho. Así que me puedo pasar el resto de mi corta vida sola o casarme con un hombre al que no quiero, pero que me quiere. Mijal es lo único bueno que puedo tener, y eso es mejor que nada.

Ahora lo entendía. Aunque yo no habría sido capaz de actuar como ella. Claro que tampoco habría podido querer como Mijal. ¿Había sido capaz de hacerlo alguna vez? ¿Acaso Mijal no quería a Miriam mucho más de lo que yo había querido a Daniel?

Sólo había un lugar en el que aún podía dar y recibir amor: el mundo de las 777 islas.

Cuando por la noche estaba tumbada en el búnker, con los ojos cerrados, pero no podía dormir, recordaba lo sucedido en el banco: si ese día no me hubieran venido a la memoria Hannah y sus relatos, jamás se me habría ocurrido contarles a los policías que los miembros de la Resistencia habían rodeado el banco. De manera que, aunque estaba muerta, Hannah me había salvado la vida.

Antes, cada vez que pensaba en ella sólo veía su cuerpo acribillado, pero ahora volvía a ver a mi hermanita sentada en la despensa a la tenue luz de la vela y recordaba lo último que nos había contado de las 777 islas:

El Señor de los espejos acababa de enviar a su ayudante, el temible Hombre de arena, a matar a la elegida. Hannah y la tripulación del *Conejo* no sospechaban nada del inminente peligro y dormían apaciblemente en la playa de la Isla de las Bufandas, que gobernaba el rey Bufanda I. Mientras Ben *el Pelirrojo*, Hannah y el capitán Zanahoria roncaban a cual más, el hombre lobo montaba guardia. Entonces cayó una niebla muy muy fina que se transformó en una figura compacta: era el pálido Hombre de arena.

El hombre lobo se quedó asombrado, pero, antes de que pudiera desenvainar el sable, el Hombre de arena le echó arena en los ojos. El hombre lobo aún farfulló:

—Acabaré contigo... —Pero no lo hizo, sino que se quedó dormido de pie y cayó al suelo.

En ese instante me di cuenta de que Hannah no había llegado a contar tanto. Mi fantasía se había ocupado de seguir el hilo de lo que había empezado ella. Así que de pronto era yo la que mantenía con vida el mundo de las 777 islas.

Apenas lo hube entendido, me asaltó una idea emocionante: con la ayuda de mi imaginación podía trasladarme a ese mundo y de ese modo volver a ver a mi hermana.

Naturalmente, no podía aparecer como de la nada en la Isla de las Bufandas, así no habría salido ninguna historia buena, razón por la cual me inventé que en una de las casas abandonadas del gueto me encontraba otra guía de las 777 islas y que el vendedor de libros cojo al que Hannah y Ben robaron la suya quería quitármela. El cojo iba acompañado de dos soldados de las SS, que también iban tras el libro. Los alemanes querían conquistar no sólo nuestro mundo, sino el de las 777 islas. Posiblemente también todos los demás: el de Alicia en el país de las maravillas, el de Winnie the Pooh, el de lord Peter Wimsey y también el de luces de la ciudad, los demonios no se detenían ante nada.

Antes de que los de las SS pudieran desenfundar las pistolas, me saqué yo una del bolsillo del abrigo y apunté con ella a esos cerdos, que retrocedieron. Quería matarlos. A toda costa. Pero no conseguí apretar el gatillo. Ni siquiera en mi imaginación.

Arma en ristre ordené a los de las SS que salieran del piso. Y al cojo

también, que echaba sapos y culebras por la boca:

—El mundo de las setecientas setenta y siete islas será tu fin. El Señor de los espejos hará que pierdas el juicio.

Me reí de él:

—De todas formas moriré pronto, así que no les tengo ningún miedo a las imágenes de los espejos.

Abrí la guía por la página en la que se hablaba de la Isla de las Bufandas. En un abrir y cerrar de ojos, el libro me absorbió, me llevó de nuestro mundo directamente a la isla y sentí la arena bajo los pies descalzos. El hombre lobo dormitaba aovillado junto al fuego del campamento, y justo cuando el Hombre de arena se disponía a matar a la roncadora Hannah con su daga púrpura, saqué la pistola y disparé al aire. Preso del pánico, al Hombre de arena se le cayó la daga.

Hannah, Ben *el Pelirrojo* y el capitán Zanahoria despertaron con el disparo. Sólo el hombre lobo, que tenía arena mágica en los ojos, continuó durmiendo. El Hombre de arena clavó la vista en mi pistola, su cara palideció aún más y me preguntó con voz grave, melancólica:

—¿Qué fuegos de artificio mágicos son éstos?

—Unos con los que te convertiré en un colador si no te largas.

No tardó ni un segundo en volverse una niebla que se alejó por el mar.

—¿Mira? —preguntó Hannah, frotándose los ojos—. Mira, ¿de verdad eres tú?

—Pues claro —repliqué entre risas.

Mi hermanita querida corrió hacia mí y me abrazó y me abrazó y me abrazó. Y yo la abracé. Me sentía tan feliz. Le había podido salvar la vida a Hannah. Al menos allí.

## 39

Aquel 18 de enero de 1943, cuando llegaron los alemanes para acabar con nosotros de una vez por todas, la temperatura era de veinte grados bajo cero y en las calles había nieve. Amos, Esther y yo estábamos a primera hora de la mañana en la fría cocina, junto a la prensa, que habíamos conseguido arreglar después de días de hacer virguerías, imprimiendo una octavilla en la que exhortábamos al pueblo judío a resistir hasta morir. O,

mejor dicho, Esther y Amos imprimían y yo me frotaba las manos para intentar calentarlas. Entonces irrumpió en la habitación Mordejai Anielewicz. Nos quedamos pasmados: el líder del ŻOB nunca acudía sin avisar, y además nos llamó la atención de inmediato que esa mañana su delgado rostro estuviera tan pálido. Por regla general, ese hombre no se alteraba por nada. Con sus casi veinticinco años, era uno de los miembros de más edad de la Resistencia, organizaba a los combatientes, nos espoleaba, nos animaba, y de ese modo hacía que nos creyésemos mucho mejores de lo que en realidad éramos. Mordejai conseguía con sus arengas que de verdad creyésemos que podíamos conseguir algo con nuestras viejas armas y devolverle al pueblo judío la dignidad que había perdido.

A Mordejai no le hacía falta un uniforme para liderarnos. Llevaba unos bombachos andrajosos y una chaqueta gris, pero tenía mucha más energía que todos los demás. Hasta más que Esther, a la que yo admiraba por lo mucho que trabajaba y porque solamente en sueños lidiara con su dolor.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Esther.

Yo no me habría atrevido a dirigirme a él. Aun cuando nos tratara como si fuésemos sus iguales, no me podía medir con ese hombre.

Esther, en cambio, no sólo era una de las pocas mujeres que dirigían un grupo armado, sino que además conocía a Mordejai de antes de la guerra. Por aquel entonces, los dos eran miembros de Hashomer Hatzair e iban con el grupo a campamentos de verano a orillas de lagos e incluso al mar con el objeto de prepararse para vivir en Palestina.

¿Habrían sido pareja? ¿En una época en la que todavía no existía una Resistencia que fuera para ellos más importante que cualquier otra cosa, incluido el amor?

—Han puesto en marcha una nueva operación —contó Mordejai sin ambages—, los alemanes ya han bloqueado algunas calles.

Aquello fue un golpe para todos nosotros. Sabíamos que las SS buscaban a judíos que se hubieran escondido en la zona polaca de la ciudad y pensamos que se centrarían en eso y que en el gueto aún tendríamos algo de tiempo para organizarnos.

—Por lo visto el que cuente con un permiso de trabajo sobrevivirá, pero nadie se lo traga. Todos se esconden.

Ya nadie estaba tan loco como para creer a los alemanes y sus promesas.

—Los alemanes registran las casas. A todo el que encuentran lo mandan a la estación. Al que se defiende o va demasiado despacio, le pegan un tiro.

—¿Qué quieres hacer ahora? —inquirió Esther, que comprendió antes que yo que Mordejai no había venido únicamente a informarnos de la situación. Nosotros éramos el grupo armado de vanguardia. Mordejai Anielewicz tenía algo en mente y quería ponerlo en práctica lo antes posible.

—Coged vuestras armas.

—¿Cómo? —se me escapó sin querer por la sorpresa.

Esther me miró con severidad y yo enmudecí en el acto.

—Nos mezclaremos entre la gente a la que llevan a la estación, y a una señal mía sacaremos las armas y empezaremos a disparar.

Amos asintió con resolución.

Esther dijo:

—Iré a buscar al resto.

Y yo... Me quedé paralizada.

Masada había llegado para mí.

Ese día moriría.

Mataría.

Y tenía mucho miedo.

Sin embargo, intenté disimularlo lo mejor posible cuando nuestro grupo se reunió en torno a la prensa y Mordejai preguntó:

—¿Quién viene conmigo?

Todos levantaron la mano. Incluida yo. Nos habíamos estado preparando para eso, para luchar contra los alemanes. Poder tomar parte era una cuestión de honor. Yo sólo confiaba en que nadie se diera cuenta de que, al levantarla, la mano me temblaba.

—Hay un problema —comunicó Esther maquinalmente, como si hablase de un defecto de la prensa. ¿Por qué su determinación era mucho mayor que la mía? Al fin y al cabo, ninguna de las dos tenía nada que perder.

—¿Qué problema? —preguntó impaciente Amos, adelantándose a Mordejai.

Amos ardía en deseos de pasar a la acción, con independencia de cuál

fuera exactamente el plan de nuestro líder. Eso si es que había un plan.

—Sólo tenemos cinco pistolas y una granada de mano. Las otras granadas que nos dio el grupo de Breul no sirven para nada —respondió Esther.

—Yo voy de todos modos —se apresuró a decir Amos, aunque no tenía ningún sentido que acudiera gente desarmada.

—Yo también —se sumó Mordejai, que no era un líder que enviara a morir a otros: él encabezaría la heroica marcha suicida.

Mijal alzó la mano, al igual que Miriam.

—No... —le pidió él, pero Miriam replicó:

—Donde va mi marido, voy yo.

Sólo quedaba una pistola, de manera que solamente podría ir uno más de nuestro grupo. La opción lógica era Esther, nuestra cabecilla. Lo daba tan por sentado que ni siquiera manifestó que sería la quinta, sino que acto seguido preguntó:

—Bueno, y ¿cuál es el plan?

Por un instante me sentí aliviada de no tener que entrar en acción, fuera ésta como fuese. Seguiría viva: unas horas, unos días.

Pero al momento me avergoncé de haber sentido eso. De cara a los demás, pero, sobre todo, de cara a los muertos. ¿Por qué me aferraba así a mi vida de fantasma? ¿Para fantasear por la noche antes de quedarme dormida con criaturas de espejos, liebres parlantes y Hannah?

Sin embargo, ahora se me presentaba la oportunidad de hacer algo significativo en la vida real, de darle un sentido a la vida y la muerte de Hannah y a mi vida y mi muerte. Pero era demasiado cobarde para ofrecermelo voluntaria tan deprisa como Amos, Mijal y Miriam. Y ahora ellos irían a la lucha junto con Mordejai y Esther.

Pero entonces Mordejai dijo:

—Tú te quedas aquí, Esther.

—Pero... —fue a protestar ella.

—Este grupo seguirá existiendo y necesita a su líder —la interrumpió él con tal autoridad que Esther no pudo protestar. Era evidente que suponía que todos los que fueran con él morirían. Antes de que Mordejai preguntara de nuevo quién se apuntaba, levanté la mano: no quería sentir más vergüenza.

Salimos los cinco al frío. Cada uno llevaba una pistola escondida en el chaquetón o el abrigo, y Amos había insistido en coger la única granada que funcionaba.

Yo llevaba el arma en el bolsillo interior del abultado chaquetón. El pesado metal me oprimía el pecho izquierdo a través del jersey y la blusa. Sacaría la pistola con la mano derecha y dispararía a los soldados.

Recorrimos unas calles más y nos topamos con un grupo de alrededor de un centenar de judíos que eran conducidos a la estación por soldados de las SS. El rostro de los condenados era inexpresivo, la esperanza de sobrevivir se había desvanecido hacía tiempo. Se resignaban al destino que los alemanes habían decidido para ellos.

Fuimos hacia la multitud con las manos en alto, para que los de las SS creyeran que éramos judíos normales y corrientes que se entregaban. Los soldados nos indicaron que nos uniéramos a aquella procesión macabra. Yo iba mirando al suelo: no quería verles la cara a las personas contra las que dispararía dentro de unos minutos ni tampoco saber cómo eran los hombres que me matarían.

Según lo convenido, nos distribuimos entre el gentío: Mordejai fue hacia delante, Amos hacia el centro de la comitiva, al igual que yo, aunque a unos metros de él, y Mijal y Miriam, más atrás.

Avanzábamos junto con los condenados a muerte, bajo el frío. No me sentía pesada como aquella vez que me dirigía a la estación, sino tensa. Dentro de un momento mataría. Y moriría. La sangre me golpeaba de tal modo las sienes que podía oírla, y tenía miedo de que me fueran a estallar las venas.

Mientras andaba miraba a Mordejai, a la espera de que diese la señal de atacar. Intentaba hacerlo discretamente, pero en realidad daba lo mismo: de todas formas los de las SS no nos hacían ni caso. Eran incapaces de imaginar que esos animales que iban camino del matadero pudieran suponer algún peligro. Cientos de miles de judíos se habían dejado llevar a las cámaras de gas sin defenderse, así que, ¿por qué iba a ser distinto con los últimos miles de habitantes del gueto?

Cuando llegamos a la esquina de Ziska y Zamenhof, Mordejai se volvió hacia Amos y le hizo una señal con la cabeza. Yo contuve la respiración. Amos se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta, sacó la

granada a toda prisa, le quitó la anilla y la lanzó contra dos soldados alemanes. Antes de que pudieran reaccionar, antes de que nadie pudiera reaccionar, la granada explotó e hizo pedazos a los dos soldados de las SS.

Aunque estaba preparada para la granada, el estruendo me asustó y cerré los ojos. Cuando volví a abrirlos, miré a Amos, que a su vez miraba a los soldados muertos. Incluso él tardó un instante en ser consciente de lo que acababa de hacer: ¡había matado a soldados de las SS!

Oí disparos procedentes de donde se encontraba Mordejai. Me volví: tenía la pistola en la mano y abría fuego contra los soldados. Dos de ellos cayeron en la nieve.

Despavorida, la multitud echó a correr en desbandada. También oí tiros donde estaba Amos. Los soldados gritaban: «¡Los judíos tienen armas! ¡Esos judíos de mierda tienen armas!».

Detrás de mí, también Mijal y Miriam disparaban a las SS.

Y los alemanes devolvían el fuego.

—¡Miriam! —exclamó Mijal.

Ella no le respondió.

Volví la cabeza, pero con toda aquella gente que huía aterrorizada no logré ver ni a Mijal ni a Miriam. Oí más tiros. Y que Mijal gritaba. Los alemanes también le habían alcanzado.

Han muerto los dos. Los dos. Los dos. No podía pensar en otra cosa. Han muerto los dos.

Miré de nuevo a Mordejai, que, pistola en ristre, iba directo hacia tres soldados, y disparaba una y otra y otra vez. Cuando el cargador se vació, tiró el arma, se inclinó sobre un soldado de las SS muerto, le quitó la pistola y siguió disparando.

Y yo todavía no había disparado un solo tiro. Ni siquiera había sacado la pistola. Cuando lo hiciera, eso lo tenía claro desde el principio, me convertiría inmediatamente en blanco de los soldados, que buscaban como locos a sus agresores entre la multitud.

Amos lanzó un grito.

Lo miré, presa del pánico: estaba herido en un brazo. Pero no estaba muerto. ¡No estaba muerto!

Saqué la pistola, pero no sabía adónde disparar. Entre los soldados y yo corrían judíos desesperados, y no podía acertarles a ellos.

Corrí a la acera, allí yacían los soldados que había abatido Mordejai. Su sangre se mezclaba con la nieve formando una pasta de un blanco

rojizo. Delante de mí se arrastraba un soldado joven herido. No sabía si era letón, alemán o ucraniano, pero tenía una cara muy dulce, como de ángel, y dijo algo que no entendí. ¿Quería ayuda? ¿Sería una oración?

Lo apunté con la pistola y él me miró. Suplicante. No quería morir.

¿Por qué esperaba clemencia de mí? Él no me la habría concedido. Ese cerdo. Con cara de ángel. La mano me temblaba. Quería apretar el gatillo. Tenía que hacerlo.

El soldado se echó a llorar, dijo algo en alemán y luego:

—Marlene...

Como Marlene Dietrich, la de las películas americanas. ¿El nombre de su novia o de su mujer? ¿El de su hija, quizá? ¿O era demasiado joven para ser padre? La mano me temblaba aún más. El soldado lloraba. Estaba a punto de disparar cuando oí gritar a Mordejai:

—¡Mira, detrás de ti!

Me volví: a menos de tres metros había un soldado de las SS alto y fornido que me apuntaba con su pistola.

Disparé en el acto.

El hombre se desplomó. Cayó sin vida en la nieve.

Me entraron ganas de vomitar.

Mordejai me agarró por los hombros y me gritó al oído:

—¡Corre!

Echamos a correr los dos, y también Amos, herido. Mientras, los dos hombres disparaban a los soldados de las SS, que retrocedían asustados. Enfilamos dos calles más a la carrera y Mordejai gritó:

—¡Ahí! ¡A esa casa!

Nos metimos en el edificio y subimos la escalera. Yo apenas podía respirar, Amos sangraba como un cerdo, tenía la manga del chaquetón prácticamente empapada, pero Mordejai nos instaba a seguir. Subimos al desván por una escalera de madera y desde allí pasamos por un agujero al siguiente desván, y de ahí, por otra abertura, a la casa de al lado. La Resistencia había empezado a abrir esas vías de escape entre los edificios, una especie de entramado de calles por encima de las verdaderas calles. Pero los desvanes no eran escondites seguros, de manera que en una de las casas bajamos la escalera sin dejar de correr hasta un búnker secreto, donde, agotados, nos echamos a oscuras en el suelo. Yo vomité, y Mordejai le vendó el brazo herido a Amos. Ninguno dijo nada. Estábamos exhaustos, y al mismo tiempo muy inquietos. Al cabo, Amos rompió a reír. Una risa

un poco histérica. Mordejai se unió a él. Y yo primero me reí con ellos y luego lloré. Por Miriam y Mijal.

Nos abrazamos los tres, tristes y felices a un tiempo. Tristes porque habíamos perdido a compañeros, a amigos. Felices porque seguíamos vivos. Y habíamos matado a soldados de las SS. Judíos matando alemanes. ¡Ya nada sería como antes!

## 41

Ya en el búnker, Esther pronunció unas palabras en memoria de los caídos. Lo hizo en lugar de Mordejai, que se reunía en otra parte del gueto con los cabecillas del ŻOB para tratar la nueva situación: gracias a nosotros —¡A NOSOTROS!—, ese día los alemanes se habían retirado del gueto.

En su breve discurso, Esther mencionó que Miriam y Mijal habían muerto por una buena causa, su muerte serviría de inspiración a otros y todos nosotros podíamos sentirnos muy orgullosos de ellos. Hablar se le daba muy bien, era prudente, la voz serena y firme, sin atisbo de falsa emoción. Los muertos, nos dijo, no eran muertos corrientes, sino caídos. Y eran héroes. Y de ese modo, aunque Esther no lo dijera directamente, también éramos héroes los que habíamos disparado a los alemanes.

Al término del discurso, Esther nos sorprendió con un recuerdo personal: en un campamento de verano, Miriam cantó junto al fuego una canción tan bonita, tan triste, que hizo llorar a los niños y a las chicas mayores como Esther, que se consideraban maduras.

Eso me llamó la atención. No sabía que Esther y Miriam se conocían de antes. Ni tampoco me imaginaba a Esther emocionándose. Pero, sobre todo, no sabía que Miriam tenía una voz preciosa. Durante todo ese tiempo no había cantado nunca. Ni una sola vez. Allí, en nuestro refugio, apenas sabíamos nada de cómo había vivido el resto.

Cuando Esther terminó el breve discurso, cenamos. O, mejor dicho, los demás comieron, yo no fui capaz de probar bocado. Seguía sintiéndome mal. Había matado a una persona. Todo había sucedido tan deprisa que ni siquiera le había visto la cara. En mi memoria, mi víctima —¿era acertado llamar víctima a alguien que quería matarte?— estaba borrosa. En cambio,

aún veía con toda claridad al joven soldado con cara de ángel, suplicando clemencia y hablando de su Marlene. La cara de ángel del soldado se entremezclaba con la silueta del hombre al que había matado hasta formar la imagen vaga de una persona. Y cuanto más forma tomaba esa persona en mi cabeza, tanto peor me sentía yo. También llamaba a una Marlene.

Aunque no quisiera pensar en ello, no pude evitar preguntarme si el hombre al que había matado tendría una novia o una mujer que lloraría su muerte, o tal vez un hijo que ahora tendría que crecer sin su padre.

Me entraron ganas de vomitar otra vez.

Pero después me serené: al fin y al cabo, a él le daba lo mismo que las personas a las que llevaba a la estación quisieran a alguien o fueran queridas por alguien. Eso era: a los alemanes les daba lo mismo que fuésemos personas. Si nos consideraran personas, no podrían matarnos con esa facilidad. De manera que, si quería luchar contra ellos, tenían que dejar de ser personas para mí. Nada de víctimas de mis acciones, sólo demonios que habían subido del infierno. Demonios que también podían tener cara de ángel.

Aparté de mis pensamientos la cara del soldado de las SS y la cambié por un rostro infernal asesino. Así era un poco mejor, al menos no me entraban ganas de vomitar. Sin embargo, seguía sin poder comer nada.

Me acosté más pronto que de costumbre. Después de semejante día, todo el mundo entendió que me encontrara cansada. Por regla general estaba mal visto que un combatiente mostrase debilidad o miedo o, peor aún, que dudase de si lo que hacíamos tenía sentido.

Antes de cerrar los ojos miré de nuevo al rincón donde dormían Mijal y Miriam. Con Mijal había una persona menos en el mundo capaz de amar, y Miriam ya nunca sería profesora universitaria. ¿A cuántas personas podría haber enseñado algo o podría haber conmovido con su voz? Tantas canciones que ya no serían cantadas. Tantas historias que Hannah no contaría. Tantos sueños. Tanto amor. Perdido para siempre.

A mis ojos cerrados afloraron las primeras lágrimas. Pugnaba por no darles rienda suelta. No quería que los demás supieran lo triste que estaba en ese día victorioso. Pero no las pude reprimir por completo, las dejé correr en silencio por mis mejillas.

Normalmente, como casi todas las noches, habría vuelto a viajar al mundo de las 777 islas en busca de consuelo. Pero esa vez vacilé. ¿Cómo iba a contarle a mi hermana que había matado a alguien? A una persona, y

no a un ser fantástico como el dragón de hielo Fafnir, que cubrió con hielo eterno la Isla de los Gnomos y al que sometimos con ayuda de los elfos de fuego.

Después los regordetes gnomos dieron una gran fiesta en nuestro honor, en la que estuvimos bailando toda la noche, hasta que nos dolieron los pies o, en el caso del capitán Zanahoria, las patas.

Mientras bailaba un baile de gnomos con el orondo rey de los gnomos, Hannah comentó entre risas:

—Aquí somos héroes y en la Isla de las Interrogaciones no nos pueden ver ni en pintura.

El capitán Zanahoria, que hacía girar galantemente a una gnomo, contestó:

—No debiste darle una patada en el punto de la interrogación a su máxima autoridad eclesiástica, el Interrogador.

De manera que ser un héroe era algo relativo. Dependía de dónde estuviese uno: en la Isla de los Gnomos o en la Isla de las Interrogaciones. O en el gueto. Allí, en opinión de mis compañeros de fatigas, yo era una heroína. Y sin embargo me sentía fatal.

Sin duda a Hannah le parecería terrible que le hubiese pegado un tiro a una persona.

¿O lo aceptaría si le explicaba que ella había muerto y yo la estaba vengando? ¿Que todo lo hacía para darle un sentido a su vida y a su muerte?

No obstante, si se enteraba de que ya no seguía viva en el mundo real, ¿acaso no moriría también en mi imaginación? ¿Cómo se tomaría ser una quimera?

No, no podía saber que había muerto, porque entonces la perdería definitivamente.

Pero tampoco era capaz de mentirle, razón por la cual por primera vez desde hacía semanas no viajé antes de quedarme dormida al mundo de las 777 islas, sino que seguí llorando en silencio hasta dormirme y me asaltaron las pesadillas. Soñé con el instante en que el joven alemán me suplicaba clemencia. Pero en el sueño no era al alemán al que tenía delante en el suelo con un uniforme de las SS, sino a mi hermano Simon.

La mano volvía a temblarme, no sabía si apretar el gatillo o no.

De pronto Simon dejó de suplicar, sacó una pistola y me apuntó con ella. Si no le disparaba, me mataría, estaba claro. De manera que apreté el

gatillo, y Simon se desplomó. Igual que el soldado de las SS al que había matado.

Me incliné sobre mi hermano muerto y ante mis ojos se convirtió en el niño al que había abandonado en la estación.

Grité. Y grité y grité y me desperté. Con el corazón a mil por hora.

Eché un vistazo de prisa a mi alrededor: en el búnker todos dormían, así que probablemente solamente hubiese gritado en el sueño.

Clavé la vista en la pared de cemento negro. Una nada infinita y oscura. No tenía a nadie en el mundo. Sólo a Hannah. Y sólo en mi imaginación, en unas islas que no quería volver a pisar. En cambio mataba en sueños a mi hermano, en el que no pensaba desde hacía semanas. Y a un niño. Y a un soldado en la vida real. Me pregunté si no acabaría volviéndome loca poco a poco.

## 42

Era mi decimoséptimo cumpleaños, una fecha tan poco importante para mí que no se lo dije a nadie. Cuatro días después del tiroteo, las SS pusieron punto final a la operación. Que unos judíos hubiesen matado a soldados hirió en lo más profundo a los alemanes. Aun cuando Esther no nos llamara héroes en su discurso ni a mí ni a los supervivientes del tiroteo, las octavillas de la Resistencia sí lo hicieron: «En la hora más sombría del pueblo judío, nuestros héroes no se acobardaron y devolvieron el golpe».

Así o de forma parecida éramos celebrados. Naturalmente, en ninguna parte se mencionaba lo mal que me había sentido yo después o que Mijal no volvería a amar y Miriam no volvería a cantar; para eso no había cabida en la heroica historia.

En las semanas que siguieron empecé a sentirme cada día más orgullosa de lo que había hecho. Y no porque me hubiese convertido en una heroína, sino porque nuestra resistencia había hecho que en el gueto se operase un cambio. Si antes todos los judíos estaban desalentados y resignados a su suerte, ahora la población cobraba ánimos. Todo el mundo sabía que los alemanes volverían y sería terrible, pero habíamos demostrado que podíamos defendernos. Muchos judíos jóvenes se unieron

a las filas del ŻOB, y las personas que no querían luchar ya no estaban dispuestas a dejarse conducir al matadero como si fuesen ganado. Por todos lados se construían escondidas refugios en los sótanos, donde la población civil podía ocultarse de los alemanes. Se recurría a todo aquel que antes de la guerra estudiaba arquitectura, aunque hubiese ido un único semestre. Algunos búnkeres tenían agua corriente, electricidad y hasta teléfono. Nació una ciudad bajo la ciudad.

Los superhombres alemanes casi no se dejaban ver en las calles, y menos aún cuando caía la noche. En cuanto se encontraron con resistencia se las tuvieron que ver con el miedo. Vaya panda de cobardes.

El ŻOB, o el Partido, que era como se conocía ahora al grupo armado en todas partes —en aquel momento, las diferencias entre las antiguas organizaciones eran prácticamente insignificantes—, había asumido el control del gueto. Las marionetas del Consejo Judío podían decirles a sus titiriteros alemanes que daba lo mismo que tirasen de un hilo o de otro: por mucho que hicieran moverse a las marionetas, eso ya no ejercía influencia alguna en la población.

Los fusilamientos de colaboracionistas estaban a la orden del día, y ningún soldado de las SS, ningún policía judío podía detenerlos. Sin embargo, yo no formaba parte de esos comandos homicidas. Y mejor así: era una heroína a la que por el momento le bastaba con haber matado a un soldado. Pero, naturalmente, sabía que tendría que matar de nuevo cuando volviesen los alemanes para desalojar el gueto de una vez por todas. Para entonces, debería haber aprendido a no verlos como personas, sino tan sólo como demonios. Pero ¿por qué seguía sin lograrlo?

Nuestro grupo se preparaba, como los demás, para la lucha final. Hacíamos prácticas de tiro en el sótano de nuestra casa. O, mejor dicho: prácticas de puntería, ya que no podíamos desperdiciar la valiosa munición. Además éramos adiestrados en la lucha cuerpo a cuerpo y en cómo llenar con explosivos botellas o bombillas. No eran precisamente los estudios que nuestros padres soñaban para nosotros.

También a nuestro grupo se incorporaron nuevos miembros, y a uno de los nuevos yo lo conocía de antes: se trataba de Ben *el Pelirrojo*. De pronto lo tenía a mi lado en el sótano, mientras esperaba a que me tocara hacer las prácticas de tiro. Estaba muy distinto de como yo lo imaginaba en mis viajes a las 777 islas. Sólo había visto a ese chico una vez en la vida, cuando besaba a Hannah, y por tanto no lo recordaba muy bien. Ahora ya

casi tenía el cuerpo de un hombre y eso que acababa de cumplir los dieciséis. Y si antes iba ligeramente encorvado, ahora estaba más tieso que un ajo.

—Ben *el Pelirrojo* —dije, y no pude evitar sonreír.

Me alegraba mucho de que siguiera vivo. Seguro que a Hannah le haría mucha ilusión saberlo, si yo volvía a ir al mundo de las islas. Con cada día que pasaba creía más firmemente que mi hermana seguía viva allí, incluso durante las horas en las que no estaba con ella. Sí, probablemente me estuviese volviendo loca.

—¿El P-P-Pelirrojo? —preguntó, tartamudeando, Ben. Y es que hay cosas que no cambian por mucho que el cuerpo crezca.

Como es natural, Ben no sabía que en el mundo de las 777 islas se le llamaba *el Pelirrojo*, pero si le hablaba de ese reino de fábula sería el primero que se enteraría de que quizá estuviese loca. De manera que pasé por alto su pregunta y quise saber cómo se las había arreglado para sobrevivir. Me contó que su padre trabajaba para el Consejo Judío, motivo por el cual Ben lo odiaba más cada día, y al final se peleó con él y se fue de casa para afiliarse al ŻOB. Prefería morir con honor a vivir de la compasión de los alemanes, aun cuando eso significase romper con su familia.

Yo supuse que había sido su padre el que impidió que Ben *el Pelirrojo* fuese a ver a Hannah cuando empezaron las deportaciones, en verano, pero no se lo pregunté. En cambio él se armó de valor y formuló la pregunta cuya respuesta, a todas luces, temía sobremanera oír.

—¿Y... H-H-Hannah...?

—No, no sobrevivió —me limité a decir.

Nada más oírlo, Ben se echó a llorar. A lágrima viva. Era capaz de hacer lo que el resto de nosotros ya no podía: dar rienda suelta a su dolor.

Por eso los otros lo miraron mal. Sus lágrimas les recordaban su propio dolor, y eso era un lujo que no podían permitirse, menos aún cuando se preparaban para la lucha final.

Yo no sabía qué hacer, sus lágrimas también me enfurecían, pero, por otra parte, ahora Ben era lo más parecido que tenía a una familia; al fin y al cabo, a los dos nos unía nuestro amor a Hannah. Por esa razón lo abracé. Él inclinó su corpachón sobre mi hombro y yo le acaricié con ternura el pelo rojo.

—Mientras sigamos recordándola no habrá muerto —le dije en voz

baja.

Aunque era un pobre y torpe consuelo, surtió efecto: Ben dejó de llorar. Se apartó de mí y se secó las lágrimas con la manga.

—M-m-me acuerdo t-t-todos los días de Ha-HaHannah —aseguró—. Y s-s-siempre lo ha-ha-haré.

—Yo también —repuse—. Yo también.

Y entonces me asaltó una idea terrible: si ambos moríamos, y así sería muy pronto —con suerte luchando, y no en una cámara de gas—, también se borraría de este mundo el recuerdo de Hannah y ella moriría definitivamente.

## 43

—Cuando termines de consolarlo, me gustaría hablar un momento contigo —me dijo Esther, y pronunció la palabra *consolarlo* con frialdad, casi con desdén.

Para Esther, la pena era una pérdida de tiempo, una distracción de lo esencial. Con todo, desde que era una heroína me trataba con cierto respeto y además, al menos eso intuía yo, con envidia por el hecho de que hubiese ido a la lucha en su lugar y porque, a diferencia de mí, ella aún no hubiese matado a ningún alemán. Y yo que, volviendo la vista atrás, me habría cambiado con gusto por ella si hubiese sido posible... Si, como el héroe de la novela de H. G. Wells, hubiera tenido una máquina del tiempo, habría ido con Esther al pasado y habría dejado que fuera ella la que matara al alemán. De ese modo ella sería la heroína, y a mí, cuatro semanas después de la hazaña, no seguirían atormentándome las pesadillas. O —mucho mejor— me habría remontado más en el pasado con la máquina del tiempo y habría salvado a Hannah, a mi madre y a mi padre, y me habría ocupado de que Simon no ingresara en la Policía judía. O, lo mejor de lo mejor: habría retrocedido muchísimo más y habría matado a Hitler cuando aún era un niño pequeño. Ése era alguien a quien me habría gustado mucho mucho matar. Y seguro que por ese asesinato no tendría malos sueños.

Le dije a Ben *el Pelirrojo* (probablemente para mis adentros siempre lo llamara *el Pelirrojo*):

—Ya hablaremos luego.

Y eso que no sabía muy bien de qué iba a hablar con él la próxima vez. ¿De la muerte de Hannah? ¿Le contaría que estaba tendida en medio de su propia sangre? Seguro que entonces volvería a llorar, y yo con él. Aunque... quizá estuviera hasta bien poder compartir mi dolor con alguien. Quizá de esa forma hallara consuelo. Al menos un poco.

Mientras subía con Esther por la escalera desde el sótano al piso me dijo:

—No creo que chicos como él puedan sernos de ayuda.

—Eso mismo pensabas de mí —repliqué.

No lo negó.

—Y además costé cien mil eslotis —añadí con descaro.

—Que eran para Zacharia —precisó ella, y a sus ojos asomó algo parecido al odio.

Tendría que haber cerrado el pico: Esther todavía no me había perdonado que Amos me sacara a mí de la estación y no a su camarada. ¿Qué le respondía ahora? Sí, yo también creo que sería mejor que hubiera sido yo, y no Zacharia, la que hubiese ido a parar al horno.

No dije nada por el estilo; preferí seguir defendiendo a Ben *el Pelirrojo*:

—Luchará mejor que muchos otros. Ben podría haber optado por la vía fácil y haberse quedado con su padre, que trabaja para el Consejo Judío. Eso demuestra lo firme que es su voluntad.

Esther no comentó nada, como si le pareciera inútil seguir hablando conmigo del muchacho. Y eso que había sido ella la que había empezado, probablemente, me olía yo, porque se había dado cuenta de que algo me unía a Ben y pretendía hacerme daño poniendo en duda su capacidad.

Abrió la puerta del piso y me planteé preguntarle qué quería de mí, pero lo dejé estar. No tardaría en averiguarlo. Si no hablábamos, al menos no discutiríamos.

Cuando entramos en la cocina vimos, sentados a una mesa que estaba junto a la prensa, a Amos, cuya herida en el brazo ya había cicatrizado, y a Mordejai. El líder del ŻOB se levantó y me dio un abrazo, como si fuese una fiel compañera. Y, bien mirado, para él lo era: juntos habíamos asestado el primer golpe a los alemanes. Sin embargo, me resultaba raro que me considerara su igual, porque, aunque él lo sintiera así, yo sabía que la cosa era muy distinta. En el tiroteo, Mordejai había actuado con mucha más valentía y decisión que yo. Lo recordé yendo directo a los soldados y

disparándoles. Un hombre cuyos actos eran resueltos, valientes; y sus palabras, inspiradoras. Yo jamás sería alguien como él.

Hacía unas semanas ni siquiera me habría atrevido a mirar a Mordejai, y menos aún a hablar con él, y ahora tenía que esforzarme por corresponder a su abrazo para no parecer maleducada. Cuando me soltó, fue directo al grano:

—Necesitamos más armas.

—No creo que sea posible tener menos —bromeó Amos.

Mordejai esbozó una leve sonrisa, Esther ni se inmutó y yo cambiaba el peso de un pie a otro con nerviosismo: ¿adónde quería llegar nuestro líder?

—Necesitamos gente que consiga armas en la zona polaca, que viva allí permanentemente y trate con la Resistencia polaca.

Así que ésa era la razón por la que me encontraba ahí: debía salir del gueto, ir al otro lado del muro.

—Para eso necesito a gente muy buena —continuó Mordejai, y miró primero a Amos, luego me miró a mí y al cabo sonrió—: pero por desgracia sólo os tengo a vosotros dos.

Humor judío. Estupendo.

—Vosotros dos —prosiguió, de nuevo con seriedad— tenéis experiencia en el otro lado, y ambos podéis pasar por polacos.

Yo tenía mis dudas al respecto: hacía casi un año que no pisaba la zona polaca de la ciudad. Ciertamente no parecía tan judía como por ejemplo Esther, pero tampoco tenía el pelo rubio, como Amos, sino tan sólo los ojos verdes.

Y tampoco echaba de menos ir a la otra parte de Varsovia. El hogar era el hogar, aunque ese hogar fuera el gueto. Desde que empezara la operación, ya ni siquiera soñaba con las luces de la ciudad de Nueva York. Ése era un sueño que pertenecía a otra vida, a una vida con Daniel.

Daniel. Si Ben *el Pelirrojo* había podido sobrevivir quizá también...

—Mira y yo podemos fingir que somos un matrimonio polaco —propuso Amos, interrumpiendo mis pensamientos—. En ese sentido tenemos algo de experiencia, ¿no es verdad? —se rio y me miró.

¿A qué viene esta mierda?, se me pasó por la cabeza, y, a juzgar por su mirada, Esther se hacía esa misma pregunta.

—En ese caso demostrad lo buena pareja que podéis ser.

—La mejor —añadió, para más inri, Amos.

—De eso nada —se me escapó. Toda esa palabrería me molestaba más de lo que debería.

Mordejai se rio al ver las distintas reacciones, y Esther hizo lo que siempre hacía cuando había emociones por medio: pasó al orden del día.

—Me ocuparé de que los dos crucen al otro lado —dijo con frialdad.

—Bien —repuso satisfecho Mordejai, y se despidió de todos nosotros dándonos un abrazo cordial.

Cuando se fue, nos quedamos los tres en la cocina: Esther. Amos. Yo. En silencio. Hasta que Esther dijo en voz baja:

—Debería haberme mandado a mí.

¡Por fin lo había soltado! Esa mujer fuerte se sentía desplazada por mí, una cría.

—Mira tiene los ojos verdes, tú no —adujo con suavidad Amos, y fue a abrazarla. Pero Esther se lo impidió y respondió, para lo que era ella, con mucha vehemencia:

—Me sorprende que sepas de qué color tengo los ojos.

Acto seguido se avergonzó del arrebato y salió de la cocina.

Ahora quedábamos dos. Amos. Y yo. A solas.

—Esther me quiere —afirmó, y con ello dijo dos cosas: por un lado, que me consideraba demasiado tonta para ver lo evidente; por otro, que él no la quería a ella, puesto que de ser así habría dicho: nos queremos.

A decir verdad, Amos era exactamente igual que Miriam, que estaba con alguien a quien no quería, incluso se había casado con él porque eso era mejor que estar sola hasta la muerte.

Pero mientras que en el caso de Miriam podía entenderlo, en el de Amos me repugnaba, ya que a diferencia de ella, o al menos yo estaba convencida, él no era capaz de amar de verdad. Se aprovechaba de Esther, frente a la que ya no me sentía nada inferior. Al contrario: me daba pena.

Iba a marcharme, pero justo antes de dejar la cocina me di la vuelta y dije:

—Si Esther te quiere, la compadezco.

Al salir, oí que decía, divertido:

—¡Oye, eso duele!

Esther lo había preparado todo minuciosamente, lo que de todas formas no significaba que no fuera peligroso salir del gueto. Amos y yo debíamos abandonarlo con una brigada de judíos que trabajaban en la zona polaca de Varsovia, en el aeropuerto de Okęcie, donde por regla general también vivían, en barracones adyacentes. Sin embargo, cada dos semanas les estaba permitido volver un día al gueto, ocasión que aprovechaban para pasar de contrabando comida y sacar objetos de valor. Uno de los capataces de esa brigada, Henryk Tuchner, un hombre joven, con profundas ojeras, extenuado debido al duro trabajo que realizaba en el aeropuerto, pertenecía al ŻOB. Había consignado nuestro nombre en la lista de trabajadores que podían pasar a la zona polaca, y a primera hora de la mañana nos proporcionó nuestros respectivos certificados de trabajo falsos. Cuando íbamos con él por las calles desiertas, nos topamos con un gato medio muerto de hambre. Un gato negro.

—Da buena suerte —dijo Amos, mirándome con una sonrisilla.

—Idiota —le solté.

—Lo sé. —Su sonrisa se ensanchó más.

Continuamos andando en silencio hasta sumarnos a unos treinta hombres que nos esperaban en una esquina y que no se sintieron precisamente entusiasmados al vernos, ya que nuestra presencia era muy peligrosa para ellos. Los soldados alemanes hacían la vista gorda con sus trapicheos de poca monta si recibían una parte, pero a unos combatientes del gueto les pegarían un tiro en el acto. Y si volaban balas, era muy posible que algún trabajador inocente recibiera alguna.

Sin embargo, esos hombres no se atreverían a delatarnos, le tenían demasiado miedo al ŻOB. Me preocupaba mucho más ser descubierta en caso de que se efectuara un cacheo, pues Mordejai me había dado un despacho importante, un informe para la Resistencia polaca en el que se detallaban las armas y la ayuda que solicitaban los dirigentes del ŻOB a nuestros compañeros polacos. Llevaba el informe en el calcetín, bajo el pie. Cuando me lo metí ahí por la mañana, Amos no pudo evitar esbozar una sonrisa burlona:

—Cuando lo lean nuestros camaradas polacos les olerá a queso.

Fue un comentario tan tonto que ni siquiera lo llamé idiota.

Dado que la brigada solía ir a la zona polaca de la ciudad y que nuestros papeles falsos causaron buena impresión, el peligro de ser descubiertos no era muy grande. No obstante, estaba nerviosa. ¿Quién no lo

habría estado en una situación como ésa?

Amos, a todas luces.

Que incluso tuvo una sonrisa amable para los trabajadores, ninguno de los cuales tenía muchas ganas de ir a nuestro lado hasta la puerta de Żelazna. Cuando llegamos, tuvimos que detenernos ante cuatro soldados de las SS. Un alemán gordo, cuya cara quizá consideraran bonachona las gentes de su país, iba leyendo en voz alta el nombre de los trabajadores de la lista en la que nos había apuntado el camarada Tuchner:

—Jurek Polesz, Shimon Rabin, Amos Rosenwinkel, Mira Weiss...

Levantábamos la mano al oír nuestro nombre, pero mientras que los demás cruzaron la puerta, el gordo me indicó que me acercara a él. Naturalmente no pregunté por qué. Habría sido estúpido dirigirse a un alemán sin que él lo pidiera. Estúpido y peligroso. En ese caso una bofetada habría sido lo mínimo que habría recibido, un golpe con la fusta lo más probable, tal vez hasta una bala.

El gordo señaló la garita y me ordenó:

—¡Entra!

Miré a Amos, que no pudo hacer nada salvo infundirme valor con una mirada. Eché a andar hacia la garita, a juicio del gordo no lo bastante deprisa, ya que me empujó. No tanto como para que perdiera el equilibrio, solamente para que me diera más prisa.

Aceleré el paso y entré en el austero cuarto, donde había una mesa, una silla y un armario, y en el que ese día de marzo con temperaturas que rozaban los cero grados no hacía mucho más calor que fuera. Apenas entramos, el gordo cerró la puerta, cogió la fusta y ordenó en alemán:

—Desnúdate.

De puro miedo no reaccioné inmediatamente y el hombre levantó la fusta, amenazó con golpearme con ella y repitió:

—Desnúdate.

Me quité el chaquetón.

Y los pantalones.

Me quedé en ropa interior y calcetines delante de él, con la esperanza de que no me pidiera que me quitara más cosas, puesto que tal y como estaba ya se veía que no llevaba nada para pasar de contrabando. No sólo era ya bastante humillante estar muerta de frío y medio desnuda delante de ese cerdo, no, lo principal era que no descubriese la carta para la Resistencia polaca que llevaba en el calcetín izquierdo.

De haber sido una buena combatiente, únicamente habría temido por esa carta, dado que era de suma importancia para nuestra causa. Si caía en manos de los alemanes, éstos se enterarían de lo mal armados que estábamos, y probablemente perdiésemos el poco respeto que les habíamos impuesto. Pero a mí lo que me aterraba era ir a parar a una cárcel alemana, donde las SS me torturarían para sacarme más información. Ahora temblaba de frío y de miedo.

El soldado me miró desde todos los ángulos. ¿Por qué no podía volver a vestirme? Ya veía que no llevaba nada de valor. Aunque hubiera escondido algo en la ropa interior, se vería.

—¡Que te desnudes, te he dicho! —resopló.

¿Recelaba o el muy cerdo sólo quería ver a una chica desnuda? ¿O quería algo más de mí? Me quité la camiseta y me quedé con las bragas y los calcetines, tiritando, tapándome los desnudos pechos con los brazos.

—¡Todo! —ladró, y levantó la fusta dispuesto a golpearme.

Antes de que pudiera hacerlo, me quité a toda prisa las bragas y me tapé el cuerpo con los brazos y las manos para que me viera lo menos posible los pechos y el vello púbico, pero, claro está, era imposible no mostrar demasiado. Me miró el cuerpo desnudo y sonrió.

El cerdo quería más.

Como las SS en el campo de Ruth. Como la bestia de las SS a la que llamaban la Muñeca y con la que Ruth tuvo que acostarse o hacer cosas mucho peores.

De repente había algo de lo que tenía más miedo aún que de ser torturada en una cárcel.

El barrigudo me miró desde todos los ángulos, como si fuese un trozo de carne. Una carne que debía entregarse a él. Aunque intentaba enseñar lo mínimo, no pude evitar que me mirara el trasero desnudo. Nunca me había sentido tan desvalida, tan humillada, ni había tenido tanto miedo de ser más humillada aún.

Me dio un beso húmedo en la mejilla.

Ahora temblaba no sólo de frío y de miedo, temblaba porque luchaba para no llorar de desesperación.

—No te has quitado los calcetines —apuntó, y como no entendía del todo su alemán, me señaló los pies.

Eché un vistazo rápidamente a mi alrededor. ¿Había algo con lo que pudiera defenderme de ese cerdo gordinflón? ¿El cenicero de la mesa?

Quizá pudiera llegar a cogerlo y darle con él. Pero aunque lograra estamparle el cenicero a ese cerdo, sus tres compañeros me pegarían un tiro. Eso si se apiadaban de mí.

¿Por qué Amos no acudía en mi ayuda?

—Tengo frío —aduje, tratando de explicar en polaco por qué me había dejado puestos los calcetines. Y para que me entendiera, tirité un poco más.

El soldado se rio. Para él era una judía ridícula con calcetines.

—Ya te calentaré yo.

Y esbozó una sonrisa tan repugnante que me dieron ganas de vomitar.

—Quítate los calcetines.

Vacilé.

—¡Los calcetines!

A toda prisa, para no quedarme mucho tiempo expuesta, me quité el calcetín derecho, donde no llevaba la carta, y volví a erguirme.

—¿Me tomas el pelo? —espetó—. ¡Los dos calcetines!

Por un instante me paré a pensar si no sería mejor que me diera una buena paliza. Al fin y al cabo, no sabía nada de la carta, y si me veía sangrando en el suelo fangoso de la garita, probablemente no se molestara en quitarle el calcetín a una sucia judía antes de abusar de ella.

Quizá, quizá hasta se le quitaran las ganas si no era más que un trozo de carne sanguinolenta y embarrada.

—¡El otro calcetín! —chilló—. ¡Te quiero completamente desnuda!

Para una heroína de verdad, la Resistencia habría sido más importante que la propia suerte. Incluso en ese momento. Pero yo no era una heroína, tan sólo un ser atemorizado, tembloroso, que estaba allí plantado con un único calcetín y que se echó a llorar y suplicó:

—Por favor —pedí—, por favor... No...

No pude decir más, el soldado me dio un bofetón con tanta fuerza que casi me caí al suelo; el dolor me retumbó en la cabeza. Moví los brazos para no perder el equilibrio y lo conseguí a duras penas. Salvo por el calcetín, me vi completamente expuesta ante aquel hombre, que ahora lo tenía todo a la vista: los pechos, el vello púbico...

Lloraba, y ni siquiera me atrevía a volver a suplicar por miedo de que me golpeará de nuevo.

El soldado de las SS se desabrochó el cinturón.

Las calientes lágrimas me caían sobre el cuerpo tembloroso.

Se bajó la cremallera.

Lloraba amargamente. Lloraba y lloraba. Desamparada. Desconsolada.

El hombre iba a bajarse los pantalones cuando ordenó de nuevo:

—¡Desnuda del todo!

No podía contrariarlo. El miedo quebró mi voluntad. Me agaché y empecé a quitarme despacio el calcetín izquierdo.

—Ya iba siendo hora de que entendieras, perra —dijo el soldado.

No lo miré, sólo oí que los pantalones y el pesado cinturón caían al suelo. Me estaba quitando el calcetín, de un momento a otro aparecería la carta, él la descubriría, me violaría y me metería en la cárcel... Y entonces la puerta se abrió.

—¿Qué demonios está pasando aquí, Schaper? —preguntó una voz grave a mis espaldas.

Aunque no entendía mucho el alemán, sí me quedó claro que al hombre al que pertenecía esa voz no le hacía ninguna gracia lo que estaba pasando.

—Nada, nada... —balbució el gordo.

—Por eso está usted sin pantalones, Schaper.

Me quedé muy quieta, no me atrevía a volverme ni a respirar, y menos a abrigar esperanzas. Oí que el de las SS se ponía los pantalones, el tintineo del cinturón. Ahora sí que no pude evitar concebir esperanzas. Dejé de llorar y volví a subirme despacio el calcetín.

—Vaya fuera —ordenó la voz grave al gordo.

El cerdo de las SS pasó por delante de mí a toda prisa. Vi con el rabillo del ojo que mientras salía de la garita se iba abrochando el cinturón. Y oí las risotadas de sus compañeros cuando salió.

La puerta se cerró de nuevo y me erguí, pero todavía no me atrevía a mirar al hombre que me había salvado. Porque no sabía si de verdad me había salvado, quizá me quisiera sólo para él.

—Puedes volverte —dijo en mal polaco; por lo visto era uno de los escasos invasores que se habían molestado en aprender un poco nuestro idioma.

No quería darme la vuelta, pero tenía tanto miedo de que me pegaran de nuevo que lo hice, tapándome el cuerpo con los brazos y las manos como buenamente pude.

Delante vi a un hombre de unos cuarenta y tantos años, con uniforme

de oficial y el pelo rubio y corto bajo la gorra con la calavera de las SS. Tenía cara de cansado, lo cual me tranquilizó. Un hombre tan cansado no abusaría de mí. O al menos eso esperaba yo.

—La misma edad que mi hija —observó, más para sus adentros que para mí, y al hacerlo pareció más cansado incluso.

No dije nada, tiritaba, ahora otra vez más de frío y no sólo de miedo.

—Vístete —dijo el oficial.

No era una orden, ni tampoco una petición. Sencillamente no quería verme desnuda.

Me vestí lo más deprisa que pude, aliviada no solamente cuando la ropa interior volvió a cubrirme el cuerpo, sino casi más cuando me puse el zapato dentro de cuyo calcetín escondía la carta. El despacho para la Resistencia polaca no había sido descubierto.

El oficial no dijo nada más, se limitó a coger una botella de vodka o de aguardiente —no fui capaz de descifrar la etiqueta alemana de la botella— del destartado armario, la abrió, y ni siquiera se tomó la molestia de buscar un vaso sino que bebió a morro.

Si alguna vez me hubiera preguntado cómo podían soportar los asesinatos que se perpetraban en este sitio los pocos alemanes que veían a los judíos más o menos como personas, al ver eso habría obtenido la respuesta: sólo estando borrachos.

Pero nunca me había hecho esa pregunta. Y además me daba absolutamente igual que a algunos de los asesinos les remordiera la conciencia y se vieran obligados a ahogar esos remordimientos en alcohol.

El oficial bebió otro buen trago y me dijo:

—Vete.

Fui a toda prisa hacia la puerta de la garita que había estado a punto de ser mi infierno personal, y justo cuando iba a abrir, el hombre me ordenó:

—¡Alto!

Me asusté. En parte me esperaba que me pegase un tiro. Aunque no encajaba con el comportamiento anterior, el hombre era alemán y se emborrachaba, y no había nada más impredecible en el mundo que un alemán borracho.

Me volví con cautela. El oficial estaba sentado a la cochambrosa mesa. Encima estaba la botella, y al lado había dejado la gorra con la calavera. Me miró con los cansados ojos y dijo en voz baja:

—Perdona.

¿Por qué? ¿Por lo que me había hecho el soldado de las SS? ¿Por lo que probablemente les hubiera hecho antes a muchas otras chicas aquel cerdo gordo en aquella garita? ¿Por todas las personas a las que el propio oficial había matado? ¿O pensaba más en su hija, con la que no podía estar, y se disculpaba indirectamente con ella por cargar a sus descendientes con una culpa que supondría un pesado lastre para generaciones venideras?

Sea como fuere, no podía esperar de mí un descargo de conciencia. Aunque me hubiera salvado. Ni siquiera aunque me hubiese salvado cien veces. Habían matado a Hannah. Guardé silencio. Él también. Hasta que comprendió que no tendría mi perdón, y repitió, esta vez en voz más queda:

—Vete.

Me volví nuevamente, abrí, salí al aire libre y pasé por delante de los soldados de las SS y del cerdo gordo, que me miró furioso y cuya mirada yo rehuí de prisa. Le seguía teniendo miedo, y me avergonzaba de ello. Más aún me avergonzaba de que me hubiese obligado a suplicar. Y esa vergüenza me enfureció tanto que de buena gana lo habría matado. O me habría matado.

Me uní a la brigada de obreros, que había tenido que esperarme. Amos se sintió visiblemente aliviado al verme. ¿Porque había temido por mí o por la carta?

Los de las SS nos ordenaron que nos fuésemos. Mientras cruzábamos la puerta, Amos me preguntó en voz baja:

—¿Qué te ha pasado?

Me habían pasado muchas cosas. Cosas que sin duda me perseguirían siempre. Y sin embargo no me había pasado nada de todo lo malo que podría haberme pasado. Había tenido suerte. Y, me di cuenta en ese momento, también había hecho algo para atraer esa suerte. Si no hubiese tardado tanto en desvestirme, si no me hubiese quedado tanto tiempo con el calcetín puesto y no me hubiera ganado el bofetón, el soldado habría abusado de mí antes de que entrase el oficial. Y entonces, en el caso de que el cerdo gordo no la hubiera visto ya, habría descubierto la carta en el suelo y en la cárcel me habrían torturado hasta matarme. Pero al demorar lo que supuestamente era inevitable, sin abrigar ninguna esperanza de salir bien librada de la situación, había evitado lo peor. Seguía con vida, había salido incluso indemne, y aún tenía la carta en el calcetín. De pronto esa carta

volvió a cobrar significado para mí. La Resistencia era más importante ahora que antes: esos hombres que me habían quitado todo cuanto quería, y que habían estado a punto de quitarme también la dignidad, debían morir.

—¿Mira? —Como no le había respondido, Amos estaba preocupado.

—Nada —contesté—, no me ha pasado nada.

—Me alegro —dijo, y sonrió, profundamente aliviado. No me preguntó por la carta. Sólo estaba preocupado por mí. No por la Resistencia. Sólo por mí.

## 45

Al otro lado de la puerta nos esperaba un mundo que ya casi nos resultaba desconocido. Si desde hacía meses vivíamos en una ciudad fantasma, ahora a nuestro alrededor bullía la vida. Acompañados por los soldados fuimos pasando con el grupo de trabajadores por delante de tiendas que estaban abriendo, de cafeterías donde la gente tomaba a toda prisa el café del desayuno y de una escuela en la que los niños polacos entraban corriendo para llegar a tiempo a clase. Seguro que esos niños no tenían idea de lo afortunados que eran por poder ir a una escuela. Al fin y al cabo, yo no fui consciente de ello hasta que llegaron los alemanes y cerraron la mía.

Por todas partes había polacos que iban a trabajar a pie o en coche. La mayoría ni siquiera nos miró, algunos nos lanzaron miradas rebosantes de desprecio. Nadie dio ninguna muestra de simpatía, solidaridad o ánimo. Amos y yo sentimos en carne propia lo indiferentes que éramos los judíos a la población polaca, aun cuando nuestro enemigo común fuesen los alemanes. Indiferentes o incluso odiados.

De pronto las nubes que cubrían el cielo se levantaron y vimos los primeros rayos de sol desde hacía semanas. Casi como si el sol quisiera burlarse de nosotros, decirnos que solamente lucía sobre la zona polaca de la ciudad, prefería hacerlo sobre polacos y alemanes que sobre los fantasmas vivientes del gueto.

Todos esos estímulos me desbordaban. El ruido en las calles, la cantidad de personas, el azul radiante del cielo, era como si hubiese salido a la luz de un cuarto oscuro, vacío, muerto como nuestra despensa.

Amos me susurró:

—Mira, céntrate, por favor...

No lo dijo con aspereza. Pese a la gravedad de la situación, entendía que estuviese aturdida. Sonrió para infundirme ánimos, quería darme fuerzas. Y ciertamente lo consiguió. Dejé a un lado ese mundo que me resultaba ajeno cuando antes me era tan familiar y me concentré en los soldados que nos acompañaban. El cerdo gordo no estaba, tan sólo otros dos soldados de las SS que más bien parecían aburridos. Para ellos era inimaginable que un judío del grupo escapara. Las posibilidades de que un fugitivo sobreviviera en Varsovia eran prácticamente nulas. Y el que, como la gente de esa brigada, trabajaba en el aeropuerto vivía relativamente bien para ser un judío, gracias a que podía dedicarse al estraperlo, y por lo tanto no tenía motivos para escapar.

Fuimos un rato con el grupo por una de las calles principales, y entonces vi que por la derecha se aproximaba un tranvía. Uno del que sabía —al fin y al cabo conocía bien la ciudad— que iba hacia donde se encontraba el piso secreto que pasaría a ser nuestro nuevo hogar. Señalé discretamente con la barbilla el tranvía y Amos comprendió en el acto: si nos subíamos a él, podríamos escapar.

Aunque lo hiciéramos tan mal como para que los soldados nos vieran, no podrían seguirnos. Por una parte, porque un tranvía era más rápido que dos miembros torpes de la raza superior y, por otra, porque tendrían que dejar solos a los demás obreros. Únicamente sería peligroso si los soldados nos disparaban.

El tranvía se acercaba, y nosotros nos quitamos con disimulo los brazaletes con la estrella de David, los dejamos caer al suelo y nos distanciamos del grupo.

Los soldados no se dieron cuenta de nada.

Le hice una señal con la cabeza a Amos para que echara a correr y salimos disparados hacia el tranvía. No volví la cabeza: que los soldados decidieran abrir fuego era algo que de todos modos no podría impedir, pero al volverme perdería medio segundo que quizá fuese valioso y, si no antes, desde el encontronazo en la garita no hacía ni veinte minutos —¿de verdad no había pasado más tiempo?— sabía lo valiosos que podían ser unos segundos, hasta medio.

Subí al tranvía por la parte trasera y Amos me siguió. Había sido más rápida que él. Seguro que había vuelto la cabeza varias veces, de lo

contrario no había explicación.

Mientras nos alejábamos en el tranvía, vi que un soldado cogía el fusil y apuntaba, pero el otro le impidió disparar: no quería correr el riesgo de dar a civiles polacos. Tenían que llevar a un grupo de trabajadores al aeropuerto, que otros se encargaran de los judíos huidos, de todas formas no llegarían muy lejos.

Amos y yo nos dirigimos a la parte central del tranvía, que prácticamente estaba vacío; los pocos polacos que viajaban en él no repararon en nosotros. Aunque íbamos mal vestidos, ése también era el caso de muchos proletarios polacos. Para no llamar la atención me senté, y Amos se dejó caer a mi lado en el banco de madera y dijo con tono de aprobación:

—Has sido muy astuta.

Y el halago me hizo sentir muy bien.

## 46

Un tranvía tampoco es que alcance mucha velocidad, pero cuando uno lleva mucho tiempo yendo únicamente a pie, ir en él parece tremendamente rápido, directamente antinatural. Probablemente, los viajeros que en su día montaron en el primer tren, saliera cuando saliese y se dirigiera adonde se dirigiese, se sintieran igual que yo en ese instante. Sólo que los que fueron en ese primer viaje no debían de tener miedo de que los detuvieran.

Al cabo de unos minutos conseguí relajarme un poco, sacudirme el miedo de que nos pillaran y además casi no pensar en el cerdo gordo. Entonces el tranvía se detuvo por enésima vez y subieron dos soldados de las SS. Amos y yo éramos conscientes de que cualquier muestra de miedo, por pequeña que fuese, podía delatarnos, pero no sabíamos a ciencia cierta si el otro también lo tenía claro, de manera que ambos musitamos:

—Calma, no pasa nada.

Y como lo dijimos los dos a la vez no pudimos evitar reírnos.

En ese momento, los soldados miraron hacia nosotros y vieron a una pareja polaca que, aunque bastante andrajosa, parecía feliz. Fueron a la parte delantera, donde sólo se podían sentar alemanes, se acomodaron y no

volvieron la cabeza una sola vez. Tres paradas más adelante nos bajamos en la calle Górnosłaska sin contratiempos.

Fuimos hacia un edificio de cinco plantas. Teníamos que llamar a la casa de un tal Synowiec y —o al menos así estaba previsto— que nos abriera un enlace de la Resistencia polaca.

Llamé al timbre. Nadie abría. Esperamos. Llamé otra vez. Nada.

Me puse nerviosa. Si nos quedábamos más tiempo en la puerta a plena luz del día levantaríamos sospechas, pero tampoco podíamos marcharnos, ¿adónde íbamos a ir, dos judíos en Varsovia?

En el edificio de enfrente un anciano en camiseta asomado a la ventana abierta nos observaba con recelo: ¿qué hacían ahí parados dos jóvenes andrajosos? ¿Serían ladrones? ¿O algo aún peor?

—Demos la vuelta a la manzana —le propuse a Amos.

—Buena idea —convino él.

Justo cuando íbamos a irnos, un hombre bajito y regordete con gorra se nos acercó y nos dijo alegremente:

—¡Hombre, pero si son mi sobrino y su mujer!

Eso tranquilizó al de la ventana, que se metió en casa bostezando.

—Ya veo que te van las chicas delgadas, sobrino —continuó con la farsa el hombre de la gorra, y Amos le siguió el juego:

—Tío querido, a mí me van las mujeres elegantes.

Elegante.

¿Por qué me alegraba cada vez que Amos me decía un piropo? ¿Quería saber la respuesta?

—Venid, os haré un té —propuso «tío querido», y su aliento me dijo que por lo general prefería beber otras cosas, y ya desde por la mañana. Posiblemente por eso hubiera llegado tarde en lugar de recibirnos, según lo acordado, en el piso.

Entramos en el edificio, subimos la limpia escalera —se me había olvidado por completo lo agradables que eran las casas normales— y «tío querido» nos hizo pasar a un piso pequeño de dos habitaciones en el que apenas había muebles, pero que así y todo a mí se me antojó lujoso: en el dormitorio había una cama de verdad.

—El casero cree que he alquilado el piso para mi sobrino y su mujer, que se han venido del campo a la ciudad para probar suerte.

Nos dio dos alianzas de oro.

—A partir de ahora sois Robert y Gabriela Szalach. Mañana os traeré

los papeles.

Amos se puso el anillo en el dedo de inmediato y me ofreció el mío entre risas:

—Enhorabuena por la boda.

Le dediqué una sonrisa agrisada.

—Además —añadió—, te felicito por haber pescado a un marido tan guapo.

Torcí el gesto.

—Idiota.

—Pero mi mujer es la más guapa.

Ahora tenía que hacer cualquier cosa menos ruborizarme.

—Preciosa, incluso.

—Idiota —repetí, y me ruboricé.

—Te repites —se rio él, y me cogió la mano y me puso la alianza con delicadeza.

Era lo más parecido a una boda que viviría nunca, pensé.

—¿Podríamos centrarnos en lo esencial? —preguntó, irritado, «tío querido».

—Desde luego —repuse.

—Si no hay más remedio —contestó, burlón, Amos.

—No saldréis del piso. Ni un solo segundo. Os haremos saber cuándo podréis ver a los líderes de la Resistencia polaca.

—Tenemos que hablar con ellos lo antes posible —arguyó Amos, que de pronto volvía a estar serio, a ser el combatiente impetuoso, desafiante. Era increíble lo deprisa que podía pasar de una cosa a otra. ¿Qué clase de persona sería si yo hubiese retrocedido al pasado con mi máquina del tiempo y hubiese matado a Hitler? Seguro que entonces no tendría un lado serio, sino que sería únicamente un vivalavirgen encantador con un montón de mujeres a sus pies. Y seguramente yo no habría formado parte de ese grupo de mujeres cuando a mi regreso, con la pistola aún humeante, me hubiese bajado de la máquina del tiempo.

—Cuándo os reuniréis con nuestros líderes es cosa suya, no vuestra. Daos por satisfechos si os reciben.

El hombre nos acababa de dejar claro lo poco importantes que éramos los judíos para los combatientes de la Resistencia polaca.

Me quité el zapato y el calcetín izquierdos, cogí el documento y se lo di a «tío querido»:

—Una carta de Mordejai Anielewicz.

—Huele mal —espetó él.

En lugar de reírse y hacer un comentario parecido al suyo del tipo «ya le dije que olería a queso», Amos le soltó al polaco:

—Ahórrate los comentarios, tú lo que tienes que hacer es entregarlo.

—Cuidado con esa boca, judío —respondió «tío querido», y se puso la gorra y se fue.

Cuando la puerta se cerró, Amos lanzó un suspiro y dijo:

—Y pensar que éstos son nuestros aliados.

Y se pasó la siguiente media hora rezongando sobre lo poco que nos ayudaba la Resistencia polaca, las malas armas que nos daba y el hecho de que estuviese dirigida por antisemitas que, por lo bajinis o incluso a voz en grito, se alegraban de que los alemanes, aunque fuesen sus enemigos y ocuparan Polonia, su amado país, al menos les quitaran de encima a la chusma judía.

No dije nada, porque aunque ahora me encontraba a salvo, poco a poco volvía a sentir miedo del gordo de las SS. Al fin y al cabo, yo sólo quería una cosa: lavarme allí donde me había besado ese cerdo. Limpiarme. Frotarme bien.

Dejé plantado a Amos cuando estaba diciendo que los judíos sólo podíamos confiar en otros judíos, me fui corriendo al cuarto de baño y abrí del todo los grifos de la bañera: había agua corriente. ¡Agua corriente caliente!

¡Tal vez sí que existiera un Dios!

Le grité a Amos a través de la puerta cerrada:

—¡No me molestes en las próximas horas!

## 47

Estuve en la bañera hasta que me quedé arrugada como una pasa y me quité toda la suciedad lo mejor que pude. Posiblemente el gordo de las SS me persiguiera en sueños, pero en el agua caliente de la bañera conseguí al cabo de un rato no pensar en él. Ni tampoco en el gueto ni en nuestra misión ni en ninguna otra cosa. Me olvidé de todo lo que me rodeaba. No hay nada mejor que no pensar en nada.

A cada poco dejaba salir algo de agua y añadía caliente. Me habría gustado no salir de allí nunca, hacer de la bañera mi nuevo hogar, pero entonces un olor estupendo se coló por debajo de la puerta del cuarto de baño. Olía a tocino frito. Y a algo más, ¿no serían...?

¡Sí, eran patatas salteadas con judías!

Olores de otros tiempos.

Aunque mi exhausto espíritu habría preferido seguir en la bañera, mi estómago no opinaba lo mismo, y farfulló que no había que tomarse tan en serio al espíritu. De manera que salí de mi nuevo hogar y le prometí a mi espíritu que volvería pronto. Me sequé la arrugada piel y me fastidió tener que ponerme otra vez la sucia y apestosa ropa, cuando por primera vez desde hacía mucho, mucho tiempo, yo olía bien. Las cosas por las que se podía enfadar uno en cuanto le iba un poquito mejor.

Salí del cuarto de baño vestida, pero descalza —los calcetines me recordaban demasiado lo sucedido en la garita—, fui a la cocina guiándome por el olor y una vez allí no di crédito a lo que veía: Amos había preparado todo un festín a base de tocino, judías, patatas salteadas, pan y huevos fritos. Por un momento temí que hubiera utilizado todas las provisiones que «tío querido» nos había dejado en el piso, pero Amos, que me leyó el pensamiento, me tranquilizó:

—No tengas miedo, pasita, aún quedan muchas cosas.

Sonreí, me senté a la mesa y observé:

—Eres un buen marido.

—Y éste es sólo el principio de nuestro matrimonio —respondió riendo.

Comí no sólo hasta que dejé de tener hambre, comí hasta que me dolió el estómago. Y luego un poco más.

Amos eructó. Yo eructé con más fuerza.

Él se negó a aceptarlo y eructó como un león, pero yo era una maestra en el arte del eructo.

Cuando terminamos de eructar, Amos afirmó risueño, pero también con cierta melancolía:

—A veces la vida también es bella.

Algo que yo prácticamente había olvidado.

—En realidad no debería serlo sólo a veces —contesté, y miré por la

ventana el sol de mediodía, al que a todas luces le gustaba brillar sobre la zona polaca de la ciudad.

—Vamos a fregar, anda —propuso Amos, absolutamente decidido a no admitir pensamientos tristes.

Asentí, fui al fregadero, lo llené de agua y pregunté:

—¿Qué hacemos hasta que veamos a los polacos?

—Bueno, yo tengo claro cómo podría pasar el tiempo un matrimonio —repuso con una sonrisa pícara. ¿Es que quería...?

De ser así, ¡engañaría a su Esther conmigo!

Bueno, al fin y al cabo no la amaba. Pero si yo accedía a ello, cosa que por supuesto no pensaba hacer, él le haría daño a Esther. Y yo también, claro. No es que me cayera especialmente bien, pero una cosa no quitaba la otra.

Además, en cierto modo engañaría a Daniel, y yo todavía era virgen, y desde luego no quería que mi primera vez fuera con alguien como Amos...

—¿A qué viene esa cara de espanto? —me preguntó con absoluta inocencia, interrumpiendo mis pensamientos.

—¿En qué... en qué estabas pensando? —inquirí, y tenía tanto miedo a la respuesta que acto seguido me arrepentí de no haber mantenido la boca cerrada.

—Jugaremos al *rummy*.

—¿Qué?

—Es un juego de cartas.

—Ya... Ya lo sé.

—Entonces, ¿para qué preguntas?

—¿Cómo es que... cómo es que se te ha ocurrido lo del *rummy*? —quise saber, aliviada de que no tuviera otra cosa en mente.

Por la puerta abierta de la cocina, Amos señaló el pasillo, donde, en un taquillón, junto a un jarrón con flores medio secas, había una baraja. Al verla no pude evitar lanzar una carcajada.

Jugamos a las cartas hasta bien entrada la noche. Me enfadaba cada vez que Amos hacía trampas y me alegraba cuando no se daba cuenta de que, al barajar, la tramposa era yo. Fue la tarde más relajada desde hacía mucho tiempo. Para entonces casi tenía la sensación de que llevaba una vida completamente normal: con una casa para mí sola, buena comida, cartas e incluso un marido.

Después de que le ganara por séptima vez, Amos se estiró y dijo que

iba a darse un baño para quitarse el olor a tocino.

—Puede que así huela tan bien como tú, Mira —comentó con tanta galantería que tuve que sonreír de nuevo.

Se metió en el cuarto de baño y yo me aproveché descaradamente de la situación. En el piso sólo había una cama. ¡Una cama de verdad! Y quería esa cama para mí.

Fui al pequeño dormitorio, que con la cama y el armario de madera de roble prácticamente estaba abarrotado, pasé los dedos por el edredón de plumas, me quité toda la ropa salvo la interior y deseé que en el armario hubiese un camisón o, mejor aún, un pijama: en las películas de Hollywood las heroínas siempre se ponían un pijama enorme que era del hombre del que estaban enamoradas en secreto y les quedaba estupendamente.

Pero por desgracia en el armario sólo había un traje para Amos y una blusa y una falda larga para mí, dejados por «tío querido» para que pudiésemos pasearnos por Varsovia un poco mejor vestidos cuando llegara el momento de reunirnos con los combatientes de la Resistencia polaca y negociar lo de las armas con ellos. Nuestro enlace no había pensado en camiones o pijamas.

Así que me metí en la cama en ropa interior y me tapé bien. Estar en una cama hacía que la ilusión de llevar una vida normal fuese, por un instante dichoso, perfecta.

Sin embargo, ese instante no duró mucho, ya que Amos entró, tan sólo en calzoncillos y camisa, y preguntó con guasa:

—Entonces dormimos los dos en la cama, ¿no?

—¿Por qué lo dices?

—Porque tú ya estás metida en ella.

—Tú duermes en el suelo —le informé.

—¿Por qué? —preguntó.

—Porque eres un caballero —repuse.

—De caballero nada, soy tu marido.

—Que jamás permitiría que su esposa durmiera en el suelo —razoné risueña.

—Que se mete en la cama con ella —corrigió, risueño a su vez. Se acercó, y antes de que pudiera decirle: «ni se te ocurra», se metió en la cama. En camisa y calzoncillos.

Me asustó que ahora estuviésemos juntos debajo de un edredón, pero también me sorprendió un poco que Amos se dejara esa camisa que olía a

fritanga. ¿Por qué no se la quitaba y se quedaba únicamente en calzoncillos? ¿Por decencia? ¿Decente, él?

Me desplazé hacia un lado para que entre nosotros hubiera el mayor espacio posible, pero estaba con él debajo de un edredón. Medio desnuda. Y, dejando aparte la camisa grasienta, olía muy bien. A jabón. Y a Amos. De eso no me había dado cuenta hasta ese momento: sabía cómo olía.

¿Cómo sería tocarlo? ¿Tan bueno como el beso? De pronto, después de casi un año, volvía a tener muy presente nuestro beso en el mercado. ¿Lo recordaría también él? En ese instante oí los ronquidos.

Yo, sin embargo, no podía pegar ojo. En primer lugar porque estaba enfadada conmigo misma —¿por qué pensaba en cómo olía Amos?—, en segundo lugar, porque volvían a asaltarme los malos recuerdos de por la mañana. Por mucho que me esforzase en ahuyentarlos. Para distraerme, incluso intenté concentrarme en el olor de Amos, pero no lo conseguí.

Tuve miedo de quedarme dormida y soñar con el cerdo gordo. Mientras permaneciera despierta podía tranquilizarme con la certeza de que al final no me había pasado nada, pero dormida seguro que el soldado volvía a visitarme, y entonces estaría indefensa. No quería quedarme a solas con mi miedo, pero tampoco quería despertar a Amos, mostrar debilidad ante él. Combatientes de verdad como él o Esther no temían al enemigo. Y si Amos me abrazaba para consolarme, seguro que me echaría a llorar. Por el cerdo gordo. Por las pesadillas, que me atormentaban desde hacía semanas. Y por Hannah. Y una vez que empezase a llorar estaría perdida para siempre, lo presentía. No volvería a ser como antes, ya no encontraría las fuerzas necesarias para cumplir mi cometido para la Resistencia.

Hice cuanto pude para no quedarme dormida, pero fue en vano. No soñé con el gordo de las SS. Quizá hubiera sido mejor que me hubiese visitado él, porque quien apareció fue el Señor de los espejos.

Antes siempre me imaginaba a ese malvado como a un hombre gracioso que era de espejos igual que el espantapájaros de *El mago de Oz* era de paja. Pero en mi sueño se trataba de un monstruo enorme, deforme, jorobado, hecho de miles de espejos deformantes de cantos afilados.

En cada uno de esos espejos veía algo horrible: que mi hermano me pegaba, que una muñeca me violaba, que me gaseaban, que ardía en los hornos aún viva y... y... además el Señor de los espejos gritó:

—¡Pagarás! ¡Pagarás!

—¿Por qué? ¿Por qué? —chillé desesperada mientras el monstruo se hacía gigante y no paraban de surgir espejos. En ellos veía que los alambres de espino del muro cobraban vida y me estrangulaban, que mi propio padre me tiraba por la ventana y que Ruth tosía montones de ceniza bajo los que yo era enterrada en vida.

—¡Sabes muy bien por qué has de pagar! —exclamó el Señor de los espejos.

En sus ojos se reflejaron los ojos de Hannah, de mi padre, de mi madre, de Ruth, de Daniel y del soldado alemán. Los ojos comenzaron a sangrar, y esos ojos —no fueron las bocas, no, fueron los ojos sangrantes— vociferaron:

—¡Tú estás viva y nosotros no!

Me desperté gritando. A mi lado, Amos se incorporó y me preguntó asustado:

—¿Qué pasa, Mira, qué pasa?

Y no pude evitarlo, rompí a llorar, aunque ello significara que me desintegraría en esas lágrimas y me perdería para siempre. Ahora sabía por qué tenía que pagar: por seguir viviendo.

Pero antes de que llegara a pronunciar la frase «debería haber muerto con ellos», Amos dijo algo tan sorprendente que dejé de llorar de sopetón:

—¿Sabes qué, Mira? Mañana vamos al cine.

## 48

Nos pusimos la ropa buena que «tío querido» nos había dejado colgada en el armario y salimos de esa guisa a pleno día por las calles de Varsovia, yo con mi elegante falda y Amos con traje y sombrero. Cuando llegamos al cine Schauburg, hicimos cola en la taquilla junto con algunos polacos y muchos soldados alemanes que sacaban a pasear a sus novias polacas y a los que jamás se les habría ocurrido que entre ellos pudiese haber dos judíos. En consecuencia, ni nos miraron, salvo algún que otro soldado que echó un vistazo a mi trasero para comprobar si no podría ser una amante más atractiva que la que llevaba del brazo. Pero, naturalmente, para esos soldados yo estaba demasiado flaca.

Sólo Amos me trataba como si fuese una reina. Desde luego no porque estuviera enamorado, aunque siempre exageraba cuando hablaba de mí como su querida esposa, sino porque quería animarme. Y porque no era la clase de persona que se queda en una casa de brazos cruzados o esperando a «tío querido» sin volverse loca.

Bien mirado, Amos estaba loco desde hacía tiempo: llevarme al cine era claramente una locura por su parte. Y algo maravilloso para mí.

Nos sentamos en un extremo, por si teníamos que salir corriendo — aunque uno estuviera loco, no podía excluir por completo el peligro—, y cuando la luz se apagó mi corazón empezó a latir más deprisa. En la pantalla no veríamos ninguna de mis queridas películas de Hollywood, pues también les estaban prohibidas a alemanes y polacos, pero pusieron una película divertida titulada: *Quax, el piloto rompetechos*, con Heinz Rühmann. Como es natural, estaba en alemán, no obstante, medio entendí de qué iba.

En la película cantaban, y el héroe era muy distinto de la imagen con la que a los alemanes les gustaba identificarse. Al principio era un mentirosillo cobarde, encantador. Sin duda, si se pensaba más en la película, uno se daba cuenta de que con la historia se pretendía que los espectadores se entusiasmaran con la aviación militar. Pero yo no quería pensar. Quería reírme. Y Amos también. A toda costa.

Hacia la mitad de la película me agarró la mano y ya no me la soltó. A partir de ese momento dejó de importarme lo que pasaba en la pantalla, y me dio absolutamente lo mismo lo que pudiera decir Esther o lo que pudiera significar para Daniel, que de todas formas ya no estaba vivo. Con las manos cogidas en ese cine supe la clase de persona que prefería ser: alguien completamente normal con una vida completamente normal.

Después de la sesión volvimos al piso, aún cogidos de la mano. Amos bromeó:

—Forma parte de nuestro papel de matrimonio.

Me pareció —¿o serían sólo imaginaciones mías?— que en ese instante él ansiaba una vida normal igual que yo.

Disfruté tanto del paseo que dejé que fuese mi marido el que mirara con el rabillo del ojo para ver si nos amenazaba algún peligro, ya fueran alemanes o *szmalcowniks*. Íbamos así, cogidos de la mano, hasta que

nuestro «tío querido» salió alegremente a nuestro encuentro y exclamó:

—Hombre, aquí estáis.

Evidentemente, su alegría era fingida, ya que habíamos pasado por alto su indicación expresa de no movernos del piso.

—Precisamente iba a buscaros para llevaros a ver a Olga. Ha preparado un montón de comida, ya sabéis cómo es —contó riendo, y le oímos el aliento a alcohol.

—Esta Olga nunca cambiará —se sumó a las risas Amos.

«Tío querido» nos guio hasta un coche, subimos y nos sentamos detrás. Arrancó y salimos disparados. La brusquedad con la que lo hizo reveló lo furioso que estaba con nosotros.

Que se enfadara lo que quisiera, había merecido la pena. Ya nadie podría quitarme ese recuerdo.

—¿Adónde vamos? —quiso saber Amos.

—A nuestra cita —respondió con brusquedad «tío querido».

—Al final ha sido más rápido de lo que esperábamos —comenté, sorprendida.

—Vuestra carta apestosa los ha alarmado.

Ésa era una buena señal, o al menos eso esperaba yo.

—¿Dónde se celebrará el encuentro? —inquirió Amos.

—Eso es secreto. Cuando salgamos de la ciudad os vendaré los ojos.

—No os fiáis de nosotros —constató Amos, y se le notó claramente lo mucho que lo hería en su amor propio.

—Naturalmente que no —soltó el hombre—. Judíos de mierda, os da por salir a pasear por la ciudad, donde os pueden pillar en cualquier momento, y os importa un pito que de ese modo me pongáis en peligro a mí también.

—¿A quiénes llamas judíos de mierda, borracho? —espetó Amos.

—A ti te llamo judío de mierda, judío de mierda —contestó «tío querido».

Amos fue a agarrarlo. Le daba absolutamente lo mismo que «tío querido» pudiera causar un accidente. A mí no tanto. Lo eché para atrás cogiéndolo por los hombros y dije en voz baja:

—No.

Amos me miró un instante, enfadado, luego se calmó un poco y se retrepó en el asiento.

—La chica es más lista que tú —se burló «tío querido»—. Aunque no

es difícil.

Fui a cogerle la mano a Amos para demostrarle que estábamos juntos en aquello, no sólo como matrimonio de pega sino también como verdaderos camaradas, pero nada más tocarlo él apartó la mano, se la metió en el bolsillo del pantalón y se puso a mirar por la ventanilla.

Cuando salimos de la ciudad, «tío querido» nos tiró unas vendas al asiento trasero y nos ordenó:

—Ponéoslas.

—Con mucho, con muchísimo gusto —replicó con amargura Amos—, así no tendremos que verte.

Al cabo de una media hora el coche se detuvo y «tío querido» se rio:

—Hágase la luz.

Al quitarnos la venda, vimos que nos encontrábamos en el bosque. Nos bajamos del coche y mis pulmones se inundaron de aire fresco. Hacía años que no estaba en un bosque: el olor a flores, árboles y musgo me subyugó.

Pero me contuve. No estaba allí para disfrutar de la naturaleza como una polaca que iba de excursión con su marido. Ése no era el momento para abandonarse a la ilusión de una vida normal. Ahora lo importante era la causa, nuestra causa.

Nos dirigimos a una cabaña de caza que daba impresión de estar deshabitada, directamente ruinoso. Dos polacos de mediana edad nos esperaban en la puerta: uno tenía un bigote gris; el otro, una frente ancha y la cara pulcramente afeitada.

—Los judíos envían a niños —comentó con desdén el del bigote.

Y el otro respondió:

—El valor no es cuestión de edad.

Ambos hombres llevaban sendas cazadoras de cuero oscuras, y el más amable de los dos informó:

—Soy el capitán Iwański, del Ejército Nacional, y él es mi superior, el coronel Rowecki. —A continuación se volvió hacia «tío querido» y le dijo —: Puedes esperar fuera a nuestros invitados.

«Tío querido» asintió obedientemente y se retiró. Sin duda se alegraba de poder remojar el ganso a la sombra de los árboles.

—Pasad, por favor —nos pidió el amable capitán.

Entramos tras él en la cabaña y nos sentamos a la mesa. El capitán sirvió unos vasos de aguardiente y dijo:

—Antes de hablar, brindemos.

Levantamos todos el vaso; el coronel bigotudo, sombrío, más bien de mala gana.

—¡Por una Polonia libre! —brindó el capitán.

—¡Por una Polonia libre! —repetimos nosotros, y entrechocamos los vasos y bebimos.

Como no estaba acostumbrada al aguardiente, me dio un escalofrío. Amos, en cambio, no hizo mueca alguna de asco, y los dos oficiales polacos se lo bebieron como si fuera agua.

—Vayamos al grano —apremió el coronel, al que según parecía el encuentro le importunaba, le desagradaba incluso—. Os daremos veinte pistolas.

—¿Veinte pistolas? —preguntó Amos sin dar crédito.

Se trataba de una cantidad tan ridícula que era como si el coronel hubiese dicho: os daremos veinte chupetes.

—Veinte pistolas —confirmó.

—Después ya veremos —añadió con cordialidad Iwański.

—No es suficiente —objetó Amos.

La mirada de Iwański decía: lo sé; pero su superior aclaró:

—Necesitamos las armas para nuestros compatriotas.

—Nosotros también somos polacos —argüí yo.

Iwański lo corroboró:

—Claro que lo sois.

A juzgar por su mirada, el coronel no opinaba igual. Ese oficial tenía los mismos enemigos que nosotros, y como nosotros arriesgaba su vida en la clandestinidad para combatir a los alemanes, y sin embargo no terminaba de vernos como verdaderos polacos.

En ese instante comprendí que no era polaca. Aun cuando quisiera serlo. Los polacos nunca considerarían a los judíos parte de su pueblo.

—Pues entonces ayudadnos —pidió encarecidamente Amos a Iwański.

Antes de que éste pudiera responder, el coronel bigotudo argumentó:

—Ya os estamos dando más de lo que es sensato.

—¿Sensato? —Amos se enfureció.

—Necesitamos las armas para librar nuestra propia lucha.

—¡Vuestra lucha es también la nuestra! —protestó Amos.

—Todavía no ha llegado el momento de un levantamiento —razonó

con frialdad el coronel—. Debemos esperar a que los rusos entren en Polonia. No podemos permitirnos que unos judíos cualquiera nos metan ahora en un levantamiento y Varsovia arda cuando no tenemos ninguna posibilidad de vencer a los alemanes.

—¿Unos judíos cualquiera? —Amos se levantó y se inclinó sobre la mesa.

El coronel, indiferente a la justificada ira de Amos, espetó con aspereza:

—Apoyaros equivale a suicidarnos.

Iwański, que se dio cuenta de que Amos estaba a punto de estallar, trató de apaciguar la situación:

—Ésta no es sólo nuestra postura, sino también la de Londres, la del Gobierno polaco en el exilio.

—¡Los alemanes están matando a los judíos! —exclamó Amos.

—Lo sabemos —repuso Iwański.

Amos pugnaba por encontrar las palabras adecuadas, y como yo estaba segura de que no las encontraría, o al menos no daría con las apropiadas para que la tensión no fuera a más, metí baza:

—No podemos permitirnos el lujo de esperar.

Ambos oficiales me miraron asombrados: por lo visto les extrañó que supiera hablar.

—Nuestro pueblo se está muriendo —declaré con vehemencia. Por primera vez en mi vida llamaba a los judíos «nuestro pueblo», puesto que era evidente que no formábamos parte de los polacos—. Tenemos que luchar. ¡Ahora! O seremos aniquilados sin luchar siquiera.

A tenor de sus miradas, eso era algo que los dos oficiales tenían más que claro. Cohibido, Iwański se sirvió aguardiente; el coronel estaba furioso por que una chica judía le hablara así.

—Coged las veinte pistolas o no las cojáis, haced lo que os dé la gana.

—¡Si no nos ayudáis, vuestras manos estarán manchadas con nuestra sangre! —le espeté.

Iwański bebió.

El coronel contestó, cortante como una navaja:

—Creo, jovencita, que ha llegado el momento de que os vayáis.

Amos, colérico, dijo:

—Creo que es el momento de otra cosa...

Yo sabía que no serviría de nada que Amos llegara a las manos con el

coronel, y tampoco tendría ningún sentido seguir hablando, así que me levanté, aparté a Amos de la mesa y afirmé:

—Me temo que está todo dicho.

Salimos de la cabaña y Amos, furioso, le dio un puñetazo a un árbol, al que le importó tan poco ese golpe como al mundo la suerte de los judíos. La Resistencia polaca no nos ayudaba, y los Aliados no bombardeaban las vías que llevaban a los campos de concentración.

Desalentada, me apoyé en otro árbol. Entonces vi que Iwański salía y venía hacia nosotros.

—Y ahora, ¿qué es lo que quiere? —le gritó Amos.

—Decirle que la joven tiene razón. Vuestra sangre manchará nuestras manos si no os ayudamos.

—Pues su coronel ha dejado bien claro que... —empezó Amos, pero Iwański lo interrumpió:

—Así y todo, unos camaradas y yo os ayudaremos.

De manera que los judíos no estábamos completamente solos.

## 49

Amos y yo volvimos a nuestro piso al atardecer. Cuando cerramos la puerta, me tomó la mano y dijo en señal de reconocimiento:

—Has conseguido más que yo.

Yo me sentía cohibida, por el halago y porque Amos volvía a cogerme la mano. Y no en una situación en la que fingiésemos ser un matrimonio polaco enamorado y pudiésemos escudarnos en el hecho de que ese gesto formaba parte de una gran representación que llevábamos a cabo a modo de tapadera, sino en un momento en que éramos sólo nosotros mismos. Mira y Amos.

—Eres una mujer valiente —dijo con franqueza.

Eso me hizo sentir más cohibida aún.

—No..., no sé si esto le haría gracia a Esther —comenté, mirando nuestras manos.

—No, probablemente no —aseguró él con total seriedad, sin su habitual sonrisa pícara.

Y me soltó. Y yo me enfadé conmigo misma por haber mencionado a Esther.

Mientras preparábamos algo de cena comentamos lo sucedido: la reunión con los polacos; no la visita al cine, que había sido una excursión mágica, fugaz, a otro mundo, un mundo normal que probablemente no volviésemos a pisar. Después de cenar fregamos los platos y nos preparamos para irnos a la cama.

—Si quieres, esta noche dormiré en el suelo —se ofreció Amos cuando entró en el dormitorio y vio que yo ya me había metido debajo del edredón.

—No importa —le contesté, procurando darle a entender con mi tono de voz que el hecho de que nos hubiésemos cogido de la mano no cambiaba nada entre nosotros, así que podíamos compartir la cama como el día anterior.

Amos no sabía qué hacer, pero al final se decidió, se quitó la ropa hasta quedarse en camisa y calzoncillos, apagó la luz y se acostó en su lado de la cama.

Durante un rato permanecimos tumbados en silencio, sin mirarnos, y yo dirigí la vista hacia la ventana. En el sombrío invierno, la mayor parte del tiempo las nubes cubrían la luna en el gueto. Sin embargo, ese día el astro brillaba en todo su esplendor, rodeado de estrellas resplandecientes. Al parecer también los nocturnos cuerpos celestes preferían iluminar al resto del mundo antes que a los judíos.

Me volví hacia Amos, que todavía no se había dormido, y le pregunté: —¿Por qué no te quitas la camisa para dormir?

Se quedó atónito. Contaba con esa pregunta tan poco como yo, que ni me había parado a pensar antes de abrir la boca.

—No... No tienes por qué contestarme —me apresuré a añadir.

—No importa, no importa. Al fin y al cabo estamos casados. —Atormentado, intentó sonreír, pero la sonrisa se tornó una mueca de dolor.

Amos se incorporó y se quitó la camisa. Menos mal que la luz no estaba encendida, porque lo que vi a la luz de la luna ya era bastante terrible: tenía la espalda llena de cicatrices. Tenían que haberle desgarrado toda la carne.

—¿Los alemanes? —pregunté al tiempo que también yo me incorporaba.

—Los alemanes —me confirmó, y volvió a ponerse la camisa.

No sabía si seguir preguntando, pero no hizo falta, porque Amos empezó a contar:

—Me detuvieron hace dos años, por el contrabando, y querían saber quiénes eran mis cómplices.

A la tenue luz de la luna creí ver que a Amos se le saltaban las lágrimas.

—Traicioné... Traicioné a mis amigos —balbució, y ahora vi con claridad que las lágrimas le corrían por las mejillas.

No eran sólo compañeros, eran amigos. ¿Cómo proporcionar consuelo en un caso así?

—Les pegaron un tiro, a los cuatro.

Intentó respirar hondo, pero la culpa le quitaba el aire. Se limpió las lágrimas con la manga de la camisa, y después trató de leer en mi cara si ahora yo lo despreciaba tanto como se despreciaba él. Muy por detrás de su fachada juguetona, ahora me daba cuenta, acechaba un odio inmenso hacia sí mismo.

Y eso que viendo las cicatrices que tenía en la espalda nadie en su sano juicio podría juzgarlo. ¿Quién tenía tanta fuerza de voluntad para soportar esos latigazos? Probablemente Mordejai Anielewicz. Quizá algún que otro combatiente especialmente valeroso, pero en general nadie podría resistir semejante tortura. Yo, desde luego, no, que me eché a llorar cuando aquel cerdo gordo me dio una bofetada en la garita.

—No... no se lo había contado a nadie —confesó Amos en voz muy baja, sorprendido consigo mismo.

—¿Ni siquiera a Esther? —pregunté extrañada.

—Ni siquiera a Esther.

Tenía demasiado miedo de que lo despreciara por ello.

—Entonces, ¿por qué...? ¿Por qué a mí? —quise saber.

—Bueno —respondió, y esta vez consiguió que su sonrisa atormentada se pareciera un poco a una sonrisa de verdad—, quizá porque eres mi mujer...

A modo de confirmación le enseñé la mano con la alianza, y él supo que no lo juzgaba.

Sin embargo, Amos no quería hablar más. Ya había contado más cosas que nunca, y para él había supuesto un esfuerzo mental sobrehumano. Volvió a meterse debajo del edredón y yo lo imité.

Tras pasar un rato en silencio, probé con cautela:

—¿Amos?

—¿Sí?

—Son los alemanes los que tienen en su conciencia a tus amigos, tú no eres culpable de nada.

—Estaría bien que fuese así —replicó en voz queda—. Muy muy bien.

No me creía. Le cogí la mano, y él se dejó hacer. Permanecimos así, haciendo manitas como un viejo matrimonio. O como dos niños pequeños. Dos almas heridas que se prestaban apoyo. Y de esa forma nos quedamos dormidos.

Esa noche no tuve pesadillas. No me visitó el Señor de los espejos.

## 50

Iwański mantuvo su palabra. Junto con algunos compañeros de la Resistencia polaca introdujo en el gueto cajones con armas por el laberinto del alcantarillado, donde la única manera de no perderse era yendo con guías expertos. Una madre le pidió que llevara al lado polaco a sus dos hijitas, y aunque resultó oneroso —en las apestosas cloacas sólo se podía caminar agachado, y había que llevar a las niñas a cuestas para que no se ahogaran allí donde el agua era más profunda—, Iwański se las llevó y las escondió en su casa, donde ahora su mujer se ocupaba de ellas.

Después de que el capitán nos contara todo eso sentado a nuestra mesa, Amos quiso saber:

—¿Qué tal el alcantarillado?

—Una mierda, en el sentido más literal de la palabra —repuso con sequedad el capitán.

—Se huele —observó, riéndose, Amos.

Efectivamente, el hombre olía fatal; aunque para entonces ya se había bañado y llevaba ropa limpia, seguía emanando un ligero tufo a cloaca.

—Gracias por el cumplido —repuso Iwański también risueño, y se levantó de la mesa. Al despedirse prometió —: Os proporcionaré más armas.

Le dimos las gracias y por un instante me planteé abrazarlo, pero lo dejé estar, ya que me pareció que era tomarme demasiadas confianzas. Cuando el capitán hubo salido, Amos dijo en voz alta lo que también yo

pensaba, sólo que lo expresó de manera un tanto más burda:

—Menos mal que hay polacos que están dispuestos a meterse en la mierda por nosotros.

—¿Cuánto tiempo crees que podremos resistir a los alemanes con las armas de Iwański y las que ya tenemos?

Amos se puso serio.

—Si todo va bien, unas horas.

No debería haber formulado esa pregunta.

—Hagamos lo que hagamos será inútil —afirmé abatida.

—No lo será —aseguró—. Piensa en lo orgullosos que están los judíos del gueto desde que matamos a los alemanes en enero. Si luchamos contra los alemanes, generaciones enteras de judíos estarán orgullosas de nosotros. Igual que de los judíos que hace miles de años resistieron en Masada. En ese sentido da lo mismo lo que aguantemos: un día, un mes o unas horas. Lo principal es que no nos dejaremos llevar al matadero sin defendernos.

Su discurso no terminó de encender mi entusiasmo. Desalentada, respondí:

—Eso si después de nosotros hay generaciones de judíos.

Amos me puso la mano en la mejilla con suavidad. Me gustó.

—Las habrá —afirmó.

Y sonó tan bien que sonreí.

—Mira, ¿te han dicho alguna vez que eres guapa cuando sonrías?

No era un cumplido frívolo, algo que sólo decía para animarme. Desde que me confesara su secreto, Amos se comportaba de otra manera. Por una parte, se mostraba más serio que antes; por otra, demostraba más sus sentimientos. Había comprendido que cuando estábamos solos no tenía que dárselas de nada.

—No, no me lo habían dicho nunca —respondí, conforme a la verdad.

Ni siquiera Daniel lo había mencionado, lo cierto es que nunca me hacía cumplidos. ¿Qué encontraría o vería en mí? Nunca habíamos hablado de eso, al fin y al cabo entonces éramos unos niños que se profesaban un amor infantil que no había ido más allá de los besos.

Ahora yo era una persona completamente distinta de la del último verano. Tristemente, adulta.

Y en el caso poco realista de que siguiera con vida, Daniel tampoco sería el mismo. Con un poco de suerte ya no me odiaría, pero con toda

seguridad nunca más nos querríamos.

—Si no te lo ha dicho nadie es que sólo conoces a ciegos, idiotas o mudos —dijo con amabilidad Amos.

Me eché a reír. Y me gustaba tener su mano en la mejilla.

—Me haces bien —solté sin pensar.

—Gracias, lo mismo digo —fue su sincera respuesta.

Nos miramos a los ojos. Y nos besamos. De manera muy distinta que la primera vez. Con ganas. Y con más ternura, con más intensidad. Tras el beso los dos temblábamos. Pero no nos atrevimos a repetirlo, ya estábamos bastante turbados. Nos separamos, nos preparamos, sin hablar, para irnos a la cama, y cuando estuvimos en ella nos cogimos de la mano para quedarnos dormidos. Hasta que Amos preguntó, con suma cautela:

—¿Mira?

—¿Sí?

—Me... me gustaría volver a besarte.

Y esta vez contesté:

—Gracias, lo mismo digo.

## 51

Esa noche no nos acostamos, ni las siguientes tampoco. En cierto modo, un modo mágico, teníamos la sensación de que nuestro amor estaba protegido por el cielo y disponía de todo el tiempo del mundo, aunque todo hablaba en contra de ello. Yo nunca había sido tan feliz como esos días en los que fuimos el enlace con los polacos a través de Iwański. Incluso mis pesadillas me dieron un respiro —¿o acaso habían desaparecido para siempre?—, y me atreví incluso a viajar de nuevo a las 777 islas.

El *Conejo* navegaba bajo el sol, las olas mecían con suavidad el barco pirata, y a bordo se celebraba una fiesta con música y baile: en ese mundo a la gente le encantaban las fiestas. Ciertamente, los marineros cantaban tan mal que los delfines que pasaban por allí escapaban. Pero se divertían.

Estaba bailando con Hannah al son del acordeón del hombre lobo cuando mi hermana me preguntó:

—¿Dónde has estado todo este tiempo?

—He estado... en casa —repuse, eludiendo la pregunta.

—¿Cómo van las cosas en el gueto? —inquirió Hannah con nerviosismo—. ¿Ha habido algún cambio?

¿Qué le respondía? ¿Que mi madre había muerto? ¿Que ella había muerto?

Tenía derecho a saber todo eso, pero sencillamente no fui capaz de contarle la verdad, razón por la cual repliqué:

—Es complicado. Te lo contaré en otro momento, pero no ahora.

—¿Cuándo? —preguntó, suspicaz.

—Cuando hayamos vencido al Señor de los espejos —fue la excusa que le di.

—Para eso ya no falta mucho —aseguró, satisfecha, Hannah—. Le hemos birlado el tercer espejo mágico al Hombre de arena y vamos rumbo a la Isla de los Espejos.

Tragué saliva, pero evité pensar en el monstruo y en lo culpable que me sentía por no haber muerto con ella, y decidí seguir bailando con mi hermana por la cubierta. Lo disfruté sobremanera. La vida era tan apacible. En las 777 islas y en nuestro pisito.

Hasta que nos enteramos de que los alemanes destinaban más unidades a Varsovia.

## 52

—Volveré al gueto. —En la cena Amos dijo lo que ya me temía—. Cuando empiece la lucha, quiero estar con nuestros camaradas.

—Pero alguien tendrá que seguir en contacto con la Resistencia polaca —objeté.

Si nos quedábamos en la zona polaca, pensaba yo, no nos matarían. Al menos no inmediatamente. No temía por mi vida, aunque en los últimos días había encontrado algo por lo que valía la pena vivir. Temía por Amos, no soportaría perder a otra persona a la que quería.

—Te puedes quedar tú —sugirió él con una mirada furiosa.

El comentario me dolió, y al mismo tiempo me avergoncé. La Resistencia debía ser más importante también para mí que nuestro amor, pero en ese instante no lo era.

—Pero no puedo quedarme aquí sola... —empecé a argumentar.

—Mordejai enviará a alguien —me cortó Amos.

Estaba enfadado conmigo. Igual que yo estaba enfadada con él porque me dejaría sola.

—Mordejai también tendrá que mandar a alguien en mi lugar —respondí cortante—. Me voy contigo.

Prefería morir luchando a su lado a sobrevivir unos días más sin él en la zona polaca de la ciudad.

—Bien —contestó, y sus rasgos se suavizaron un tanto.

—Bien —repetí yo.

Quitamos por última vez la mesa de la cocina, en silencio, fregamos por última vez, apagamos las luces por última vez y nos metimos por última vez en nuestra cama de matrimonio.

Amos miraba el techo a oscuras, y yo volvía a mirar el cielo por la ventana. La luna estaba en cuarto creciente. Probablemente no llegara a verla llena.

—Lo siento —se disculpó Amos de pronto.

—¿El qué? —Me volví hacia él.

—Todo. —Él también se volvió hacia mí, nuestras caras muy cerca.

—¿Todo?

—Y nada.

—¿Podrías explicarte un poco? —pregunté.

Amos luchaba consigo mismo. Finalmente dijo:

—Creo que te quiero, Mira.

—¿Crees?

—Es lo único en lo que he creído en toda mi vida.

Después de que dijera eso, hicimos el amor.

## 53

Mordejai parecía sereno cuando nos reunimos en el número 29 de la calle Miła, y eso que por dentro seguro que estaba igual de tenso que todos nosotros. Al fin y al cabo, dentro de escasos minutos los alemanes entrarían en el gueto. Para su operación final las SS habían escogido conscientemente el comienzo de la festividad judía de Pésaj.

—El momento que estábamos esperando ha llegado —nos dijo

Mordejai—. Cansaremos al enemigo, lo atacaremos constantemente, tras las puertas, tras las ventanas, desde las ruinas, día y noche.

A mi lado se encontraba Amos, con los ojos brillantes, y también Esther parecía firmemente decidida. Había reaccionado con frialdad al hecho de que Amos y yo fuésemos pareja. En el mundo había cosas mucho más importantes que el amor. Para ella. Para Amos. Y probablemente también para mí.

—Los alemanes tendrán que luchar sin parar durante meses — continuó Mordejai—. Si obtenemos las armas, la munición y los explosivos que necesitamos, el enemigo pagará con un mar de sangre.

No obtendríamos esas armas, eso era algo que yo tenía claro desde nuestra misión en el lado polaco, y Mordejai también lo sabía. Pero ¿qué otra cosa podía decir para infundirnos ánimos antes de la lucha? ¿La verdad? ¿Que dentro de pocas horas habríamos muerto todos?

Éramos unos mil cuatrocientos combatientes inexpertos, distribuidos por todo el gueto, que se enfrentarían a los alemanes y sus carros de combate, y ni siquiera teníamos una pistola por persona, tan sólo unos cientos de granadas de mano y cócteles molotov. Sí, habría un mar de sangre, pero la que correría no sería la sangre de soldados alemanes, sino la nuestra.

Habría sido más fácil ir directos a la muerte si no hubiera empezado la primavera. Esa mañana del 19 de abril de 1943, el sol brillaba también sobre el gueto y, de ese modo, hacía que nos resultara más difícil no sólo vivir, sino también morir.

Tras la arenga de Mordejai, los combatientes de nuestro grupo tomaron sus posiciones en ventanas, en balcones, en el tejado. Otros grupos se habían atrincherado en seis casas vecinas, de manera que aproximadamente un centenar de combatientes podía cubrir el cruce con la calle Zamenhof desde todos los ángulos posibles. Por esa esquina tendrían que pasar los alemanes nada más cruzar la puerta del gueto.

Como casi todos, yo iba armada con una pistola y una granada de mano. Ben *el Pelirrojo* era el único que tenía un fusil. Hacía dos semanas, por la noche, junto con un compañero, había caído sobre un soldado cerca del muro y se lo había quitado. Desde entonces lo guardaba como si fuera un tesoro.

Me coloqué junto a Amos en una ventana del cuarto piso. En un principio dudaba de si no sería mejor buscarme otro sitio. ¿De verdad

quería luchar y morir con la persona a la que quería? ¿No sería preferible no ver cómo le alcanzaban las balas?

A Amos no lo asaltaban esas preocupaciones, estaba totalmente centrado en la inminente hora de la venganza. Aunque hubiera querido despedirme de él antes de que llegaran los alemanes, no me habría hecho caso. Así que al menos quería despedirme de mi hermanita.

—Pronto llegaremos a la Isla de los Espejos —observó alegremente Hannah en la cubierta del *Conejo*, que ahora surcaba unas aguas muy revueltas.

Últimamente tampoco había tenido pesadillas con el Señor de los espejos, posiblemente porque ya no debía remorderme la conciencia por haber sobrevivido, pues ese día llegaría mi final.

—Y después expulsaremos a ese malvado del mundo —añadió Hannah con nerviosismo, mientras me enseñaba los tres espejos mágicos, que relucían como diamantes.

—Pero no sin antes darle una buena patada en el trasero —se jactó el capitán Zanahoria.

Sonreí. Por lo menos uno de los dos mundos sería liberado.

—¡Ya vienen! —oí gritar a Esther—. ¡Vienen los alemanes!

Su grito llegó hasta el mundo de las 777 islas.

Quería decirle muchas más cosas a mi hermana, pero ya no había tiempo, así que la abracé y susurré:

—Te quiero.

Ella protestó:

—Me estás aplastando.

Sin embargo, le dije una vez más:

—Te quiero.

Con eso estaba todo dicho. Reuní toda mi fuerza de voluntad y la abandoné. Para siempre.

perfectamente la calle y desde donde además podía disparar muy bien, en caso de que fuese capaz de quitarle la vida a otro ser humano.

Los alemanes nos podían gasear sin más porque no nos consideraban seres humanos. Nosotros, por el contrario, sabíamos perfectamente qué clase de personas eran, y por eso los demás combatientes también ardían en deseos de matarlos. Pero yo seguía viendo la cara del soldado joven que me suplicó clemencia, y no sabía si de verdad estaba preparada para matar.

Vimos a lo lejos que un carro de combate entraba en el gueto, seguido de unos veinte policías judíos. Tras los traidores marchaban en filas de cuatro soldados con el fusil al hombro, haciendo algo que me dejó atónita. Por un momento pensé incluso que eran imaginaciones mías, pero luego Amos lo confirmó en voz baja:

—Están cantando.

*En el verde bosque hay una casa,  
allí, cada mañana,  
tan lozana y libre de preocupaciones,  
se ve a la hija del guardabosques...*

Los cerdos cantaban una canción de marcha.  
Querían aniquilarnos mientras cantaban.

*Lore, Lore, Lore, Lore,  
qué bonitas son las chicas  
de diecisiete, dieciocho años...*

Los soldados de las SS marchaban con absoluta seguridad, sin que ni uno solo de ellos apuntara con el fusil, no contaban con encontrar resistencia. Estaban acostumbrados a que los judíos se dejaran conducir a las cámaras de gas sin defenderse, y por ello lo que menos se esperaban era que les hubieran tendido una emboscada.

Todos nosotros aguardábamos la señal de Mordejai para abrir fuego. Pero los soldados no estaban todavía suficientemente cerca.

*El guardabosques y su hija tienen buena puntería...*

El carro de combate pasó delante de nuestra ventana.

*El guardabosques le dio al cervatillo, su hija acertó al chaval...*

Los policías judíos pasaron también. Criaturas abatidas.

*En el centro del joven corazón...*

Ahora marchaban los primeros soldados justo por debajo de nosotros. Amos quería empezar a disparar, pero Mordejai aún no había dado la orden. Esperaba a que se pusieran a tiro bastantes soldados.

*Ta ra la la, ta ra la la,  
En el centro del joven corazón...*

Finalmente nuestro líder dio la señal arrojando una granada de mano por la ventana.

*Lore, Lore...*

Cuando estalló, los soldados gritaron, y desde los tejados, las ventanas y los balcones les llovieron cócteles molotov, granadas y balas.

Los alemanes y sus cómplices judíos, presos del pánico, rompieron la formación. Al hacerlo, los superhombres tropezaron los unos con los otros y buscaron protección en tiendas abandonadas, en portales o tras montones de basura.

Por todas partes se desplomaban soldados heridos, otros corrían como antorchas encendidas por las calles hasta que caían en el adoquinado y no se volvían a levantar. Sus gritos apenas se oían con el fragor de las explosiones. Ninguno de ellos iba en auxilio de sus compañeros. Ya no pensaban en cantar ni en Lore, la chica de la casa del guardabosques.

A mi lado, Amos abría fuego con su pistola. Resultaba extraño verlo así: poseído, eufórico por poder vengarse y vengar a sus amigos.

Los primeros alemanes respondieron al fuego. A nuestras espaldas las balas se incrustaron en la pared.

Me agaché.

—¡Mira, dispara! —me espoleó Amos, y lanzó una granada de mano a la locura que se estaba desencadenando en la calle.

Pero yo sólo quería gritar. Tenía miedo de morir. Y más aún de matar a otra persona.

—¡Mira! —me apremió Amos.

Vimos que subían columnas de humo.

—¡El carro! ¡Le he dado al carro de combate! —exclamó, exultante, Esther.

Me levanté y miré a la calle: el carro estaba en llamas, y de él salía un soldado bañado en sangre. En lugar del brazo derecho ahora sólo tenía un muñón sanguinolento. Cayó del carro al suelo. El resto de la dotación no lo siguió: murió abrasada en el vehículo.

Junto al soldado se desangraba un policía judío, como si ambos estuviesen unidos en la muerte. Pero el policía no temía la muerte, sino que gritó con sus últimas fuerzas:

—¡Me han matado balas judías! ¡Gracias! ¡Gracias!

Moriría dichoso, porque en los últimos instantes de su vida le habíamos devuelto la dignidad.

—¡Mira! —Ahora Amos estaba hecho una furia.

No era capaz de disparar. Hasta que... hasta que en medio del caos que reinaba alrededor del carro incendiado descubrí al cerdo gordo de la garita. Recordé cómo me había humillado, lo que había estado a punto de hacerme. Lo que les había hecho a otras chicas. Lo apunté con la pistola. La mano me temblaba.

Una ametralladora abrió fuego contra la ventana de al lado, los cristales saltaron en mil pedazos. A pesar de eso no me agaché, ya que el cerdo apuntaba con su fusil. Iba a dispararle a uno de los camaradas que arrojaban cócteles molotov desde el tejado. O quizá incluso a Ben *el Pelirrojo*, que también se encontraba en el tejado. Me acordé de Hannah en la despensa, en medio de un charco de su propia sangre. Y apreté el gatillo.

El soldado de las SS se desplomó.

La primera vez en mi vida que disparaba intencionadamente a alguien, no en legítima defensa, sino en acción. Seguí disparando. Más y más. Como ebria. Sin tener ningún remordimiento de conciencia. Con cada tiro certero había un soldado menos de las SS capaz de matar a niños mientras cantaba.

Al cabo de media hora los soldados que aún podían caminar salieron del gueto, dejando atrás a sus compañeros muertos y el carro de combate

incendiado. Daba lo mismo que hubiesen recibido la orden de hacerlo o que hubieran emprendido la fuga aterrorizados. Los soldados huían de nosotros, los judíos. Increíble. ¡Huían de nosotros, los judíos!

Y ocurrió algo aún más increíble: después del caos inicial y de que todos los grupos que se hallaban en el cruce informaran de las bajas sufridas en nuestro bando, constatamos que no había ni una sola. Todos los combatientes habían sobrevivido.

Casi no podíamos creernos la victoria, la suerte de haber sobrevivido. Todo el mundo se abrazó, se felicitó, rio, lloró, dio gritos de júbilo. Algunos combatientes incluso se pusieron a bailar espontáneamente un vals al compás de una música alegre que no tocaba nadie, que únicamente ellos tarareaban.

Cómo me habría gustado bailar también el vals, si hubiese sabido hacerlo.

Mordejai me estrechó contra su pecho, al igual que camaradas a los que apenas conocía, pues se habían unido a nosotros cuando me encontraba con Amos en la zona polaca de la ciudad. Hasta Esther me abrazó.

—¿Has visto cómo ardía el carro? —preguntó radiante.

En vista del triunfo, todo lo sucedido hasta ese momento carecía de importancia.

El rostro más resplandeciente de todos era el de Ben *el Pelirrojo*. Con el fusil en la mano vino conmigo a la ventana destrozada y sonrió:

—Ocho.

Los había estado contando.

—He dado a ocho.

Lo dijo sin tartamudear. Seguramente siempre se había sentido culpable por el hecho de que su padre colaborara con los alemanes, y ahora que la deuda quedaba saldada, se sentía liberado.

—Por Hannah —añadió con gravedad, y de pronto pareció un hombre hecho y derecho.

Yo no estaba segura de si también debía decir «por Hannah». Aunque había entrado en la Resistencia para que su muerte tuviera sentido, mi hermana quedaría sepultada en el olvido eternamente si Ben y yo moríamos. Y estaba claro que caeríamos, mañana o pasado mañana, aun cuando ese día celebráramos nuestro triunfo. No, lo que hacíamos no lo hacíamos por Hannah. Amos tenía razón: lo hacíamos por las generaciones futuras. Seguiríamos vivos en su memoria.

Le acaricié la mejilla a Ben *el Pelirrojo*. Aunque pareciera un hombre y temporalmente —o incluso hasta su temprana muerte— no tartamudeara, yo veía en él al muchacho al que mi hermana besaba.

Amos se acercó a mí y se rio:

—¡Estamos vivos!

—Estamos vivos —repetí, confirmando el milagro.

Y nos besamos como si no hubiéramos luchado por las generaciones futuras sino única y exclusivamente por ese beso.

## 56

Cuando oscureció, recorrimos las calles y vimos los cadáveres de nuestros enemigos acribillados a balazos y en parte mutilados. Olía a humo y a carne carbonizada. No sólo allí, sino también en otras partes del gueto donde grupos armados habían combatido a las SS. Y olía a alcohol. ¡Los judíos estaban de celebración! Los combatientes, pero también muchos civiles, que salían de sus refugios al amparo de la noche.

Esther se subió encima del carro de combate achicharrado: era su trofeo. Mordejai y otros recogían las armas de los soldados muertos.

Y yo alimenté la esperanza de que el día siguiente no sería mi último día en la Tierra, de que podríamos aguantar uno, dos días más, incluso una semana, una lucha que nunca sería decisiva para nosotros desde el punto de vista militar, pero que moralmente ya habíamos ganado ese día.

Amos vino a mi lado y dijo con voz entrecortada:

—Mira...

—¿Qué pasa? —pregunté desconcertada.

—Ven —dijo, haciendo un esfuerzo para no llorar.

Señaló un tejado de la plaza Muranowski, y comprendí que Amos no estaba triste, sino profundamente conmovido. Allí arriba se habían izado dos banderas: la rojiblanca polaca y la blanquiazul de la Resistencia.

Se me saltaron las lágrimas. No pude evitar acordarme de la bandera que enarbolaban los niños de Korczak cuando se dirigían a los vagones de ganado.

Sin embargo, las lágrimas por los niños muertos se entremezclaron con otras de alegría. Alemanes, polacos, ucranianos, letones, todos

nuestros enemigos y también nuestros escasos amigos al otro lado del muro veían esas banderas.

Nunca me había sentido tan orgullosa como en ese momento en el que esas banderas ondeaban con la suave brisa primaveral y cientos de judíos se regocijaban. Siempre había pensado que la historia de Masada hablaba de que los judíos habían sufrido una muerte digna.

Me equivocaba: hablaba de vivir en libertad. Habíamos echado a los soldados; el gueto era nuestro. Quizá sólo por una noche. Pero éramos libres. ¡Y lo seríamos durante el resto de nuestra vida!

## 57

Al principio estábamos todos demasiado alterados para conciliar el sueño en nuestros puestos de combate en los pisos. Cada cual contaba sus hazañas o las de otros: «¿Viste cómo Sarah le lanzó la granada al oficial?», «Todos los trabajadores de la fábrica de cepillos se han escondido, no han respondido al requerimiento de ser reasentados», «Uno de los combatientes le disparó en una mano al dueño de la fábrica de cepillos».

No obstante, poco a poco la agitación fue cesando y la gente se quedó pensativa.

«¿Cuánto resistiremos?», «¿Qué harán mañana los alemanes?», «Ojalá me mate una bala y no muera quemado.»

Amos y yo estábamos acostados juntos. Cogidos de la mano. No hablábamos, tan sólo nos mirábamos a la luz de la luna. Dando gracias por el tiempo que nos había sido regalado. No, regalado no. Nos lo habíamos ganado a pulso, luchando.

Amos sonrió.

—Ahora ya puedo morir en paz.

No supe qué responderle. En ese instante me sentía feliz y por fin libre, pero no quería morir.

Aunque estaba tan inquieta que pensé que ya no podría volver a dormir nunca más, al final me pudo el cansancio. Dormí profundamente, sin sueños, lo cual fue toda una suerte.

Cuando desperté, casi ya de día, Amos dormitaba a mi lado, tan apaciblemente como no lo había visto nunca. El dolor que aquejaba su

alma parecía haberse calmado; sus amigos habían sido vengados.

Vino Mordejai y despertó a Amos, que abrió los ojos y no tardó ni un segundo en despabilarse y ponerse en pie. Mientras me levantaba, Mordejai pidió a Esther y a Ben *el Pelirrojo* que se acercaran y explicó:

—Vosotros cuatro iréis con los nuestros al 33 de la calle Nalewki, a reforzar su grupo. Creemos que allí se librarán combates más violentos que aquí, en la calle Miła.

Cuando, poco después, nos vimos los cuatro en la calle, el aire era más frío que el día de nuestro gran triunfo, pero el cielo seguía luciendo luminoso y despejado. El sol brillaba en el gueto, y reprimí de prisa la pregunta de si ése sería el último día que vería salir el sol. Sólo quería quedarme mirando el precioso juego de colores. Ben *el Pelirrojo* se rio y dijo:

—De día son aún más bonitas.

Señaló el edificio de la plaza Muranowski, donde ondeaban las dos banderas.

Continuaba siendo increíble. En ese momento, el gueto ya no me parecía una cárcel, sino mi hogar.

## 58

Llegamos al cruce de las calles Gęsia, Nalewki y Franciszkańska y escuchamos que del número 33 de la calle Nalewki salía música. Un combatiente tocaba el acordeón, y los bellos sonidos hechizaban el gueto. Un hogar con música. ¿Puede haber algo mejor?

—Schubert —comentó Esther, que a todas luces había podido ir a la escuela más que yo.

—Componiendo, los alemanes son casi tan buenos como matando —constató Amos mientras abría la puerta del 33 de Nalewki. Subimos la escalera, dejando atrás cristales rotos, y en el último piso pedimos ver a Rachel Belka, una mujer que parecía tan decidida, fuerte y áspera que a su lado hasta la propia Esther era como una niña pequeña. Rachel formaba parte de los combatientes más veteranos, con sus veintinueve años le sacaba cinco a nuestro líder, Mordejai.

Le transmitimos las últimas novedades, y ella nos indicó cuáles eran

nuestros puestos. Amos y yo nos colocamos en uno de los balcones superiores. Desde allí vimos que los alemanes se reunían en una de las puertas del gueto. También había policías judíos, esta vez haciendo de escudos humanos. Cada bala que atravesara a uno de los colaboracionistas no acertaría a un alemán. Dos carros de combate se aproximaron a la puerta y tomaron posiciones.

—Nos van a disparar —observé, aunque era obvio.

—Pero tendrán que darnos —contestó Amos—. Están demasiado lejos y no se atreven a acercarse.

Eso debía de ser lo peor para las SS: los judíos habían inutilizado uno de sus carros de combate, el niño mimado de los alemanes.

—¿Estás seguro de que no pueden darnos? —quise saber.

—Dentro de nada lo averiguaremos —respondió, risueño.

Cogí unos prismáticos y vi que en la zona polaca la vida seguía su curso con absoluta normalidad: la gente iba a trabajar, los vendedores ofrecían sus productos, los coches circulaban por las calles, y todo ello a tan sólo unos cientos de metros.

En nuestro lado se libraba una guerra, y los polacos se comportaban como si todo ello sucediera en otro planeta. Marte. Júpiter. Urano.

Si alguno de nosotros aún concebía la ilusión de que podríamos inspirar a los polacos para que se unieran a nosotros y se defendieran de los invasores, se estaría llevando un buen chasco en ese momento, eso si no se lo había llevado antes.

Una limusina negra se detuvo a la puerta del gueto. El soldado que la conducía se bajó, abrió la puerta trasera y del vehículo salió un gigante de aspecto severo que lucía el uniforme de oficial de las SS. El gigante se puso unos guantes de piel, como si no quisiera ensuciarse las manos.

—Pásame los prismáticos —me pidió Amos.

Se los di.

—Teniente general Stroop.

Así que había acudido el comandante en jefe de las SS en Varsovia para dirigir personalmente la operación. Se llamaba Jürgen, pero —según decían— lo habían bautizado Josef. Odiaba tanto a los judíos que dos años antes se había cambiado el nombre oficialmente.

Stroop era la persona más cercana a Hitler, Himmler o Goebbels que yo había visto. Hacía unos meses, Himmler había visitado el gueto, pero ninguno de nosotros se había tropezado con ese monstruo. Tan sólo un

puñado de judíos que trabajaban en el Departamento de Recuperación de Bienes, y por desgracia ninguno de ellos tuvo el valor de atacar a ese demonio.

Cuatro soldados sacaron una pesada mesa de roble y la colocaron delante de Stroop. Otro alemán llevó una silla, y un sexto fue con utensilios para escribir. El teniente general se sentó a su mesa para dirigir desde allí la operación.

Amos se dispuso a abandonar el balcón.

—¿Adónde vas? —le pregunté—. Éste es nuestro puesto.

—Ya no —repuso sonriendo, y se fue.

Aquello no sólo me desconcertó, también me enfureció. Pensaba que en ese balcón lucharíamos y tal vez incluso muriésemos juntos, pero de pronto Amos estaba tan nervioso que ni siquiera se despidió de mí.

Me planteé si seguirlo o no, pero en realidad no tenía la menor duda.

Antes de salir del piso, Esther se interpuso en mi camino e inquirió:

—¿Por qué abandonáis vuestros puestos?

—Eso me gustaría saber a mí —repliqué, y la hice a un lado sin vacilar.

## 59

Media hora después, el teniente general Stroop ordenó a sus soldados que entraran en el gueto. Esta vez, con los colchones que llevaban a rastras y en los que en su día durmieron habitantes del gueto, levantaron una barricada y empezaron a dispararnos. Amos y yo, que estábamos en el tejado con otros combatientes, devolvimos el fuego. Yo todavía no sabía por qué Amos quería estar a toda costa allí arriba, pero no se lo pregunté. Ya no hacía preguntas: ni a otros ni a mí misma. De repente disparar y que me dispararan ya no era algo en lo que pensara. Mi cuerpo rebosaba adrenalina.

Algunos prendimos cócteles molotov, que arrojamos a los soldados. Los colchones se incendiaron, los alemanes quedaron al descubierto y les disparamos.

Después los carros de combate abrieron fuego contra nuestras posiciones desde la zona polaca, pero erraron el blanco, tal y como

sospechaba Amos. Y yo pensé: los superhombres no nos dan porque nos tienen miedo.

Amos se levantó, y fue disparando hacia los camaradas que tirábamos los cócteles. Al igual que el día anterior, abajo los soldados buscaban protección en los portales y disparaban y disparaban y disparaban. A diferencia de nosotros, no tenían que escatimar la munición.

Amos echó mano de un cóctel molotov, cogió impulso y lanzó la botella tan lejos como pudo. No a los soldados, ni a los carros de combate, sino hacia Stroop, que estaba encima de su mesa, y que dada la situación parecía de lo más ridícula. Así que por eso Amos había subido al tejado: quería ser el que matara al líder de nuestros enemigos.

El cóctel explotó a unos veinte metros del teniente general Stroop, que ni se inmutó.

Amos lanzó otro cóctel, con más energía aún: su afán de venganza le confería la fuerza de un atleta olímpico. Esta vez la distancia sólo fue de unos diez metros, y ahora sí impresionó al gigante de las SS, que vociferó algo a sus soldados. Sin duda que apuntaran mejor al tejado desde donde lanzaban los cócteles. Sin embargo, debido al ruido de las explosiones, dio la impresión de que nadie lo oyó.

Dejé de disparar, sólo miraba embobada a Amos, que tomó carrerilla con un tercer cóctel molotov que lanzó aún más lejos que los anteriores. La bomba explotó muy cerca de Stroop. El oficial de las SS se estremeció asustado; se debatía consigo mismo: ¿se quedaba en su mesa? Quería demostrar valor y firmeza a sus hombres, desde luego, y si ahora salía corriendo, ¿cómo repercutiría la espantada en los suyos?

Pero a su lado se alzaban ya las llamas, y aunque no veía a Amos, que se preparaba para tirar el cuarto molotov, el teniente general se empezaba a abochornar demasiado, en el sentido más literal de la palabra. Deprisa, pero procurando no perder la compostura, se apartó de la mesa. Segundos después la mesa ardió.

Amos lanzó gritos de alegría, y yo con él. Aunque no le había dado a Stroop, esa mesa en llamas humillaba mucho más a los alemanes que un carro de combate incendiado.

En ese momento oí que Ben *el Pelirrojo* gritaba desde el balcón que había debajo:

—¡La casa está en llamas! ¡La casa está en llamas!

En la calle, los soldados lanzaban granadas incendiarias al portal, y

las primeras llamas ya salían por las ventanas destrozadas de la planta baja.

—No podemos quedarnos aquí —opinó Amos.

Todos le dieron la razón. No tenía sentido morir quemados allí. Debíamos huir y buscar nuevas posiciones desde las que poder seguir combatiendo.

Dejamos el tejado a toda prisa y fuimos a la escalera. Naturalmente no podíamos salir por la puerta delantera, pues aunque, cosa poco probable, lográramos escapar indemnes de las llamas, que ya habían llegado al primer piso, en la calle nos abatirían los soldados. Sin embargo, el grupo armado que capitaneaba Rachel estaba preparado para la huida: a través de las aberturas practicadas en los desvanes llegaríamos al número 6 de la calle Geşia, donde retomaríamos la lucha. Rachel ya había enviado una avanzadilla para que comprobara si había moros en la costa.

Los había.

La avanzadilla, Avi, antiguo miembro de la Policía judía que se unió a la Resistencia cuando partieron los primeros trenes hacia Treblinka —¿por qué no habría tenido esa decencia mi hermano?— volvió sudando, se tocaba desesperado la barba, de un rojo encendido.

—Los alemanes han ocupado el 6 de la calle Geşia.

Nos miramos los unos a los otros con cara de espanto. Las llamas subían por la escalera, se iban apoderando de cada peldaño, y no podíamos ir a ninguna parte.

Rachel era la única que mantenía la calma:

—Tú... —dijo señalando a Avi— y tú —señaló a Ben *el Pelirrojo*—, buscad otros caminos.

Que en ese momento, con el fuego al acecho, escogiera a los dos únicos pelirrojos de entre nosotros no fue algo hecho a propósito. Salieron corriendo para buscar vías de escape en la casa mientras los demás nos reuníamos en un oscuro desván. Debido al calor del fuego estábamos sudando, y el humo hacía que nos costara respirar. Abrimos el ventanuco del desván, pero no sirvió de nada. Al contrario: entró el humo de fuera en la habitación. Rompimos a toser, y de puro miedo dije en voz baja:

—Al final moriremos gaseados y quemados.

Amos me agarró, pero en lugar de tranquilizarme me sacudió y me ordenó con brusquedad:

—¡No digas esas cosas!

Tenía razón: debía controlarme, no podía contagiar mi pánico a los demás. En ese instante volvió Avi.

—¿Y? —preguntó Rachel.

—Nada —repuso desalentado—. No hay escapatoria.

Resulta difícil controlarse cuando uno está a punto de morir quemado.

El humo era cada vez más denso. Nos lloraban los ojos. No obstante, Ben *el Pelirrojo* no había vuelto todavía, de manera que aún quedaba esperanza.

No podía evitar toser, y muchos otros tampoco. Hasta Amos, que se esforzaba por todos los medios en no mostrar debilidad, respiraba mal.

Ahora el fuego se abría paso desde arriba, por la viguería. Al parecer, los soldados también habían lanzado granadas incendiarias al tejado. Nos caía encima madera ardiendo. Sin embargo nadie gritaba, aunque sin duda era lo que todos querían hacer. Todo el mundo guardaba la compostura. Incluso cuando el suelo empezó a combarse.

—¡Enfrente! —exclamó Esther.

Por la ventana del desván vimos soldados de las SS en la casa de enfrente. Sin vacilar, Esther, Rachel y Avi, los que estaban más cerca de la ventana, comenzaron a disparar a los soldados, que en un primer momento dispararon a su vez, pero sin darnos, y luego se fueron corriendo. El intercambio de disparos nos distrajo unos segundos del hecho de estar atrapados por las llamas.

Ben *el Pelirrojo* irrumpió en la habitación:

—Creo que he encontrado una salida en el 37 de la calle Nalewki.

—¿Crees? —preguntó Rachel, tosiendo.

—No la recorrí entera, andamos cortos de tiempo.

—Creer es mejor que palmarla —respondió Rachel.

Salimos despacio del desván a la escalera, donde el humo casi no nos dejaba ver, y menos respirar, y desde allí pasamos a otro desván en cuya pared había una pequeña abertura que daba a la casa contigua. El agujero no constituía una vía de escape creada ex profeso, lisa y llanamente era un desperfecto de la construcción, tan pequeño que en un principio me pareció que no podríamos pasar por él. Pero un combatiente tras otro lo fue consiguiendo. Cuando me tocó a mí, me quedé atascada. No podía mover un hombro. Me invadió el pánico y grité:

—¡No quiero...! ¡No quiero...!

—¡Tranquila, no te pasará nada! —me chilló Amos, e intenté

continuar. Por un momento pensé que se me rompería el hombro, pero después aparecí en la otra casa. No obstante, también allí había humo: también las SS le habían prendido fuego a ese edificio.

Avanzábamos más a tientas que viendo, aguantando la respiración para que el humo no nos abrasara los pulmones, y salimos por una brecha al desván de la casa de al lado, que aún no era pasto de las llamas. Pero ni siquiera allí estábamos a salvo, puesto que el fuego no tardaría en propagarse a ella.

Un tragaluz nos permitió alcanzar el tejado, desde donde llegamos gateando —no queríamos convertirnos en blanco para los soldados— a la casa vecina, y de ahí saltamos al tejado del edificio contiguo.

—Seguro que por aquí hay un búnker —afirmó Avi.

En el ŻOB habíamos descuidado la construcción de búnkeres alternativos. Mientras los civiles habilitaban refugios por todo el gueto, nosotros nos centrábamos en los preparativos del levantamiento: procurarnos armas, liquidar colaboracionistas, adiestrarnos en la lucha... No nos planteamos en serio organizar otros escondites. ¿Por qué íbamos a hacerlo? Jamás contamos con sobrevivir más de un día. Por mucho que algunos nos dejásemos llevar por el entusiasmo al hablar de Masada, ni siquiera los más soñadores eran capaces de imaginar que pudiésemos resistir ni la mitad que nuestros antepasados contra los romanos.

Cuánto me habría gustado luchar contra los romanos. Desde la perspectiva actual, en comparación con los nazis ellos parecían hasta moderados en su persecución de los cristianos.

Ninguno de nosotros quería saber a ciencia cierta si Avi estaba seguro de que allí había un búnker o si tan sólo era una suposición. Entramos en tropel en la casa y salimos al patio en busca de una entrada oculta, y fue Esther la que encontró una puerta disimulada en el sótano. Sin llamar ni pedir permiso, la abrimos de sopetón y entramos en un refugio sofocante donde se habían cobijado unos veinte civiles, muchos de ellos niños. Exhaustos, nos sentamos en el suelo. Hasta ese momento había estado lidiando con el humo que tenía en los pulmones, pero ahora empecé a toser, me atraganté y acabé vomitando. Pero me daba lo mismo: por el momento estábamos a salvo. No había muerto quemada.

—¡Largaos! —chilló con histerismo una mujer que tenía en brazos a un niño escuálido que apenas era más que un esqueleto andrajoso.

—¡Fuera de aquí! Nos ponéis en peligro a todos —espetó otra, de más

edad, con las mejillas hundidas; otro muerto viviente.

Antes de que alguno de nosotros pudiera decir nada, nos llovieron gritos por todas partes: «¡No os queremos aquí!», «¡Moriremos todos por vuestra culpa!», «Si los alemanes os encuentran aquí, también nos matarán a nosotros».

Aquello era increíble: luchábamos por el gueto y esa gente temía tanto por su vida que nos odiaba por ello.

De un rincón donde se apretujaban varios niños un joven se adelantó y exclamó con determinación:

—¡Los combatientes se quedan!

Ese hombre era Daniel.

## 60

Lo reconocí de inmediato aun a la débil luz de las velas, aunque tenía la cabeza prácticamente rapada y estaba mucho más delgado que antes.

—¿Has estado en Treblinka? —pregunté espantada y tosiendo, en parte debido al humo, que me seguía abrasando los pulmones, pero también porque la tos me recordó a Ruth, que logró salir del campo porque su amante pagó por ello. Pero seguro que por Daniel nadie había dado dinero, y según todo lo que habíamos oído, ya nadie estaba en condiciones de escapar de un campo de concentración. Nuestros espías, que se habían acercado hacía unos meses a Treblinka, contaban que los prisioneros se lanzaban contra las alambradas electrificadas para poner fin a su angustiosa vida.

—Tuve piojos —contestó Daniel.

Me alivió oír eso, y por fin conseguí dejar de toser.

Amos me miró: no conocía a Daniel y yo no le había hablado de él, igual que yo tampoco le dije nada a Daniel de Amos. Sin embargo, no se metió en la conversación y miró de nuevo a los histéricos civiles, que después de que Daniel hiciera valer su autoridad se acurrucaron en los rincones y nos dirigieron miradas rebosantes de odio, como si fuésemos nosotros los que queríamos matarlos.

—Militas —constató Daniel al ver la pistola que sostenía en la mano.

—Sí —respondí, sin saber qué le parecería.

Él no iba armado, estaba claro que no formaba parte de los insurgentes.

—Y matas. —Parecía decepcionado conmigo.

¿Cómo se atrevía? ¿Por qué me juzgaba? Yo también podía juzgarlo a él por no ayudarnos.

Daniel se dio cuenta de que me enfadaba y la expresión de su cara se suavizó.

—Me alegro mucho de que sigas con vida, Mira.

Tenía razón, era absurdo enfadarse. Ése era un momento dichoso.

—Lo mismo digo, lo mismo digo... —contesté, y nos abrazamos, un gesto que me resultó muy íntimo.

Sólo nos separamos cuando Amos se nos acercó y dijo:

—No sé cuánto tiempo podremos quedarnos aquí, tarde o temprano los soldados incendiarán la casa y moriremos asfixiados en este búnker.

—¡Si nos mandan a los hornos será culpa vuestra! —chilló la mujer esquelética mientras su hijo nos miraba con tanta apatía como si su espíritu se hubiese convertido en cenizas hacía tiempo.

Antes de que Amos o yo pudiéramos echarle una reprimenda, Daniel fue con ella, le cogió al niño y le habló con mucha calma:

—No moriremos aquí.

La mujer lo creyó, y al crío se le cerraron los ojos en sus brazos. Entonces lo entendí.

En ese búnker, Daniel era un pequeño Korczak.

## 61

Mientras mis compañeros deliberaban en un rincón del pequeño refugio, yo me fui a otro con Daniel. Nadie objetó nada, ni siquiera Amos. Era tan poco habitual, tan increíble cruzarse con alguien del pasado a esas alturas..., a todos les habría gustado protagonizar un encuentro así.

—Menudo Pésaj —observó Daniel, en cuyo regazo dormía el niño.

—¿Cómo lograste seguir con vida? —quise saber.

—Mi novia me dejó fuera de combate.

Le vi en la cara que ya no estaba enfadado conmigo.

—Fue un detalle de tu novia... —respondí.

Todavía no estaba segura de que lo que hice entonces fuera lo correcto.

—Sí que lo fue —replicó, con una sonrisa amable, casi cariñosa.

Una niña de unos ocho años se apoyó en él. Llevaba un vestido roto y tenía la mano cerrada, al parecer apretaba algo con fuerza. La pequeña me resultaba familiar.

—Ésta es Rebecca —me la presentó Daniel.

—Hola, Rebecca —saludé.

La pequeña me miró con recelo.

—No habla —añadió él.

Caí en la cuenta de que era la niña que me sacaba la lengua en el orfanato. Aún llevaba el vestido de lunares rojos de entonces, sólo que ahora estaba tan sucio que no se distinguían ni el color ni los lunares.

—Rebecca se escondió cuando llegaron los alemanes al orfanato.

Me mordí la lengua para no decir que había sido muy inteligente por su parte. Mucho mejor que subirse a un vagón de ganado con una bandera ondeando al viento.

—¿Qué lleva en la mano? —preferí preguntar.

—Su canica preferida. No la suelta nunca.

La niña me lanzó una mirada hostil, como si fuese a arañarme la cara si se me ocurría acercarme a su canica. No, no como si me la fuese a arañar, sino con idea de hacerlo.

—¿Habéis estado juntos todo este tiempo? —le pregunté a Daniel.

—La escondí y trabajé en Többens para que tuviésemos algo de comer.

Quería saber si entretanto me había estado buscando, pero entonces habría tenido que admitir que yo no lo había hecho.

—¿Y tú? —se interesó él.

—Después de que empezaran las deportaciones me uní a la Resistencia.

—¿Y Hannah?

No contesté.

—Lo... siento —dijo con sinceridad, y fue a cogerme la mano para consolarme, pero yo la retiré, y, al hacerlo, él vio la alianza.

—¿Te has... te has casado? —inquirió, y aunque procuró que no se le notara, vi que le afectaba.

—No de verdad —dije.

—¿Cómo se puede estar casado no de verdad?

—Cuando sólo es una tapadera.

—Pero vosotros estáis... —Señaló a Amos, del que intuyó, por instinto y con buen criterio, que era mi marido.

—Sí —repuse—. Estamos.

No le hizo gracia.

Y a mí no me hizo gracia que a él no se la hiciera. ¿Qué esperaba? ¿Que lo quisiera sólo a él eternamente aun cuando lo creía muerto?

Me volví a enfadar, concretamente porque me sentía culpable por no haberlo buscado.

—¿Te unes a nosotros? —pregunté; no quería hablar más de Amos y de mí.

—No —fue su escueta respuesta.

—¿Por qué no?

—No creo en matar.

—¿Que no crees en matar? ¿Que no crees en matar? ¡Pues las SS sí!

—Lo sé.

—Y defendiéndonos le devolvemos a nuestro pueblo su dignidad.

—Hay cosas más importantes que la dignidad.

—¿Y cuáles son esas cosas, según tú?

—La supervivencia.

Por un instante me cerró la boca, pero después dije, sin dar crédito:

—Pues bien que querías ir a los vagones. Y ahora tu supervivencia es más importante que todo lo demás, ¿no?

—No, la mía no —afirmó, al tiempo que abrazaba a la pequeña Rebecca.

¿Es que no quería luchar por ella? ¡Como si fueran a sobrevivir los dos! ¿Y si decía en voz alta lo que pensaba? Pero la niña era pequeña, y sería cruel decir delante de ella que todos nosotros, incluida ella, moriríamos. Por otro lado, ¿de qué serviría mentirle o protegerla? Seguro que la pequeña lo sabía de todas formas. Al menos instintivamente.

—Vamos a morir todos —aseguré—. La cuestión es cómo.

—¿Como héroes? —repuso Daniel con una sonrisa burlona.

—Si lo quieres llamar así.

—Así lo llamáis vosotros en vuestras octavillas clandestinas —precisó él—. Pero no hay nada heroico en matar a otros.

—Y sí en subirse a un vagón de ganado con una bandera ondeando al

viento, ¿no? —le solté, furiosa.

Ahora también se enfadó él:

—Korczak estuvo con los huérfanos hasta el final, y eso tiene más valor que lo que hacéis vosotros.

Me había pasado: no había estado bien atacar al anciano. Quizá, quizá Daniel estuviese en lo cierto y de verdad tuviera más valor ir a la muerte con los seres queridos que buscar el propio final empuñando un arma.

¿Habría tenido yo tanto valor como para morir junto a Hannah? ¿O habría huido si se hubiese presentado la oportunidad?

—Haré todo lo que pueda para que siga viva, no tenemos por qué morir —adujo Daniel mirando a Rebecca, que por su parte contemplaba su tesoro, que ahora sostenía con la mano abierta: una canica blanca y azul.

Esa pequeña era el único superviviente de la familia de huérfanos de Daniel, su hermana. Por eso se negaba a pensar ni siquiera un segundo que también pudiera perderla. Lo entendía: si Hannah viviera, probablemente yo reaccionase igual.

—Podrás defender mejor a la niña si tienes un arma —argüí, más tranquila.

Pero Daniel sacudió la cabeza: las armas no casaban con el espíritu de Korczak. Era inútil seguir hablando de ello. Me levanté y fui con mis camaradas, que para entonces ya habían decidido salir por la noche en busca de provisiones y establecer contacto con los demás grupos.

Rachel me ordenó:

—Ve a ver si el terreno está despejado.

—Voy yo —se ofreció Amos.

No podía permitirlo, yo era una combatiente igual que él, no una princesa a la que su príncipe tuviera que proteger.

—¡Voy yo! —afirmé con determinación, y salí del búnker y subí del sótano a la casa, que aún tenía la mayor parte de las ventanas intactas. Miré con cuidado por una de ellas a la oscura calle. No se veía ningún soldado, claro que desde allí no podía abarcar la calle entera, para eso tenía que salir.

Empuñé la pistola, no con la esperanza de poder reducir yo sola a una patrulla de las SS, pero sí con el objeto de poder ganar el tiempo necesario en caso de emergencia y que no me cogieran. No obstante, si los alemanes me veían, no podría volver al búnker, ya que de ese modo conduciría a las SS hasta el escondite. Y si me pillaban, me torturarían hasta que delatara a

mis camaradas. Y a los civiles. A Daniel. A Amos.

Antes de que eso pasara, me pegaría un tiro.

Salí con cautela. El aire olía a humo. En la calle, al fondo, aún se veían los rescoldos de los restos de una casa que había ardido por completo a excepción de los cimientos. Nadie por ninguna parte. Fui hasta el cruce siguiente para asegurarme: ni rastro de las SS. Tampoco oía carros de combate ni coches. Miré hacia la plaza Muranowski: las banderas seguían meciéndose con el viento. El gueto aún era nuestro.

## 62

Esa noche supimos cuáles habían sido las pérdidas que tenían que lamentar otros grupos, pero nos insuflamos valor mutuamente durante la cena: ya habíamos sobrevivido dos días, habíamos hecho frente a los alemanes dos días y lo lograríamos también un tercero.

Por la mañana temprano tomamos posiciones en el cuarto piso, mientras los civiles permanecían en el búnker, pero no nos vimos involucrados en ninguna refriega, en el gueto sólo se oía fuego de artillería aislado.

—Los alemanes ya no se atreven a entrar —opinó alegremente Esther a mediodía.

—No nos caerá esa breva —dijo Amos.

Ni que decir tiene que no se equivocaba.

Media hora después oímos que llegaban camiones. Uno de ellos paró calle abajo. Se bajaron soldados de las SS. Desde donde nos encontrábamos no podíamos dispararles, estaban demasiado lejos. Los soldados colocaron barriles ante las puertas.

—Contienen gasolina —informó Amos.

Los hombres se subieron a los camiones, lanzaron teas encendidas y se fueron. Los barriles se prendieron y explotaron. En cuestión de segundos se incendiaron las primeras casas.

—No, por favor... —suplicó Esther.

Los demás guardamos silencio, horrorizados.

A los balcones y ventanas de las casas en llamas salieron civiles. No tenían más remedio que tirarse. Delante de los edificios se plantaron

soldados de las SS, que se divertían disparando a los que saltaban. Cada vez que acertaban a alguien en plena caída lo celebraban; a voz en grito cuando uno de ellos le dio a una madre que llevaba a un niño en brazos.

Una anciana cayó de un balcón a un montón de basura ardiendo. La mujer no pudo bajarse, se había herido con el golpe. La antorcha humana chillaba y chillaba y suplicaba a los soldados:

—Pegadme un tiro, por favor, por favor, por favor, pegadme un tiro.

Pero no le concedieron ese favor. Prefirieron seguir disparando a judíos que saltaban. Para ellos era igual de divertido que ir a la feria.

Todos mirábamos petrificados. La primera que fue capaz de decir algo fue Rachel:

—Tenemos que acercarnos.

Pero antes de que pudiéramos ponernos en marcha para matar a esos malnacidos y que nos mataran, vimos que los soldados iban de casa en casa arrojando granadas incendiarias a los portales.

—¡Debemos sacar a los civiles del búnker! —objeté, deteniendo a Rachel—. También le prenderán fuego a este edificio. —Y cuando dije «civiles» pensaba sobre todo en Daniel, y un poco en su hermanita.

—Tienes razón —convino Rachel; su deseo de venganza no era mayor que el de ayudar a la gente.

Corrimos al sótano, y justo cuando abríamos la puerta del refugio oímos una explosión: los alemanes habían lanzado una granada incendiaria a nuestro edificio.

—¡Deprisa, deprisa! —instó Rachel a los civiles—. ¡Tenemos que salir de aquí!

Entonces una granada bajó rodando por la escalera que conducía al sótano.

—¡A cubierto! —exclamó Amos.

Salimos todos corriendo, la mayoría hacia el búnker. Salvo Esther... Esther intentó guarecerse en un cuarto contiguo y el artefacto fue directo a ella y explotó.

—¡Esther! —gritó Amos para hacerse oír entre el ruido, y salió del búnker y atravesó las llamas para ir en su busca. Pero allí sólo había un cuerpo hecho pedazos.

Amos lanzó un grito animal.

—¡La escalera! ¡La maldita escalera! —advirtió Avi.

Con la granada, los soldados habían destrozado la escalera del sótano.

Sobre nosotros ardía la casa, y ya no podíamos salir, estábamos atrapados en un agujero excavado en la tierra como conejos en una madriguera en llamas.

—¡Vamos a morir quemados! ¡Vamos a morir quemados! —vociferó, histérico, Avi.

—¡Necesitamos una escalera de mano o un tablón! —pidió Rachel, que una vez más fue la primera en pensar con lucidez.

Todos nosotros nos pusimos a buscar. Todos menos Amos, que seguía con la vista clavada en las llamas donde se consumía el cuerpo de Esther.

—¡Amos! —lo llamé.

No reaccionó.

—Amos, necesitamos algo para salir de aquí.

Despacio, muy despacio, consiguió dejar de mirar las llamas.

Entretanto en el refugio, la gente, presa del pánico, empezó a dar gritos. Daniel intentó calmarlos:

—Vamos a salir de aquí, vamos a salir de aquí...

Lo repetía una y otra vez, pero no servía de nada: la gente estaba aterrada.

—¡Aquí! —dijo Ben *el Pelirrojo* mientras señalaba una madera grande que había en un rincón. La colocamos allí donde no hacía ni dos minutos estaba la escalera, de canto y en un ángulo muy cerrado. No se podría subir por ella con facilidad, habría que hacerlo a pulso.

Daniel se acercó a mí.

—Los ancianos y los enfermos no podrán.

Nosotros, los combatientes, dejamos que subieran primero los civiles, ayudándolos en la medida de lo posible. Incluido Amos, aunque miraba una y otra vez hacia las llamas que devoraban el cuerpo de Esther, un espectáculo que yo evité.

Al final, en el búnker quedaba alrededor de una docena de personas: enfermos, heridos, débiles; entre ellas la mujer esquelética con el niño.

—No podemos dejarlos aquí —dijo Daniel.

—No hay más remedio —objetó Rachel.

Muchos pidieron:

—¡No nos dejéis aquí! ¡No nos dejéis aquí!

Algunos lloraban. Sin embargo, la mayoría no decía nada. Habían permanecido mucho tiempo escondidos, habían sobrevivido. Y todo para acabar siendo pasto de las llamas.

Los combatientes fuimos subiendo por la madera uno tras otro, incluido Daniel, que decidió seguir viviendo con su hermana en lugar de quedarse con los inválidos.

No hubo ni un instante de tregua para poder llorarlos. Ni para llorar a Esther. Cuando salimos al patio el cielo era de un rojo encendido. A nuestro alrededor, las enormes llamas daban buena cuenta de las casas.

—Seguro que el infierno es así —comentó Ben *el Pelirrojo*.

Emprendimos la marcha a través de ese infierno, veinte combatientes y unos cuarenta civiles. Corríamos por las calles incendiadas, de las que los alemanes se habían retirado para no arder también en el infierno. Los edificios se desplomaban, los adoquines se derretían bajo nuestros pies. Tenía miedo de quedarme pegada a ellos. El rugido de las llamas era ensordecedor. De un momento a otro, me temía, ese ruido infernal haría que me estallara la cabeza. Nos llovían trozos de madera ardiendo. A un civil lo mató un madero; a otro, unas tejas que se desprendieron.

Daniel agarraba con fuerza a su Rebecca, que a su vez apretaba la canica en el puño: sabía que si se le caía al suelo, su tesoro se desharía.

Lo que era importante para la gente cuando la muerte rondaba...

Nos abrimos paso hasta la zona del gueto que no estaba ardiendo y a la que, mientras el viento fuera favorable, no alcanzaría el fuego. A última hora de la tarde llegamos a un patio donde se apiñaban unos cien civiles, todos con lo poco que habían conseguido salvar de sus casas quemadas, que para ellos tenía la misma importancia que la canica para Rebecca.

Esta vez nadie nos increpó, al contrario, nos suplicaron: «¡Ayudadnos!», «¡Sacadnos del gueto!», «¡Salvad a mi hijo!».

Nos acosaban por todas partes, pero nosotros tampoco sabíamos qué hacer.

—No podemos llevarnos a toda esta gente —opinó Avi.

—Lo que no podemos es abandonarlos a su suerte —se compadeció Rachel.

Y yo pensé que los dos tenían razón.

—Debemos buscar otro escondite. —Rachel expresó lo evidente—. Un búnker que sea lo bastante grande.

—Y rezar para que los alemanes no vuelvan esta noche —añadió Avi.

—Yo no rezo —espetamos a la vez Amos y yo.

Los combatientes nos dividimos en patrullas de reconocimiento. Amos y yo nos marchamos. El cielo nocturno se cernía inquietante sobre el

gueto. Miré sin querer hacia la plaza Muranowski: las banderas seguían tremolando al viento, pero para mí sólo era un pobre consuelo. Ese día habíamos visto morir a personas. ¡Habíamos visto morir a Esther!

Amos no dijo ni una palabra mientras recorríamos las calles.

—Esther... —empecé.

—Tuvo una muerte digna —fue su lacónica respuesta para zanjar la conversación.

Digna. Morir despedazado por una granada no era muy heroico, a mi juicio. Por mucho que mi cabeza intentara convencerme de lo contrario, su muerte me parecía igual de ignominiosa que la de cualquier otro judío del gueto.

Amos y yo peinamos en silencio edificio tras edificio en busca de un búnker. Sólo nos detuvimos en una ocasión, cuando encontramos agua en un piso abandonado. Bebimos hasta aplacar nuestra sed. Aproximadamente una hora después encontramos un refugio bajo los escombros de una casa medio derruida.

—Aquí no podremos meternos todos —apunté mientras imaginaba la calamitosa situación: la gente apelotonada, sudorosa, desesperada, asustada.

—Bastará para nuestro grupo —repuso Amos.

—No podemos abandonar a su suerte a los civiles —espeté furiosa.

—Que decida Rachel —propuso, y asentí.

No obstante, no sabía si Rachel abandonaría a los civiles, y con ellos a Daniel y Rebecca. ¿Me quedaría en esa ratonera con él? No, una única combatiente no podría ayudar de ninguna manera a los civiles. Seguiría a Rachel y al resto y dejaría a Daniel en la estacada.

Alrededor de medianoche regresamos al patio, donde, para sorpresa nuestra, reinaba el ajetreo que precede a una partida. Antes de que nos diera tiempo a preguntar qué había pasado, Daniel me contó:

—Los vuestros nos han encontrado un búnker.

—¿Para todos? —pregunté con incredulidad.

—Eso han dicho.

—Es... es un milagro —dije.

—Eso mismo dije yo —sonrió Daniel—. No moriremos.

Creía que podría librarse. Contra viento y marea. Posiblemente estuviera loco. Tenía que ser eso, ya que de otra forma no se podía explicar su optimismo. Eso era, Daniel estaba aún más loco que yo. Pero su locura

era mejor que la mía.

## 63

El búnker de la calle Miła pertenecía a Szmul Aszer y su banda de Jompe. El mafioso estaba mucho más delgado que hacía un año y ahora tenía una cicatriz en la cara; seguro que de cuando estuvo en la cárcel, de la que logró salir pagando. Con el dinero restante él y los suyos construyeron ese búnker enorme, donde había un pozo de agua potable, electricidad, una cocina perfecta, sofás elegantes e incluso vitrinas. Un refinado salón bajo tierra.

Delinquir compensaba. No sólo a los industriales alemanes.

Aszer se acercó a mí, me reconoció en el acto y quiso saber:

—¿Por casualidad has vuelto a ver a Ruth?

¿Le contaba que tosía ceniza, que en Treblinka la violaba la Muñeca y que cantaba medio enloquecida *Lulei, lulei, hijo mío?*

—Te quería —repuse.

A Aszer le bastó. Cerró un instante los ojos. Él también la quería a ella.

Cuando los abrió de nuevo, se dirigió con resolución hacia nuestros líderes, entre los que para entonces también se encontraba ya Mordejai, y dio la bienvenida a combatientes y civiles.

—Lucharemos y moriremos con vosotros —prometió el mafioso—. Al fin y al cabo somos todos judíos.

Eso era algo con lo que sin duda no contaban los alemanes cuando decidieron llevar a cabo el exterminio: convirtieron en judíos orgullosos, combativos, a personas a las que durante toda su vida les había dado lo mismo ser judías.

A nuestro grupo, junto con algunos civiles, le fue asignado un cuarto llamado Auschwitz. Aszer había dado a los espacios el nombre de campos de concentración: Treblinka, Sobibor, Mauthausen...

Hasta entonces, Auschwitz era de un hombre llamado Izak, que vivía allí con su familia. A Izak, un tipo bajito que me recordaba a una comadreja, no le hizo ninguna gracia que su jefe nos abriera el búnker: quería morir con cierto bienestar. Pero ¿qué otra cosa podía hacer?

Les dejamos a él y a su mujer la cama, tuvimos esa deferencia. Amos y yo nos tumbamos al lado de una pared. Él no tardó en dormirse, y no paró de moverse en sueños. No era de extrañar, teniendo en cuenta que ese día había muerto Esther.

Frente a nosotros se acomodaron Daniel y la pequeña Rebecca, y verlos me hizo sentir envidia. No de Rebecca, por poder acostarse junto a Daniel, sino de Daniel, por poder estar con su hermanita.

En el mundo de las 777 islas el *Conejo* atracó en la Isla de los Espejos. En contra de lo que cabía esperar, esa isla no era de espejos, sino de piedras. O mejor dicho: era una gran montaña que se alzaba hasta las nubes.

—Seguro que el palacio de los espejos está ahí arriba, por encima de las nubes —aventuró Hannah—. Tendremos que ir hasta allí.

—Pues qué bien —resopló el hombre lobo—. ¿Acaso soy un gato montés?

—Si fueses un gato montés serías más guapo —apuntó, lanzando un suspiro, el capitán.

—Habló la liebre, que con esa cara le pone a uno los pelos de punta... —soltó el hombre lobo.

Yo también vacilé. Me daba miedo el Señor de los espejos. Y más todavía que Hannah pudiera morir si se enfrentaba a él.

—Si hemos llegado hasta aquí, podremos con el resto —nos animó mi hermana.

Y tras echarse a la espalda una mochilita en la que estaban los tres espejos mágicos, se puso en camino.

Me alegraba de volver a verla. Había hecho el intento de despedirme de ella, pero, en contra de lo que cabía esperar, seguía con vida y, por tanto, ella también.

Concebí esperanzas. ¿Qué acababa de decir Hannah? «Si hemos llegado hasta aquí, podremos con el resto.» Quizá, quizá, eso también fuera extensible a la vida fuera de las 777 islas.

La locura de Daniel era sumamente contagiosa.

La esperanza con la que volví de las islas se truncó a la mañana siguiente. Las banderas ya no ondeaban: habían vencido a nuestros camaradas de la plaza Muranowski. Por todo el gueto caían combatientes. Ya no podíamos lanzar ataques potentes. Cada vez estábamos más debilitados, cada vez teníamos menos munición. Además las SS habían cambiado de táctica: en lugar de entrar en el gueto con destacamentos grandes, recorrían las calles en pequeñas unidades.

Decidimos optar por la guerra de guerrillas y atacar patrullas de las SS que llevaban a judíos a la estación. Unas veces conseguíamos reducir a los soldados y concederles a los judíos unas horas más de vida, pero otras éramos derrotados y perdíamos compañeros. A Avi le destrozó una pierna la metralla; nos costó lo nuestro ponerlo a salvo.

Me acostumbré a los combates diarios, al peligro, también a matar, e incluso a que de cada operación volvieran menos. Sin embargo, no era capaz de acostumbrarme a seguir viva día tras día. Si al inicio del levantamiento eso me estimulaba, ahora, sobre todo, me producía cansancio.

Nuestros líderes confiaban en que lográsemos despertar a los polacos para que se unieran a nosotros, y redactaron un manifiesto que llamaba a la lucha conjunta y que pasaron clandestinamente al otro lado. Pero no le hicieron el menor caso. Algunos polacos que vivían cerca del muro hasta contemplaban desde sus casas el espectáculo llamado «la caza del judío», como si fuese una versión moderna del circo romano. Seguro que esos curiosos no habrían puesto reparos a que las SS hubieran metido en el gueto leones hambrientos.

En lugar de eso, las SS empleaban sabuesos. Cuando no iban prendiendo fuego casa tras casa, las unidades alemanas buscaban búnkeres con los perros. En esa búsqueda también contaban con la ayuda de colaboracionistas: incluso a esas alturas aún había personas que creían que podrían salvarse delatando a otras. Los soldados hasta enviaban a niños a buscar escondites. Como recompensa les daban algo de comer.

En los atestados búnkeres la gente no decía ni pío durante el día. Nadie se atrevía a hablar o toser por miedo de revelar su refugio.

Tras un tiroteo en el que nos vimos envueltos cerca de la calle Leszno, y en el que no pudimos matar ni a un solo alemán pero sí perdimos valiosa munición, Ben *el Pelirrojo*, Amos y yo volvimos al 18 de la calle Miła.

—Mirad —susurró Ben cuando, al llegar a la escalera que bajaba al

sótano, vimos a un chico con gorra que andaba curioseando por allí.

—Está buscando un escondite —musité yo mientras lo observábamos desde la escalera.

—La cuestión es si lo busca para él o para las SS —puntualizó Amos—. Hay una patrulla a una manzana.

—Ha encontrado el búnker —constató Ben *el Pelirrojo*.

El chico estaba justo delante de la entrada, disimulada con ladrillos. Pero no entró. Dudaba.

—Nos delatará —aseguró, convencido, Amos.

Le iba a decir que esperara un poco antes de emitir un juicio: si el niño se iba, podríamos estar seguros de que lo habían enviado las SS. Pero Amos no esperó.

—¡Chico! —lo llamó.

El muchacho se asustó. No como alguien que sólo busca un refugio y es sorprendido por un amigo, sino más bien como alguien que pretende revelar un escondite y es descubierto por un enemigo.

Bajamos la escalera y nos plantamos delante de él.

Levantó las manos despacio.

—¿Qué... qué hacemos con él? —preguntó Ben *el Pelirrojo*.

—Pegarle un tiro —resolvió Amos.

El chico palideció.

—No lo dirás en serio —objeté.

—No hay otra solución —respondió Amos al tiempo que sacaba la pistola.

—Pues claro que hay otra solución.

—Nos traicionará.

—No lo sabes.

El chico tenía demasiado miedo para defenderse, tan sólo suplicó:

—Por favor...

Y el hecho de que no se defendiera dejaba claras sus intenciones.

Amos lo apuntó con la pistola.

Y él no dijo ni una palabra más.

—¡Estás loco! —le grité a Amos—. ¡No puedes matar a un niño!

No contestó, la mano le temblaba, pero le puso al chaval el cañón en la frente.

—Si hacemos esto, no seremos mejores que los alemanes.

La mano le temblaba cada vez más, y tenía la frente bañada en sudor.

—Si no lo hago, todos los del búnker morirán.  
—No lo sabemos.  
—¿Puedes correr el riesgo, Mira?  
No podía.  
Pero era tal el deseo de hacerlo que repliqué:  
—Debemos correrlo.  
Amos no dijo nada.  
El niño empezó a lloriquear, y del miedo se orinó en los pantalones.  
—¿Qué clase de persona quieres ser? —le pregunté, desesperada, a Amos—. ¿Una que mata a un niño?  
Amos se debatía consigo mismo. Se le saltaron las lágrimas, y la mano le temblaba ya como la de un anciano enfermo.  
—Amos... —le supliqué—. Si queremos seguir siendo personas...  
Rompió a llorar, y finalmente bajó la pistola.  
Aliviado, el chico empezó a sollozar ruidosamente.  
A mí también se me saltaron las lágrimas.  
Quería abrazarlos a los dos: a Amos y al niño.  
Entonces se oyó un disparo.  
El niño cayó al suelo ante nosotros.  
Amos y yo miramos horrorizados a Ben *el Pelirrojo*, que empuñaba su fusil y que adujo tartamudeando:  
—N-nos... ha-habría... t-t-traicionado a t-t-todos.  
Y los tres nos echamos a llorar.

## 65

—Así que ahora también matáis a los niños, ¿no? —me preguntó Daniel mientras yo, sentada en el suelo del búnker, limpiaba un fusil que habíamos conseguido.  
—La culpa la tienen los alemanes —respondí sin mirarlo.  
—No son ellos los que han matado al chico —puntualizó él.  
—Sí, desde luego que sí: fueron ellos los que lo enviaron —aseveré mientras me levantaba.  
—Lo habéis matado vosotros, por mucho que quieras excusarlo.  
La palabrería de Daniel me encendió. Amos, Ben y yo ya sufríamos

bastante por lo que había ocurrido; lo último que me faltaba era escuchar reproches. Me entraron ganas de pegarle, pero en vez de eso dije:

—No tuvimos más remedio.

—Siempre se puede elegir. En todas las circunstancias. Y vosotros hicisteis una mala elección.

Yo también lo sabía.

—Yo no quería... —intenté justificarme ante Daniel y ante mí misma.

—Pero tampoco lo impediste —me interrumpió.

Ahora sí le pegué un bofetón con todas mis fuerzas.

Y lo único que me dolió al hacerlo fue que sólo le di con la mano, no con el puño.

Daniel me miró con tal cara de furia que creí que me devolvería el golpe.

—¿Quieres vivir? —le escupí—. Cada segundo que sigues con vida nos lo tienes que agradecer a nosotros.

—Gracias —repuso con amargura.

—Ese niño nos habría delatado, y ahora estaríamos todos muertos o en la estación.

Daniel no dijo nada, sabía que tenía razón.

—Él o Rebecca. ¿Qué habrías preferido?

Él continuaba sin hablar.

Pero yo quería que respondiera algo para poder golpearle de nuevo. Y para no llorar yo. Sobre todo para no llorar yo. Sin embargo guardaba silencio.

—Quise... Quise impedirlo... —afirmé, procurando contener las lágrimas.

A Daniel se le pasó el enfado.

—Debes creerme. Pero no lo conseguí...

—Lo... siento —se disculpó.

—¿Que no lo haya impedido?

—Eso..., y que sufras por ello...

Quiso darme un abrazo para consolarme.

Y yo quería dejarme abrazar.

Pero en ese momento llegó Amos y anunció:

—Esta noche se obrará un milagro.

—¿Qué? —preguntamos a la vez Daniel y yo.

Amos ninguneó a Daniel, como hacía todo el tiempo, y me llevó a

otro cuarto del búnker, con un joven de barba cerrada y crespa.

—Éste es Leon Katz —nos presentó—. Leon, ésta es Mira, una voluntaria para nuestra empresa.

Me pregunté de qué empresa se trataría, ¿un ataque especialmente efectivo contra los alemanes?

—Dile lo que haremos —instó Amos a Leon.

—Esta noche haremos pan.

—Estás loco. —Me salió del alma.

—Leon es panadero —precisó Amos.

—Me estáis tomando el pelo.

—Que no, que es verdad —aseguró Amos.

—He encontrado una panadería en el patio de al lado —contó entusiasmado Leon—. Con sacos llenos de harina. Y también hay bastante agua. Sólo falta levadura.

—¿Levadura? —no acababa de entenderlo.

—Pero la sustituiremos por cebollas.

—¿Cebollas?

—Hay de sobra en las casas —contó el panadero, risueño.

No pude sino sonreír a mi vez, su entusiasmo era de lo más contagioso.

—Mañana el gueto entero podrá comer pan —prometió Leon.

Un milagro.

## 66

Media hora después, Leon volaba por la panadería. Se había puesto un delantal blanco, que lucía con más orgullo que un soldado su uniforme, y nos daba órdenes: «¡Amasad más deprisa!», «Esas cebollas hay que picarlas más finas», «¡Así no se enciende un horno!».

Nosotros, los *oficiales panaderos*, nos burlábamos de él de broma: «Procura que no caigan pelos de tu barba en la masa», «Contigo de comandante, el Ejército polaco habría perdido incluso antes », «Eres tú el que me hace llorar, no las cebollas».

Estábamos felices y contentos: ¡haciendo pan en plena guerra! Durante un rato hasta olvidé lo sucedido con el niño.

Cuando Leon pesaba masa en la balanza, Rachel se le acercó y preguntó:

—¿No da lo mismo que los panes sean de distinto tamaño?

Él se dio una palmada en la frente:

—Tienes razón, así lo único que hago es perder un tiempo valioso, menudo idiota estoy hecho.

A pesar de lo relajado del ambiente, el tiempo apremiaba. Debíamos tener el pan listo y en el búnker antes de que amaneciera.

—Esperemos que no se vea el humo —apuntó Rachel cuando Leon metió el primer pan en el horno.

A Amos y a mí nos mandaron salir para comprobarlo, y naturalmente en el cielo se veía el humo que salía de la panadería. Como los nazis entraran en el gueto por la noche a por todas, nos descubrirían en el acto.

—Vale la pena correr el riesgo —dijo Amos.

—Sí. —Le di la razón.

—Para variar hacemos algo distinto de matar —añadió en voz baja.

A él lo atormentaba aún más que a mí la muerte del niño, al fin y al cabo había sacado la pistola antes que Ben.

—Creía que podría saldar mi deuda luchando —confesó mientras veíamos cómo el humo ascendía hacia las estrellas—, pero los alemanes me obligan a cargar cada vez con más culpa. Hasta el fin de mis días.

Le cogí la mano, la apreté con fuerza y contesté:

—Hasta el fin de nuestros días.

Trescientos panes.

Fueron los que conseguimos hornear hasta que amaneció.

Como no teníamos levadura, el pan era muy plano, pero así y todo tenía un aspecto magnífico. Lo repartimos entre la gente del búnker, que se abalanzó sobre el pan caliente.

—¿Les ves los ojos? —preguntó Amos al observar a un montón de niños atiborrándose.

—Sí —repuse, la voz quebrada.

Les brillaban.

Esa mañana no les ofrecimos dignidad ni honor a los judíos, sino que con el pan les regalamos un poco de felicidad. Y a nosotros también.

—Deberíamos haber excavado túneles que llevaran hasta el otro lado —se lamentó Mordejai cuando los combatientes nos reunimos en asamblea para tratar la situación en el búnker del 18 de la calle Miła. Era la primera vez que veía abatido a nuestro líder—. Si pudiésemos salir del gueto —continuó—, podríamos seguir luchando contra los alemanes en los bosques. ¿Qué sentido tiene morir calcinados aquí?

—Que las SS lo estén arrasando todo podría ser una oportunidad —intervino Aszer.

Todos miramos con cara de asombro al mafioso, que a diferencia de los demás miembros de la banda de Jompe no se había quejado ni una sola vez de que su lujoso refugio se hubiera convertido en un cuchitril atestado y sofocante.

—El fuego también se está propagando a las fábricas —prosiguió.

—Eso ya lo sabemos. ¿Adónde quieres ir a parar? —preguntó, impaciente, Amos.

—Los alemanes traen a bomberos polacos para que apaguen los incendios. Y si...

—... los sobornamos —siguió Avi, que aún tenía la pierna en muy malas condiciones—, os podrían sacar del gueto.

Avi estaba entusiasmado con la idea, aun cuando sabía perfectamente que al estar herido no podría ir al bosque.

A Mordejai también le sedujo el plan, de manera que se decidió ejecutarlo. Rachel, Leon —el panadero—, Amos y yo fuimos esa misma noche a una fábrica incendiada. Avanzábamos a hurtadillas, tensos, por las calles devastadas. A esas alturas las SS ya se atrevían a entrar con sus patrullas en el gueto cuando caía la noche. Al cabo de veinte minutos llegamos al recinto, donde bomberos polacos —evidentemente vigilados por algunos soldados letones de las SS— combatían un fuego de grandes dimensiones para salvar lo que pudiera salvarse. Nos escondimos detrás de un muro medio derruido y estuvimos observando las labores de extinción.

—¿Liquidamos a los soldados? —susurró Amos.

—Si lo hacemos, los bomberos saldrán corriendo, y dentro de unos minutos tendremos encima a más soldados —contestó Rachel en voz baja.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—Esperar.

—¿Quieres decir confiar en que tengamos suerte y algún bombero venga hacia nosotros?

—Un poco de suerte no nos vendría nada mal, para variar —adujo Rachel con una débil sonrisa, mientras yo pensaba que ya habíamos agotado esa suerte en las semanas del levantamiento.

De modo que permanecemos a la espera tras el muro, asomándonos de vez en cuando para ver cómo los bomberos se deslomaban en vano. Después de una media hora en la que Amos se impacientaba progresivamente y comprobaba cada vez más a menudo su pistola, uno de los bomberos, exhausto, se apartó del fuego para fumarse un cigarrillo y vino hacia nosotros.

—Pues creo que al final sí vamos a tener suerte.

Cuando el hombre se hallaba a unos cinco metros, Rachel dio la señal: rodeamos el muro corriendo, Leon lo agarró por detrás y yo le planté la pistola en las narices. El bombero entendió de inmediato, y lo llevamos hasta una casa quemada sin que opusiera resistencia y sin que los soldados se diesen cuenta. Una vez dentro, se tiró al suelo ante nosotros y lloriqueó:

—No tengo nada contra los judíos.

Sólo le faltó coger ceniza del suelo y echársela encima.

—Me alegra oír eso —se burló Amos.

Rachel le contó lo que queríamos de él:

—La próxima vez que salgáis, sacaréis a nuestros combatientes en el camión. Y antes os pondréis en contacto con la Resistencia polaca para que nos lleve al bosque y desde allí podamos seguir luchando por nuestro país.

Yo ya no sentía que Polonia fuese mi país. Quería luchar contra los alemanes en los bosques, pero no por el país.

—Seréis recompensados debidamente —prometió Rachel, y no mentía.

Aunque una parte del dinero de la Resistencia había sido devorado por las llamas, aún teníamos más que suficiente para untar a los bomberos polacos.

—Lo haré —prometió el hombre.

Profundamente aliviado al ver que no lo matábamos, se levantó y volvió al incendio.

—¿Vamos a dejar nuestra suerte en manos de ese cobarde? —inquirió Amos—. ¿Y si nos delata?

—Ahora mismo veremos si lo hace —replicó Rachel.

Nos quedamos en la casa. Tensos. Con las armas listas. Pero no vinieron soldados. Así que el hombre no nos había traicionado.

—Prefiere el dinero —razonó, risueño, Leon.

Y yo intenté familiarizarme con la increíble idea de que tal vez saliera del gueto con vida.

## 68

En las largas horas que pasábamos en el búnker, cuyo aire era cada vez más insufrible debido a los incendios del gueto, Amos nos imaginaba uniéndonos a los partisanos polacos en el bosque, cayendo con nuestros camaradas sobre destacamentos alemanes y de esa forma preparando el terreno para el Ejército soviético, que entraría en Polonia dentro de un año o dos.

Cuando apunté que los «camaradas» polacos apenas nos habían respaldado en el levantamiento y que posiblemente no les gustara que se les unieran judíos, Amos dio alas a sus sueños. Habló de formar un grupo de partisanos exclusivamente judíos, que asestaría golpe tras golpe a los alemanes y sembraría el miedo y el horror en las filas de las SS. Una especie de escuadrón de la muerte judío. Confiaba en que quizá así pudiera saldar toda su deuda.

Yo no prestaba mucha atención a sus fantasías. Al echar un vistazo al búnker pensé que resultaría imposible sacar al bosque a todas esas personas. Tendríamos que dejarlas, y morirían allí quemadas o más tarde en los hornos. Una vez más se trataba de personas de cuya muerte en realidad yo no era responsable, pero de todos modos me sentía culpable.

No podían enterarse del plan de fuga de los combatientes, pero de Daniel me fiaba, y me sentía tan en deuda con él que le hablé del encuentro con el bombero.

—Entonces quieres sobrevivir —constató, y dio la impresión de que se alegraba.

—Sobrevivir para luchar —precisé.

—¿Hasta morir?

—Probablemente así sea, sí.

—Podrías esconderte, intentar aguantar hasta que acabe la guerra.

—Mi sitio está junto a mis camaradas.  
—Junto a tu marido.  
Daniel parecía celoso.  
—Junto a Amos —confirmé.  
La respuesta no le gustó, pero no dijo nada más, tan sólo me pidió:  
—Llévate a Rebecca.  
—¿Cómo dices? —pregunté asombrada.  
—Cuando huyáis, llévate a Rebecca.  
No pedía que lo llevásemos a él.  
—Sólo hay espacio para los combatientes... —repliqué.  
—Es tan pequeña, no os quitará el sitio a ninguno de vosotros.  
—A un niño le costará sobrevivir en el bosque.  
—La puedes esconder en casa de algún campesino.  
La propuesta me sorprendió, y miré a la pequeña muda, que jugaba en el suelo con su canica a algo cuyas reglas sólo ella conocía.  
—No... No sé cómo se te ocurre tal cosa —contesté yo, yéndome por las ramas.  
—Encontrarás la manera.  
Lo dudaba.  
—Si quieres.  
No dije nada.  
Y Daniel explotó:  
—Tú sólo piensas en matar.  
No supe qué responder, el arrebató me cogió por sorpresa.  
—Sólo en matar, matar, matar.  
Y se fue con Rebecca, furioso, y me dejó plantada.  
Sus palabras resonaban en mis oídos: «Sólo en matar, matar, matar».

## 69

Por la tarde, para acudir a la cita nocturna con los bomberos en la que se tratarían los detalles de la inminente fuga, Mordejai formó un grupo un tanto distinto del de nuestro primer encuentro. Ben *el Pelirrojo* ocupó el lugar de Amos, y éste recibió el cometido de pasar al otro lado del muro. Allí debía sobornar a poceros polacos para que nos enseñaran una ruta por

el laberíntico alcantarillado. De ese modo contaríamos con una vía de escape alternativa en el caso de que el plan de los camiones de bomberos se torciese.

Ben *el Pelirrojo* no había superado lo del niño. Volvía a tartamudear. Eso si es que hablaba. Ya no comía, casi no ingería líquido y su único objetivo era luchar.

Matar. Matar. Matar.

Amos se acercó a mí.

—Vuelve sana y salva—me pidió.

—Gracias. Lo mismo digo —respondí, y no pudimos evitar sonreír los dos.

Me besó en la boca; no lo hacía desde la muerte del chico.

Fue una despedida corta, sobre todo teniendo en cuenta que tal vez fuese para siempre. Las posibilidades que tenía Amos de pasar al otro lado y seguir en él con vida no eran precisamente muchas.

Lo estaba viendo salir del búnker cuando Daniel vino hasta mí y me preguntó:

—¿Te has pensado lo de Rebecca?

No lo había hecho, porque era evidente que no podíamos llevarnos a los civiles.

—No tengo tiempo para hablar de eso...

—La dejarás aquí —dedujo, y por primera vez pareció cansado. Tan cansado como Korczak hacia el final.

Fui a acariciarle la mejilla para consolarlo, pero Daniel lo evitó. Quería que ayudara a la niña, no que lo consolara a él.

Sin decir palabra, me metí la pistola en el bolsillo del abrigo y salí con los demás hacia el número 80 de la calle Gezia, donde debíamos reunirnos con los bomberos polacos. Como por el camino tuvimos que esquivar una patrulla alemana, llegamos al edificio unos minutos tarde. Los bomberos no estaban.

—La cuestión es: ¿se han ido o todavía no han llegado? —planteé.

—Esperaremos —decidió Rachel—. No nos queda más remedio.

De manera que esperamos. Cinco minutos. Diez.

—No vendrán —aventuró, furioso, Leon—. Esos malna...

—Chis —silbó Rachel—. Pasos.

Ojalá fueran los bomberos.

Rachel fue con cautela hacia la ventana para echar un vistazo. Un

disparo atravesó el cristal y le acertó en plena frente.

Rachel se desplomó en el acto.

Yo pegué un grito.

Los alemanes abrieron fuego contra la casa con ametralladoras.

León me tiró al suelo mientras las balas volaban a nuestro alrededor y se estrellaban en la pared de detrás. Un armario suspendido que quedó como un colador se descolgó estrepitosamente.

—Ese cerdo nos ha traicionado —afirmó enfurecido Leon mientras Ben *el Pelirrojo*, tendido en el suelo, devolvía el fuego, aunque no veía a nuestros agresores y, por tanto, posiblemente no les diera.

—¡Tenemos que salir de aquí! —gritó Leon para hacerse oír en medio del ruido.

Salimos gateando de la habitación, nos pusimos de pie en el pasillo y permanecemos así un instante, sin saber qué hacer: ¿adónde podíamos ir?

¡Al tejado, por la escalera!

Pero en ese momento oímos que la puerta se abría y los alemanes disparaban indiscriminadamente a la escalera.

—Por la ventana —propuse al tiempo que señalaba un cuarto vacío que daba al patio.

—Pero entonces nos meteremos en una trampa —objetó Leon.

—No si desde allí podemos entrar en otra casa.

Abrí la ventana y salté al patio. Leon y Ben me siguieron.

—¡Vosotros, mirad en el patio! —oímos que un oficial de las SS ordenaba a sus hombres en la escalera.

—¡Mierda! —exclamó Leon.

Ni siquiera habíamos salvado la mitad de la distancia que nos separaba del otro lado.

—Yo-yo-yo... os c-c-cubriré —se ofreció Ben *el Pelirrojo*. Y se detuvo.

—¡Eso es un suicidio! —le chilló Leon.

Comprendí que eso era precisamente lo que Ben *el Pelirrojo* deseaba: morir como un héroe, no seguir viviendo con su mala conciencia. Y yo no podría disuadirlo, por mucho que quisiera.

Agarré a Leon del brazo y corrí con él sin volver la cabeza.

A nuestras espaldas oí que Ben gritaba:

—¡Morid! ¡Morid! ¡Morid!

Disparaba hacia la escalera, desde donde los soldados devolvían el

fuego.

Entretanto rompí el cristal de una ventana con una piedra y la abrí desde dentro.

Ben dejó de disparar.

Había caído.

No mires, me dije, no mires. ¡No pierdas ni un solo segundo valioso!

Ahora los soldados nos disparaban a nosotros.

Entré en la casa por la ventana.

Detrás de mí Leon gritó.

Dos veces.

Y después nada.

¡No pierdas ni un solo segundo valioso!

Eché a correr por el piso, abrí una ventana que daba a la calle de lado, y al saltar caí mal y me torcí el pie izquierdo. Solté un taco, pero intenté seguir corriendo. Sin embargo, me dolía demasiado, sólo podía cojear. Mis perseguidores llegarían de un momento a otro a esa calle, y tal y como estaba sería imposible escapar de ellos.

—Mierda, mierda —susurré jadeante, hasta que me dije que así sólo malgastaba unos segundos que podían marcar la diferencia entre morir y volver a ver a Amos.

Me metí en una casa y subí por la escalera, cojeando. Tal vez pudiera huir por los tejados.

La puerta de abajo se abrió.

Me detuve, casi no me atrevía a respirar. Oí pasos, pero sólo de dos soldados. Estaba claro que mis perseguidores se habían dividido en grupos más pequeños para peinar los edificios. Lo que significaba que no sabían dónde estaba.

Silenciosa, sin hacer ningún ruido, abrí la puerta de una casa y me escabullí dentro. Cuando apenas había avanzado unos metros por el pasillo, la puerta se cerró detrás de mí. ¡No había tenido en cuenta que podía haber corriente!

Oí que los soldados subían a la carrera.

Preso del pánico, me paré a reflexionar: estaba en el cuarto piso. Por la ventana no podría saltar sin partirme la crisma. Tenía que esconderme. ¿Dónde? Eché a correr por la casa, que prácticamente estaba vacía. Los de recuperación de bienes se habían empleado a fondo en ese edificio: cada armario, cada cama, cada mueble en buen estado había ido a parar a los

almacenes, allí no había quedado casi nada.

Ya no se oían los pasos. Los soldados habían llegado al piso.

—¡Sal con las manos en alto! —exclamó uno de ellos a través de la puerta cerrada.

De rendirme, ni hablar. Rendirme equivalía a morir.

Saqué la pistola, me acerqué cojeando a la puerta y disparé, confiando ciegamente en acabar con esos malnacidos.

Los soldados gritaron. Me tiré al suelo para evitar sus disparos, pero nadie disparaba. ¿Les habría dado?

Estaba tumbada boca abajo, con el corazón desbocado, sin moverme. Al otro lado no se oía nada. No era una artimaña. ¿O sí? ¡No! En efecto, les había dado.

Me levanté con cuidado. No podía quedarme allí.

Seguramente los otros soldados habrían oído los disparos, y dentro de unos minutos habrían rodeado el edificio. Para entonces yo tenía que estar fuera de él.

Fui hacia la puerta cojeando, pero dudé un segundo: ¿y si los soldados sólo se habían retirado a la escalera y abrían fuego justo cuando yo saliese?

No tenía elección, sin duda los otros perseguidores se acercaban. Si me cosían a balazos, sería en ese instante.

Abrí la puerta.

Delante de mí, en el suelo, había dos soldados. Uno muerto, el otro se sujetaba el sangrante vientre, incapaz de coger la pistola. Sufría, y si hubiese sido compasiva lo habría librado de ese dolor. Pero las SS tampoco tuvieron consideración con la anciana que saltó del balcón en llamas. Pasé por encima del soldado; que le dieran el tiro de gracia sus compañeros.

Subí trabajosamente la escalera hasta el desván y de ahí salí al tejado.

Abajo, a unos doscientos metros, vi a soldados que corrían hacia la casa.

Por un momento me planteé pegarme al suelo, pero decidí apostar a que los alemanes, con las prisas, no mirarían hacia arriba. Así que fui cojeando de tejado en tejado lo más deprisa que pude.

Cuando los soldados llegaron al edificio yo ya estaba cuatro tejados más allá, en el siguiente cruce. De manera que lo único que tenía que hacer era doblar la esquina para plantarme en la bocacalle y ponerme a salvo definitivamente. Por desgracia, las dos casas que hacían esquina no estaban juntas, entre ellas había unos tres metros de separación. Una distancia que

habría podido salvar con el pie en condiciones, pero ¿podría lograrlo con el tobillo lesionado?

Mejor morir del golpe que atravesada por una bala alemana.

Cogí carrerilla. Me dolía el tobillo, y por eso corría mucho más despacio que de costumbre. Salté.

Y ya en el aire fui consciente de que me quedaría corta.

No aterricé con los pies en la otra casa, sino que me di con el bajo vientre contra el borde del tejado. El dolor me cortó la respiración, pero pegué el tronco al tejado instintivamente mientras movía las piernas en el aire, ya que no encontraban ningún punto de apoyo en la pared del edificio.

Haciendo un último esfuerzo me aupé y me quedé tumbada boca abajo, pugnando por respirar. Tardé un poco en recuperarme y algo más en ponerme de pie y deslizarme agachada por los tejados.

Unas casas más allá reparé en un patio donde había un montón de plumas. Por fin un buen escondrijo.

Pasé por un tragaluz al desván, y al pisar el suelo me dieron ganas de gritar de dolor, para sofocarlo me mordí el labio inferior de tal modo que empezó a sangrar profusamente.

Cuando llegué al montón de plumas del patio, logré taparme con ellas a duras penas, pues estaba agotada, tanto física como mentalmente, y se me cerraron los ojos. No conseguí permanecer despierta y aguzar el oído por si venían los soldados.

## 70

Me despertó un olor a tabaco. Había alguien en el patio. ¿Sería otro bombero polaco que se tomaba un respiro en las labores de extinción? ¿O un alemán descansando de la cacería? ¿O tal vez un combatiente, un camarada, un amigo? Esto último seguro que no. Ese día ya había agotado mi cupo de suerte.

A juzgar por la luz que se colaba por las plumas había amanecido. Así que debía volver deprisa al 18 de la calle Miła o pasarme el día entero bajo esas plumas. Sin comer nada. Sin beber nada. Y ¿qué haría si los alemanes decidían prenderle fuego también a ese lugar?

Agucé el oído. El hombre, fuera quien fuese, parecía estar solo.

Resolví correr el riesgo y salí de sopetón pistola en ristre. Si mis cálculos no me fallaban, aún me quedaban una o dos balas.

Delante tenía a un soldado de las SS, que se asustó y dejó caer el cigarro.

Por un momento también me asusté yo: conocía a ese hombre.

Se trataba del oficial que me había salvado del cerdo gordo de la garita. El alemán que hablaba polaco y parecía más humano.

Era la primera vez que me veía frente a un soldado de las SS así, en mi poder. Debía aprovechar la ocasión. Para lograr entender.

—¿Por qué? —le pregunté.

La pregunta lo desconcertó.

—Por qué... ¿Qué?

—¿Por qué hacéis esto?

Se paró a pensar.

—Que vivas o no no dependerá de tu respuesta.

Quería que fuese sincero, no que dijese algo simplemente para salvar el pellejo.

El oficial asintió, había comprendido.

—¿Quieres saber por qué lo hago yo o por qué lo hacen mis superiores?

—Las dos cosas.

—Himmler y el resto están locos.

—¿Y tú?

—A mí también me gustaría poner esa excusa —sonrió con amargura.

—Ésa no es una respuesta.

—Quería una vida mejor para mi familia y para mí.

—¿Les va mejor si matas a la gente?

—¡Qué disparate! —exclamó, y por un instante pareció olvidar que lo apuntaba con una pistola. Acto seguido lo recordó y volvió a adoptar un tono más racional—. En las SS tengo un trabajo, dinero...

—Así que matas por dinero —lo corté.

—Eso nunca entró en mis planes, al principio no pensaba que esto fuera a llegar tan lejos. ¿Quién iba a sospechar algo así?

—Claro, porque Hitler nunca mencionó que odia a los judíos —solté con aspereza.

En lugar de responder a eso dijo:

—Mi familia no vive mejor. En Hamburgo también caen bombas, y

cuando vuelva a casa con mi mujer y mi hija seré un despojo humano. Eso si siguen vivas.

Una parte de mí esperó que no.

—Y si me dejas vivir —añadió con cautela el oficial.

—¿Por qué debería hacerlo?

—Te salvé de Schaper. Tendrías que haber visto a las chicas de las que abusó.

—A las que no salvaste.

—No tengo tanto margen de acción, no puedo salvar a un centenar de judíos...

—Uno siempre puede tomar decisiones.

—Eso lo crees tú, que no tienes nada que perder.

—Gracias a vosotros.

—Yo soy padre de familia y tengo mucho que perder...

Cuanto más hablaba ese alemán, más humano lo veía y más me repugnaba.

—Si me matas, mi familia perderá al padre, al marido...

—¡Calla! —le ordené, y lo apunté justo a la frente.

El oficial se calló, intentaba parecer tranquilo, pero las manos le temblaban.

—¡Date la vuelta! —exclamé.

Hizo lo que le decía; ahora le temblaba todo el cuerpo.

Le di con la empuñadura de la pistola todo lo fuerte que pude. El oficial cayó al suelo. Le salía sangre de la cabeza, no podía moverse, pero seguía consciente y lanzaba ayes. De manera que lo golpeé otra vez. Y otra. Hasta que por fin perdió el conocimiento.

Le perdoné la vida. Y no porque en la garita me hubiera salvado de lo peor. Ni tampoco porque me diera pena. O me la diera su familia. Seguía con vida única y exclusivamente porque un disparo habría puesto sobre aviso a sus compañeros.

## 71

Volví al número 18 de la calle Miła. La casa estaba reducida a cenizas.

Han muerto todos, han muerto todos, pensé en un primer momento, pero me obligué a no darme por vencida. Eso era algo que había aprendido: mientras no encontrara ningún cadáver o señales de que las SS los habían metido a todos en los trenes había esperanza.

Presa del pánico busqué entre los escombros una de las cinco entradas, finalmente di con una abertura, me metí por ella y me puse como loca de contenta cuando descubrí que los ocupantes del refugio aún vivían. ¡Ni el fuego había pasado al búnker ni los alemanes los habían descubierto!

Sin embargo, el ambiente en las habitaciones nada tenía que ver con mi alegría. Aquello parecía un horno, todo el mundo iba únicamente en ropa interior y sólo el escuálido Aszer era capaz de tomárselo con cierto humor:

—Siempre quise tener una sauna.

Mis camaradas se sintieron más afligidos aún cuando los informé de la traición del bombero polaco.

—Ahora sólo cabe esperar que Amos encuentre una vía de escape por las cloacas —se lamentó Mordejai.

Avi, cuyas heridas en la pierna se habían infectado y, por tanto, tenía fiebre, se acarició la roja barba y observó:

—Ya lo intentaron otros y murieron en la mierda.

En efecto, hasta entonces ni un solo combatiente había encontrado un camino por el alcantarillado. Dos incluso habían muerto cuando una patrulla oyó sus pasos y les arrojó granadas de mano por un sumidero.

—Amos encontrará a algún pocero que nos indique el camino —aseguró Mordejai, procurando infundir esperanza.

—Si aún vive —apuntó Avi, y exhaló un suspiro.

—¡No digas eso! —le solté.

Hacía girar con nerviosismo mi alianza, que de pronto era tan importante para mí como la canica para la pequeña Rebecca.

¿Por qué no nos quedamos Amos y yo en la zona polaca y probamos a salir adelante como pudiéramos? Porque nuestro sitio estaba con nuestros compañeros.

—Perdona —se disculpó Avi—. Seguro que Amos sigue vivo.

—No pasa nada —contesté, y me retiré al cuarto llamado Auschwitz.

Allí me quité los pantalones, la blusa y los zapatos y me miré el abultado tobillo. Me habría gustado aplicarle algo frío, pero el agua era demasiado valiosa. Me tumbé e intenté no pensar en el dolor ni en Amos.

Decidí irme con Hannah, pero antes de que pudiera poner un pie en la isla del Señor de los espejos oímos pasos arriba.

En el búnker se hizo el silencio. La mayoría aguantaba la respiración, algunos rezaban en voz baja. Los combatientes cogieron sus armas.

Y entonces empezó el martilleo.

Herramientas pesadas trataban de abrirse paso entre los escombros. ¿Sabían los alemanes que estábamos allí? ¿O lo hacían al azar? Por un horripilante segundo temí que hubiesen cogido a Amos y lo hubieran torturado hasta conseguir que revelase nuestro escondite. Culpable hasta el final de sus días. Nos llovió polvo de arriba.

Después de pasar un miedo infinito, el martilleo cesó.

¿Nos habrían descubierto?

En el búnker las plegarias se volvieron más y más silenciosas y se multiplicaron.

Los pasos se alejaron.

A algunos de los civiles se les notaba que querían lanzar gritos de júbilo. También nosotros, los combatientes, nos sentimos aliviados, pero supimos que se nos acababa el tiempo. Teníamos muy poca munición, apenas provisiones y resultaba prácticamente imposible encontrar algo que comer en las ruinas del arrasado gueto.

Incluso a Daniel lo iba abandonando el valor. Vino a verme y dijo:

—Teníais razón.

—¿En qué?

—Sobrevivir es una ilusión.

Me asustó verlo tan débil.

Señaló a Rebecca, que contemplaba su canica azul y blanca como si en ella se ocultara otro mundo. Quizá uno con 888 islas azules y blancas. Era un milagro que esa niña siguiera viva.

Daniel musitó:

—Korczak la habría preparado, le habría dicho que después de la muerte hay un mundo mejor...

Eso hacía el anciano con su obra de teatro el día que llegaron los alemanes para llevarse a los huérfanos.

—... Pero yo no soy Korczak —afirmó abatido.

—Sólo Korczak es Korczak —lo consolé.

—He querido serlo toda mi vida. Y ahora, ¿qué soy?

—Daniel.

A su cara asomó una expresión de desdén.

—Y yo no soy tú —añadí.

Daniel no acababa de entender.

—Has conseguido muchas más cosas que yo —le dije.

Se quedó sorprendido.

—Le has regalado a esa niña casi un año. Nosotros tan sólo unos días horribles.

Él había obrado un milagro: que siguiera viva.

Por toda respuesta, Daniel me besó en la mejilla.

Y me dejó tan aturdida que no supe qué decir.

Fue Daniel quien observó:

—No hagas caso a Avi. Amos volverá.

Por eso le di yo a él un beso en la mejilla.

Estábamos en la nieve, y si mirábamos abajo veíamos las nubes, que rodeaban firmemente la montaña como si fuesen un anillo. Unos cincuenta metros más arriba los espejos del palacio reflejaban la luz del sol.

La tripulación del *Conejo* estaba cansada, no tanto como los combatientes del búnker del número 18 de la calle Miła, pero cansados al fin y al cabo.

El capitán Zanahoria soltó:

—Malditas montañas, ahora sé por qué me hice marino.

—Te hiciste marino porque ganaste el barco jugando a los dados —precisó el hombre lobo.

Hannah no participaba en la conversación, tan sólo sonreía a Ben *el Pelirrojo*. El Ben real había muerto. La Hannah real, también. Pero como yo no podía soportar tanta muerte, y como Amos no estaba conmigo, me rodeaba de fantasmas que cada vez tenían menos en común con las personas reales que creían ser.

No quería morir sola.

Dejé la montaña y volví al refugio, donde estaba sola en mi rincón de Auschwitz. Me levanté, fui cojeando a ver a Daniel y Rebecca y pregunté:

—¿Me puedo echar con vosotros?

La pequeña hizo rodar la canica hacia mí. La cogí en la mano, con cuidado, como si fuese un tesoro muy especial, lo que en definitiva era. La bolita era totalmente lisa. Resultaba increíble que hubiese permanecido intacta todo ese tiempo. Se acomodó en la palma de mi mano y de pronto volví a sentir que en este mundo aún había algo más que la muerte.

Daniel señaló la canica y me sonrió:

—Es una invitación.

Le devolví la canica a la niña, me acosté con los dos y me sentí un poco a salvo.

## 72

Por la mañana empezó nuevamente el martilleo. Los alemanes habían descubierto el búnker. ¿Cómo? ¿Con la ayuda de perros? ¿Traidores? ¿Escuchas? Qué más daba.

Los combatientes empuñamos nuestras armas, y los civiles empezaron a llorar, algunos incluso a chillar de miedo. Szmul Aszer iba por el búnker pidiendo a todo el mundo que guardara silencio. Pero a Izak, la comadreja, no había manera de calmarlo:

—¡Vienen por nosotros! ¡Vienen por nosotros!

—Puede que se produzca un milagro —replicó su jefe.

Los alemanes no lo habían convertido únicamente en un judío orgulloso, sino también en un judío que confiaba en los milagros.

El martilleo cesó.

Silencio.

Espera.

Miedo.

—Soy uno de vosotros —oímos decir a un colaboracionista judío. Estaba en el montón de escombros, justo encima del refugio—. ¡Podéis creerme! Los alemanes os mandarán a trabajar. Pero si no os rendís, os matarán.

Mordejai le hizo una señal a Pola, una combatiente que en su día quiso ser bailarina, para que se acercase a una de las entradas. Pola sabía exactamente lo que tenía que hacer. Se acercó a la abertura, apartó unos cascotes y disparó.

Ésa era nuestra respuesta.

Pola se alejó corriendo de la entrada, pues era evidente lo que harían los alemanes a continuación: lanzaron una granada por el agujero. La explosión asustó a todo el mundo, pero sólo hirió levemente a tres civiles.

Los alemanes seguían taladrando con sus pesadas herramientas. El cerdo traidor volvió a decir:

—¡Entregaos! ¡Entregaos! Y juro por Dios que no os pasará nada. Nadie creía sus palabras.

—¿Qué es eso? —preguntó de pronto Izak.

En un principio no sabía a qué se refería la comadreja.

—¿Qué es eso? —repitió, más asustado aún.

Yo también lo oí.

Primero sólo un poco.

Luego aquel hedor fue en aumento.

Y todos supimos lo que era.

—¡Gas! —exclamó alguien.

—¡Fuera de aquí! ¡Fuera de aquí! —instó Aszer a sus hombres.

—Pensaba que os quedaríais hasta el final —dijo el febril Avi desde su lecho de enfermo.

—Aquí moriremos, fuera tenemos una pequeñísima posibilidad de sobrevivir —razonó Aszer, y seguido de alrededor de un centenar de civiles que acezaban y tosían comenzó a salir del búnker.

Los alemanes no les dispararon. De modo que el destino de esos judíos era acabar en las cámaras de gas.

Los combatientes nos quedamos en nuestros respectivos cuartos, y también algunos civiles, como Daniel y su pequeña Rebecca. En total éramos alrededor de un centenar.

—¿Qué hacemos? —inquirió Pola.

—¡Pegarnos un tiro! —propuso Avi.

—¿Qué? —No daba crédito, y Pola saltó, horrorizada:

—¿Es que te has vuelto loco?

—Igual que en Masada. ¡Que no nos cojan vivos!

—Que no nos cojan vivos, sí —convino Pola—, pero deberíamos morir luchando. Yo propongo que vayamos fuera y muramos matando.

Pero Avi objetó:

—Han bloqueado todas las entradas, así que no podremos salir y atacarlos sin que se den cuenta. Sólo podemos salir de uno en uno por una

de las salidas vigiladas, así que podrás disparar como mucho una vez y después te abatirán. Además, no tenemos munición para luchar. Tenemos justo la suficiente para morir nosotros.

—Aun así tenemos que intentarlo —insistió Pola.

A mí no me gustaba ninguna de las dos opciones. Aunque sabía que había llegado el final para el que llevaba meses preparándome, no quería morir. Ni luchando ni por mi propia mano, y menos aún gaseada. Amos no estaba a mi lado.

A Mordejai tampoco le seducían:

—No deberíamos morir voluntariamente cuando tenemos la posibilidad de sobrevivir...

—Es una entre un millón —arguyó Avi, cuyo plan de suicidarse (o eso creí leer en sus caras) apoyaban tantos combatientes como la propuesta de Pola de morir acribillados a balazos.

—Mejor eso que nada —replicó, decidido, Mordejai—. Mientras exista la posibilidad de seguir luchando, no iremos directos a la muerte. Ni de un modo ni del otro.

—Pero el gas... —plantearon al unísono Pola y Avi.

Cada vez entraba más en el refugio. Empezaron a llorarnos los ojos.

—El agua atenúa los efectos del gas —explicó Mordejai—. Empaparemos paños en agua y nos taparemos la boca con ellos.

Se puso manos a la obra, sumergiendo un trozo de tela en un charco embarrado. Yo seguí su ejemplo, al igual que unos cuantos de nosotros, pero no muchos.

Con el paño en la cara, Mordejai encargó a algunos camaradas que buscaran una salida que no estuviera vigilada, probablemente a sabiendas de que no la había.

Entretanto, Avi se incorporó, echó a andar arrastrando la pierna herida y se fue al cuarto que recibía el nombre de Mauthausen. Oímos un disparo.

Otros combatientes lo imitaron.

Una combatiente llamada Sharon, pálida y de una belleza noble, fue repartiendo entre algunos niños las últimas cápsulas de cianuro que le quedaban. Todos se las tomaron. Los cuerpecillos se crisparon, se contrajeron convulsamente y la vida los abandonó. Una muerte menos angustiada que la que sufrirían en una cámara de gas.

Después Sharon se acercó a Daniel y Rebecca.

Era un bello ángel de la muerte.

Daniel titubeó, no sabía si coger la cápsula para la pequeña, al cabo la cogió e hizo ademán de dársela a Rebecca.

—¡No! —exclamé.

Me hizo caso y le devolvió el cianuro a Sharon, que se lo dio a una mujer con un niño. A continuación la chica sacó la pistola, se disparó y por fin murió.

Corrí con Daniel, les ofrecí sendos paños húmedos a él y a Rebecca y me senté con ellos. Muy juntos los tres. Ya que no podía morir con Amos, al menos lo haría con ellos.

El gas iba inundando poco a poco los espacios. Cada vez eran más los combatientes que se quitaban la vida. Otros, como Pola, salieron del búnker disparando y murieron a manos de los soldados. No era muy probable que de esa forma alguien consiguiera matar a un solo enemigo.

Daniel me agarró la mano.

Intenté viajar a las islas por última vez, pero no era capaz de concentrarme. El gas casi no me dejaba respirar, tosía y no lograba ver a Hannah subiendo con la mochila por el empinado sendero que conducía al palacio del Señor de los espejos.

Sólo veía a Hannah en medio del charco de sangre.

Apreté con fuerza la mano de Daniel.

Unidos en la muerte.

Entonces alguien gritó:

—¡Hay una salida!

En un principio no lo entendí.

—¡Hay una salida!

Delante tenía a un combatiente flaco en el que no me había fijado mucho hasta ese momento, ni siquiera sabía cómo se llamaba. Era uno de los que Mordejai había enviado en busca de una vía de escape. Mientras intentaba respirar, pensé que estaba loco: era absolutamente imposible que hubiese otra salida. No obstante, solté la mano de Daniel, que empezaba a amodorrarse debido al gas, y me puse de pie.

—¡Podemos salir! ¡Podemos salir! —gritó el hombre.

Loco o no, no teníamos nada que perder si lo seguíamos. Me agaché y zarandé a Daniel.

No abría los ojos.

—¡Daniel! —tosí, más que llamarlo.

No se despertaba.

Busqué al combatiente flaco, no podía perderlo de vista, puesto que no sabía dónde estaba esa salida salvadora, eso si es que existía y no era que el camarada había enloquecido.

Entretanto, el flaco intentaba informar de su descubrimiento a la mayor cantidad de personas posible, pero había llegado tarde. ¡Demasiado tarde! Prácticamente habían muerto todos: o bien se habían suicidado o habían caído acribillados por los alemanes o ya se habían asfixiado. Sólo unos cuantos, que como Daniel, la pequeña Rebecca y yo se tapaban la cara con un paño mojado respiraban aún, en el caso de Daniel muy débilmente.

—¡Despierta! —le chillé de nuevo, y la tos casi me hizo vomitar.

Nada.

Lo golpeé. Una. Dos veces.

Por fin abrió los ojos. Los levanté, a él y a Rebecca, y miré despavorida a mi alrededor buscando al flaco, que había reunido a algunas personas y nos llevaba a todos hacia la parte trasera del búnker. Allí, en un rincón, había un orificio que los alemanes no habían descubierto. Apartamos los escombros, salimos a gatas y nos escondimos bajo los cascotes y las cenizas. Catorce personas. En ropa interior. Los últimos supervivientes del número 18 de la calle Miła.

Mordejai no estaba entre ellos. Yo ni siquiera sabía si lo había matado el gas, si se había suicidado o si había disparado a los alemanes una última vez. La Organización Judía de Lucha había perdido a su líder. Y a casi todos los compañeros que quedaban. Con el número 18 de la calle Miła se truncaban nuestras últimas esperanzas.

## 73

Por la noche oí pasos. Tenía demasiada debilidad en las piernas para salir corriendo, y a los demás les pasaba lo mismo. Daniel seguía con tanto gas en los pulmones que no podía parar de toser. Oímos que tras un montón de escombros alguien se preparaba para disparar. El combatiente flaco que nos había salvado fue el primero en levantar las manos. Los demás lo imitamos, o al menos los que aún teníamos suficiente fuerza en los brazos. No así Daniel, que se quedó inmóvil entre los cascotes.

Alguien subía el montículo de escombros por el otro lado. Dentro de

nada los soldados de las SS se plantarían donde estábamos y nos detendrían o nos pegarían un tiro en el sitio. Daba lo mismo. Daba todo lo mismo.

—Arriba las manos —ordenó una voz en polaco.

Levanté la vista: no eran alemanes. Ni letones ni ucranianos. Eran tres camaradas: dos hombres y una mujer.

Ambos grupos nos miramos sin dar crédito.

Diecisiete judíos tropezándose en las ruinas del arrasado gueto.

Tardamos un buen rato en comprender la situación y bajar las manos. Más aún costó que alguien recuperara la voz y pudiésemos responder las preguntas que nos hacían nuestros compañeros. Cuando se enteraron de que todos los demás habían muerto en el número 18 de la calle Miła, se les saltaron las lágrimas.

El único que no lloró fue el líder del otro grupo, llamado Samuel, al menos no por los que se habían suicidado:

—Uno no tiene derecho a quitarse la vida mientras pueda seguir luchando de una manera o de otra. Su muerte no tiene sentido.

¿Y qué muerte tenía sentido?

¿Qué vida?

¿La mía?

No.

Ninguna.

Después de que otro superviviente contase que Sharon se había disparado, Samuel se limitó a decir:

—Tantas balas desperdiciadas.

Yo estaba demasiado cansada para soltarle que él no había estado allí. Y aunque lo hubiese hecho, apenas me habría escuchado, pues, junto con sus dos camaradas, ya se había puesto manos a la obra decididamente para rescatar armas de los escombros. En vano, porque las SS habían volado el búnker y despedazado los cadáveres de nuestros compañeros.

Echamos a andar por el devastado gueto, salvando montones de piedras cubiertas de ceniza, en busca de un lugar donde quedarnos. Un grupo de personas cuyo espíritu estaba tan devastado como las calles que lo rodeaban.

Llegamos al número 22 de la calle Franciszkańska. Había un búnker, seguramente el último. Era más una enfermería que un refugio: por todas partes había heridos, quemados, moribundos.

No pensaba en comer. Ni en mis heridas. Ni en Amos. Cerré los ojos,

lo único que quería era dormir. Dormir eternamente.

Paz.

¿Qué clase de persona quieres ser?

Una que por fin sea libre.

## 74

—¡Todo el que no parezca judío, que venga aquí! —exclamó Samuel.

Yo quería seguir tumbada, dormir, morir, y me dije: parece judía, Mira. Esto no va contigo, duerme...

Pero Mordejai me eligió en su día para ir a la zona polaca de la ciudad porque creía que podía pasar por polaca, algo que también yo había comprobado a menudo. Y si Samuel, que ahora nos lideraba, llamaba a personas de aspecto ario, eso sólo podía significar que tendríamos que pasar al otro lado y entonces..., entonces quizá pudiera volver a ver a Amos.

Sólo cuando también él hubiese muerto querría yo descansar eternamente.

Me levanté como pude y me acerqué cojeando a Samuel y a un combatiente rubio más apuesto y nórdico que la mayoría de los miembros de las SS.

Samuel me escruñó un instante, en un primer momento con escepticismo, pero al ver que tenía los ojos verdes preguntó:

—¿Te ves capaz?

Un no habría sido la respuesta honesta, pero era mi última, minúscula oportunidad de volver a ver a Amos, de manera que respondí:

—Sí.

—No tiene ningún sentido diñarla en este búnker —razonó Samuel—. Debéis ir con los camaradas que están en el otro lado y sacarnos de aquí con su ayuda.

—¿Y cómo haremos eso? —preguntó el rubio.

—Debéis encontrar la forma, Josef —repuso Samuel, y me lanzó algunas cosas para que me las pusiera: una blusa con las mangas rotas y unos pantalones de hombre que me quedaban grandes.

—¿Y cómo pasaremos al otro lado? —pregunté.

—Por las alcantarillas.

Guardamos silencio. Era la única posibilidad, que sin embargo no era tal. Sin conocer exactamente el camino, ahí abajo uno sólo podía perderse. Si hubiese sido franca conmigo misma, habría admitido hacía tiempo que Amos había muerto en ellas. De lo contrario, ¿cómo se explicaba que no hubiésemos sabido nada de él?

—Abraham conoce el alcantarillado —dijo Samuel al tiempo que señalaba a un hombre que tenía la mitad izquierda de la cara quemada prácticamente por completo—. Os llevará hasta una salida al otro lado del muro y después volverá para confirmar que lo habéis conseguido.

Abraham asintió con tal resolución que cobramos confianza.

Menos de media hora después levantó la tapa de una alcantarilla y fuimos bajando uno detrás de otro a las cloacas, Abraham con una linterna, Josef y yo con una vela cada uno. Nos vimos de golpe con el agua por las rodillas, un agua queapestaba a más no poder. De haber tenido algo en el estómago, lo habría echado en el acto.

Abraham se situó en cabeza, y cuanto más avanzábamos, más profunda era el agua. En algunos puntos me llegaba hasta el cuello.

—¡Cuidado! —gritó de pronto Abraham cuando nos metimos en una tubería donde la pestilente agua sólo me llegaba a la altura del pecho. Y una ola gigante de aguas residuales se nos echó encima.

La ola me barrió, me despegó del suelo y me cubrió por completo. La porquería se me metió por la nariz, pues no conseguí aguantar el aire a tiempo. Despavorida, intenté encontrar un punto de apoyo. Agité las piernas con energía hasta que por fin logré afianzar los pies.

Saqué la cabeza del agua y vomité en el acto, igual que Josef. Abraham, que pugnaba por respirar, me llevó agarrada un rato, hasta que pude volver a caminar sola. El agua nos había apagado las velas, de modo que ahora sólo contábamos con la luz de la linterna.

Ninguno de nosotros dijo nada, nadie habló del miedo que tenía de morir ahogado allí abajo. Seguimos adelante sin más, paso a paso, tomando cada vez nuevas bifurcaciones. Unas veces el agua subía, otras bajaba a la altura de la rodilla. En dos ocasiones más se nos vinieron encima olas, pero como ya estábamos preparados conseguimos aguantar la respiración a tiempo.

Cuando al cabo de media hora llegamos a una encrucijada, nuestro guía miró indeciso a izquierda y derecha. Supe en el acto lo que

significaba:

—Te has perdido.

—No, no —negó él—. Tenemos que ir por la izquierda.

Abraham trataba de parecer seguro. Lo seguimos, pero perdí la esperanza de que llegáramos al otro lado. Moriría allí abajo.

Después de unos minutos, Josef también comprendió que nuestro guía ya no sabía dónde estábamos.

—Lo... lo siento —se disculpó Abraham.

—¿Que lo sientes? ¡¿Que lo sientes?! —bramó Josef—. Si no llegamos al otro lado, morirán todos.

—Lo sé. —Abraham empezó a llorar—. Pero ¿qué quieres que haga? ¿Qué?

Me apoyé en la pared, agotada.

Entonces vimos la luz de un reflector.

La fuente de luz se hallaba a la vuelta del siguiente recodo.

—Alemanes —musitó Josef.

El haz de luz era cada vez mayor. ¡Los soldados se acercaban!

Nos quedamos paralizados, no sabíamos por dónde huir en ese infierno apestoso.

La luz dio la vuelta al recodo y nos cegó. Nos quedamos quietos como animales asustados.

Una voz exclamó:

—¡Soy de los vuestros!

—Un milagro —afirmó con alegría Josef.

Mi alegría fue mayor aún, ya que la voz era la de Amos.

Fui hacia mi marido todo lo deprisa que me permitió el agua; sí, era mi marido, que me estrechó entre sus brazos. Olíamos a excrementos, orina y aguas residuales, pero me invadió una dicha que jamás creí que podría volver a sentir.

Amos contó nerviosamente que había sobornado a un pocero en el lado polaco para que le enseñara un camino seguro por las cloacas para entrar en el gueto. El pocero bajó con Amos, pero al cabo de un rato quiso darse la vuelta. Amos sacó la pistola, el tipo decidió que quería seguir viviendo y le mostró a Amos cómo llegar de manera segura al gueto bajo tierra y cómo salir de él. Pero cuando volvió al 18 de la calle Miła para sacarnos a todos de allí el búnker ya había desaparecido.

—Creí que te había perdido para siempre —afirmó, y me abrazó con

más fuerza.

—Yo pensé lo mismo de ti —repuse, y deseé no volver a separarme de él nunca.

—No te librarás de mí tan fácilmente —aseguró, risueño, mi esposo. No pude evitar reírme.

Amos nos dio caramelos y limones que llevaba en una bolsita.

—Hacía años que no veía limones —balbució Josef, que apenas podía creer la suerte que había tenido.

—Y para colmo aquí abajo —rio Abraham, que se sentía profundamente aliviado, puesto que no habíamos muerto ahogados en las cloacas por su culpa.

—Y ahora, ¿qué hacemos? —le pregunté a Amos mientras daba buena cuenta de un caramelo increíblemente dulce que me quitó el mal sabor de boca que tenía.

—Necesitamos un camión.

—¿Un camión? —repetí perpleja.

—Saldréis de las cloacas en el lado polaco. Yo conseguiré un camión, os recogeré y nos dirigiremos al bosque... —explicó entusiasmado.

Yo no acababa de ver el plan, pero me lo callé. Los ojos de Amos tenían un brillo especial.

## 75

Cuando Josef, Abraham y yo volvimos al búnker del número 22 de la calle Franciszkańska, nuestros compañeros no lanzaron gritos de júbilo al oír las buenas noticias. Estaban demasiado cansados y abatidos para permitirse confiar en la salvación.

—Ojalá hubiese sido un día antes, sólo uno —se lamentó Samuel—. Así nos acompañaría un centenar de amigos.

—Tenemos que avisar a los camaradas del 37 de Nalewki —afirmó Josef, firmemente decidido.

—Está amaneciendo —objetó Samuel—. Si vamos hasta allí, nos cogerán y estaremos todos perdidos.

—No nos iremos sin nuestros camaradas —se plantó Josef, y muchos otros le dieron la razón.

—Aunque tu Masza esté allí, ¿vale la pena que muramos todos por ella?

Josef se debatía consigo mismo.

Sólo ahora lo entendí: el pobre chico debía abandonar a su suerte a su amor para que nosotros pudiésemos sobrevivir.

¿Qué clase de persona quiere uno ser?

El estado de ánimo general era tal que si Josef hubiese insistido los combatientes le habrían hecho caso. Yo en su lugar habría corrido el riesgo, no habría sido capaz de supeditarlo todo a la razón. O a la causa. Ya no.

Sin embargo, Josef respondió entristecido:

—Tienes razón, Samuel.

Sacrificó a su mujer por nosotros.

Cerca de cincuenta combatientes y civiles emprendimos la marcha a través del alcantarillado. Daniel iba detrás de mí con Rebecca, y cuando el agua era demasiado profunda para la niña, él la cogía en brazos. La perspectiva de que su hermana pudiera salvarse y él pudiera esconderse con ella hasta que terminara la guerra le infundió cierto aliento. Había incluso momentos en que ya no parecía tan cansado como Korczak.

Otros estaban más agotados aún que él. Cuando el agua nos llegó por el cuello, Abraham reconoció:

—No puedo más. Dejadme aquí.

Samuel le soltó:

—Deja de decir tonterías. Si te dejamos aquí, te ahogarás.

De manera que Abraham siguió como pudo. Cuanto más avanzábamos, tanto más estrechas y bajas se volvían las malditas tuberías, de manera que al final nos vimos obligados a andar agachados. El tobillo malo me dolía con cada paso que daba. Una y otra vez caían personas a las que había que sacar del agua. Una civil mayor sólo espabiló cuando Josef le echó agua sucia en la cara. Lo único que nos daba esperanzas en aquel espacio angosto eran las flechas que había dejado Amos. Gracias a ellas sabíamos que íbamos bien: del arrasado gueto a la zona polaca de la ciudad y de ahí al bosque.

Me vinieron a la memoria los árboles que vi cuando negociamos con la Resistencia polaca, y la idea de poder tumbarme con Amos bajo un árbol

me dio fuerzas para continuar. Hacia mediodía llegamos finalmente a nuestro destino, la salida a la calle Prosta. Allí por fin pudimos enderezar la espalda. Por la tapa de la alcantarilla entraba luz, y sobre nosotros la vida se desarrollaba con normalidad: los niños jugaban, los coches circulaban, un matrimonio discutía si estaba bien darle al hijo una bofetada por los comentarios impertinentes que hacía; era como si nadie se hubiese dado cuenta de que toda una parte de la ciudad había sido destruida, al igual que nadie era consciente de que bajo la calle había gente a la espera de ser salvada.

Al cabo de una hora aproximadamente alguien nos hizo llegar una nota: era de Amos. Como yo estaba justo debajo de la alcantarilla, fui quien cogió el papel, y eso que estuvo a punto de escurrírseme de las manos y caer al agua. Leí lo que ponía y no pude evitar tragar saliva: el camión no podía venir hasta que hubiese oscurecido.

Lo que significaba que aún tendríamos que pasar allí más de ocho horas, aunque la mayoría de nosotros se hallaba al límite de su aguante.

En la superficie estaba mi marido, y sólo podía verle los zapatos. No podía llamarlo ni decirle lo desesperada que me sentía y las ganas que tenía de estar con él, eso nos delataría. Amos se fue, y yo tuve que comunicar al resto la demoledora noticia.

—No aguantaré, no aguantaré —afirmó uno de los civiles, un hombre menudo y prácticamente calvo en camiseta interior.

—El que no aguantará seré yo si te pasas todas esas horas lloriqueando —espetó el flaco que nos sacó de la calle Miła.

En la vida real habría sido una falta de respeto que un chico joven le soltara algo así a una persona mayor, pero allí abajo hablaba por boca de todos.

—Entonces pégame un tiro —respondió el calvo.

—Lo haré con mucho gusto —le contestó el flaco—, pero antes tendrás que darme algo.

—¿Qué?

—Cien eslotis. Una bala cuesta dinero.

El calvo se quedó mudo por un instante. Luego se rio y dijo:

—Como mucho te daré cincuenta.

Tampoco yo pude evitar reírme.

—Doscientos —pidió el flaco.

—Pero ¡si hace nada eran cien!

—Pues no haberme ofrecido cincuenta.

Cada vez éramos más los que nos reíamos con aquel regateo absurdo.

—Treinta —ofreció el calvo.

—Trescientos —exigió el flaco.

—Te doy veinte.

—Quiero cincuenta.

—¿Sólo cincuenta? —El calvo estaba extrañado—. Pero ¡si fue lo que te ofrecí al principio!

—Sólo lo he dicho para confundirte.

Ahora se reía todo aquel que aún tenía fuerzas para hacerlo.

Todavía conservábamos el buen humor. A pesar de todo.

No habría vivido ese momento si en el búnker de la calle Franciszkańska me hubiese abandonado al deseo de ser libre y me hubiera dormido para siempre.

Sin embargo, el buen humor no duró mucho. Cómo iba a ser así. Un civil se desplomó de agotamiento; otro, muerto de sed, bebió agua de la alcantarilla y sufrió unos retortijones terribles; pero al final todos logramos resistir hasta la tarde. Cuando poco a poco fue oscureciendo y arriba, en la calle, ya sólo se oía a algún que otro transeúnte o coche, finalmente vi de nuevo los zapatos de Amos. Inmediatamente levantaría la tapa de la alcantarilla y podríamos salir del infierno de las cloacas, subirnos al camión que nos estaba esperando y dejar el gueto de una vez por todas.

Amos se detuvo sobre nosotros. Pero no se movía. ¿Por qué no quitaba la maldita tapa?

Por las rajadas cayó una nota, que aterrizó en mi pelo, sudado y lleno de porquería. La cogí, no quería leerla, seguro que ponía que tendríamos que esperar más todavía. ¿Cuánto tiempo? ¿Una hora? ¿Dos? Confiaba en que no fuesen más. Se vendrían abajo más personas extenuadas, beberían agua más sedientos.

Al cabo abrí el papel: «Los soldados patrullan por la noche por todas las salidas. No podréis salir hasta mañana por la mañana».

Mañana por la mañana.

Alcé la vista: Amos ya había desaparecido. Di la nueva noticia, y Samuel protestó:

—No podremos resistir. Será mejor que salgamos y nos liemos a tiros, así al menos algunos de nosotros lo conseguirán.

Miré a Daniel y Rebecca, que estaban desfallecidos y que morirían si hacíamos lo que proponía Samuel. Me volví hacia él con resolución:

—No haremos eso.

—Rendirse no es una opción —me espetó Samuel.

—Esto no tiene nada que ver con rendirse, ahí arriba no hay ningún camión. No sólo morirán todos los civiles sino que además las SS acabarán con todos los combatientes, igual que hicieron con los camaradas que salieron disparando de la calle Miła.

Samuel vaciló.

—Debemos esperar —insistí.

Samuel accedió de mala gana.

Una hora después la tapa de la alcantarilla se alzó.

Amos aprovechó un momento en que las SS patrullaban por otra zona para pasarnos dos cubos con sopa y limonada. Era tan poco que seguimos con la boca seca, pero al mismo tiempo bastó para que nadie bebiera agua sucia por desesperación, y a todos nosotros nos levantó un poco el ánimo. A mí a la que más, pues por unos instantes le pude ver la cara a Amos.

—Te sacaré de aquí —aseguró, risueño, al despedirse.

Y lo creí.

## 76

El único que pareció alegrarse un tanto del giro que habían dado los acontecimientos fue Josef, que aún confiaba en poder salvar a su mujer:

—Volveré al gueto a buscar a los camaradas de la calle Nalewki. Si me doy prisa, estaré aquí con ellos por la mañana.

Los demás decidimos repartirnos en varias entradas para pasar la noche. Teníamos miedo de que, si nos quedábamos esperando juntos en el mismo sitio y los alemanes nos encontraban, pudieran matarnos a todos con una única granada de mano.

Me fui con Daniel y Rebecca dos calles más allá. Allí se podía sentar uno en la fría agua, si bien corríamos el peligro de que la pequeña se ahogase si se quedaba dormida.

Daniel la mantuvo despierta contándole historias del pequeño rey Matías, las historias que inventara en su día Korczak. Le habló de Klu-Klu,

que se sabía ciento doce palabras europeas; del ermitaño de la torre; y de cómo el pequeño rey quiso huir de la prisión y al hacerlo aprendió que en la vida lo más importante no era el resultado, sino que uno se decidiera a hacer algo.

Rebecca lo escuchaba a medias; por un lado, porque daba cabezadas; por otro, porque Daniel cada vez hablaba más despacio y más bajo. El gas de la calle Miła le había afectado mucho más que a mí.

Agotada, Rebecca se volvió en mi dirección:

—¿No te sabes otra historia que sea más entretenida?

Era la primera vez que hablaba.

Me quedé tan sorprendida que en un principio no pude ni responder.

—Daniel sólo cuenta historias del pequeño rey Matías —se quejó la niña—. Me las sé todas de memoria.

Daniel esbozó una leve sonrisa.

—Pues... pues... —balbucí—, creo que me sé una.

A mi lado, Daniel cerró los ojos agradecido, y yo empecé a contar la historia de las 777 islas: cómo encontraron Hannah y Ben *el Pelirrojo* la guía, cuando Hannah dijo que era la elegida, cómo encontró los tres espejos mágicos que podían vencer al siniestro Señor de los espejos, etcétera, etcétera, etcétera.

Poco después de medianoche llegué al punto del relato en que la tripulación del *Conejo* subía por la montaña.

Esa noche, en esa cloaca, se decidiría el destino de las islas, y el de Hannah, y también si yo conseguiría enfrentarme al Señor de los espejos.

## 77

El palacio de los espejos parecía no tener fin. A ciencia cierta no podía saberse si esto era así, ya que se reflejaba en sí mismo infinidad de veces, con lo cual quizá en realidad fuese muy pequeño. Por ninguna parte se veía un portón, una puerta o tan siquiera un portillo, tan sólo espejos. Espejos relucientes por todas partes.

—Una puerta no estaría mal —opinó el capitán Zanahoria, que con el frío que hacía allí arriba, sobre el mar de espejos, tiritaba a pesar del pelo.

Como si hubiese dicho el santo y seña, un espejo desapareció y dejó a

la vista un pasadizo que llevaba al interior del palacio. Naturalmente, las paredes del pasadizo, el piso y el techo también eran espejos.

—¿De verdad tenemos que entrar ahí? —preguntó el hombre lobo, al que le castañeteaban los dientes, más de miedo que de frío.

Tampoco a los demás nos hacía ninguna gracia.

Hannah intentó relajar un poco el ambiente:

—Menos mal que el tirano es el Señor de los espejos y no el Señor del estiércol de vaca.

Ni siquiera el hombre lobo pudo evitar reírse, de tal modo que los dientes dejaron de castañetearle.

Entramos en el pasadizo: por todas partes veíamos caricaturas de nosotros: gordos, flacos, ondulados, feos.

—Si hay algo que me gusta aún menos que el Señor de los espejos... —empecé.

—... Es su humor —añadió mi hermana, terminando la frase.

Nos sonreímos. Dos hermanas que se entendían. Allí mucho más incluso que en la vida real.

Sin embargo, con cada paso, las imágenes eran cada vez más espantosas. Al cabo de unos cincuenta metros, directamente espeluznantes, como si fuésemos monstruos con los ojos colgando de las cuencas, las extremidades deformes y unas caras que sólo eran capaces de una cosa: odiar.

La Mira que me observaba con la cara desencajada por el odio era la que disparaba a los soldados. Cerré los ojos. No quería ver más a esa Mira. No quería volver a ser ella.

Seguí a tientas al resto, hasta que oí decir a Hannah:

—Madre mía, esto es precioso.

Abrí los ojos: nos encontrábamos en una sala grande llena de cristales de espejos, flores de espejos y arañas de luz de espejos. La luz bailoteaba en el cristal. Todo resplandecía. El juego de colores no era sólo bonito, sino directamente sobrecogedor.

Un hombre bajito y delicado, enteramente de espejos, se levantó de su trono de espejos y vino hacia nosotros. El Señor de los espejos no se parecía absolutamente en nada al de mis pesadillas.

—De manera que tú eres la elegida —dijo, saludando a Hannah con amabilidad.

—Así es —respondió ella, y cogió de la mano a Ben *el Pelirrojo*.

—¿Y de verdad quieres acabar con mi dominio sobre las islas? —Su sonrisa se tornó un poco menos amenazadora.

—No sólo quiero hacerlo: lo haré —aseguró Hannah.

El Señor de los espejos extendió los brazos como si se ofreciera de blanco y se rio:

—¡Adelante!

Hannah soltó a Ben *el Pelirrojo*, abrió con rapidez la mochila y sacó los tres espejos mágicos, cuyo funcionamiento ignorábamos todos. Los sostuvo frente al tirano con la esperanza de que tal vez pasara algo, que los espejos lo desintegraran o, si no desintegrarlo, sí al menos lo paralizaran.

Pero el Señor de los espejos reflejó los espejos con tantas ganas en su cuerpo que éstos, a su vez, reflejaron su risueña persona.

—Los tres espejos mágicos —se burló—. Los creé yo.

—¿Tú...? ¿Por qué? —quiso saber Hannah.

—Para que fueseis en su busca.

Ninguno de nosotros entendía a qué se refería.

—También incorporé la historia de la elegida al mundo de las setecientas setenta y siete islas.

—¿Significa eso... que no hay ninguna elegida? —inquirió Hannah.

—Chica lista.

—Pero ¿por qué...?

—Si las criaturas que habitan mi reino creen firmemente que una chica con tres espejos mágicos las podrá liberar, jamás tomarán las armas por su cuenta.

—Así que todo fue una mentira... —No me lo podía creer.

—La segunda arma más mortífera del tirano es la mentira —corroboró éste alegremente.

—¿Y la primera? —se interesó Hannah.

—El miedo.

El Señor de los espejos empezó a crecer y a extenderse.

—Ojalá la niña no hubiese hecho esa pregunta —se lamentó el capitán.

El tirano se encorvó, por todas partes le salían afiladas esquivas de espejo de afilados bordes capaces de desgarrarle a uno la carne. Se transformó en el monstruo de mis pesadillas. Ya tocaba el techo con la deforme cabeza. Las arañas de espejos cayeron al suelo y se rompieron en mil pedazos. En sus espejos me vi disparando a los alemanes, me vi

dejando al niño en la estación y vi a mi madre muerta en su propia sangre. A su lado, Ruth. Y a su lado, Hannah. Hannah por todas partes, en infinitos espejos.

—¿Qué... qué significa esto? —me preguntó ella, los ojos horrorizados.

—¿Es que no se lo has dicho, Mira? —tintineó la voz del monstruo.

—¿Decirme, qué, Mira? —preguntó mi hermana, completamente descompuesta.

No pude pronunciar palabra.

—Que Mira sobrevivió, pero tú, mi pequeña elegida, ya no... —dijo el Señor de los espejos.

—¡Luchad! —chillé para que no contara la verdad, y saqué una espada.

—No puedes vencerme, Mira —se rio él—, formo parte de ti.

—¡Luchad! ¡Luchad! —repetí desesperada.

En ese momento, una vocecita de niña dijo:

—No, por favor.

Miré a Hannah, pero estaba igual de desconcertada que yo. No había sido ella la que lo había dicho. La voz venía de la nada.

—No luchéis.

Entonces la reconocí: era la voz de Rebecca, a la que yo contaba esta historia en la oscura y apestosa cloaca.

—No quiero que se luche más —pidió.

Tenía razón. Era suficiente. Para toda una vida. Y más.

Bajé la espada. Que el Señor de los espejos acabara conmigo. Si moría, ya no tendría que sentirme culpable de seguir viva. Sin embargo, nada más bajar la espada, el tirano empezó a encogerse. Se hizo más y más pequeño, y cuando lo tuve a la altura de mis ojos se quejó:

—La lucha es mi elixir de vida...

Pero aunque él se encogió, mis sentimientos de culpa no desaparecieron por completo, él no desapareció por completo, en sus espejos todavía se veían las terribles imágenes.

—¿Qué pasa, Mira? —preguntó Hannah de nuevo.

—Estáis... Estáis todos muertos —confesé con voz entrecortada.

Hannah no pudo decir nada, pero el capitán preguntó horrorizado:

—¿Estoy muerto?

—No, vosotros, la gente del mar, no...

—Ya... —contestó el hombre lobo, que no sabía cómo tomárselo.

—Vosotros nunca habéis existido —aclaré.

—Eso no es que sea mucho mejor —replicó el capitán, que en el fondo parecía intuir que yo decía la verdad.

—¿M-m-m-muertos? —inquirió Ben *el Pelirrojo*.

—¿Estamos muertos? —insistió Hannah, agarrándole de nuevo la mano a su Ben.

—Dejo que sigáis viviendo en tu historia —traté de explicarles.

Mi hermana no me reprochó que le hubiese mentido todo ese tiempo, tan sólo quiso saber:

—¿Por qué?

—Para que no mueras del todo —dije desesperada.

—Pero entonces no soy ésta, no soy ninguna heroína elegida. Y nunca lo fui.

Hannah señaló entristecida el espejo en el que su imagen yacía en un charco de sangre:

—Soy una niña a la que mataron...

—Pero no es así como quiero recordarte —repuse, con un nudo en la garganta.

—Pero es lo que soy.

Fue como si varias toneladas de peso me aplastaran el pecho y me dejaran sin aire.

—Aunque también soy mucho más que eso —prosiguió—, recuérdame como era.

Por mi cabeza desfilaron las imágenes de la Hannah real: cómo comía, cómo besaba a Ben *el Pelirrojo*, cómo me miraba enfadada, los comentarios impertinentes que hacía, las historias que me contaba cuando estaba enferma y sí, también, cómo yacía muerta en la despensa.

—¿Me lo prometes, Mira?

—Sí —repuse en voz queda, y la opresión cesó.

Hannah me dio un abrazo:

—Así siempre estaré contigo.

—Y yo —aseguró, entre risas, el Señor de los espejos detrás de mí.

Apenas le hice caso. Podría vivir con la culpa si recordaba a la Hannah real. Mi hermana me dio un beso y desaparecí del mundo de las 777 islas. Esta vez para siempre.

Volví a estar en la cloaca junto al desfallecido Daniel, que dormía contra la pared metido en las sucias aguas, y Rebecca, que me miraba confusa.

Tardé un poco en recuperar el habla, e intenté torpemente ordenar un poco el relato para la pequeña.

—Ésta ha sido la historia de cómo volví a encontrar a mi hermana, que murió... —traté de explicar.

—Y la historia de cómo dejaste de luchar —añadió Rebecca.

Y es que así son las historias: cada cual puede ver en ellas algo totalmente distinto.

—Sí —confirmé—, basta ya de luchar.

Rebecca se alegró.

Y le di un beso en la frente.

## 78

A la mañana siguiente volvimos los tres a la alcantarilla de la calle Prosta. Rebecca aún podía caminar sola por el agua, pero a Daniel tuve que ayudarlo. Cuando llegamos a la salida, nos dispusimos a esperar nuevamente a Amos y al camión. Nuevamente en vano.

Quien sí volvió del gueto fue Josef, la cara completamente abotagada de tanto llorar:

—Las SS... están volando las entradas del alcantarillado en el gueto... Ya no podrá llegar nadie hasta nosotros... Los de la calle Nalewki están perdidos...

Su Masza estaba perdida.

Y nosotros no podíamos volver al gueto. Teníamos que subir al camión o moriríamos allí abajo.

Hacia las nueve Amos llegó por fin a la alcantarilla. Yo estaba justo debajo. Hizo como si se atara los zapatos y dijo:

—Debéis esperar un poco más.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—No tengo el camión. Esos polacos de mierda no han cumplido su palabra.

—No... No podremos aguantar aquí mucho más —admití.

—Mira, mi amor, os sacaré de ahí.

Quería seguir creyéndolo.

—Dame tiempo hasta la tarde —pidió.

—¿Es que no me has oído? No podremos...

—Mira, antes es demasiado peligroso.

Miré un segundo a Daniel, que apenas podía mantenerse sentado contra la pared de la cloaca.

—Tienes que sacarnos ahora, Amos. De lo contrario moriremos todos aquí abajo, no hay nada más peligroso que eso.

Amos entendió y, tras sopesar brevemente la situación, dijo:

—Pues conseguiré un camión por la fuerza.

—Hazlo.

Se alejó deprisa, y yo miré a las personas que tenía alrededor, que estaban de pie o sentadas en la pútrida agua. Gran parte de los que se encontraban en las otras entradas todavía no había vuelto. Ojalá estuviesen cuando llegara Amos.

Eso si llegaba.

Y ojalá Daniel aguantara hasta entonces.

Al cabo de una hora más o menos oí que un camión se detenía cerca de la alcantarilla.

Amos.

¡Tenía que ser él!

La tapa se alzó, y Amos agachó la cabeza y gritó:

—¡Todo el mundo fuera! ¡Fuera!

Pero aunque en ese momento había más fugitivos que una hora antes, aún no estaban todos. Samuel ordenó a Josef y Abraham ir por el resto, pero éste se negó:

—Cuando queramos volver, os habréis ido.

Y era evidente que Josef también tenía sus dudas.

Samuel insistió:

—Supone un riesgo, y no puedo obligaros, pero es necesario. Está en juego su vida.

A Josef le bastó para salir corriendo, pero a Abraham no:

—No estoy tan loco.

Samuel se dio cuenta de que no tenía sentido discutir con él, así que miró al flaco, que asintió de forma apenas perceptible y partió de

inmediato. Samuel fue el primero en salir de la alcantarilla, para coordinar la fuga. Vi desde abajo que él y Amos se daban un breve abrazo. Después Amos se inclinó y nos exhortó:

—¡Vamos, vamos, vamos!

Me indicó que subiera, pero vacilé y miré a un lado: Daniel estaba medio inconsciente, apenas se enteraba de lo que sucedía a su alrededor. Rebecca lo tenía cogido por una mano, mientras que con la otra se aferraba con fuerza a su canica.

Me volví hacia el calvo, que estaba justo a mi espalda, de manera que subiría detrás de mí, y le pedí:

—La siguiente, la niña.

—Prometido —repuso.

Fui subiendo los oxidados travesaños de hierro, arrastrando el tobillo malo. Una vez fuera, el sol me cegó. Después de más de un día en la oscuridad, veía borroso a Amos, que me ayudó a ponerme de pie, me besó en la mejilla y dijo:

—Debemos darnos prisa.

Unos segundos más tarde, mis ojos se acostumbraron un poco a la claridad: ante nosotros había un camión con lona —probablemente para el transporte de muebles—, y detrás de la alcantarilla Amos había puesto una valla. A nuestro alrededor, transeúntes polacos miraban boquiabiertos. Al hecho de que de las profundidades salieran a la luz fantasmas mugrientos, apestosos, reaccionaban en parte con horror y en parte con recelo, y todos con asombro.

El fantasma más pequeño era Rebecca, que, cegada por el sol, se tambaleó desorientada en el adoquinado. La cogí, la llevé al camión todo lo deprisa que me permitió el pie lesionado y la senté en la caja.

—Daniel —dijo la niña en voz baja.

No estaba entre los que iban saliendo del agujero.

—Iré por él —le prometí.

Entretanto, cada vez había más curiosos. Los polacos miraban en silencio cómo salían de la tierra más y más muertos vivientes, uno detrás de otro..., once..., doce..., trece...

Para disipar un tanto su desconfianza, les grité:

—¡Ésta es una operación de la Resistencia polaca!

A los judíos los delatarían, pero a sus compatriotas, o eso esperaba yo, no.

—Es vuestra oportunidad de ser héroes —los animé—. ¡Echad una mano a los vuestros!

No lo hicieron. No me creían. Pero tampoco llamaron a los alemanes. Todavía no.

—Tenemos que irnos —apremió Amos—, no se quedarán ahí parados mucho tiempo.

—Aún no han salido todos —objeté.

—Dieciséis..., diecisiete..., dieciocho...

Josef y el flaco seguían por las cloacas buscando al resto, y Daniel aún estaba abajo.

Una anciana murmuró:

—¿Son gatos?

Gatos, así llamaban los polacos a los fugitivos judíos.

—Dos minutos —advirtió Amos—. Ni uno más.

—Lo que haga falta —me opuse yo.

—¡Dos minutos! —insistió Amos.

Volví al agujero mientras Samuel y Amos ayudaban a los compañeros a subir al camión y cada vez más polacos gritaban: «¡Gatos, gatos!».

Justo cuando iba a bajar oí decir a Amos:

—¡Mierda!

Por un extremo de la calle se acercaba un policía polaco con el uniforme azul impecable. El hombre aún no sospechaba nada, hasta se iba comiendo una manzana. Pero no tardaría en vernos, oír a quienes gritaban: «¡Gatos!» y avisar a las SS.

Amos fue directo a él sin pensárselo dos veces.

Por mi parte me dispuse a bajar a la cloaca. Antes de desaparecer del todo, miré un instante a Amos, que hablaba con el policía. ¿Intentaba explicarle que se trataba de una operación de la Resistencia polaca? No. Sacó discretamente una pistola y se la hundió al policía en la barriga. Si Amos apretaba el gatillo, la turba tal vez se nos echara encima, y el tiro atraería a los soldados.

Bajé la escalera de hierro y fui hasta Daniel. A mi lado desfilaban rápidamente más compañeros y civiles.

Aún quedaban muchas personas abajo, quince, veinte, quizá incluso más. La mayoría venía de camino de otras entradas.

Arriba un polaco chilló:

—¡Judíos! ¡Son malditos judíos! ¡Llamad a las SS!

Cogí de la mano a Daniel, quería sacarlo del agua.

—Déjame —pidió, y tosía—. Tienes que marcharte.

—No sin ti.

—De todas formas moriré ahí fuera...

—Eso ya lo veremos —dije, pues no estaba dispuesta a admitir tal cosa.

Lo levanté y le pasé un brazo por mis hombros para que se apoyara en mí y pudiera caminar. Sacando fuerzas de flaqueza conseguí arrastrarlo los escasos metros que quedaban hasta la escalera.

Samuel nos gritó:

—¡Nos vamos!

Daniel y yo éramos los únicos que seguíamos abajo. Entonces oí pasos que se aproximaban deprisa. Tenían que ser Josef y el flaco con los compañeros a los que habían ido a buscar a otras salidas. Probablemente llegaran demasiado tarde.

Daniel estaba muy débil para sostenerse, así que no podría subir por la escalera. Y yo no podría cargar con él, ya me costaba lo mío sujetarlo.

—Vete —me instó—, no mueras conmigo.

Oí que arrancaba el motor del camión.

—Rebecca te necesita —me pidió Daniel.

El motor rugía cada vez más.

Josef y unos cuantos compañeros aparecieron en nuestra tubería. Estarían a unos cien metros.

—Por favor, Mira —suplicó Daniel—, la niña sólo podrá sobrevivir contigo.

Sabía que debía hacerle caso, aunque no me gustara.

—Me quedaré con ella —prometí.

Dejé que Daniel resbalara con suavidad por la pared. Estaba más tumbado que sentado en el agua, y allí encontraría su final.

«No pierdas ni un solo segundo valioso —pensé—, no pierdas ni un solo segundo valioso.»

Me incliné y le di un beso en la frente.

Un segundo no podía ser más valioso.

Subí deprisa y corriendo los travesaños de hierro. Mientras yo salía del agujero, Samuel se subió a la caja del camión, cuyo motor traqueteaba cada vez con más furia: saldría disparado de un momento a otro.

Los compañeros de la cloaca no lo conseguirían.

Posiblemente yo tampoco.

Corrí hacia el camión, el dolor del pie malo era insoportable.

El camión arrancó.

Samuel me tendió una mano, y yo eché a correr más deprisa aún. Me iba a desmayar de dolor.

Samuel me cogió la mano y me subió al camión. Eché un vistazo: Amos no estaba con nosotros.

Seguía con el policía polaco.

—¡Amos! —grité.

Dejó al policía y salió corriendo. Ahora el camión iba más despacio, lo conseguiría.

Dos polacos que buscaban ser recompensados por cazar a un judío se interpusieron en su camino.

—¡Amos! —chillé de nuevo, y fui a saltar del camión para ayudarlo, pero Samuel me cogió por detrás y me agarró con fuerza.

Amos les dio un empujón. Estaba a unos veinte metros.

Traté de zafarme de Samuel, pero no pude.

La velocidad del camión iba en aumento.

Cada vez más polacos salían al paso de Amos.

—¡Amos! —exclamé.

Él sacó la pistola y disparó al aire.

Los polacos escaparon espantados.

Nuestro camión dio la vuelta a la esquina.

Dejé de ver a Amos.

Grité.

Samuel me dijo:

—Volveremos por él. Volveremos por todos.

Grité más y más y más.

Amos dobló la esquina. Corría como un poseso, se aproximaba al camión. Los camaradas le tendieron la mano para izarlo.

Amos trató de agarrarse a Samuel.

El camión iba cada vez más rápido.

Amos se quedó atrás.

Yo ya ni siquiera podía gritar.

Amos, haciendo un esfuerzo supremo, corrió más deprisa aún hacia nosotros. Le tendí la mano, igual que Samuel.

Amos alargó la suya...

... Y me agarró.

«No lo sueltes, no lo sueltes.» ¡No podía soltarlo!

Samuel lo cogió por el otro brazo y juntos conseguimos subirlo al camión. Apenas estuvo arriba, nos movimos todos hacia el interior, bajamos la lona y salimos de la ciudad.

## 79

Estaba demasiado rendida para ir a abrazar a Amos. Me quedé tendida en el suelo, exhausta. A mi alrededor, los supervivientes, cada cual sumido en sus pensamientos: en los muertos, en los compañeros que habíamos tenido que dejar atrás, en el gueto o en los peligros que nos acecharían en el bosque.

Rebecca se acercó a mí y me preguntó asustada:

—¿Qué será de Daniel?

Podría haberle mentido, decirle que iríamos por él. Pero aunque volviéramos a Varsovia dentro de una hora —lo cual era impensable—, a Daniel y a los demás ya los habrían detenido o matado. No quería mentir a la niña, por eso repuse:

—Le prometí que me quedaría contigo.

Los ojos se le anegaron en lágrimas.

—¿Para siempre? —preguntó en voz baja.

—Para siempre —prometí.

Rompió a llorar por Daniel, y la estreché contra mí con fuerza.

## 80

Media hora después paramos en el bosque de Łomianki y nos bajamos en un claro. El aire fresco me produjo el mismo efecto que una droga. Después de pasar tantas horas en las alcantarillas, de los largos días en el gueto incendiado, los largos meses, años incluso casi sin nada de verde, los aromas del bosque me resultaron embriagadores.

La gente se abrazaba, se dejaba caer al suelo, solos, de dos en dos o hasta en grupo. Unos lloraban de alegría, otros se reían. Abraham palpó el

musgo como si nunca hubiera tocado algo tan maravilloso.

Como me dolía mucho el pie, me senté de inmediato en el suelo y me apoyé en un árbol. Rebecca se acurrucó a mi lado, para entonces ya no lloraba. Se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta, sacó la canica y me la ofreció. La bola rodó un poco en su manita arañada hasta quedarse quieta en el hueco de la mano. El sol atravesaba la copa del árbol y daba directamente en la canica, que lanzaba multitud de destellos y que me pareció más preciosa que nunca. Un verdadero tesoro.

—Para ti —dijo Rebecca.

—No... No me la puedo quedar —balbucí.

—Claro que puedes —aseguró la pequeña con determinación.

—Es lo más bonito que me han regalado nunca.

—Lo sé —afirmó risueña, y con la luz del sol también brillaron las lágrimas secas que tenía en la cara.

El contacto de la canica en la mano, el olor del bosque, la sonrisa de la niña..., sí, en el mundo aún había muchas más cosas que mi miedo.

Rebecca se acomodó en mi regazo, señaló la canica con el dedo y observó:

—¿Sabes qué?

Se le cerraron los ojos. La verdad es que tendría que haberla dejado dormir, pero sentía demasiada curiosidad por saber lo que quería decirme de la bolita, de modo que pregunté:

—¿Qué?

—Ahí dentro vive un corzo... —musitó con los ojos cerrados—, y un unicornio y tres hadas... y... un... —su voz cada vez era más queda— osito de...

Y se quedó dormida.

En esa pequeña bola sólo vivían criaturas amables.

En ella reinaba la paz.

Rebecca dormía apaciblemente en mi regazo, y el cálido sol brillaba sobre nosotros. Amos se sentó a mi lado, me rodeó con su brazo y contempló a la pequeña conmigo.

—Tan serena —comentó.

—Tan serena —confirmé yo.

No podíamos apartar los ojos de ella. En ese momento éramos una familia, la familia que ninguno de nosotros tenía ya.

Tras unos instantes de silencio, Amos observó con aire pensativo:

—Veintiocho días.

—¿Qué? —pregunté.

—Veintiocho días hemos hecho frente a los alemanes.

¿Habían sido veintiocho días? ¿Sí? No los había contado, y tampoco sabía a qué día estábamos. Ni siquiera qué día de la semana era. ¿Lunes? ¿Miércoles? ¿Era ya verano?

—Hemos resistido más que Francia —dijo, orgulloso, Amos.

Para mí había algo más importante, mucho más importante: habíamos salvado a algunas personas del infierno.

Habíamos salvado a Rebecca.

Lo nuestro no era ninguna Masada, ninguna fortaleza en la que todos —defensores, mujeres, niños— morían y sólo su leyenda seguía viva.

Era algo más grande.

Nosotros seguíamos vivos.

—Amos.

—¿Sí?

—No habrá un vigésimo noveno día de lucha.

No entendía lo que quería decir.

—Buscaré un escondite para la niña y para mí...

Amos lo entendió ahora, pero no dijo nada. Él quería luchar, matar hasta el final. La cuestión era: ¿quería eso más que a mí?

Casi no me atrevía a preguntar, pero debía hacerlo, aunque la respuesta me rompiera el corazón.

—¿Vienes con nosotras?

—Esconderse supone un gran riesgo... —reflexionó.

—¿Mayor que luchar hasta morir? No lo creo.

Amos se debatía consigo mismo. Jugeteaba con la alianza que llevaba en el dedo.

—Has saldado tu deuda... —empecé.

—Nunca la saldaré... —me interrumpió.

—... Lo mejor que has podido —continué.

Era imposible vencer del todo al Señor de los espejos.

Amos no dijo más.

Miramos de nuevo a la pequeña. Mi respiración era más agitada que la suya, tan tranquila, tan serena...

Yo tenía un miedo que hasta ese momento no conocía. El miedo de ser abandonada.

—No... quiero abandonar a los camaradas —dijo Amos.

Cerré los ojos.

Dolía tanto.

—Pero a ti no puedo abandonarte.

Mantuve los ojos cerrados.

Amos me estrechó entre sus brazos y me besó, le daba absolutamente igual el hedor que desprendía.

Con ese beso, en ese claro del bosque, bajo la cálida luz del sol, supe qué clase de persona quería ser durante el resto de mi vida.

¡Una que siguiera viva!

## **AGRADECIMIENTOS**

Les doy las gracias a mi mujer, Marion, y a mis dos hijos, Ben y Daniel. Os quiero.

Además me gustaría expresar mi agradecimiento a mi agente, amigo y mentor, Michael Töteberg; a la mejor lectora del mundo, Ulrike Beck; a Christiane Steen, a Marcus Gärtner y a mi estupenda asistente, Kata, la única persona de este mundo —incluido yo mismo— capaz de entender mi letra.

# **VERDAD Y FICCIÓN**

**CONVERSACIÓN CON DAVID SAFIER**

*De David Safier uno espera libros divertidos con una trama fantástica y salidas ocurrentes. Su sexta novela se sale de la norma: ¿cómo se le ocurrió escribir un libro sobre el levantamiento del gueto de Varsovia?*

Se trata de una historia que siempre quise escribir. En 1992, hace más de veinte años, me pidieron que pronunciara un discurso en la catedral de Bremen con motivo del aniversario del levantamiento del gueto de Varsovia. Por aquel entonces, yo tenía veintitantos años, era periodista en Radio Bremen y se suponía que debía contar algo sobre los jóvenes de la Resistencia. Al ahondar en el tema, me fascinaron las historias de grandeza humana, pero también de cobardía humana. Desde aquella época, lo cierto es que no pasó un año en que no me planteara si podía convertir ese material en algo literario y cómo podía hacerlo.

*¿Qué es lo extraordinario de esta historia?*

Que las víctimas se defendieron. La imagen que tenemos es que los judíos se dejaron llevar a los campos de concentración sin oponer resistencia, como animales al matadero. En Varsovia, 1.200 judíos, en su mayoría jóvenes entre trece y veintinueve años, organizaron un levantamiento y resistieron a una superioridad brutal durante veintiocho días. Esto ya es singular de por sí, no sólo en la historia reciente, sino en la historia en general.

*¿Por qué tardaron tanto los judíos en defenderse?*

Los nazis obraron de manera sumamente perversa: siempre dejaban vislumbrar un atisbo de esperanza. Se decía: tantas personas son deportadas, pero hay excepciones, y todo el que disponga del correspondiente certificado no será enviado al Este. Y entonces salían todos corriendo a hacerse con el certificado en cuestión. Una semana después el certificado ya no tenía validez. Visto desde la perspectiva que da el tiempo siempre se puede decir que eso era evidente, pero los crímenes del nacionalsocialismo superan la imaginación de cualquiera: esa erradicación sistemática, en serie, de los judíos. En el gueto había numerosas fábricas donde se producían piezas de aviones, abrigos para el Ejército, etc. Los judíos pensaban: somos mano de obra barata, no lo harán,

sería una locura... Tardaron mucho en darse cuenta: no sobreviviremos. De los 450.000 judíos del gueto de Varsovia ya habían sido deportados 400.000, y ahí fue cuando todos lo tuvieron claro: no sobreviviremos. Sólo esa amarga certeza les dio la fuerza necesaria para empuñar las armas.

Antes en el gueto existían muchos partidos distintos; más adelante, las diferencias políticas quedaron obsoletas. Sólo había un objetivo: no dejarse llevar al matadero sin defenderse.

*Al final los nazis fueron los responsables de lograr la unidad política. Con sus Leyes de Núremberg sobre la raza convirtieron en judíos a personas que antes no se consideraban judías.*

Había un mafioso que ganó mucho dinero en el gueto con el estraperlo y la prostitución. No se sentía judío, sino que se aprovechaba cínicamente de la situación. A los espacios de su búnker —mi lectora se negaba a creerlo, pero fue así— les dio el nombre de campos de concentración: Treblinka, Auschwitz, etcétera. Sin embargo, incluso este delincuente acabó uniéndose a la Resistencia y dio cobijo en su búnker a los insurgentes.

Era una situación extrema, que exigía que la gente tomara decisiones. Hay historias auténticas de gran altruismo: personas que ayudaron a otras, que sacrificaron su propia vida para salvar a otras. Y en medio de toda aquella locura también hubo momentos de felicidad y compasión. Una noche, entre edificios en llamas, los combatientes entraron en una panadería, hicieron pan y lo repartieron entre los hambrientos del gueto. Pero también se vivieron momentos de suma bajeza. La Policía judía trabajaba para los alemanes, siempre con la esperanza de poder salvar así el propio pellejo. Cuando estaban llevando a cabo las deportaciones, los alemanes advirtieron a los policías judíos que cada uno de ellos debía llevar a cinco judíos cada día a los trenes. Hubo policías que condujeron a los trenes a sus propios padres para alargar su propia vida unos días.

*La novela 28 días es una obra de ficción, pero no es ficticia, sino que está inspirada en sucesos reales.*

En la película *Titanic* hay dos personajes de ficción, los que

interpretan Kate Winslet y Leonardo DiCaprio, que reviven todo cuanto pasó en su día. Lo mismo sucede con mi heroína. Mira no existió, pero todo lo que le ocurre, y todo lo que ocurre en la novela, está basado en hechos reales. Escogí este planteamiento de manera consciente: si contase una historia cuyo protagonista fuera un personaje real, me vería limitado a sus vivencias. Debía buscar la manera de tratar los temas que me interesan. Todo cuanto vive Mira en el gueto, desde los momentos iniciales en los que se dedica al estraperlo hasta, más adelante, en los episodios de lucha, incluida la escena en la que debe decidir junto con otros compañeros si matar a alguien para que no los delate, todas esas situaciones se dieron. Tan sólo la heroína es ficticia, ya que creo que de ese modo resulta más fácil identificarse con ella.

*Los hechos históricos, el desarrollo del levantamiento, todo eso se puede documentar, pero las emociones son algo muy distinto: ¿hay testimonios de testigos presenciales?*

Existen numerosas memorias de supervivientes, un vasto conjunto de fuentes y el importante legado de Ringelblum: el archivo clandestino del gueto, que fue enterrado para que no cayera en manos de los alemanes y publicado posteriormente en forma de libro. La información a menudo es muy objetiva, casi desvinculada, como la mayor parte de las memorias de supervivientes del Holocausto. Era la única forma que tenían de poder escribir al respecto. Yo, en cambio, intento acentuar la parte emotiva, y también por eso me sirvo de un personaje de ficción. Con una persona real el compromiso es muy distinto: no le puedo atribuir nada, no le puedo adjudicar ninguna emoción. Como novelista, he intentado ponerme en la piel de esa chica de dieciséis años. Qué se siente cuando se pasa hambre, qué se siente cuando se ve desfilar hacia la muerte a otras personas, qué se siente cuando se experimenta júbilo aunque todo a tu alrededor esté en llamas. El levantamiento dura veintiocho días, pero también es una gran historia de amor.

Ahora los supervivientes del gueto son muy mayores o ya han muerto. Mi padre, que nació en el año 1915, sufrió la persecución de los nacionalsocialistas; mi abuelo perdió la vida en Buchenwald; mi abuela, en el gueto de Łódź. Por parte de madre tengo antepasados alemanes, y mi madre, alemana nacida durante la guerra, está traumatizada a su manera.

Pero nosotros ya formamos parte de una o dos generaciones posteriores: ¿cómo puedo hacer que la historia cobre vida para la generación actual? Por ese motivo escogí para la novela un lenguaje directo y moderno.

*¿Tuvo sentido el levantamiento?*

El libro no da una respuesta terminante a esa pregunta, si es bueno o malo tomar las armas. Es una elección personal. Marek Edelman —uno de los combatientes que sobrevivieron— más tarde diría a este respecto: «Entonces despreciábamos a los que subían a los trenes; ahora, con la edad, sé que para eso se requiere mucho más valor que para empuñar las armas. Los combatientes querían protagonizar una hazaña, dar lugar a un punto de inflexión, como antiguamente en Masada, donde los judíos resistieron contra los romanos. En el mito fundacional del Estado de Israel desempeñó un papel muy importante que los judíos se defendieran».

Los jóvenes se defendieron, pero debido al peso de los acontecimientos, en vista de la inminente muerte. Confío en que en el libro se plasme de manera comprensible cómo una chica, que en un principio intenta sacar adelante a su familia dedicándose al estraperlo y se muestra escéptica con la Resistencia, poco a poco se ve obligada por los espeluznantes acontecimientos a agarrar un arma, y eso es algo que no narro como si fuera una hazaña. Se habla de lo que significa matar, de lo que hace con las personas. Pero no gira en torno a matar, sino a vivir. Y a lo que se empieza con eso.

El tema principal de esta novela, al margen de que la acción se sitúe en el Tercer Reich y el gueto de Varsovia, también resulta vigente en la actualidad, se trata de una pregunta universal: ¿qué clase de persona quieres ser, cómo te comportarías en una situación así? ¿Matarías, salvarías vidas, arriesgarías la vida por otros?

*En la novela hay una escena conmovedora, increíble. Se reúne a los judíos y se lleva a cabo una selección: una puerta conduce a la muerte; la otra, a la vida. Separan incluso a madres de sus hijos, y una mujer dice: «Siempre se pueden tener más hijos».*

Esa escena también la saqué de las memorias de un superviviente.

Algunos judíos recibieron tarjetas, una vez más ese sistema pérfido: algunos de vosotros sobreviviréis si cumplís los criterios. Hubo madres que tenían tarjeta, pero a pesar de ello pelearon para quedarse con sus hijos, aunque eso significaba ir a la muerte. Pero también hubo una mujer que tenía dicha tarjeta y dio a su hijo diciendo que al fin y al cabo siempre se puede traer a alguien más al mundo. No se sabe si sobrevivió, pero ese día logró seguir con vida y para ello sacrificó a su hijo.

Hubo personas que podrían haberse salvado. Janusz Korczak, por ejemplo, un pedagogo de fama mundial, pudo haber escapado, pero decidió ir a la muerte con sus doscientos huérfanos.

*En la novela también hay escenas cómicas. El loco del gueto vocifera delante de la tienda: «¡Hitler hace el amor con su pastor alemán!» y «¡Hitler con su chucho alborota mucho!». Todos se quedan sin respiración, y al hombre le dan mermelada al instante para que se calle. Puede que ese hombre esté loco, pero el truco le funciona.*

Ese personaje tampoco es una invención, Rubinstein existió en la realidad. Es cierto que se planta delante de la tienda y se pone a decir barbaridades de Hitler hasta que el tendero sale: «Cierra el pico, aquí tienes lo que querías, pero haz el favor de cerrar el pico». Rubinstein siempre iba bromeando y saltando por el gueto diciendo: «¡Todos iguales, todos iguales!». Y hasta los soldados alemanes se reían.

Gran parte de la locura, de la grandeza, pero también del horror, parece inventada, pero es real. Me he tomado licencias poéticas en lo tocante al desarrollo, como por ejemplo adelantar un día la lucha en el gueto o unir dos días. Me he permitido esas libertades, y por eso tampoco he utilizado el nombre real de la mayoría de los combatientes del gueto. Sin embargo, sí rindo un pequeño homenaje a Marcel Reich-Ranicki y a su mujer, Teofila.

*El final es abierto. Mira y Amos deciden huir y salvar a Rebecca. ¿Cómo siguen viviendo los personajes?*

La fuga de combatientes del gueto también se dio en la realidad. Unos continuaron luchando de partisanos, otros sobrevivieron, otros cuantos

murieron. Mi heroína y el joven al que ama deciden no seguir luchando, sino esconderse en el bosque y cuidar de la huérfana. Naturalmente, confío en que el sueño de Mira se haga realidad y pueda ir a América con su pequeña familia, pero la novela finaliza en 1943: no puedo decir si lo logran o no, pero termino con esta nota positiva.

*La conversación fue dirigida por Michael Töteberg*

*28 días*  
David Safier

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *28 Tage lang*

© del diseño de la portada, Departamento de Arte y Diseño, Área Planeta

© de las fotografías de la portada, Izis Bidermanas, Corbis / Cor

© Rowohlt Verlag GmbH, Reinbek bei Hamburg, 2014

© María José Díez Pérez, 2014

© Editorial Planeta, S. A., 2014

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.seix-barral.es](http://www.seix-barral.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2014

ISBN: 978-84-322-2403-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

[www.newcomlab.com](http://www.newcomlab.com)